



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE POSTGRADO**

**DISCURSOS CRÍTICOS DE MUJERES INTELECTUALES
CHILENAS Y COSTARRICENSES, 1920-1950**

Tesis para optar al grado de Magister en Estudios Latinoamericanos

LAURA ROMERO QUINTANA

**Profesor Guía:
Darcie Doll Castillo**

Santiago de Chile, año 2014

RESUMEN

Discursos críticos de mujeres intelectuales chilenas y costarricenses, 1920-1950

Autor: Laura Romero

Profesor guía: Darcie Doll

Magister en Estudios Latinoamericanos

La presente investigación se centra en el discurso crítico de seis mujeres intelectuales latinoamericanas: Carmen Lyra, Angela Acuña y Luisa González, de Costa Rica y Gabriela Mistral, Amanda Labarca y Elena Caffarena, de Chile. La producción textual aquí estudiada abarca desde 1920 a 1950 y gira en torno a los ejes de educación, política, feminismo y literatura (cultura), desde los cuales vemos manifiesta una agencia y pertenencia al campo cultural, visible también en las redes generadas al interconectar sus trayectorias. De esta manera podemos armar un panorama del campo cultural e intelectual latinoamericano femenino, proponiendo cada discurso no solo como una manifestación crítica de la coyuntura histórica, sino también como agencia en el espacio público.

A las costarricenses que me recibieron en la pasantía de San José. Mis más grandes cariños

para May Brenes e Isabel Ducca, por su enorme generosidad.

A Darcie Doll, por compartir su sabiduría con paciencia y amistad.

A Ani, Mónica y Rocío, por aguantarme las explicaciones.

A Andrea, por todo.

A las mujeres. A todas y cada una de ellas.

Agradecimientos

Esta tesis se enmarca dentro del proyecto FONDECYT N°1110108, dirigido por la investigadora responsable Darcie Doll.

Igualmente, se realizó con la colaboración de la Vicerrectoría de Asuntos Académicos, Departamento de Postgrado y Postítulo, mediante el Programa Ayuda de Estadías Cortas de Investigación para Doctorado y Magíster, período 2012-2013.

ÍNDICE

Introducción.....	1
Marco teórico.....	8
Capítulo I: Panoramas políticos en Costa Rica y Chile (1920-1950).....	20
Chile.....	21
Costa Rica.....	28
Situación de la mujer entre 1920 y 1950.....	38
Capítulo II: Educación.....	47
El camino a seguir.....	53
Gabriela Mistral, Carmen Lyra y Luisa González: maestras primero.....	58
Conectar los puntos.....	69
Ángela Acuña, la pionera.....	81
Amanda Labarca: maestra, radical y feminista.....	86
Elena Caffarena: el brazo que educa en el MEMCH.....	100
Escritura y americanismo, dos puntos pendientes.....	107
Americanismo.....	115
Capítulo III. Feminismo y política.....	132
El Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH).....	152
La Mujer Nueva.....	160
Acción política: de la caridad a la protesta por la paz.....	165
El voto: una lucha feminista.....	175
Conclusión.....	181
Anexos.....	184

Bibliografía.....	186
-------------------	-----

INTRODUCCIÓN

Basta hacer un poco de búsqueda entre los pensadores latinoamericanos contemporáneos para darse cuenta de que existe la búsqueda y el anhelo de armar el panorama de la historia intelectual de América Latina. Compilados como aquellos producidos por Ayacucho y escritores como Asunción Lavrin y Grínor Rojo se han dedicado a recolectar las piezas del puzle y armarlas de manera tal que comprendamos no solo la sucesión de figuras y hechos a lo largo del tiempo, sino que también han entregado dimensión a sus objetos de estudio, al conectarlos en una enorme red intertextual.

Con ese mismo afán conector, la presente investigación está centrada en el discurso crítico de seis escritoras provenientes de dos países: Chile y Costa Rica. Se sitúa entre los años 1920 y 1950, época relevante dentro del proceso de consolidación de los países latinoamericanos en el curso de la modernización. El foco está puesto sobre un sector femenino de dicho período, constituido en ambos casos por un grupo de mujeres agentes en el campo cultural y político: Carmen Lyra (1887-1949), escritora, pedagoga y política; Ángela Acuña Braun (1888-1983), primera abogada centroamericana; y Luisa González (1904-1999), pedagoga, escritora y activista, todas ellas costarricenses. Para el caso chileno el interés se centra en la figura de Amanda Labarca (1886-1975), pedagoga y ensayista; Gabriela Mistral (1889-1957), poeta e intelectual latinoamericana; y Elena Caffarena (1903-2003), abogada, política y jurista.

La selección de este corpus de intelectuales corresponde a un criterio que las organiza de acuerdo a su pensamiento crítico con respecto a la época en la que habitan.

Ahora bien, con respecto a la metodología que se utilizó para la realización de esta tesis cabe señalar que se recopiló material de archivo proveniente tanto de Chile como de Costa Rica. En nuestro país se extrajo de la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, al igual que de los diferentes archivos de la Biblioteca Nacional y de aquella bibliografía ya dispuesta por el proyecto Fondecyt N°1110108.

Por su parte, la bibliografía costarricense se obtuvo de la librería de la Universidad Nacional, al igual que de bibliotecas de la misma. Casi la totalidad de los archivos pertenecientes al *Repertorio Americano* fueron entregados por la profesora May Brenes,

mientras que aquellos relativos a Carmen Lyra fueron facilitados por la profesora Isabel Ducca y, en ambos casos, provenían de su biblioteca personal.

Cabe destacar que los álbumes de Ángela Acuña también fueron facilitados por May Brenes y esta tesis representa uno de los primeros intentos de estudio crítico que se ha hecho de este material. Asimismo, y fuera de estudios como el de Horan (1997), esta investigación es una de las pocas que conecta los discursos críticos de mujeres chilenas y costarricenses, siendo que otros estudiosos ha preferido relaciones más cercanas con países como Argentina, Brasil y Perú.

Los discursos que se trabajan en esta investigación refieren al tema educación, a la situación de la mujer, a la escritura y política, y están incluidos en una reflexión sobre el ámbito cultural. Son ejes que confluyen y revelan una imagen epocal de crisis y cambio, desde un enfoque de la crítica femenina (y muchas veces feminista), perspectiva que los discursos socio-históricos “oficiales” aún no han incluido del todo.

Con respecto a la elección del marco temporal, podemos afirmar que en las décadas que abarca el período entre 1920 y 1950 se producen una serie de movimientos en torno a la situación sociocultural y política de la mujer que resultan interesantes para su análisis. Según Grínor Rojo¹, este mismo periodo puede ser entendido como un segundo momento en la modernidad latinoamericana, cuya característica principal incluye el triunfo y establecimiento del liberalismo y del capitalismo dentro de las naciones que en ese momento aún estaban conformándose como tales. Estos modos de regir los aspectos político y económico (y por consiguiente cultural) de la vida de los países fueron impuestos por un sector social proveniente de una élite que previamente los había observado en funcionamiento en Europa.

Dicha tesis se complementa con el pensamiento de Eduardo Devés², quien postula que las primeras décadas del siglo XX en Latinoamérica se definen por la búsqueda y creación

¹ Rojo, Grínor. “Gabriela Mistral en la Historia de la mujer latinoamericana”, 1997.

Rojo, Grínor. “El Ensayo y Latinoamérica”, 1998.

² Devés Valdés, Eduardo. “El pensamiento latinoamericano a comienzos del siglo XX: la reivindicación de la identidad”, 1997.

de un discurso institucional-identitario, movimiento que se va alternando con un proyecto modernizador que sigue el ideal de progreso.

Devés nota que la modernización y la identidad, como motivos de lucha de distintas camadas de intelectuales latinoamericanos, se han ido alternando a lo largo de las décadas del siglo XIX y XX, con la primacía de una por sobre la otra en intervalos. Por ello, afirma que “[...] el pensamiento latinoamericano es la historia de los intentos explícitos o implícitos por armonizar modernización e identidad.” (14)

Entiende el proyecto **modernizador** en base a un número de características entre las que se cuentan el afán de seguir el modelo europeo y norteamericano, la obsesión por los avances tecnológicos (privilegiándolos por sobre otra producción cultural), la importación no solo del modelo europeo si no de sujetos ejecutores de dicho modelo provenientes de países “desarrollados”, además de otros rasgos como la presencia de un discurso con énfasis en que en el futuro está la respuesta y que, por ende, nuestro continente está siempre “atrasado”, complementado por un desprecio de lo popular, indígena y propio en general (14). Por otro lado, la **identidad** se entiende como una reivindicación y defensa de lo *americano*, con una alta valorización de los sujetos del terruño y de sus producciones culturales (en el plano de lo humanista), con manifestaciones que buscan un alto al intervencionismo extranjero y una búsqueda de conectar con los países hermanos (14).

Como todo, la balanza no es radical y oscilan ambos puntos en una constante tensión. No obstante, la tesis de Devés propone que “El pensamiento latinoamericano durante las primeras décadas del siglo XX corresponde a un ciclo identitario.” (17)

El autor se apoya en producciones discursivas como el *Ariel* de Rodó, uno de los textos angulares en este cambio que colocaría a la identidad por sobre la modernización. Su propuesta invita a la juventud a alejarse de la “nordomanía” y a velar por la propia identidad, aunque de una forma más individualista que en sus *Motivos de Proteo* (1909), donde ya tiene un giro que apunta hacia una transformación colectiva. (21)

El planteamiento identitario originado en 1900 se prolongará hasta muy avanzado el siglo. Durante los años 30 y sobre todo luego de la Segunda Guerra Mundial se formulará ya un nuevo proyecto modernizador articulado en torno al concepto de industrialización. Entre tanto lo identitario, que se había iniciado como reivindicación de una manera de ser propia,

centrado principalmente en lo cultural, va a evolucionar orientándose luego hacia la defensa del “pueblo”. (67)

Ahora bien, con respecto a los países, esta investigación se centra en Chile y Costa Rica puesto que existen puntos de contacto particulares entre las escritoras costarricenses con el primer país y de las chilenas con el segundo. Una muestra de dicho cruce reside en el *Repertorio Americano*, publicación cultural que recopilaba escritos de diversa índole de un gran número de intelectuales latinoamericanos, entre los que se encuentran las escritoras Carmen Lyra, Ángela Acuña, Gabriela Mistral y Amanda Labarca, entre otras. En el *Repertorio* es visible no solo un diálogo de estas escritoras con su época sino también un intercambio de ideas y opiniones entre las mismas, formándose así un discurso panorámico acerca del pensamiento y cultura latinoamericanos.

Cuando lo vemos en retrospectiva, los siglos anteriores situaron a la mujer en un conjunto de tradiciones que las ubicaban principalmente en los roles de maternidad y de los quehaceres hogareños, todos lugares que funcionan desde lo privado y que implican una supuesta falta de agencia y de actividad en las sujetos. Avanzando en el tiempo hacia la década de 1920, en Costa Rica y Chile surge un grupo de mujeres intelectuales que corresponden a las clases alta y media y que son mujeres que forjan su propio lugar dentro de los campos culturales de sus respectivos países, desafiando los roles tradicionales asignados y contando con una voz de expresión propia y particular.

Algunas de las intelectuales que forman parte del mundo profesional costarricense y que aquí se estudian son Carmen Lyra (1887-1949), escritora, pedagoga y activista política; Ángela Acuña Braun (1888-1983), primera abogada centroamericana y feminista; y Luisa González (1904-1999), pedagoga, escritora y activista política. Por su parte, para el caso chileno están contempladas Amanda Labarca (1886-1975), pedagoga y ensayista; Gabriela Mistral (1889-1957), poeta e intelectual latinoamericana, por decirlo a grandes rasgos puesto que no necesita de mucha presentación; y Elena Caffarena (1903-2003), abogada y feminista.

Todas ellas presentan una gran actividad escritural en el periodo que abarca desde los años 1920 a 1950, momento que contiene cambios importantes como el movimiento sufragista femenino y la consecuente búsqueda de integración de la mujer a la ciudadanía.

En el caso costarricense, Roxana Hidalgo³ explica este momento de “integración”⁴ como uno propiciado principalmente a través de la inserción de las mujeres en la educación. El estado nacional que se formaba a finales del XIX promulga la educación de ambos sexos, aunque se conformó en base a los lineamientos ideológicos de una sociedad agrícola y patriarcal. No obstante, la consecuente formación de mujeres profesionales (sobre todo pedagogas) abre un espacio de agencia sociopolítica para estos nuevos actores sociales, quienes comenzaron a actuar públicamente expresando sus ideales y disconformidades con la época (Hidalgo, 49).

Estos procesos deben pensarse dentro del marco de una “segunda modernidad”⁵, cuyo contexto involucra una creciente participación de nuevos actores sociales –tanto masculinos como femeninos– en la conformación de los proyectos ideológicos nacionales. Así, por ejemplo, en distintos números del *Repertorio Americano* es visible la reflexión del intelectual mexicano José Vasconcelos, cuyo proyecto educacional es transmitido a través de artículos publicados por Gabriela Mistral⁶.

Las mujeres intelectuales mencionadas forman parte activamente en dichos movimientos: algunas lo harán desde la política, involucrándose en movimientos socialistas y comunistas, creando organizaciones e instituciones que incorporan a sectores femeninos obreros y de clase media. En este grupo encontramos a Ángela Acuña, abogada de profesión, quien funda la Liga Femenina de Costa Rica. Su gestión se expande además en la actividad que genera para lograr el voto femenino, mediante intervenciones en la prensa, llegando a presentar más de tres veces la solicitud en el Congreso de la República, en los años 1929, 1931 y 1934, con resultados en 1950, año en que votó la primera mujer.

En Chile el panorama es similar. Existen mujeres militantes como Elena Caffarena, quien funda el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH) en los años treinta. Este movimiento (similar a la Liga Femenina en Costa Rica) contiene entre sus

³ Hidalgo, Roxana. *Historia de las mujeres en el espacio público en Costa Rica ante el cambio del siglo XIX al XX.*, 2004.

⁴ Utilizamos las comillas puesto que la palabra integración sugiere que fueron sumadas sin mayor dificultad al espacio público y letrado, cuando en el caso de nuestras intelectuales su entrada se auto-gestionó en base a un diálogo forzado en la mayoría de las ocasiones, si no en su totalidad.

⁵ Rojo, Grínor. Citado más arriba.

⁶ Mistral, Gabriela. “Hacia una liga sarmentiana”, 1928.

premisas la inclusión de la mujer como ciudadana, participe activa en los procesos de conformación nacional.

Estas mujeres también actúan a partir de los distintos géneros discursivos, con la creación literaria (en el caso de Carmen Lyra su publicación más reconocida fue *La tía Panchita*, publicada en 1920, mientras que Gabriela Mistral lanzaba su creación poética en distintos medios). Son mujeres cuya actividad escritural es abundante, ya sea mediante la publicación de artículos y ensayos críticos en medios como el *Repertorio Americano*, o bien a través de la prensa (en periódicos nacionales como *El Mercurio* y el *Diario de Costa Rica*). En general, estas intelectuales trabajan en más de un ámbito y actúan dentro del espacio sociopolítico, publicando al mismo tiempo. Dicha creación discursiva, ya sea de corte literario o ensayístico, indica la existencia de una conciencia y actitud críticas por parte de estas escritoras, lo cual se verá reflejado en nuestro análisis.

Las problemáticas de mayor interés recaen en el tema educacional. En ambos países se alega la apertura y creación de instituciones que incluyan a los nuevos sectores sociales (clase media y obrera) y que contemplen entre estos sectores a la mujer. También existe una gran preocupación por la formación del capital humano, como ejemplos están los casos de Mistral, Labarca, Lyra y González⁷, quienes se destacan por generar escritos que giran en torno a la educación infanto-juvenil.

Otro aspecto importante alude a la situación de la mujer en cuanto a sus derechos constitucionales y el rol que desempeña en la sociedad. Al no ser considerada como ciudadana (en ambos países) tuvo que luchar para lograr la obtención del voto, el cual se vuelve efectivo ya entrada la mitad del siglo XX. Si bien sectores femeninos ya eran activos políticamente antes de la obtención del voto, lo que estas mujeres buscaban era un reconocimiento formal a través de la modificación de leyes, para tener mayor amparo legal (se puede pensar, por ejemplo, en publicaciones como *Capacidades de la mujer casada en relación a sus bienes*, publicado en 1944 por Elena Caffarena). A su vez, junto a este ámbito va de la mano lo político. Si bien muchas de las mujeres de esta época no militaron dentro de un partido (como Caffarena), sí compartían con ciertos aspectos ideológicos de los

⁷ Lyra y González fundarán la “Escuela Maternal Montessoriana” en 1925, producto de dicha preocupación. Fuente Instituto Nacional de la Mujer en Costa Rica.

partidos de izquierda. Carmen Lyra estuvo afiliada al partido comunista costarricense, al igual que Luisa González, quien además participó de su posterior reformulación, el Partido Vanguardia Popular, mientras que la chilena Amanda Labarca militó en del Partido Radical.

Todos estos ejes se encuentran interconectados; dialogan entre sí y reflejan una crítica femenina –y muchas veces feminista– en torno a un estado nacional-latinoamericano, que difiere y que se asemeja en el caso de cada país. La perspectiva generada en base a estos ejes presenta a estas intelectuales como agentes públicos de la cultura, conectadas entre sí a través de un hilo crítico, al mismo tiempo que pertenecientes a un mismo periodo de tiempo, aunque hablen desde diferentes espacios geográficos.

La presente investigación abarca cuatro ejes principales: el primero parte de la reflexión propiciada por los Estudios Culturales (Hall, 1994; Williams, 1977, y otros) lo cual nos posibilita el análisis de los discursos críticos hechos por este grupo de mujeres intelectuales, entendiéndolos como productos dentro de un periodo particular de la historia latinoamericana. El segundo eje corresponde más bien a una forma de entender la modernidad como periodo –más que a una línea teórica como tal (Rojo, 1997; Larraín, 1996); en este, existen movimientos que incluyen a nuevos actores sociales (entre los que se encuentra el grupo intelectual femenino ya referido), los cuales ponen en jaque los principios tradicionales, generando propuestas de cambio cultural. Asimismo, un tercer eje corresponde a la crítica feminista y teoría de género (Showalter, 1986; Moi, 2001; Lavrín, 2005; Scott, 1999, y otras), permitiéndonos analizar estos discursos en torno a una crítica femenina (y muchas veces feminista) que reflexiona sobre el lugar de la mujer dentro de la modernidad y la conformación de proyectos nacionales, a la vez que se piensa a sí misma dentro de campos culturales e intelectuales específicos (el chileno y el costarricense de los años veinte a los cuarenta), evaluando posibles aperturas y salidas de un orden privado-patriarcal. Finalmente, el cuarto eje se conecta con la temática del campo cultural e intelectual (Bourdieu, 1994; Moi, 2001), espacio dentro del cual se pueden analizar las formas de vida de estas escritoras, las redes establecidas dentro de estos grupos intelectuales, además de su gestión como agentes culturales. Para términos de esta investigación, esta última herramienta teórica será la que más nos facilite el análisis.

Marco teórico

Al ser esta una investigación perteneciente a la rama de los Estudios Culturales se vuelve necesario incorporar el enfoque de Raymond Williams, quien discute el concepto de cultura en su libro *Marxismo y literatura*⁸, fijando su uso actual como producto de reflexiones del periodo moderno. Williams delinea la formación histórica del concepto a partir de las transformaciones que las nociones de “sociedad” y “economía” sufren en los siglos XVI, XVII y XVIII, entendiéndose a la “cultura” como cultura *de* algo, a la par que se establecía el concepto “civilización”. Dentro de las naciones europeas (principalmente Francia e Inglaterra) es que se comienza a considerar a la civilización como un estado social adquirido, es decir, un momento en el cual la sociedad ha alcanzado pleno desarrollo (en oposición a aquellas naciones “bárbaras”), al obtener determinados valores, todos en pos de un ideal de *progreso* histórico. Para Williams, civilización y cultura eran términos intercambiables a fines del XVIII: “Cada uno de ellos llevaba consigo el problemático doble sentido de un estado realizado y de un estado del desarrollo realizado.” (25)

El movimiento posterior del concepto es generado a partir de las reflexiones de Rousseau y de los románticos, cuando oponen la cultura a otro tipo de desarrollo “exterior” (más bien concreto); a partir de allí lo cultural se entiende como la proyección de un desarrollo “interior” -en ámbitos como el arte y la religión, opuestos al de la creciente desarrollo urbano, trasladándose después esta misma idea a los *medios y productos* de dicho desarrollo interior, por ejemplo, a las obras artísticas. A pesar de que estas actividades se unían con un aspecto “social” (puesto que eran generadas por y dentro de sociedades), el desplazamiento continúa hacia el espacio de lo privado, pasando a ser actividades “individuales” de corte “subjetivo” (Williams, 26).

Con el impulso promulgado por las nacientes “ciencias humanas” se produce una mirada introspectiva de parte de los intelectuales hacia los procesos históricos que conformaron las sociedades, de este modo, Williams destaca la obra de Herder, quien nota que las evoluciones de cada nación son heterogéneas y responden a diferentes modos de

⁸ Williams, Raymond. “Cultura”, 1977.

construcción histórica (y por lo tanto tienen “sociedades” y “economías” distintas entre sí), por lo cual sería mejor hablar de “culturas” en plural, que de una sola cultura, universal y homogénea. De este modo, para Williams la cultura “Se convirtió en el nombre del proceso ‘interno’ especializado en sus supuestos medios de acción en la ‘vida intelectual’ y ‘las artes’. Asimismo, se convirtió en el nombre del proceso general especializado con sus presuntas configuraciones en ‘todos los estilos de vida’.” (28)

Posteriormente, Williams coloca un tercer movimiento, vinculado al pensamiento marxista, que separa a la cultura de la “vida social material” (30) a la cual está imbricada, gracias a la consecuente asimilación de la primera como “superestructura”. Esta denominación implica que la cultura no presentaría una actividad propia, sino que funcionaría como reflejo de la “estructura”, postura con la cual Williams está en desacuerdo.

Quien revisa los postulados de Raymond Williams y de los principales teóricos de los Estudios Culturales es Stuart Hall⁹. El autor explica la conformación de esta corriente y la problematización que implica tener como objeto de análisis a la cultura:

[...] la "teoría de la cultura" es definida como "el estudio de las relaciones entre elementos en una forma total de vida". La "cultura" no es una práctica; ni es simplemente la suma descriptiva de los "hábitos y costumbres" de las sociedades, como tiende a volverse en ciertos tipos de antropología. Está imbricada con todas las prácticas sociales, y es la suma de sus interrelaciones. (3)

El enfoque en Hall presenta a la cultura como un elemento *complejo*, cuyos límites son difíciles de abarcar en una sola definición. El estudio de la cultura implica una mirada amplia que analice la organización de una red de relaciones (sociales, políticas, económicas, de género, étnicas, etc.). Por lo general, los Estudios Culturales se basan en un ejemplo o caso particular de la vida, para así pesquisar la “naturaleza” de dichas relaciones. De este modo, para Hall “El propósito del análisis es captar cómo las interacciones entre estos patrones y prácticas son vividos y experimentados como un todo, en cualquier período determinado.” (3). Asimismo, estas interacciones entre formas de vida de las sociedades implican tensiones

⁹ Hall, Stuart. “Estudios culturales: dos paradigmas”, 1994.

y luchas hegemónicas entre los grupos sociales y dentro de sí mismos, generándose así un análisis de un estado en particular de la cultura.

Para Hall, uno de los problemas que habitan en el enfoque propuesto por Williams radica en la distinción entre lo que *es* cultura y entre lo que *no* lo es (la delimitación del objeto de estudio), puesto que en las investigaciones los teóricos centran su atención en la “experiencia”, es decir “[...] de dónde y cómo la gente experimenta sus condiciones de vida, las define y responde a ellas” (7); frente a esto se corre el riesgo de “esencializar” los Estudios Culturales, homologando las prácticas de los sujetos en base a *una* práctica, dejando fuera las condicionantes provocadas por todo un aparataje institucional e ideológico que está de fondo. Al incorporar este último enfoque, la experiencia también se complejiza como concepto de análisis cultural, puesto que está determinada por la ideología de una clase dominante (Hall extrae este punto de los “estructuralismos”, residentes en las teorías de Levi-Strauss y Althusser).

El aporte de los estructuralismos se condensa en la idea de que “los hombres hacen la historia [...] sobre la base de condiciones que ellos no han contribuido a realizar” (10). Para poder estudiar estas prácticas los Estudios Culturales necesitaban una cuota de “objetividad” que, según Hall, aporta:

Aquí la insistencia estructuralista de que el pensamiento no refleja la realidad o la apropia, es un necesario punto de partida. Una adecuada elaboración (working trough) de las consecuencias de este argumento podría empezar a producir un método que nos aparte de las permanentes oscilaciones entre abstracción/anti-abstracción y las falsas dicotomías de Teoricismo versus Empiricismo que han marcado y desfigurado el encuentro culturalismo/estructuralismo a la fecha (11).

Independiente de la diatriba entre culturalistas y estructuralistas, para Hall el estudio de las prácticas específicas (que surgen a partir de distintos momentos en el tiempo, espacio, modo, etc.) pueden ser estudiadas de un modo conjunto. Tanto el culturalismo como el estructuralismo comparten un enfoque que

Constantemente nos devuelven a ese ámbito marcado por esos fuertemente emparejados mas no mutuamente exclusivos conceptos de cultura/ideología.

En su conjunto plantean los problemas que se derivan de intentar pensar a la vez la especificidad de diferentes prácticas y las formas de la unidad articulada que ellas constituyen (14).

En base a esta reflexión que propician los Estudios Culturales es que resulta pertinente el objeto de estudio de la presente investigación. Los discursos críticos de estas mujeres (Carmen Lyra, Gabriela Mistral, Ángela Acuña, Elena Caffarena, Luisa González y Amanda Labarca) son entendidos como *prácticas* insertas dentro de un conjunto de redes sociales, que responden y dialogan con los movimientos de una época moderna, pero que también dialogan entre sí.

En conexión con este punto, al hablar de prácticas sociales debemos considerar la noción de *campo* de Pierre Bourdieu¹⁰. Para este autor es importante entender y estudiar las obras de la crítica y la literatura dentro de su contexto de producción, entendido como un *campo social*. El campo social se puede entender a grandes rasgos como uno que engloba a otras estructuras sociales, asemejándose a una muñeca rusa: dentro de sí contiene al *campo cultural*, el que –a su vez– aloja al *campo literario*. Si bien la imagen de matrioska nos sirve para entender la subordinación de un campo con otro, también hay que observar una interrelación en la medida en la que estas esferas comparten ciertos espacios y elementos, y también ganan autonomía los unos de los otros.

En esta vista panorámica, el campo social queda paralelo a otros como el político y también se encuentra supeditado al de poder. Cada uno de los campos tiene una dinámica interna, donde existen agentes dominantes y dominados, luchas internas entre grupos conservadores y otros vanguardistas, además de tener sus propios mecanismos de reproducción enfrentados siempre a opositores subversivos. Tal es el caso del campo cultural, cuyos agentes se mueven a través de distintos espacios que pueden o no ser institucionales.

Todas las mujeres intelectuales aquí trabajadas serán entendidas como *agentes* del campo cultural, espacio donde se produce una diversidad de discursos y productos culturales de carácter humanista. Dicha *agencia* implica una actividad fructífera de producción, cuyo objetivo es la adquisición de un capital *simbólico*. Dentro del espacio literario este capital se

¹⁰ Bourdieu, Pierre. “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”, enero 1989-diciembre 1990.

transforma en reconocimiento y consagración, y para lograrlo, además de publicar una obra o discurso crítico en particular, nuestras agentes también se apoyan en determinadas estrategias, las cuales les otorgan posiciones de poder dentro del campo.

Cuando nos situamos específicamente en el campo literario, el poder que aquí se busca adquirir es particular. Difiere de las búsquedas más comunes por poder político y económico, aunque no por ello se desliga completamente de estos anhelos. Al igual que en otros campos, el literario es un lugar de tensión y de luchas, que tiende a transformar o a conservar la relación de *fuerzas* establecida: cada uno de los agentes empeña la fuerza (el capital que adquirió por las luchas anteriores) en las estrategias que dependen, en su orientación, de su posición en las relaciones de fuerza, es decir, de su capital específico. En otras palabras, la posición que adquieren dentro de este mapa de poder depende de cuánto han invertido para conseguirla y de cómo han orientado los movimientos para obtenerla.

Esto se ejemplificará especialmente con la figura de Gabriela Mistral, quien va tramando una serie de movimientos estratégicos (conscientes la mayoría de las veces) en los que compromete el capital simbólico que ha adquirido hasta dicho momento: epístolas con favores, solicitudes e incluso órdenes fueron emitidas en más de una ocasión por la intelectual, quien ocupó dicho “título” –el de escritora, poeta latinoamericana y premio Nobel– para ir avanzando en posiciones dentro del campo literario y cultural.

Quien toma la investigación de Pierre Bourdieu para darle un giro que nos resulta sumamente útil es Toril Moi¹¹, quien utiliza los conceptos de la sociología de la cultura de Bourdieu para postular otras aristas desde las cuales se pueden analizar textos, en particular aquellos referentes al feminismo como teoría y como crítica que, usualmente, destaca la dualidad femenino/masculino provocando lecturas encapsuladas.

El estudio de Bourdieu le permite, al igual que a nosotros, tomar esta lectura y transformarla en una crítica que, como tal, “pide cambios en la realidad misma” (1). Para ello, estudia los textos en base a “determinantes sociales e históricos de la producción cultural” (1). Esto va más allá del comúnmente llamado “contexto”, puesto que supera la descripción del momento histórico que rodea a los intelectuales y a sus producciones

¹¹ Moi, Toril. “Apropiarse de Bourdieu: la teoría feminista y la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. El feminismo como *critique*”, 2001.

discursivas, para calar un poco más hondo en sus *habitus*, comprendidas aquí como una suerte de “forma de ser” desarrollada en base a la adquisición de una serie de reglas tácitas, que van desde la manera en que los sujetos intelectuales se comportan en la cotidianidad hasta el contenido y fin último de sus obras.

En efecto, para Moi “la crítica feminista fracasa en su tarea literaria y política si no estudia la literatura tanto al nivel de los textos como al nivel de las instituciones y los procesos sociales” (2). En reiteradas ocasiones los estudiantes de literatura hemos sido formados bajo una metodología de lectura que implica situar históricamente al autor y a su obra, intentando provocar un diálogo entre tres partes: momento histórico-biografía del autor-discurso. Si bien este tipo de lecturas genera interpretaciones que no son erradas, la teoría de los campos de Bourdieu permite ver los “puntos ciegos” del esquema al incorporar elementos que se pueden pasar por alto en las dinámicas de producción textual.

Los textos son “emisiones históricas y socialmente situadas” (2) y por ello Bourdieu es valioso: porque permite “incorporar hasta los detalles mundanos de la vida cotidiana en nuestro análisis.” (3), los que una vez conectados permiten visualizar un panorama mayor y más sólido –a nuestro juicio- en términos de justificar el análisis de la obra de nuestras intelectuales.

Toril Moi también afirma que estos “detalles” son los que las “mentes patriarcales” dejan fuera, bajo la calidad de “chismes” que no pueden ser socialmente significativos. ¿Pero qué sucede con la escritura de mujer? ¿Su espacio de producción no se ve tocado por este detalle? ¿Ni el de los varones tampoco?

La postura que provoca el quiebre es que “es posible unir los detalles monótonos de la vida cotidiana a un análisis social más general del poder” (3), y para no dejar estos detalles a nivel de comentario o nota al pie es que existe una batería de conceptos que nos servirán a lo largo del análisis de las intelectuales chilenas y costarricenses, puesto que también las estaremos situando dentro de una lectura crítica que, si bien incluye el tema de la dualidad femenino/masculino, no se limita a ella por completo.

Uno de los primeros conceptos es el de *campo*, cuya definición comparten Moi y Bourdieu, y que se entiende como “un sistema competitivo de relaciones sociales que funciona según su propia lógica y sus propias reglas” (3). Como mencionamos más arriba,

para Moi el campo también es un lugar de lucha donde lo que está en juego es el *dominio del campo* (a través de la obtención del máximo de capital simbólico).

También se explican aquí los conceptos de agencia y legitimidad. Quienes disputan el poder son los *agentes*, que a través de una serie de estrategias buscan lograr la *legitimidad* en el campo, pudiendo incluso decidir quién se queda en él y quien se va. Una vez que la dominancia queda establecida, entonces deja de ser reconocida y pasa a ser *natural* (3), y para llegar a esa postura es que se debe amasar una buena cantidad de *capital simbólico*.

Precisamente, nuestras escritoras chilenas y costarricenses ya ostentan cierto capital simbólico a comienzos de la década del 20. Este les permite no solo producir discursos críticos que son recibidos dentro del espacio público, sino también que dichas emisiones generen cambios y alimenten una participación de las intelectuales en la carrera por la dominancia de un espacio donde “naturalmente” reinan los varones.

También mencionamos el concepto de *campo intelectual*, el cual se encuentra relacionado al social y al de poder, pero que, curiosamente, presenta cierta autonomía. Moi explica este fenómeno puesto que el campo intelectual genera su propio tipo de legitimidad: “Esto no quiere decir que el campo social no esté presente dentro del campo intelectual, sino más bien que está presente sólo como una *representación* de sí mismo, una representación, además, que no se importa desde afuera sino que se produce desde dentro del campo intelectual mismo” (4).

En efecto, veremos que las autoras aquí trabajadas forman parte del campo intelectual y educacional consiguiendo la legitimidad (de gran valor simbólico, y por ende, reconocido en el campo) a través de estrategias sociales que forman parte del *habitus*.

El *habitus* puede ser entendido como “un sistema de disposiciones que están en sintonía con (el) juego (del campo)” (4), es decir, como un set de reglas que se adquieren a través de la *experiencia práctica* en el campo. El hecho de que sea práctico nos lleva a los “chismes”, la anécdota y la cotidianidad, lugares donde se viven en cada segundo “las normas y valores que se inculcan a través de las formas de interacción [...] y no a través de un proyecto de enseñanza explícito” (4).

Como conjunto de reglas prácticas, el *habitus* es tácito. Decirlo, hacerlo explícito, rompe con las reglas del campo y puede generar una expulsión del agente: en este sentido, también se vuelve obvio que “todo campo funciona como una forma de censura” (4).

Hablar dentro del campo, “jugar el juego”, implica en cierto grado estar de acuerdo con esa censura también llamada “violencia simbólica”¹². Quienes hablan son los que se ganaron *el derecho* de hacerlo: agentes reconocidos como poderosos, poseedores del capital simbólico y “voceros de la *doxa*”, entendida como aquello “natural” que se convirtió en tal por un proceso de naturalización, valga la redundancia.

Esto no implica que quienes carezcan del capital simbólico no compartan el mismo *habitus*. En su gran mayoría, quienes quieren destronar a los poderosos deben entrar al juego para hacerlo, lo que explica en numerosas ocasiones por qué los discursos de nuestras intelectuales puedan parecer ambivalentes. Conservadoras y rupturistas a la vez, nuestras mujeres “responden a su época” (a su *habitus*) y al campo en el que están insertas, o al menos deben hacerlo para poder ser oídas y jugar el mismo juego pero desde otra forma (4).

En el caso de nuestro corpus de escritoras resulta interesante determinar cuáles son las posiciones dentro de los campos culturales de cada país. El que sean mujeres intelectuales involucradas en la producción de discursos críticos implica agencia, además de una trayectoria que les ha permitido transformarse en mujeres reconocidas (con un capital simbólico significativo). Para delinear sus actividades, los lazos trazados, las estrategias utilizadas, es que es necesaria esta óptica teórica.

Ahora bien, para entender estos discursos críticos como productos de agentes femeninas corresponde revisar parte de la propuesta que Elaine Showalter¹³ hace desde la teoría de género. Se parte desde la idea de que las mujeres no sólo somos/fuimos receptoras discursivas sino que también generábamos los propios. Desde esta premisa, las mujeres podemos *leemos* a nosotras mismas y ser capaces de notar cómo la tradición literaria nos ha configurado a lo largo de la historia. Si bien esta investigación no pretende anclarse desde la

¹² Sobre la violencia simbólica ver esta entrevista hecha a Pierre Bourdieu: <https://www.youtube.com/watch?v=x48sZ1Gplo8>

¹³ Showalter, Elaine. “La crítica feminista en el desierto”, 1999.

ginocrítica propuesta por Showalter (entendida como una crítica desde y por mujeres intelectuales dentro de la literatura, separada de la crítica androcéntrica), lo que la autora nos permite notar es la posibilidad de analizar estos discursos críticos producidos por mujeres intelectuales, desde una perspectiva cultural (sin cerrarse en un enfoque psíquico, corporal o lingüístico de “lo femenino”).

Para Showalter,

Una teoría de la cultura reconoce que existen diferencias importantes entre las mujeres como escritoras: clase social, raza, nacionalidad e historia constituyen determinantes literarios tan significativos como el género. Sin embargo, la cultura femenina conforma una experiencia inmersa en la totalidad cultural, una experiencia que une a las escritoras a través del tiempo y el espacio (100).

Es precisamente este el enfoque desde el cual nos interesa estudiar a este grupo de escritoras chilenas y costarricenses, puesto que no necesariamente comparten las mismas ideas con respecto a los temas educacionales, políticos, económicos, etc. Igualmente, sería un error asumir que estas intelectuales comparten un mismo ideario con respecto a la situación de la mujer: lo interesante es, justamente, trazar los puntos tanto de convergencia como de divergencia.

De la misma forma en la que se estudiará a este corpus intelectual femenino, inserto cada uno en un campo cultural distinto, debemos contemplar una situación que sí se da en ambos países: la subordinación al orden masculino. Si bien no es un factor totalmente determinante (ya que estas mujeres son más bien excepciones a la norma patriarcal), sí debe ser tomado en cuenta en el análisis, puesto que de una u otra forma afecta a los discursos críticos que se generan en esta época en particular:

[...] debemos reconocer que no existe escritura ni crítica totalmente fuera de la estructura dominante; ninguna publicación es por completo independiente de las presiones económicas y políticas de la sociedad dominada por el hombre [...] la escritura femenina es un “discurso a dos voces” que siempre encarna las herencias sociales, literarias y culturales tanto de los silenciados como de los dominantes (Showalter, 106).

Esto nos ayuda a entender un hecho obvio pero que en más de una ocasión distorsiona análisis interpretativos: no hay una ambivalencia real en sujetos como Acuña, quien tiene como meta el buscar el sufragio femenino universal, pero quien también admite que solo ciertas mujeres (letradas, de clase alta) están capacitadas para votar. Discursos como estos forman parte del *habitus*, de un dominio ineludible y de una dominación que se presenta como necesaria para poder hacer público un discurso determinado.

Esta misma agencia también se conecta con lo experimentado en el marco temporal 1920-1950, tanto en Chile como en Costa Rica: la modernidad. Para Jorge Larraín¹⁴ esta debe entenderse como un fenómeno complejo y multidimensional. Su desarrollo implicó, en una primera etapa (a partir del siglo XVI), un desarrollo industrial, de la mano del capitalismo y la instauración de la racionalización en las diversas áreas del saber. A eso se le suma el que los sujetos posean una forma de autoconsciencia, en la cual se reconocen a sí mismos como agentes capaces de transformar el mundo y de romper con un pasado tradicional.

La noción de sujeto moderno implica que el nuevo actor de la modernidad es autónomo, se siente superior frente a su pasado y entiende que el espacio del mundo natural es para su dominio, lo cual logrará amparado en el raciocinio.

Ya en el siglo XX estos principios se implementaban alrededor del globo. Latinoamérica igualmente los aceptó, y comenzó entonces su proceso de modernización, entendido como las prácticas e institucionalizaciones que esta “idea” de modernidad llevaba consigo.

Como todo desarrollo histórico, la modernidad no se establece sin conflictos. Este periodo presenta una crisis dentro de los procesos de conformación nacional en los países: como ejemplo tenemos la conformación ya establecida de una burguesía capitalista, la cual da lugar a nuevos actores sociales, quienes problematizan el proyecto moderno. Así sucede con los movimientos obreros y los movimientos intelectuales vanguardistas, entre diversas otras agrupaciones.

En el caso de Costa Rica la sociedad de fines del XIX –como explica Roxana Hidalgo (2004)– subsiste principalmente en base a la actividad agrícola (cafetales y bananeras),

¹⁴ Larraín Ibáñez, Jorge, “¿Qué es la modernidad?”, 1996.

dominado el pensamiento nacional por una clase alta terrateniente. La contradicción surge cuando la modernidad busca ser implementada como proyecto: “Recordemos que con el florecimiento de la modernidad, los nuevos valores universales de libertad, igualdad y fraternidad, impulsados por la Revolución Francesa, surgieron en condiciones altamente contradictorias y ambivalentes, donde las mujeres y los sectores populares se mantuvieron al margen de esta universalidad.” (12)

Así, los principios europeos de igualdad son superados por una tradición que contemplaba a las naciones como “naciones de hombres”, excluyendo a otros sectores. De esta forma, la mujer tampoco fue considerada como participante activa dentro del mundo de la política y de lo económico, y se la relegó al espacio privado de las labores domésticas; independiente también de los avances basados en un positivismo racionalista, las mujeres seguirán atadas primero a un contrato sexual que al contrato social, conectándose siempre con el espacio de lo marginal y de la naturaleza, junto a otros sectores (como el indígena) que debían ser controlados: “Las mujeres se encuentran de nuevo sometidas a un lugar de subordinación que está legal y políticamente estructurado, mediante el cual siguen siendo relegadas a la posición de objetos de intercambio, negándoseles toda posibilidad de asumirse como sujetos políticos de la sociedad civil.” (13)

No será sino hasta el siglo XX donde se verán más marcados los nuevos espacios de agencia. A partir de una serie de reformas, primordialmente de corte educacional, la mujer podrá luchar por puestos dentro del espacio público. Si bien no se inserta del mismo modo que los varones, el quiebre se produce en el momento en que obtienen el acceso equitativo a la educación y a actividades laborales remuneradas (que a principios del XX darán fruto con las primeras profesionales): “Para poder compartir las nuevas potencialidades de la modernidad, que la ilustración, la secularización y la individualización desencadenaron y que hicieron posible el surgimiento del sujeto burgués, las mujeres tuvieron que esperar el lento avance de la historia” (Hidalgo, 13).

Si bien es recomendable cambiar la idea de “espera” por parte de los sectores femeninos por una agencia estratégica efectiva, no deja de ser cierto el hecho de que al sector femenino le ha costado el doble adquirir ciertos derechos que le eran innatos al hombre.

La situación es similar para el caso chileno. Hasta 1920 el poder había sido disputado entre conservadores y liberales; ambos partidos políticos eran representativos de la clase dominante, y defendían un sistema político excluyente y elitista. Con los cambios producidos por la modernización del país, donde un hecho importante es la consolidación de nuevos sujetos sociales como las mujeres, estudiantes, obreros y clase media; se ejerce una presión sobre el sistema político para ampliar la participación política y configurar un escenario más democrático.

En un panorama que abarca a ambos países, se deben contar entre los cambios el impacto socioeconómico y político que producirá la Segunda Guerra Mundial, además de la consecuente generación de partidos políticos con mayor poder, como el Comunista, dentro del cual participaron no sólo varones de las clases media y baja proletarias, sino también grupos de artesanas, obreras y mujeres intelectuales de clase media.

Dentro de este marco es que debemos situar al corpus de mujeres intelectuales, tanto costarricenses como chilenas, las cuales generan diversos discursos críticos a lo largo de este período, reflejando cómo estos sectores vivencian las experiencias de cambio sociopolítico y cultural, ya sea proponiendo cambios de corte institucional (con la creación de nuevas instancias como el MEMCH en Chile o la Liga Femenina en Costa Rica) o ideológico (como la propagación del pensamiento comunista de Lyra y González).

CAPÍTULO I. PANORAMAS POLÍTICOS EN COSTA RICA Y CHILE (1920-1950)

El siguiente capítulo tiene como objetivo delimitar el estado en el cual se encontraban ambos países entre los años 1920 y 1950, con una mirada que incluye los aspectos político y económico. De esta forma, buscamos generar un panorama del campo cultural, político y de poder en los que se mueven en aquellos años estas escritoras. Nuestra mirada se centra en este periodo particular puesto que es en este momento donde se consolidan reformas de carácter sociopolítico y económico que facultan e impulsan el movimiento y trayectoria de las escritoras, haciendo posibles los fenómenos que nos interesan.

El único caso que tendremos en especial consideración –y por el que es importante entender que estos procesos son similares entre los países aquí tratados y extensivos al caso Latinoamericano– es el de Gabriela Mistral, quien sale de Chile en 1922 y empieza su recorrido de 34 años por México y otros países del globo (Rojo: 1997, 54)¹⁵.

Para el caso costarricense y chileno las características macro son similares: se da en el marco histórico temporal –mencionado más arriba– de lo que Grínor Rojo llama “[...] la segunda etapa en el desarrollo de la modernidad en la historia de Chile y el (sub)continente” (56), haciendo alusión con ello a un momento en el cual los desarrollos tecnológicos, acompañados por las revoluciones sociales y del capital, se asientan de modo particular¹⁶ en el territorio nacional y en otras naciones “en desarrollo”, manteniendo como modelo los países europeos y a Estados Unidos.

Es solo en este momento en el que se puede producir lo que Rojo denomina como “el cruce multitudinario de las mujeres latinoamericanas” el cual “no se produce antes de la segunda y tercera décadas del presente siglo” (56)¹⁷, por lo que debemos entender que es precisamente aquí donde ya se han asentado las bases y los precedentes para que las redes femeninas den luz a un número mayor de mujeres intelectuales que ejercen activamente

¹⁵ Rojo, Grínor. “Gabriela Mistral en la historia de la mujer latinoamericana”, 1997.

¹⁶ Hablamos de una instalación “particular” puesto que el proyecto moderno de la Francia revolucionaria que puso en marcha las revoluciones independentistas, con los principios de “libertad, igualdad y fraternidad”, dio a lugar, con el pasar de un siglo, a naciones independientes en el papel pero con procesos socioeconómicos aun en manos de los sectores terratenientes y oligárquicos conservadores.

¹⁷ *Ibíd.* El texto dice “este siglo” refiriéndose al siglo XX. Se publica en 1997.

dentro del espacio público. Esto no implica, claramente, que en el siglo XIX y anteriores no hubiese actividad femenina; lo que aquí se sugiere es que el fenómeno en mayor escala de mujeres agentes dentro del espacio público no se da hasta la segunda década del siglo XX en Latinoamérica.

Chile

Según los historiadores Collier y Sater (1998: 183)¹⁸ este es el momento en el que comienzan a notarse los efectos del fin de la Primera Guerra Mundial, con un altibajo al provocarse los cierres y el declive de las salitreras, encontrando una salida a través de la producción del cobre y de sus ingresos en alza. Igualmente, se nota un aumento en otras áreas como la agricultura, marcada por la altísima demanda de trigo.

La repercusión social que tiene este reafirme económico hace alusión a un pequeño grupo de hacendados en cuyas manos está la producción, y quienes a su vez habían heredado o “comprado” a módicos precios las tierras de manos de campesinos e indígenas. La modalidad de producción agrícola, similar al antiguo vasallaje, colocaba en poder de un terrateniente el dominio territorial, no sólo en sentido geográfico, sino también en un nivel político e ideológico. La figura del “patrón”, existente hasta nuestros días, es la de un hombre perteneciente a las clases acomodadas quien contrata a peones por jornal, permitiendo, en ciertos casos, que los peones vivan en una pequeña porción del terreno, a veces por un precio también negociado.

Vicuña, lugar donde nace Gabriela Mistral (Lucila Godoy Alcayaga) en 1889, está inserto en estas dinámicas de producción. Los primeros años de la poeta toman lugar entre localidades pequeñas, donde se desempeña como maestra (lo fue en La Cantera) hasta que en 1910 llega a trabajar a la Escuela de Barranca en Santiago, mismo año en el que da los exámenes en la Escuela Normal de Preceptores. Desde allí, conoce de primera fuente la realidad de las regiones cuya producción agrícola y minera es llevada a cabo por una masa campesina explotada: Traiguén, Punta Arenas, Antofagasta y Temuco. Según Cristian Geisse

¹⁸ Collier, Simon y William F. Sater. “El león y la mula, 1920-1938”, 1998.

Navarro¹⁹ (2012) “[...] hay que considerar la visible antipatía que la intelectual manifestara por el oficio de la minería, las muchas recomendaciones que hiciera por fomentar el agro, frente a la contaminante y corrosiva acción de la búsqueda de metales. Para ella ‘*La peor tradición que puede heredar un pueblo es la de la riqueza minera*’.” (14)

Por otro lado, Amanda Pinto nace en la capital en 1886 y vive en el seno de una familia de clase media como la mayor de 6 hermanos. Estudia en el Liceo Americano y en el Liceo Isabel LeBrun de Pinochet, graduándose como Bachiller en Humanidades a los 15 años y pudiendo obtener el título de profesora de Estado en Castellano a los 18 en 1905, año que marca su inicio en una prometedora y extraordinaria carrera en la pedagogía. De su familia se sabe relativamente poco, puesto que al parecer al parecer el autoritarismo del padre le genera problemas a medida que va creciendo. Todo apunta a que una vez casada con Guillermo Labarca Hubertson dichos lazos pierden presencia, como lo prueba el hecho de que utilice desde ese momento los apellidos de su marido como si hubieran sido suyos de nacimiento²⁰.

Nuestro último caso chileno, Elena Caffarena, nace en 1903 en la ciudad nortina de Iquique. Su familia la formaban italianos y todos participaban en el proyecto de empresa dirigido por el padre: las famosas medias Caffarena²¹. Si bien se educa en sus primeros años en la región nortina, y debe haber conocido de buena fuente las condiciones laborales de quienes explotaban las minas del interior, en 1920 se muda a Santiago para completar su educación secundaria, que culminará con el ingreso a la Universidad de Chile donde se graduará como abogada.

La situación económica experimentada en dicho momento era de auge para los terratenientes, quienes según Collier y Sater “[...] no tenían por qué temer la competencia: el crecimiento de la población urbana garantizaba un mercado estable para sus productos. Bastaba con un pequeño esfuerzo e incluso pocas inversiones de capital para que las haciendas produjeran ganancias” (184).

¹⁹ Geisse Navarro, Cristian. “Nadie es profeta en su tierra o Gabriela Mistral, la ilustre desconocida del Valle del Elqui”, 2012.

²⁰ Reyes, María Isabel, Helia Vargas y Camila Meza. “Recordando a Amanda: bautizada Pinto, renombrada Labarca”, 2011.

²¹ Poblete, Olga. *Una mujer. Elena Caffarena*, 1993.

Estos mismos sectores adinerados son los que presionan al gobierno de turno para que se modifiquen y modernicen aquellos sectores que benefician su producción, como lo son carreteras, puertos y las vías del tren. Para fines de la década de 1920, los chilenos producíamos tanta maquinaria como bienes de consumo (184), permitiendo casos de emprendedores empresariales como los de la familia Caffarena.

Con la depresión económica del salitre los sectores obreros existentes después de 1920 empeoraron. La baja del salitre provocó, entre otras consecuencias, movilizaciones que dieron origen al Partido Comunista de Chile en 1922 (Collier y Sater, 187), además de las movilizaciones lideradas por Recabarren. El Presidente de turno, Alessandri (el “león de Tarapacá”) sabía que la clase media y los obreros necesitaban legislaciones sociales urgentes: este es el periodo en el que la “cuestión social” era una realidad insostenible.

No obstante, Alessandri no durará mucho tiempo en el poder: renuncia al cargo y se exilia. Tras su regreso, planteará reformas sociales en pro de los sectores marginados, pero continuará reprimiendo las huelgas y manifestaciones con una brutalidad implacable.

La Constitución de 1925 es uno de los cambios más importantes establecidos bajo su gobierno, al que le sigue el de Carlos Ibáñez. “Deseoso de extirpar el comunismo y el anarquismo” Ibáñez ordenó la represión del Partido Comunista (Collier y Sater, 194) en 1927. Su régimen autoritario reprimió a la prensa, a los movimientos obreros y a cualquier entidad que cuestionara el poder estatal que él representaba. A pesar de ello, se invirtieron alrededor de 760 millones de pesos en obras públicas: desagües, vías para el ferrocarril, carreteras, caminos, puentes, instalaciones portuarias, pistas de aterrizaje, etc. En términos de instituciones es normal pensar que, como militar, aquellas dedicadas al resguardo del orden y de la patria iban a recibir prioridad: es así como se crean la Fuerza Aérea Chilena (FACH²²) y Carabineros de Chile (Collier y Sater, 194, 195).

Con excepción de Mistral, nuestras intelectuales chilenas se desenvuelven en la capital en un momento político tenso que no les impide a los gobiernos modernizar la urbe. Estas modificaciones son extensivas a nuevos sectores de la población pero siguen siendo

²² Es curioso el hecho de que la FACH estará encargada de operar la primera línea aérea nacional (LAN), (Collier y Sater, 195).

insuficientes para paliar las demandas de la población: la vivienda, la salud y las condiciones laborales continuarán siendo problemáticas para quienes carezcan de recursos.

La deuda externa contraída por el gobierno chileno hasta estos años se hacía insostenible. Finalmente Ibáñez caerá por el desplome de Wall Street (el *black tuesday*) y la Depresión (Collier y Sater, 197), lo que lo fuerza a recurrir en julio de 1931 a una comitiva de apoyo financiero formada por Pedro Blanquier como Ministro de Hacienda y Juan Esteban Montero en el Ministerio del Interior. Montero quitó las censuras a la prensa, por lo que el público pudo enterarse a través de los medios de comunicación de la grave situación nacional. No tardaron en generarse movimientos, como la huelga llevada a cabo por estudiantes de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica (Collier y Sater, 198).

La entonces estudiante de Leyes, Elena Caffarena, es miembro activo de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) y su imagen se vuelve más pública tras su actitud de protesta por la violencia con la que se reprimieron las manifestaciones propias y de sus compañeros (Poblete, 1993: 23).

Lo que siguió al gobierno de Ibáñez fue una seguidilla de golpes de estado, en las que los dirigentes se pasaban de mano en mano el poder mientras exiliaban a los oponentes a Isla de Pascua²³. Con las elecciones de 1932, vuelve Alessandri, borrando el recuerdo de la república socialista más corta en nuestra historia, pero no por ello al socialismo como ideología política, que ya había asentado sus raíces en el panorama político nacional.

La vida política sigue fructífera en las décadas posteriores hasta bordear 1940. Surge el Partido Socialista, dirigido por Matte y Grove, el Partido Comunista, el Nacional Socialista y la Falange Nacional. Este último posee un origen conservador y llegará a ser uno de los partidos más populares en la segunda mitad del siglo XX. También cabe señalar la importancia del Frente Popular, una coalición que se formará entre los comunistas, socialistas y radicales en 1937 (Collier y Sater, 202), que tiene además una sub-sección: el Frente Popular Femenino, el cual interactúa con el MEMCH coordinado por Caffarena²⁴.

²³ De la presidencia de Montero se pasó a la Junta formada por Grove (a quien Caffarena menciona en sus cartas), Dávila y Matte, que dura sólo unas semanas puesto que Dávila exilia a Grove y Matte y declara estado de sitio. Finalmente, se designa el cargo a Bartolomé Blanche, su entonces Ministro del Interior, quien a su vez lo dejará en manos de Abraham Oyanedel, presidente de la Corte Suprema (Collier y Sater, 200, 201).

²⁴ Cartas del MEMCH. 17 de octubre de 1936, escrita por Santiago Tapia.

Ninguna de las tres intelectuales chilenas militó en estos partidos, aunque sus preferencias no eran desconocidas. Tanto Labarca como Mistral y Caffarena conocían de buena fuente el pensamiento conservador de derecha pero, como sus intereses eran reformistas y en pro de los sectores que el gobierno dejaba marginados, frecuentemente encontraban apoyo en los movimientos radical, socialista y comunista y en las agrupaciones que los representaban²⁵.

A partir de la década de los 20 hasta 1938 Collier y Sater destacan el aumento de la participación en los sindicatos a un número superior a los 100.000 integrantes, por lo que Ibáñez se ve obligado en más de una ocasión a aplicar el peso de la ley y de la violencia policial para reprimir movimientos campesinos y obreros, como la huelga de Ferrocarriles – uno de los mayores sindicatos– en 1936 que lo llevó a decretar estado de sitio por tres meses, cerrando el Congreso (203). Cabe señalar también que las represiones por parte de los terratenientes en los sectores agrícolas del país fueron suficientes como para mantener la acción política reducida a las grandes ciudades, con Santiago como epicentro.

Las razones que sostienen ambos historiadores acerca de por qué Alessandri –o políticos anteriores y posteriores– no hizo modificaciones que alteraran al sector terrateniente chileno resulta bastante obvia, pero debemos mencionarla puesto que la situación se repetirá en el caso costarricense: Alessandri depende políticamente de estos sectores, puesto que son ellos los que forman el grueso de la clase hegemónica que controla el poder, a través del control de la producción de bienes, en este caso, alimentos de primera necesidad. Por lo tanto, cualquier reforma política que desestabilizara su poder le valdría la desprotección, provocando repercusiones que lo removerían de su puesto como Presidente (206).

Con las elecciones de 1938 sale electo Pedro Aguirre Cerda, quien representa los intereses del sector Radical, con un dominio que se extenderá hasta la década de los 60 (Collier y Sater, 212). Quien utiliza este gobierno a su favor es Elena Caffarena, invitando al mandatario y a su esposa, Juana Aguirre Luco, a presenciar actos del Movimiento pro Emancipación de la Mujer Chilena. Igualmente, Gabriela Mistral mantuvo conversaciones

²⁵ Dichas vinculaciones políticas serán revisadas en el tercer capítulo.

con Aguirre Cerda previo a su presidencia, mientras él era profesor, que derivarán en la publicación de Aguirre titulada *El problema agrario* (1929), dedicado a la poeta²⁶.

Por otro lado, la Segunda Guerra Mundial se desarrollaba:

El pacto de no agresión de Stalin con Hitler (agosto de 1939) exacerbó la hostilidad entre comunistas y socialistas. Los comunistas siguieron escrupulosamente las directivas de Moscú, denunciando al Frente Popular, incentivando las huelgas y casi revirtiendo su política anterior de “intransigencia”. [...] Por último, el Frente Popular se desintegró a comienzos de 1941, cuando los socialistas y el movimiento obrero se retiraron formalmente. Sin embargo, aunque el Frente no sobrevivió, la nueva estructura de las alianzas políticas sí lo hizo: la izquierda y el centro cooperaron en la campaña de las elecciones parlamentarias de 1941 [...] (Collier y Sater, 213-214).

Aquí también colaborarán activamente las intelectuales, incentivando múltiples campañas por la paz y en contra del fascismo. No solo las chilenas sino también las costarricenses condenan una y otra vez los actos de violencia que sufren en Europa, y no solo manifiestan dicha propuesta con publicaciones, sino que también generan campañas de ayuda solidaria en las que recolectan bienes necesarios para enviar al otro lado del océano.

Cuando el pacto de no agresión se rompe en 1941 y Hitler invade la Unión Soviética, los socialistas y comunistas chilenos encuentran un punto de unión en la lucha antifascista, retomando así la continuidad del Frente Popular.

Tras la muerte de Aguirre Cerda²⁷ en 1941 continúa el gobierno de Juan Antonio Ríos, un terrateniente conservador y radical. Este periodo se verá marcado por la separación de las agrupaciones de izquierda, quienes solicitan que Chile corte relaciones con el Eje y con la España franquista, las que no se rompen hasta 1943 tras la presión política. Asimismo, las demandas sociales permanecen.

En el último tramo de nuestro interés, desde 1946 a 1952, gobernará Gabriel González Videla, quien se postuló desde la rama radical, apoyado por los comunistas. Collier y Sater

²⁶ Figueroa, Lorena. *Tierra, indio, mujer. Pensamiento social de Gabriela Mistral*, 2000.

²⁷ Su gobierno puede resumirse de la siguiente forma: “[...] integró los partidos marxistas en el sistema político, construyó escuelas y viviendas de bajo coste; incentivó la formación de asentamientos agrícolas e incluso redistribuyó algunas tierras; y, en especial, creó la CORFO” (Collier y Sater, 214).

destacan incluso la colaboración de Pablo Neruda en su campaña: “En el norte el obrero del cobre, / en el sur el obrero del riel, / de uno a otro confín de la patria, / el pueblo lo llama Gabriel.” (217).

Ya en 1947 el Partido Comunista era el tercero más popular del país, después de los radicales y conservadores. No obstante Videla temió la creciente popularidad del partido y de la ideología comunista y “[...] rompió relaciones diplomáticas con los países comunistas. Y resolvió crear un gobierno fuertemente anticomunista” (Collier y Sater, 219). Por un lado, esta resolución estaba motivada por el creciente rechazo a que los comunistas tomaran el poder mediante la movilización de las masas obreras, mientras que por otro, Videla quería congraciarse con el gobierno de Estados Unidos, quienes ya le habían negado créditos a Chile por los vínculos del Presidente con los comunistas (219).

En julio de 1948 González Videla arma un Gabinete de Concentración Nacional que incluye a los socialistas, demócratas, radicales, liberales y conservadores, introduciendo una legislación que declara al Partido Comunista fuera de la Ley, conocida después como “Ley Maldita”. Su funcionalidad era “defender la democracia”, atacando a los partidarios comunistas pues no sólo prohibió el partido, sino que borró a más de 20.000 de sus miembros de los registros electorales y exilió a muchos: Pablo Neruda, entre otros (Collier y Sater, 219).

Igualmente, la protesta de nuestras intelectuales se hará oír, especialmente por parte de Gabriela Mistral, quien cuenta con el beneficio de la distancia, pero con la desventaja de ser una empleada estatal al haber trabajado como diplomática en el extranjero.

En 1950, la situación económica chilena estaba en un estado de crisis máxima, por lo que González Videla toma medidas drásticas y congela los precios y salarios. Exaltados los sectores del comercio, los reclamos se esparcen hacia el sector profesional burocrático (oficinistas en su mayoría), para continuar con los trabajadores del transporte y seguir expandiéndose. Finalmente, en ese mismo año, el apoyo a Videla se evapora cuando les pide a sus ministros que renuncien e instala un “Gabinete de la Sensibilidad Social” que durará hasta después de su gobierno en 1952.

Cabe destacar, y es de sumo interés para nosotros, que es dentro de este periodo, en 1949, que se logra la aprobación del voto femenino. Resulta anecdótico puesto que es uno de

los peores momentos de la política y en el que el panorama electoral era un lugar inhóspito a todas luces:

La votación fraudulenta no había sido eliminada; [...] Y lo que es más nefasto, el sistema de partidos comenzaba a desintegrarse. Dieciocho partidos, muchos de ellos facciones de organizaciones antes monolíticas, estaban multiplicando hasta el infinito los candidatos para las elecciones parlamentarias de 1949.

[...]

Dado que los parlamentarios ganaban sus puestos mediante el fraude, no tenían mayor necesidad de ajustar sus ideologías (asumiendo que tuvieran alguna) para satisfacer las necesidades de sus electores (Collier y Sater, 221).

Demás está decir que tanto Mistral como Labarca y Caffarena tenían una opinión con respecto a la participación de la mujer en cuestiones de política, siendo las dos últimas promotoras de la obtención del voto, mientras que la primera mantuvo cierta distancia con respecto al tema. Este asunto lo trataremos en extenso más adelante, pero por ahora basta comprender que la lucha sufragista –llevada a cabo por hombres y mujeres– y la obtención del voto legitiman la función de la mujer como ciudadana, como agente dentro del espacio legal-público, y por lo tanto, como una entidad que participa activamente en la conformación de la nación.

Costa Rica

Costa Rica presenta a finales del siglo XIX una vida política que, según los historiadores y hermanos Orlando y Jorge Salazar Mora (2010), se enmarcará en “la República Liberal Oligárquica” (x) que durará hasta la primera década del XX. Allí, el poder político: “[...] estuvo en manos de una élite reducida [...] sin ninguna participación popular. Las luchas por el control del gobierno se circunscribieron al estrecho círculo oligárquico que ostentaba el poder económico, principalmente a los cafetaleros a partir de 1840, cuando se inicia el proceso del Estado nacional” (ix).

Efectivamente, ya a principios de los años 20, en el pequeño país centroamericano los vicios políticos eran los mismos de Chile. Sectores como las masas populares y las mujeres carecen de representación, quedando al margen de las decisiones políticas, mientras que el

sistema político y legislativo sufre reforma tras reforma sin avances sustantivos que mejoren la calidad de vida de la población.

Es en este espacio donde conviven Carmen Lyra (1888-1949), Ángela Acuña (1888-1983)²⁸ y Luisa González (1904-1999). La primera pasa sus primeros años en la capital costarricense, que para ese entonces sigue siendo “pueblerina”, con cruces entre lo rural y urbano, y será criada allí por su madre bajo la condición de hija ilegítima (Lemistre, 2011: 21). Su nombre fue María Isabel Carvajal, el que evolucionó en la primera publicaciones a Carmen Lira y luego a Lyra por considerar que la i latina le traía mala suerte²⁹.

Su pseudónimo le fue entregado por su tutor intelectual, Joaquín García Monge, como aparece publicado en un ensayo del escritor costarricense Joaquín Gutiérrez Mangel publicado en sus *Obras Completas*:

Cuando María Isabel Carvajal –mimbre de ternura inflexible y regazo maternal de nuestra literatura– fue, siendo una muchacha, donde don Joaquín a pedirle que le sugiriera un seudónimo para firmar sus primeros escritos, este, con no poca picardía –que no le faltaba, como buen campesino– y con otra poca de nostalgia por sus años de adolescentes vividos en Santiago, le sugirió que se firmara “Carmen Lira”, guardándose, eso sí, de contarle de dónde sacó aquel nombre. ¿Y de dónde lo sacó? De un tranvía. El tranvía del recorrido 7, que entraba desde la Alameda de las Delicias, por la calle Carmen y regresaba por la calle Lira, y que llevaba adelante una tablita con ambos nombres indicando este recorrido (1989: 242).³⁰

La “niña Chabela”, como la llamaban sus conocidos, le debe a García Monge no solo su pseudónimo y gran parte de su educación al haber sido su pupila, sino también la beca que la envió en 1920 a Europa, gracias a que el director del *Repertorio Americano* se desempeñaba en dichos años como Ministro de Instrucción Pública. Como veremos más adelante, la consecuencia más importante de su tour por Francia, Italia e Inglaterra, además

²⁸ Calvo, Yadira. *Ángela Acuña, forjadora de estrellas*, 1989.

²⁹ Soto, Rodrigo. “*Había una vez...un inédito de Carmen Lyra*”, 2009.

³⁰ En Carvajal, Jaime. “Los textos de Carmen Lyra en el *Repertorio Americano* 1920-1939; memoria: América Latina en el *Repertorio Americano* 1919-1958, 2000.

del hecho de que volvería a la Escuela Normal a ser maestra de Luisa González en la Cátedra de Literatura Infantil, será la fundación de la Escuela Maternal.

Por otro lado, Acuña se cría en las afueras de San José, en Cartago, en el seno de una familia ilustre (su padre es abogado); cuando fallece la madre teniendo ella 6 años es enviada a vivir con una tía en el barrio La Merced, pero aun así no abandona el estilo de vida de la capital (Calvo, 1989: 23). Mientras tanto, Luisa González nace y pasa gran parte de su juventud en la provincia de Heredia –a 12 km de San José–, criada y rodeada por el ambiente que genera una numerosa familia de obreros³¹ (Rojas, 2006: 23).

En los años que estudiamos aquí, Lyra y Acuña ya han ingresado en la esfera pública, en especial a través de publicaciones en periódicos y revistas locales, habiéndose también publicado la primera novela de Lyra, *En una silla de ruedas* (1918), mientras que González está recibiendo su “cátedra de literatura infantil en la [Escuela] Normal”, graduándose como maestra recién en 1922 y publicando en 1923 una pieza de teatro infantil (Rojas, 23).

Los años 20 en Costa Rica están marcados por el término de la dictadura militar del general Federico Tinoco, contra quien Lyra protestó enérgicamente, debido a las modificaciones que promulgó contra el sector pedagógico; en particular, las medidas de reducción salariales. Según la misma Luisa González:

La más valerosa lucha la iniciaron las maestras de la Escuela Buenaventura Corrales (Edificio Metálico), el 13 de junio de 1917. Tal propuesta fue motivada porque la dictadura impuso al magisterio el uso de una tarjeta llamada tercerilla. Con esta medida, las maestras recibían un tercio menos de su salario, el cual, supuestamente, podían recuperar comprando con la tercerilla en los establecimientos comerciales [...]

Tal situación enardeció el espíritu de los educadores, hasta llevarlos a la protesta pública en las calles de San José el 13 de junio de 1917. Se organizaron en un gran desfile cívico organizado por las maestras Carmen Lyra, Lilia González y Matilde Carraza (*Escritos*, 70).

³¹ Es posible generar un paralelo autobiográfico entre la vida de Luisa González y su relato *A ras del suelo*. Si bien no son idénticas las experiencias, el espacio de la pobreza sí fue conocido de primera mano por Luisa, quien fue la primera generación de profesionales educadas institucionalmente en su familia. Además, tenía a su alrededor la experiencia de la Maternal, con un grueso de alumnos pertenecientes al sector social más bajo.

A los Tinoco les seguirá una hegemonía liberal que durará dos décadas, a cargo de Ricardo Jiménez (a quien Acuña apoya en reiteradas ocasiones a través de la prensa) y Cleto González. Esta primera mitad del siglo XX incluye la controversial figura de Calderón Guardia a partir de 1940, quien implantará reformas que llevarán al enfrentamiento armado, conocido como la Guerra Civil de 1948 (Salazar, xi).

Desde la perspectiva legal, los avances más sustantivos son la Ley Electoral (1925) y el Código (1946), ambos proyectos lanzados en pos de reformular el voto (Salazar, xi). Por su parte, la Constitución Política de 1949 crea el Tribunal Supremo de Elecciones como un órgano supuestamente desvinculado de los poderes de la República, cuyo momento de gloria radicó en ser la institución bajo la cual se aprueba el voto femenino (Salazar, xii).

Dentro del espectro de partidos políticos, el período que abarca entre 1920-1948 mantiene los viejos partidos liberales oligárquicos, los cuales no impiden el surgimiento de partidos con inspiración revolucionaria como el Partido Reformista de Jorge Volio (1924) o el Partido Comunista (1931), entre otros (Salazar, xx).

Para comprender mejor esta etapa los hermanos Salazar la describen como un periodo de transición hacia un Estado reformista e interventor, en un contexto en el cual la República Liberal está en crisis (55). Hasta estos años, el Estado interviene poco en las políticas públicas y deja el poder en manos de aquellos que sostienen la economía agroexportadora, es decir, el dominio político y económico está ahora en manos de los cafetaleros y de aquellos que trabajan en el área bananera.

En términos de modernización urbana San José presentaba los mismos desarrollos que cualquier otra capital latinoamericana: los grandes cafetales se van convirtiendo en barrios acomodados y el centro se va llenando a partir de las últimas décadas del XIX de instituciones y monumentos como el Archivo Nacional, el Museo Nacional, la Biblioteca Nacional y el Edificio Metálico, entre otros (Lemistre, 35). Sin lugar a dudas, la empresa norteamericana *United Fruit Company* representará uno de los mayores avances en transporte y comercio, gracias al establecimiento de vías de ferrocarril que cruzaban gran parte del país, en pos de movilizar la mano de obra y la producción de banano.

Frente a la injusticia –que veremos denunciada con entusiasmo por Lyra y González más adelante– los movimientos populares, amparados por el Partido Comunista y otras

facciones que simpatizaban con la izquierda, generan movimientos de protesta organizados: campesinos, obreros, artesanos y sectores medios en ascenso discuten la manera en que las tres líneas de partidos políticos (liberales, reformistas y revolucionarios) promueven el desarrollo del país (Salazar, 55).

Los liberales buscaban mantener el orden existente, proveniente del XIX, defendiendo el sistema capitalista y el liberalismo económico, sin estimular ningún tipo de intervencionismo estatal; igualmente, apelan a la comunidad costarricense sin importar su clase, aunque no por esto fueron los favoritos de las clases desprotegidas (Salazar, 65).

El gobierno que da inicio a la segunda década del siglo XX es el de Julio Acosta García, quien se hace cargo hasta 1924 de un país agotado social y económicamente por los abusos cometidos bajo la dictadura de Tinoco. El mayor conflicto que le toca resolver al gobernante es la llamada Guerra de Coto en 1921, provocada por la usurpación de territorio panameño, resultando en la indexación para Costa Rica de Pueblo Nuevo de Coto. Dicha apropiación de terreno fue apoyada por los intereses que Estados Unidos tenía puestos en más tierras de explotación para la *United Fruit Company*, lo que demuestra que el intervencionismo extranjero superaba las decisiones del propio gobierno nacional.

De las tres costarricenses que estudiamos, sólo Acuña ve con buenos ojos a Estados Unidos, mientras que Lyra y González (esta última vivió más tiempo para protestar) denunciarán el intervencionismo norteamericano y las consecuencias que trajo para la población costarricense, en especial para los obreros de las plantaciones bananera y cafetalera. También profundizaremos en esto más adelante.

Al continuar con los gobiernos llegamos al de Ricardo Jiménez, representante del Partido Republicano (liberal), quien gobierna entre los años 1924 y 1928. A Jiménez se lo acusaba de “[...] estar financiado por la oligarquía cafetalera y por las compañías eléctricas extranjeras; así como de representar los intereses de aquellos sectores que oprimían a los obreros y a los peones agrícolas” (Salazar, 68).

Su sucesor, Cleto González Víquez, es electo en 1928 y, al igual que Jiménez, ya había sido Presidente de la República anteriormente. Representaba los intereses económicos de los cafetaleros y, a pesar de que aseguró públicamente que su proyecto incluía mejorar las condiciones de vida de los costarricenses, las reformas fueron menores. Su propuesta

aseguraba: “[...] laborar por el progreso moral y material, luchar por la sanidad espiritual y física, y porque se preserven la libertad, la independencia, la paz, el orden y la voluntad popular; y mejorar las condiciones higiénicas de las viviendas pobres” (Salazar, 67).

En 1932 Jiménez retoma el gobierno, enfrentándose ya a los desastres que la depresión económica había traído consigo al globo. Es en esta etapa donde los partidos políticos reformistas comenzaron a ganar popularidad entre los sectores medios y obreros, puesto que la intervención estatal se volvía urgente. Según los hermanos Salazar en este momento en particular:

[...] se dieron luchas sociales a favor de reformas porque las crisis económicas crearon las condiciones para que la burguesía nacional aceptara implementar varias leyes sociales; y, porque se dio la influencia de nuevas ideologías (socialcristianismo y socialdemocracia), que se expresaron en partidos reformistas. Estos partidos [...] cuestionaron el modelo agroexportador, la hegemonía política de los cafetaleros y el clásico estado liberal, por medio de un programa político de gran contenido social. Sin embargo, su débil organización interna, el papel del líder o caudillo (Volio, Calderón y Vargas) y sus pactos políticos les restó autonomía y vigencia histórica (72).

Efectivamente, la clase media y obrera estaba cansada del liberalismo económico. El supuesto equilibrio que el mercado agroexportador costarricense debía obtener derivó en la explotación de hombres, mujeres y niños, siendo demográficamente menor la clase terrateniente, quienes obtenían el beneficio económico de la explotación.

La necesidad de una organización social efectiva y de la intervención del Estado fue representada por tres grandes partidos: “el Partido Reformista del General Jorge Volio (1923), el Republicano Nacional Calderonista (1940) y el Confraternidad Guanacasteca (1940)” (Salazar, 72).

Estos partidos reformistas resultaron ser “revisionistas” y no modificaron las condiciones en base a las cuales se producía la desigualdad social y económica. Sí buscaron maneras de mantener el capitalismo pero con mejores mecanismos de bienestar social, fomentando el desarrollo industrial y del agro, pero con cambios que resultaron de poca profundidad ya que nunca lograron la autonomía y fuerza suficientes para oponerse al peso de los liberales. Se rescata en especial el partido de Volio –del que hablarán González y Lyra–

porque era la única opción que presentaba tesis opuestas a los partidos liberales. Volio nunca obtuvo la presidencia, aunque sí fue congresista en 1922 (Salazar, 73).

Igualmente, entre 1920 y 1936 surgen los partidos de carácter revolucionario: el Partido Comunista y el Partido Socialista. Fundado en 1931 por un grupo de intelectuales y obreros, entre los que se contaban Carmen Lyra y Luisa González, el Partido Comunista tenía antecedentes en agrupaciones como el grupo anarquista “Germinal” o “ARCO” (Acción Revolucionaria de Cultura Obrera).

Propiciada por el ingreso de las teorías marxistas a través de publicaciones y viajes de intelectuales a Europa, el Partido Comunista se presenta como uno de carácter político fuerte y cohesionado con una propuesta de reforma total, en contra del poder de la oligarquía cafetalera, pero también en contra de personalidades reformistas como Volio (Salazar, 84).

Volviendo a Ricardo Jiménez, su gobierno acaba en 1936, cuando es electo León Cortés Castro (de su mismo partido). Cortés gobierna entre 1936 y 1940 avalado por un currículum previo de amplia trayectoria: maestro, diputado, juez de Cartago, Presidente del Congreso, Secretario de Educación y Secretario de Fomento. “Apareció como líder con rectitud, dedicación al hogar, probidad ejemplar, hombre trabajador, ordenado y eficiente; además de que el haber sido Secretario de Fomento le permitió visitar todos los cantones del país, lo cual lo puso en contacto directo con la base social de su partido” (Salazar, 69-70).

Al igual que Jiménez, quien apoyó su campaña, Cortés protegía el estado actual en el que se encontraba Costa Rica y vio en la creciente popularidad del Partido Comunista una amenaza, e inició una campaña anticomunista, puesto que una de las facciones liberales, el Partido Nacional, había entrado en negociaciones con el Bloque de Obreros y Campesinos, promulgando de esta manera la “revolución con huelgas, desórdenes y crímenes” (Salazar, 70), en oposición a la ejecución del propio gobierno que se mantuvo apegado a las tesis liberales.

A este gobierno le sucede el de Rafael Ángel Calderón Guardia, quien fue Presidente entre los años 1940 y 1944, y quien al igual que Cortés y Jiménez, adscribía al Partido Republicano Nacional. La particularidad en este momento reside en el hecho de que nos encontramos en el tránsito hacia el Estado interventor, especialmente en materia social. Su gobierno funcionó bajo la categoría de “reformista-revisionista”. Una vez en el poder, las

reformas de Calderón incluyen la creación de la Universidad de Costa Rica, los seguros y garantías sociales y el Código del Trabajo (Salazar, 71).

Un año antes, en mayo de 1939, el Partido Comunista declara su política antifascista volviéndose a favor de las democracias, siempre y cuando éstas contaran con gobiernos antifascistas y hubiesen sido elegidas por el pueblo. Por esto mismo, apoyará también a Estados Unidos cuando haga su declaración frente a los regímenes totalitarios. Frente a la inminencia de una segunda Guerra Mundial, depone sus metas principales (instaurar el socialismo en el país) y decide unirse a las naciones bajo la meta común antifascista, siguiendo un programa de emergencia (Salazar, 88).

El Partido Comunista apoyó a Calderón Guardia y sus reformas; además, Calderón había perdido el apoyo de Cortés, quien se oponía a las políticas reformistas y reprobaba la declaratoria de guerra a Alemania y Japón. Como respuesta Cortés crea el Partido Demócrata en 1941, “para defender los intereses de los banqueros, los cafetaleros y los grandes comerciantes, quienes se veían afectados por las políticas de Calderón, especialmente por la cuota patronal que debían pagar por el régimen de seguro social, y porque mantenían importantes vínculos económicos con Alemania” (Salazar, 88).

En 1943 el Partido Comunista se transforma en el Partido Vanguardia Popular – manteniendo la alianza con los calderonistas– y busca, a través del cambio de imagen y nombre, mejorar la imagen que se tenía en la opinión pública. Dentro de las repercusiones de programa, Vanguardia Popular dejó de lado el ideario revolucionario y adoptó el reformismo (Salazar, 88). Más adelante en el mismo año, Vanguardia Popular y el Partido Republicano Nacional formaban una alianza que significó el gobierno de Teodoro Picado entre 1944 y 1948, mismo año en el que comenzó la Guerra Civil. Una de las reformas notorias en el gobierno picadista fue el Código Electoral de 1946 (Salazar, 89).

Para 1944 Vanguardia Popular controlaba “unos 100 sindicatos, con unos 30.000 afiliados” (Salazar, 88). Picado, que originalmente pertenecía al Partido Republicano no vio con buenos ojos el aumento en el poder que la fuerza sindical de Vanguardia Popular representaba y bajo su gobierno se inicia una fuerte campaña anticomunista. Por otro lado, esto no rompió las relaciones entre comunistas y calderonistas hasta 1948 cuando la Iglesia

Católica, los sectores oligárquicos y la presión estadounidense confluyeron en un bloque de oposición (Salazar, 89).

Este bloque opositor incluía al cortesismo, al ulatismo (Otilio Ulate) y al figuerismo (José Figueres):

[...] es decir, a los emergentes sectores medios, a los sectores oligárquicos, al capital extranjero y a la burguesía rural. Este “Bloque de la Oposición” estaba integrado por los partidos: Demócrata (cortesismo), Unión Nacional (ulatismo), Acción Demócrata (figuerismo), y Socialdemócrata (grupo del “Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales”) (Salazar, 89).

El ulatismo recoge el caudal electoral cortesista, y representa los intereses de los sectores burgueses y oligárquicos, por lo tanto, no apoya el proyecto reformista; mientras que los socialdemócratas no sólo apoyaban lo que Calderón había hecho en términos de reformas sino que buscaban implementar nuevas a través de la intervención estatal (Salazar, 89).

En este punto el movimiento político liberal ya lleva más de 30 años en el poder, por lo que es imposible evitar su desgaste. No obstante, y debido al clima político global y a la visión de la Unión Soviética como un gobierno que resultó igualmente fascista, aquellos representantes del comunismo revolucionario fueron perseguidos. En 1948 Carmen Lyra y el co-fundador del Partido Comunista, Manuel Mora, son exiliados de Costa Rica y huyen hacia México. González se queda, pero pierde sus privilegios como maestra y funcionaria pública. En 1949, Lyra muere en México sin que se le haya permitido retornar al país cuando solicitó su regreso por sufrir de cáncer (Ducca, 2011: 18)³². Por su parte, Acuña desdeña el comunismo puesto que considera que altera el orden nacional y concentra sus publicaciones en apoyo a los militares y a la facción conservadora en la Guerra Civil de Costa Rica, mientras se encontraba de viaje en Estados Unidos.

El pacto entre el Partido Vanguardia Popular y el Partido Republicano Nacional, al igual que el estado en el que la política se había desarrollado hasta entonces en Costa Rica, sufre un quiebre en 1948. El bloque opositor mencionado anteriormente ganó las elecciones, ante lo cual Calderón pidió su anulación al Congreso. Como los miembros del Congreso eran

³² Ducca Durán, Isabel. “Carmen Lyra y el imaginario oficial”, enero-diciembre 2011.

calderonistas en su mayoría aceptaron la nulidad y un indignado José Figueres se alzó en armas dando inicio a la Guerra Civil. Picado tuvo que dejar el poder, dando paso a una Junta de Gobierno presidida por Figueres, quien estableció la Constitución Política de 1949 en gobierno que duró hasta noviembre de 1949. Allí asume Otilio Ulate, cuya elección se había objetado por Calderón. De sus reformas la más importante es la fundación del Banco Central de Costa Rica, la Contraloría General de la República y el Consejo Superior de Educación.

Un tercer aspecto a destacar del dominio de Figueres y Ulate en relación con la nueva Constitución es que se dedica un capítulo a los derechos y deberes de la ciudadanía, definiéndose esta última en el artículo 90 como “el conjunto de derechos y deberes políticos que corresponde a los costarricenses **de uno y otro sexo** mayores de veinte años” (Salazar, 105-106, el destacado es nuestro); así, el voto femenino es una realidad electoral –y se cumple el sueño sufragista de Ángela Acuña.

Con respecto al comunismo, los historiadores destacan que los afiliados al PVP “perdieron sus principales instrumentos de lucha, porque el Vanguardia Popular quedó fuera de la ley (artículo 98 de la nueva Constitución), y porque la Confederación de Trabajadores de Costa Rica (CTCR), que controlaban, fue declarada ilegal” (Salazar, 90). Súmese a esto que sus líderes fueron exiliados o removidos de sus funciones públicas y políticas, por lo que no tuvo participación en ninguna de las elecciones siguientes hasta 1975.

Como resultado de lo expuesto hasta aquí podemos concluir que tanto Chile como Costa Rica comparten un panorama similar. En los dos existen fuerzas políticas que defienden los intereses del capitalismo, de inversionistas extranjeros y de la oligarquía terrateniente, enfrentados contra aquellos que creen en la posibilidad de prácticas socioeconómicas alternativas, ya sea mediante la vía del Comunismo o del Socialismo, o a través de una visión más conservadora asociada a los principios del catolicismo. Lo claro es que todo programa político incluye una proclama en pos del bienestar de un “pueblo” que resulta tener múltiples rostros: obreros, clase media, nuevos ricos, mujeres, etc.

Nos enfrentamos a un momento de crisis. A partir de 1920 los movimientos sociales y sus nuevos actores –en especial la reciente clase media, las mujeres y los sectores obreros– encontrarán los medios para protestar de manera organizada y tener influencia en la vida pública y el desarrollo nacional. Los estados benefactores promulgarán medidas paliativas

ante los problemas de vivienda, salud y salarios, entre otros, pero no lograrán el nivel de intervencionismo deseado por aquellos sectores políticos que anhelaban reformas de base. El Comunismo se presenta entonces como el partido del pueblo (pueblo proletario, campesino, artesano, pero que también incluye jóvenes estudiantes e intelectuales de la clase media) cuya propuesta radical y revolucionaria aterra a los conservadores, que de alguna manera u otra se las habían arreglado para mantener su poder desde la Independencia. Lamentablemente, el proyecto fue coartado en ambos países, sin desaparecer por completo y dejando tras de sí numerosos intelectuales dispuestos a seguir trabajando su propuesta igualitaria.

Lo que sigue después es el inevitable movimiento político, que con sus ires y venires configura los antecedentes para los revueltos años 60.

Situación de la mujer entre 1920 y 1950

Asunción Lavrin (2005)³³ explica lo que hemos bosquejado anteriormente en este capítulo³⁴. Entre 1890 y 1925 los partidos políticos de centro y de izquierda promovían al Estado como entidad que debería regular e intervenir en procesos relativos a justicia, educación, legislación y salud. Quienes proponían reformas y cambios en la época se dividían en cuatro grupos, entre ellos, el feminista, liderado por quienes “[...] procuraban convencer a los hombres de que las mujeres eran ciudadanas que con su trabajo e inteligencia colaborarían en la tarea de construir una nación mejor. No se las debía marginar de ningún plan de cambio y progreso” (17).

A comienzos del siglo XX el feminismo implicó que las mujeres adquiriesen conocimiento de lo que significaba “ser mujer” en la sociedad, entendiendo qué deberes y derechos les correspondían como ciudadanas, categoría en la cual no estaban incluidas puesto que la parte cívica correspondía tradicional y “naturalmente” a los varones. En este sentido, el feminismo es la actitud que adoptaron las mujeres y los varones simpatizantes para poder

³³ Lavrin, Asunción. *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, 2005.

³⁴ Lavrin se refiere a los casos específicos de Chile, Argentina y Uruguay, no obstante, creemos que otorga un panorama general adecuado para completar la imagen de Chile y Costa Rica, permitiéndonos situar de mejor manera a nuestras intelectuales en el periodo estudiado.

incluir al sexo en temas políticos que afectaban a ejes como la familia, la escuela y el trabajo, lugares todos donde la mujer participaba activamente (Lavrin, 18).

Surgieron propuestas feministas para atacar desde tres ángulos: la situación económica, jurídica y política de la mujer. Los medios para realizar las reformas fueron variados y no dieron resultados concretos –como la obtención del sufragio– hasta fines de la década de los 40.

Tampoco existió **un solo** feminismo, sino que convivieron diferentes expresiones de agrupaciones construidas por mujeres y hombres empoderados, concentrados en resolver los problemas más urgentes a su situación social particular (Lavrin, 19). Esto se verá con mayor claridad en los siguientes capítulos, donde discutiremos el desarrollo de propuestas feministas como sufragista de Elena Caffarena y la legislativa de Ángela Acuña, cercanas al pensamiento liberal –sobre todo Acuña– en oposición a las propuestas de Labarca, Mistral y González, cercanas al pensamiento socialista y comunista.

En parte, las posturas de estas mujeres sobresalen puesto que la realidad presentaba a las mujeres en un nuevo rol cuando a la madre y ama de casa se le suma la asalariada, ya sea en labores que requieren educación y formación previa como maestras, secretarias o enfermeras, o bien en otras labores consideradas informales, como lavanderas, empleadas domésticas, costureras, cocineras, entre otras. Como fuese, para 1930 las mujeres trabajadoras tenían claras las deficiencias de un sistema político que no las reconocía ni hacía caso a las evidentes carencias: la carestía de la vida, la pobreza en el sistema de salud, las diferencias salariales con respecto a los varones, el trato en el lugar de trabajo, la sobreexplotación y otros temas fueron puestos en la palestra pública.

Pero ¿cómo lograrían ser escuchadas? El rol de la mujer debería evolucionar, obtener un valor único e indispensable para el desarrollo nacional. El trabajo femenino se debía “vender”, luchando contra aquellas opiniones conservadoras –arraigadas en una cultura machista que pareciera ser eterna– que limitaban el espacio de actividad de la mujer a los quehaceres domésticos y por ende, al espacio privado del hogar.

Las mujeres trabajadoras respondieron argumentando que las actividades remuneradas las dignificaban como entidades proveedoras y que, en muchos casos, estaban mejor capacitadas –a veces por estar dotadas de cierta “sensibilidad”– que los hombres para ciertas

tareas. La **maternidad** (que también trabajaremos más adelante) se presenta como un elemento relevante en el armazón de esta argumentación. Al respecto Lavrin dice que “Los derechos de las mujeres como personas eran importantes, pero ellas nunca perdieron de vista el hecho de que las mujeres, en su mayoría, se convertían en madres y que la maternidad causaba algunos de los problemas más graves que todas encaraban” (21).

Así, la maternidad se vuelve un servicio para la nación: en otras palabras, las mujeres dan a luz a los hombres que dirigirán el futuro, velando por el orden y el progreso nacional. Y dar a luz no es lo más importante, sino que contempla una segunda parte: la **educación** que como mujeres-madres deben impartir. Como afirma Lavrin “[...] se introdujo el papel de la maternidad guiada por la educación, una iniciativa consciente de avanzar más allá de las funciones naturales de la maternidad para proyectar la importancia de la mujer en la tarea de criar generaciones nuevas” (21).

El enfoque estará dirigido desde aspectos básicos como la nutrición y el estado físico saludable del niño -temas que preocuparán mucho a Lyra y a González- hasta su formación espiritual vía educación formal.

Igualmente, en la década de los 30, y asociados a la alta tasa de mortalidad infantil, surge el problema de la natalidad descontrolada, y por ende, del tema biológico en general. La reproducción femenina fue un ítem duramente censurado por el pensamiento machista y conservador católico, religión que en ambos países tiene fuerte arraigo hasta nuestros días. No obstante, los índices de mortandad subían vertiginosamente, puesto que las madres carecían de recursos económicos para mantener al gran número de nacidos, y aquellas que abortaban lo hacían en condiciones antihigiénicas poniendo en riesgo sus vidas. De profilácticos ni se habla; sólo Elena Caffarena buscará regular en Chile este aspecto, por el cual sufrió duras críticas provenientes de todos los sectores.

Según Lavrin “La educación sexual salió de la oscuridad. Las autoridades de salud pública la estimaban una cuestión médica y las feministas, una cuestión de ética, y denunciaban la importancia que se daba a los aspectos biológicos de las relaciones sexuales y no a sus consecuencias sociales” (23). Pasó pues, a cuestiones jurídicas y sanitarias, mas gran parte de las feministas prefirieron generar campañas pro-vida, privilegiando el bienestar

de los niños (aunque fuese a través de orfanatos) por sobre el de las madres. La presión social era más grande.

Otro aspecto, también trabajado *in extenso* por la abogada Caffarena, tendrá relación con la mujer y sus bienes –entre los que se cuenta ella misma y sus hijos– comprendidos desde el aspecto legal. Esto porque hasta las décadas aquí trabajadas la mujer jamás fue de su “propiedad”, sino que siempre estuvo supeditada al dominio de algún hombre, ya fuese padre, hermano, tío o marido. No podía decidir por ella misma, ni actuar sobre sus posesiones lo que naturalmente la coartaba cuando se trataba de tener libertad de acción en el espacio público.

No obstante, esto le permitió “[...] al liberalismo decimonónico un blanco para ensayar sus ideas acerca de la igualdad de los sexos y la necesidad de cortar los lazos entre la Iglesia y el Estado” (Lavrin, 25), propuestas que amenazaban los principios católicos y “democráticos” (puesto que estaban en la Ley) de la autoridad del *pater familias* y su potestad.

Debemos comprender que en todos estos aspectos se juega el equilibrio entre lo público y lo privado. Cuando las mujeres salen del resguardo hogareño al mundo laboral e intelectual, y ponen sobre la mesa temas como el aborto y la igualdad jurídica ante el hombre, o la libertad sexual (en términos de poder decidir), el *statu quo* se siente violado por aquellos apegados al sistema tradicional –mujeres incluídas.

Moi explica esto cuando se refiere a feminismo en su artículo “Apropiarse de Bourdieu...” (1999). Allí se refiere a la “doxa” y la “ortodoxia” como parte de la violencia simbólica que produce un campo. La violencia simbólica se genera en la medida en la que las dinámicas de un campo resultan “naturales” y obvias y por ende, no necesitan ni surge la necesidad de que sean cuestionadas. En este espacio, la doxa vendría a ser aquello “natural”, mientras que la ortodoxia es el “esfuerzo por defender la doxa” cuando esta pierde dicho carácter “obvio” (7).

Cuando el orden no se percibe como arbitrario es cuando la violencia simbólica permanece, y son las crisis y la crítica las encargadas de poner en jaque al campo. La primera “es una condición necesaria para un cuestionamiento de la doxa, pero no es condición suficiente en sí misma para la producción de un discurso crítico” (7).

Las clases dominantes, incluso en periodos de crisis, establecerán su discurso de manera ortodoxa, y no será hasta que los grupos insurgentes también hagan públicos sus discursos que comenzará a resquebrajarse el modelo. Y he aquí la parte que nos interesa de nuestras intelectuales feministas, quienes pueden hacer públicos sus discursos, generando controversia cuando éstos se salen de lo privado.

Dijimos ya que para ser escuchado en el campo primero hay que ser un agente que juega dentro de él, y en efecto nuestras escritoras ya han ganado movimiento y presencia. Por eso mismo, este discurso que se sale de la norma igualmente pasa a ser “legítimo” en el momento en el que forma parte de un grupo que igualmente, gracias a su capital simbólico, posee autoridad. Si bien el lenguaje institucional puede poseer poder, también lo pueden tener aquellos grupos “heréticos” (8) que objetivaron sus experiencias y las volvieron públicas, “un paso en el camino de la oficialización y la legitimación” (8).

Nuevamente cae aquí esa supuesta dualidad discursiva presente en otras ocasiones: “Como intelectual, su posición se vuelve particularmente ambigua, ya que su *critique social* o política se encuentra necesariamente atrapada en los mecanismos y estrategias sociales y políticos –los *habitus*– del campo intelectual en el que se encuentra” (8).

A pesar de que surge el dilema del discurso intelectual como uno que legitima la experiencia que ha contribuido directa o indirectamente a producir la crítica en primer lugar, el giro existe en la posibilidad de que dicho discurso genere “[...] efectos materiales y prácticos por sí mismos. Por eso, tales discursos –en su forma limitada–, pueden verse, en la práctica, como transformadores. (8, 9)

De esto entendemos que el cambio en un campo sucede, primero y por lo general, en las prácticas cotidianas y que, una vez que se vuelve evidente tanto en lo privado como en lo público, cuando es ya un *estado*, los productos intelectuales legitiman dicha experiencia, la cual produjo la práctica en un primer lugar.

De esta manera, discurso y práctica irían de la mano y no serían necesariamente causales el uno del otro, sino coexistentes en la medida en que el discurso *es* también una práctica y *produce* otras al generar cambios dentro del campo.

El ejemplo de Acuña nos cae como anillo al dedo. Una intelectual cuyo *habitus* y capital simbólico le permitió generar un discurso contra la doxa al salirse de temáticas poco

rupturistas y hablar de lleno de feminismo. No obstante, ese feminismo –comparado con el de hoy– resulta ambivalente puesto que busca mantener el *habitus* epocal de las mujeres con valores como la maternidad, la feminidad doméstica y otros, añadiendo los elementos que la sacarían del campo al referirse a la concesión de poder político (en particular el voto) para la mujer. Sus discursos son producto de una crisis global con respecto al tema feminista, como ejemplos están los casos de Estados Unidos, de los cuales seguramente escuchó, y los de Inglaterra (protestas lideradas por Emmeline Pankhurst) que experimentó en carne propia mientras residió en dicho lugar. Sin ellos no se habría producido el cuestionamiento en primer lugar, o tal vez habría llegado más tarde o se habría manifestado de diferentes formas. El punto es que Acuña es una mujer que, a partir de la crisis, provoca discursos que legitiman dicha experiencia (a través de su capital educacional y social) y que, a su vez, provocan nuevas crisis y transformaciones, especialmente en el plano de la política costarricense. Es así como podemos ver que el discurso también es una práctica, una estrategia y una forma de establecer agencia.

Volviendo a la violencia simbólica debemos entender que, como “cosa natural”, la opresión sexual es uno de sus efectos (9). La relación “tradicional” entre los sexos está regida por un *habitus* que hace que lo masculino y su poder sean legítimos, incluso para las mujeres.

Para Moi las diferencias sexuales son una cuestión de práctica social (12). Para eliminarlas o cambiarlas hay que modificar conductas enraizadas, razón por la cual el orden no se puede alterar de un plumazo cada vez que hay una crisis. Pero, para suerte de nuestras escritoras, el pertenecer al campo intelectual y en especial al literario les da una suerte de ventaja: por un lado por la ya mencionada autonomía respecto al campo social, entregada en gran parte gracias a que tiene formas de legitimación propias, y por otra, porque da espacio a la *performance*. Según Judith Butler (1990) el género es performativo, y como tal, permite cierta amplitud como para que nuestras intelectuales puedan –recordando a Simone de Beauvoir– *hacerse* de una manera singular. En una de las fotos que se encuentran de Elena Caffarena³⁵, por ejemplo, aparece con un peinado engominado hacia atrás y con un traje “masculino” con corbata, propio al parecer de los abogados de la época, mientras que Mistral

³⁵ Ver en Anexos.

hizo toda una construcción asexuada de su persona al borrar de sí misma rasgos, lo que hizo que la crítica de la época la leyera siempre como “varonil”.

Estas estrategias responden a algo que Moi destaca y es que usualmente “ser hombre funciona como capital simbólico positivo y ser mujer como capital simbólico negativo” (13), por eso Mistral pone en juego esta carta del género, para que no se la encasille en tal.

Si bien el género es un factor relevante, seríamos negligentes al realizar una lectura que gire solo en torno a ello, puesto que ahí es cuando se reproduce una dualidad plana y por ende una interpretación que versa sobre la siempre eterna dualidad “hombre/mujer” y las ventajas y desventajas que ello supone.

Al ser “minoría”, no cabe duda que nuestras chilenas y costarricenses intentaron en la justa medida mantenerse fieles al *habitus* mientras descubrían y exteriorizaban sus reglas. Pero el darse cuenta de ello no las vuelve necesariamente revolucionarias, puesto que fue el mismo campo –y por ende la aceptación de él– el que les permitió obtener el capital simbólico y la legitimidad (14).

Es esta misma legitimidad la que las vuelve al centro del ojo público. Sólo se discute una vez que ya se es “digno” de controversia. En muchos casos, los ataques en contra de nuestras protagonistas suceden porque ya están legitimadas. Como bien dice Moi: “aunque una mujer rica en capital simbólico puede perder *alguna* legitimidad por su género, sigue teniendo capital más que suficiente como para conseguir algún impacto en el campo” (14). Nuevamente, aquí el capital *social* pareciera ser la respuesta.

Es por ello que el trabajo de estas intelectuales es arduo y extenso. Según Lavrin, el primer paso consiste en igualar al hombre y a la mujer en términos de aptitudes, capacidades, responsabilidades, etc. añadiendo además los deberes inherentes al ser femenino, como la maternidad, vistos bajo la nueva óptica de “labor en beneficio de la nación”. Lo legal también entra en juego cuando las mujeres no sólo cumplen “dentro” sino también en el “afuera”, recibiendo un salario por ello; allí es cuando ellas mismas buscan amparo legal para no perder el fruto de su trabajo. Por otro lado, las discusiones acerca del divorcio y de la institución del matrimonio (y por ende el rol que la Iglesia cumplía en ello) se hacen presentes en esta área del debate público.

Finalmente, el sufragio femenino forma parte de las luchas libradas por hombres y mujeres. Para Asunción Lavrin “La participación de la mujer en política mediante el sufragio se considera la piedra de tope del feminismo y el cambio social” (26). No obstante, a pesar de que las sufragistas contaban con el apoyo de figuras públicas tanto femeninas como masculinas, jamás pudieron cohesionarse en un partido político uniforme o consiguieron que algún partido las representase de forma exclusiva y por ello, entre los años 20 y 30, parecía un movimiento que carecía de iniciativa (Lavrin, 26). Dentro de todo, el voto femenino tuvo poco apoyo público por ser considerado un aspecto “sucio” de la política, propia de los hombres. Además, “La retórica de la pureza política y la postura ‘apolítica’ que ostentaban los ‘partidos’ de mujeres obstaculizaron su asimilación a los partidos masculinos tradicionales” (Lavrin, 27).

Finalmente, el voto se pudo obtener al defender el propio esfuerzo y la participación en la vida pública como elementos útiles a la construcción de una sociedad desarrollada y progresista. La misión social de la mujer iba en beneficio de la nación, aunque en un comienzo presentó variantes, puesto que muchas veces se limitó la propuesta del voto a mujeres que compartieran un grupo reducido de características como nivel educacional, status económico y estado civil.

De igual manera, la estrategia más hábil fue la de usar “el atractivo de unas imágenes culturales sin peligro” (Lavrin, 27). Para ser aceptadas en primer lugar como agentes activos dentro de la comunidad cívica o, en otras palabras, para ganarse el título de ciudadanas, la mujer debía presentarse como una “redentora social” (Lavrin, 28). Es decir, si la política era labor “sucias” y propia de los hombres, la mujer no cumpliría otro rol sino el de dignificarla y purificarla, aportando con sus conocimientos y habilidades al desarrollo nacional.

Por supuesto, la biología fue siempre el arma de doble filo: lo que las hacía mujeres capaces es lo mismo que las convertía en seres incapaces de tomar decisiones mayores, aunque fuese con respecto a su propio destino, independiente de la clase.

Es en este intrínquilis en que nuestras escritoras e intelectuales se ven envueltas. Por un lado, Ángela Acuña decidirá optar por una vía conservadora aunque reformista, por postular el sufragio femenino como un derecho legal, mientras que sus contemporáneas Luisa González y Carmen Lyra observaban el sufragismo costarricense como una actividad propia

de la clase alta y desvinculada de las necesidades reales del proletariado, aunque no por ello no creían en la igualdad de los sexos, la que sí podían visualizar a través de su participación en el comunismo.

En Chile, Elena Caffarena contará con herramientas adecuadas gracias a su carrera de abogada y utilizará al Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH) como medio en pos de la obtención de la libertad jurídica, biológica y económica de la mujer, mientras que Amanda Labarca se declarará feminista y Gabriela Mistral preferirá no adjudicarse ningún nombre que la encierre en una ideología, sino más bien solidarizar con un proyecto macro que busque mejorar la calidad de vida de mujeres y niños no sólo en Chile sino en toda Latinoamérica.

En resumen, lo importante de este capítulo es generar un bosquejo que permita entender los procesos políticos a través de los cuales vivieron estas mujeres, sumado además al entorno en el que vivían, para comprender de mejor manera los discursos críticos producidos a lo largo de las cuatro décadas.

Es importante señalar que, contrario a los discursos oficiales que hablan acerca de la actividad femenina, las intelectuales aquí trabajadas –en conjunto con otras mujeres– no son estudiadas en el papel de “actrices” en el escenario político e histórico, como partícipes de un guión ya escrito, sino que son vistas desde la perspectiva de gestoras e impulsadoras de un motor de cambio social. Trabajamos los discursos críticos producidos en este período de tiempo porque son, precisamente, la marca patente de un ímpetu movilizador de cambio, aplicados a diversas áreas problemáticas de la sociedad moderna.

CAPÍTULO II. EDUCACIÓN

En este apartado discutiremos el papel que han jugado nuestras intelectuales en la esfera educacional, a través del análisis que ellas producen acerca de las repercusiones que éste sufre en su constante transformación. Por ello, en el presente capítulo podremos describir la existencia de un doble juego, en la medida en que ellas también fueron agentes de dichos cambios, comentándolos y analizándolos en el espacio público, puesto que no pueden evitar habitar en su tiempo.

Ya sea por el hecho de haber sido mujeres privilegiadas dentro de un campo de poder que limita las posibilidades ante aquellas que carecen de los recursos apropiados, o por el hecho de convertirse en promotoras de una sociedad educada e inclusiva, todas produjeron en algún momento discursos críticos relativos a la educación, ya sea en términos generales o refiriéndose particularmente a la situación femenina.

Ahora bien, como un primer aspecto, debemos considerar que en ambos países –y en Latinoamérica en general– las dinámicas entre lo privado y lo público están configuradas de manera tal que en un comienzo se genera un quiebre por la inserción de la mujer en el mundo laboral y educativo, ambos espacios dominados tradicionalmente por varones. Solo como ejemplo podemos mencionar que recién en 1877 el chileno Miguel Luis Amunátegui proclamó el derecho que les permitió a las mujeres entrar a la universidad, siendo Eloísa Díaz la primera graduada en la carrera de Medicina en ese mismo año³⁶; mientras que en Costa Rica, Felicitas Chaverri Matamoros fue la primera mujer en graduarse en Farmacéutica, en el año 1917³⁷.

En relación con este asunto Asunción Lavrin plantea un enfoque útil, al hablar de “feminidad y feminismos” en su libro *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay: 1890-1940* (2005). No obstante, en esta instancia solo tomaremos ciertas partes del capítulo subtítulo con el mismo nombre, puesto que resulta mejor referirse a

³⁶ Para más sobre Eloísa Díaz visitar Memoriachilena.cl: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3393.html>

³⁷ Para más sobre Lita Chaverri ver Acuña, Ángela. *La mujer costarricense a través de cuatro siglos*. Tomo I. p. 367-369.

“concepción y rol epocal de la mujer”, dado que un feminismo férreo no aparece en todas las intelectuales aquí trabajadas. Además, son precisamente el rol y la concepción los ítemes discutidos, puesto que a fines del siglo XIX y principio del XX la “esencia” de la mujer se pone bajo escrutinio.

Lo que afirma Lavrin es que “Estas cualidades tenían una definición social, aunque también se enlazaban con las funciones biológicas de la condición de mujer y de madre: una mujer femenina era encantadora, fina, delicada y abnegada” (52), pero no una intelectual, podríamos añadir.

Efectivamente, la “salida” de las mujeres al espacio público trajo a colación numerosos asuntos, entre ellos, la supuesta pérdida de feminidad por parte de aquellas que trabajaran o participaran en actividades públicas –en especial si buscaban tener influencia política.

La educación femenina no estaba diseñada para ilustrar las mentes en aspectos que no estuviesen ligados con lo doméstico: leer, escribir, cocinar, coser, manejar empleadas domésticas, tocar el piano, dibujar, cantar y hablar francés, entre otras habilidades, eran el repertorio principal de las mujeres que podían costearse una educación, ya sea en alguna institución guiada por eclesiásticos o mediante una institutriz.

Por ello, cuando hablamos de la disputa entre ambas esferas, nos referimos a un fenómeno que parte de algo que parece simplemente doméstico pero que tiene repercusiones culturales que, precisamente en esta época, empiezan a notarse con más fuerza.

Quien ha estudiado este ámbito es Natalia Cisterna³⁸, al recoger y analizar de una amplia muestra literaria la representación de la experiencia de dichos espacios, por plumas y sujetos femeninos de las primeras décadas hasta mediados del siglo XX.

Así, de su tesis doctoral uno de los puntos que nos resultan útiles alude a la concepción cultural de esta dualidad público/privado, donde la mujer se ve situada “naturalmente” en el espacio doméstico y mantenida al margen de todo lo que ocurre en el “afuera”, lugar que ella no sería capaz de tolerar.

De igual manera, y como veremos más adelante, el ejercicio literario y más aún, el de la palabra escrita y publicada (considerando que ésta no solo alude a lo literario) es una forma

³⁸ Cisterna, Natalia. “Entre la casa y la ciudad. La representación de la experiencia del sujeto femenino en los espacios público y privado en novelas de mujeres latinoamericanas de la primera mitad del siglo XX”, 2009.

de vincular lo privado y lo público al transcribir lo primero y proyectarlo hacia lo segundo. En otras palabras, si escribir ya era de por sí una actividad consagrada a los varones, donde la autora (como figura de autoridad) tenía poco peso, el hecho de **publicar** textos como diarios y epístolas –considerados géneros de lo íntimo– es un primer paso hacia exteriorizar lo que sucedía en un espacio recluso, haciendo eco en aquel “afuera” vetado a través de la lectura que le darían sus receptores.

Por esto resultan cruciales las transformaciones históricas que ha sufrido el siglo XX, cuyo escenario modernizador “empujaba a la mujer a abandonar sus roles sexuales tradicionales en la esfera doméstica e integrar de manera activa la arena ciudadana” (Cisterna, 2009).

Esto implicó no solo que se volvieran agentes productivos dentro del engranaje capitalista, a través del trabajo asalariado, sino que también comenzaron a realizar sus “[...] propias lecturas críticas con respecto al fenómeno de la mujer en una sociedad moderna que la obligaba a replantearse su exclusividad hogareña y la empujaba a salir a los espacios colectivos” (Cisterna, 2009).

En nuestro caso, la profesionalización de estas intelectuales chilenas y costarricenses es un factor decisivo a considerar cuando producen y publican los discursos críticos aquí estudiados, puesto que el producir textos y el publicarlos las vincula con el mundo laboral, a la vez que con la esfera pública.

Precisamente por ello hablamos de Educación –esa con mayúscula–, puesto que es un trabajo ligado a la esfera política y pública del Estado, en la que ejerce más de una de nuestras escritoras.

En esta misma línea, Claudia Montero³⁹ reconoce que lo público puede ser comprendido como una labor social en sí misma, “[...] en la que los sujetos sociales lo constituyen en la medida que desarrollan prácticas políticas y sociales propias, que les permiten sentirse parte de él” (3). Por lo que la educación sería una práctica social que, como veremos más adelante, tendrá repercusiones políticas.

³⁹ Montero, Claudia. “Estrategias de escritura femenina en la disputa por el espacio público”, 2012.

Si bien por un lado tenemos la publicación, por otro tenemos que Carmen Lyra, Luisa González, Gabriela Mistral, Amanda Labarca e incluso Ángela Acuña modificaron lo público, valiéndose de la educación como recurso para incidir en la opinión pública y en el espacio legislativo. De esta manera, veremos cómo Lyra, Mistral, Labarca y Acuña encarnan el rol de fundadoras y pioneras, mientras que González cumplió la labor de continuar el legado, desarrollando el modelo propuesto por las primeras.

Aquí también entra en juego el hecho de que la maestría fue uno de los rubros que tuvo más participación femenina a comienzo y mediados del XX, volviéndose una plataforma sumamente útil.

Laura Nuño Gómez⁴⁰ (2008), sostiene que, una vez que la revolución industrial se asienta, la “naturaleza” inseparable que unía a la mujer con el hogar comienza a cuestionarse por su entrada inhabitual al mundo de la industria. Esta apertura se sostuvo en la necesidad de suplir la carencia de mano de obra, generada por la Primera y Segunda Guerra Mundial.

Esto no implica que las mujeres no hayan ocupado puestos remunerados anteriormente, trabajando en talleres artesanales, como vendedoras, lavanderas, nodrizas y otros (51), sino que este es el momento en que se amplifica y afirma dicha participación. Y no fue hasta la desaparición evidente de los varones que esta actividad dejará de ser vista como complementaria, gracias al título simbólico de “jefe de familia” que ahora se colocará sobre las mujeres.

La familia deja de ser “[...] la unidad básica de producción económica para convertirse en la frontera entre lo público y lo privado” (Nuño, 51), ya que seguían vinculadas tanto a la casa como a la industria, a pesar de que muchos conservadores de la época temieron que se declarara completa independencia de la primera.

Según Nuño, quienes buscaron preservar a la mujer dentro del hogar también hicieron público su descontento, echando mano de discursos respaldados por médicos, legisladores y otros que abogaban por la disolución de su identidad en los roles de madre, ama de casa y educadora (54-55).

⁴⁰ Nuño Gómez, Laura. “La incorporación de las mujeres al espacio público y la ruptura parcial de la división sexual del trabajo: el tratamiento de la conciliación de la vida familiar y laboral y sus consecuencias en la igualdad de género”, 2008.

Ahora bien, este último rol de educadora es una de las bisagras que sirve como argumento válido y sólido para que las mujeres ejerzan como maestras, teniendo posterior repercusión en el aspecto educativo a nivel nacional. Gracias a estas mismas características “naturales” de la mujer fue posible que se denominaran a sí mismas como “criadoras” por excelencia, homologándose el criar con la enseñanza, en términos de la formación de nuevos ciudadanos que iban acorde al proyecto nacional. Como lo dijo Mistral en 1925, en la introducción a su texto *Lecturas para Mujeres*: “El patriotismo femenino es la maternidad perfecta.” (10).

En efecto, la educación fue una ventana que tanto Mistral como Labarca, Lyra, González y Acuña supieron explotar a sus anchas, no solo con proyectos de ley, técnicas nuevas, consejos y publicaciones de carácter ministerial, sino también con una crítica reformista que las hizo sentirse mujeres benefactoras y agentes sociales. Y esto fue expresado tanto en la práctica como en el discurso.

No obstante y a pesar de las limitaciones de un ideario conservador, las recién mencionadas descubrieron y desarrollaron otras inquietudes a la par de estos estudios que les permitieron recurrir a discursos externos al oficial y que a la larga las facultaron para cuestionar los rígidos límites de un marco bajo el cual estaban instaladas.

Si bien la evolución de la situación femenina –desde el hogar hasta el podio– fue desarrollándose con un paso firme, esto no implicó la desaparición de ciertos elementos que se consideraban la base del ser femenino. Se podía ser educada, e incluso profesional, mas la maternidad no era una opción a descartar. El rol de esposa también es fundamental, ya que en la segunda década del XX era uno de los puntos bases al hablar de la formación familiar.

El ideario de la domesticidad se sostiene en torno a estos pilares asociados a lo materno y la conformación de la familia, tradición que según Lavrin: “forman parte hasta nuestros días de un legado ibérico y mediterráneo reforzado por el catolicismo” (53). Estos conceptos, el del matrimonio y la maternidad en particular, serán revisitados por intelectuales como Acuña y Caffarena dentro de una concepción feminista de lo que acontecía en la época, para resignificarlos. Un ejemplo de lo presente estará en la observación del matrimonio como un contrato, mientras que la maternidad se asociará a la imagen de “primera maestra”.

La educación es un eje que aglutina a estas mujeres: Gabriela Mistral es reconocida hasta nuestros días como la gran educadora chilena, Amanda Labarca se licenció de la Universidad de Chile en Pedagogía en Castellano y uno de sus libros más conocidos es *Historia de la enseñanza en Chile* (1939), Elena Caffarena rompió barreras dentro de la carrera jurídica al descollar en la academia como abogada, Carmen Lyra fue quien implantó el modelo Montessori en Costa Rica junto con Luisa González, y Ángela Acuña fue promotora de numerosas jóvenes que estudiaron en Estados Unidos, e incluso tuvo un proyecto breve y frustrado para una escuela que capacitara a las empleadas domésticas; todo esto mencionando solo algunos aspectos.

Ahora bien, con respecto al rol de maestra como práctica laboral, resulta útil comentar un cuadro presentado por Asunción Lavrin (89) acerca del perfil laboral y categorías ocupacionales en Chile en 1907, donde una de las profesiones con menor participación para ambos sexos la constituían los maestros, con un total de 3.156 empleados, donde 1.335 eran hombres, mientras que 1.821 eran mujeres. Este dato numérico se opone a otras labores más comunes para el periodo, como los sirvientes, cuyo número sigue siendo inferior a otros rubros con participación femenina más que amplia, como lo eran las modistas y costureras, donde no había participación alguna por parte de los varones.

Acorde a los textos de nuestras intelectuales costarricenses el panorama no era del todo distinto. Quienes no tenían los medios económicos para acceder a una carrera de la educación superior terminaban en labores propias de la creciente clase media, como oficinistas y maestras, mientras que quienes carecían de dinero por completo se dedicaban a la costura, el lavado, y la siembra y cosecha del banano y del café, estos últimos dos de los grandes motores de la economía costarricense.

Esta muestra del marco laboral no se entendería sin el giro provocado por las Guerras Mundiales, donde las mujeres forman parte de la mano de obra y colaboran en la industria, aunque lo hacen limitadas a áreas que –supuestamente– requieren menor fuerza física y que igualmente se asocian a la feminidad y la maternidad como ideales. Por otro lado, el espacio doméstico y privado sigue siendo el escenario primordial, acompañado por labores para las cuales no es necesaria una formación intelectual prolongada, como lo era el ramo de modistas y costureras.

Otro punto interesante que hace Lavrin en relación con el desempeño de las mujeres en la esfera pública tiene que ver con su participación ciudadana. Sobre esto añade que “Las constituciones adoptadas a nuestras repúblicas [...] dotaron a la mujer de nacionalidad por nacimiento en el territorio nacional, **pero no de ciudadanía**. [...] Ningún código civil en Latinoamérica en el siglo XIX adoptó el concepto de igualdad entre los sexos” (destacado es nuestro, 4 y 9).

En sus aspectos más básicos, la ciudadanía puede ser entendida como un conjunto de derechos y deberes adquiridos por cada ciudadano que, al ser ejercidos, le permiten voz y voto dentro de la toma de decisiones conjuntas del lugar en el que habita. Las mujeres no solo carecían de tales privilegios, puesto que eran consideradas como “eternas menores de edad” (Hidalgo, 38), por lo que el trabajo no es solo una herramienta vital para el sustento sino también un pie en la puerta de la inclusión.

A lo largo de este capítulo este será un punto repetitivo: la maestría es una labor que repercute en la formación de futuros *ciudadanos*, por lo tanto, serán mujeres con criterio, cultivadas intelectual y moralmente, las que influirán en el proceso y que, a través de este mismo argumento, buscarán *reformar* la forma en la que se piensa y practica la Educación en sus países, formulando así su propia y tácita carta de ciudadanía.

El camino a seguir

La enseñanza era, al igual que todas las otras labores relativamente mejor remuneradas, una con poca participación femenina a comienzos del siglo XIX, debido a que requería la competencia de la lectoescritura. Pero, gracias a las reformas educacionales dirigidas por los gobiernos modernizadores, el número de estudiantes se fue ampliando cada vez más hasta que buena parte de la población cumplió con los niveles mínimos de escolaridad requerida (saber leer y escribir), insuficientes aún.

Una de las instituciones que marcó la conformación de la escolaridad a mediados del XIX y comienzos del siglo XX fue la Escuela Normal. Esta institución llegó a Chile en la década de 1840, con el propósito de democratizar la educación en pos de la conformación de un país fuera de la barbarie (Sarmiento a la cabeza) y avanzado intelectualmente. Para las

mujeres, la oportunidad llegaría a Santiago en 1854, con una Normal a cargo de religiosas. Esto se descentralizará en la década de 1870, cuando se funden nuevas sucursales en Chillán, también a cargo de la Iglesia y en La Serena, donde imparte la maestra chilena Mercedes Cervelló, acompañada de profesores del liceo local (Núñez, 2010: 136-139)⁴¹.

Iván Núñez, profesor de Historia y Geografía de la Universidad de Chile, añade con respecto a la educación de las niñas:

[...] la formación en las normales femeninas no hizo una diferenciación fuerte respecto a las masculinas, salvo la incorporación de materias y actividades que se dirigían a la peculiaridad de la enseñanza de niñas, con un sentido de reproducción del papel subordinado en torno a lo doméstico y maternal. En esto, no se fue más lejos dada la cultura patriarcal dominante en los siglos XIX y XX.

A fines del XIX el método alemán era el modelo de la educación chilena que regía las escuelas normales. El Estado oligárquico liberal buscaba con ansias educar a las masas populares a partir de la más temprana edad, y requería para ello de profesionales y no practicantes improvisados (Núñez, 142) que pudiesen impartir conocimientos a la vez que instruir moralmente a la población: “En este marco, la profesión magisterial se entendió como un dominio técnico de saberes transmitidos y ejecutados de acuerdo a lo ‘normal’” (Núñez, 143). Efectivamente, estos profesionales no eran instruidos en la universidad, por lo que su objetivo era la educación primaria. Luego, y gracias a las técnicas adquiridas a través de esta institución, eran enviados a distintas partes del país donde debían devolver la inversión que el Estado había puesto en ellos a través de 7 años de servicio en aulas primarias. Por supuesto, como la remuneración y las condiciones eran poco atractivas para los recién egresados, la tasa de deserción era alta y las aulas seguían con una enorme demanda de preceptores (Núñez, 144).

A pesar de ello, la Normal seguía siendo una alternativa atractiva para aquellos provenientes de las clases con menos recursos.

⁴¹ Para ver más consultar el artículo de Núñez Prieto, Iván. “Escuelas normales: una historia larga y sorprendente. Chile (1842-1973)”, 2010.

Los alumnos ingresaban a un programa de internado que les proveía alimento, un techo y la posibilidad de un futuro empleo, sin importar cuán mal pagado. Con respecto a este punto, la posibilidad de tener una carrera profesional ayudó a la conformación, desde 1840 en adelante, de gran parte de la clase media que ya para las décadas que aquí trabajamos es una realidad. Educarse gratis era la mejor manera para poder escalar socialmente, puesto que se podía desertar después y buscar estudios universitarios o algún otro empleo mejor pagado (146).

Para el siglo XX, el profesorado había contribuido a la formación del magisterio, llegando a ser uno de los más numerosos del sector público cuando se hizo el tránsito del Estado liberal al interventor. El profesor era la base social del Estado, adquiriendo una gran influencia social y política (Núñez, 146). No por ello carecía de opositores, puesto que en 1927 se intentó reemplazar esta rígida institución por “escuelas de profesores primarios”, buscando así una formación más unificada del magisterio. No obstante, las normales duraron hasta la dictadura militar de 1973.

Por su parte, la Escuela Normal de Costa Rica nace en 1914 como un proyecto dedicado a formar estudiantes provenientes del Liceo de Heredia, el Liceo de Costa Rica y el Colegio de Señoritas, los cuales contaban ya con una sección para formar profesorado⁴².

El país centroamericano ya había sido marcado por varios hitos educacionales, como la ley de 1869 promulgada por Jesús Jiménez, que incorporó en la nación la enseñanza obligatoria, gratuita y costeadada por Estado, mientras que en 1906 el Presidente Cleto González emitió el Reglamento Orgánico del Personal Docente. Este documento probablemente fue el segundo más significativo en la historia, puesto que es el responsable de establecer los beneficios del magisterio como *profesión*, al asignarle elementos como el derecho al ascenso y a la jubilación⁴³.

Con estos antecedentes, fundar la Escuela Normal parecía el paso natural, puesto que el Estado estaba regulando a los profesores como un gremio y hasta el momento los liceos recién mencionados sólo contaban con una especialización. Con un breve intento previo de

⁴² Fuente sitio web de la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica: <http://www.facultadeduccion.ucr.ac.cr/facultad/historia>

⁴³ González Zanetti, Celina. “Historia de la Escuela Normal de Costa Rica”, 1965.

fundación en la década de 1870, el proyecto finalmente cobra forma en 1914, bajo la tutela del profesor Luis Felipe González, quien la fundó en la ciudad de Heredia el 28 de noviembre para que abriera sus puertas en abril de 1915⁴⁴.

En 1930 el entonces director de la Escuela Normal, Juan Dávila, envía a la Secretaría del Ministerio de Educación un informe acerca del estado de la institución, lo cual era costumbre para informar al Estado de las necesidades y avances⁴⁵. En dicha misiva, fechada el 6 de enero, pormenoriza un temario que abarca la infraestructura, pensada originalmente para 250 alumnos pero que en la fecha alberga 457, además de otros tópicos como la matrícula, los becados, el profesorado, la biblioteca y las llamadas “actividades nocturnas”, algo que hoy llamaríamos talleres extra programáticos.

En su funcionamiento la Normal costarricense era bastante similar a la chilena: sus estudiantes provenían tanto de familias de clase obrera como de media, y aunque en este caso no contaban programas de internado sí tenían programas de beca media y completa que les permitían a los alumnos mantenerse, aunque a duras penas.

No obstante, su funcionamiento perduró a lo largo de los años gracias a los objetivos que son sintetizados por Juan Dávila en el informe:

La Escuela titula al presente tres clases de maestros: a los alumnos que han hecho en ella sus estudios completos, los únicos en realidad de cuya preparación es responsable; a bachilleres que hacen en ella el Tercer Año Normal y que después de un año de práctica libre, no controlada por la institución, vienen luego a recibir su diploma; y por último, a bachilleres que no cursan aquí ningún año y que con dos años de práctica libre, vienen a rendir exámenes sobre algunos ramos educacionales que han estudiado privadamente (253).

Tanto la Escuela Normal chilena como la costarricense forman un modelo en base al cual se piensa la labor de un maestro y por ende pueden ser consideradas como una fuente de

⁴⁴ Ibídem.

⁴⁵ Fuente:

http://www.asamblea.go.cr/Centro_de_informacion/biblioteca/Memorias_gobierno/09%20Informes%20Varios%20II.pdf

creación de agentes profesionales que luego fueron “ascendiendo” en la cadena educacional hacia las universidades.

En este mismo espacio, cabe mencionar que el ingreso de las mujeres en las aulas universitarias causó revuelo a finales del XIX, volviéndose cada vez más común para la década del 20, aunque no por ello una norma. Según Lavrin “Las profesionales que obtuvieron títulos universitarios en el primer decenio del siglo XX conquistaron el apoyo de muchos hombres, porque ellas se dedicaban a problemas sociales que no disminuían su feminidad y determinaban una conducta femenina aceptable” (131). Un ejemplo de esto lo veremos cuando revisemos a Ángela Acuña, en una publicación donde narra su graduación.

Efectivamente, y como veremos en repetidas ocasiones al tratar a estas intelectuales, obtener una profesión se volvió rupturista en el sentido de salir y participar en el espacio público y laboral, y por ende tener un impacto visible en el mundo “igual” al de los varones; no obstante, la formación que reciben estas mujeres no las vuelve librepensadoras simplemente por el hecho de estar trabajando en la industria o para el Estado, sino precisamente porque tienen una postura diferente a la mayoría, incluyendo quienes siguieron su mismo camino, volviéndose excepciones dentro de un panorama que ya desafiaba las bases del “ser mujer” en la época, es decir, madre y esposa.

Así lo da a entender Amanda Labarca en *Feminismo contemporáneo* (1947), cuando en 1944⁴⁶ comenta que el pensamiento igualitario entre géneros ya lleva siete décadas, impulsado por el político liberal Máximo Lira y Jorge Mennadier, quien se dedica a las ciencias agrícolas. Al respecto menciona que ambos “[...] se atrevieron a afirmar bajo su rúbrica que era posible que, siendo la mujer creatura de Dios, contase, al igual que el hombre, con un cerebro inteligente. Afirmación por ese entonces [1870] revolucionaria y peregrina” (131).

En el mismo apartado, realiza la lista observación donde compara el punto de vista conservador con el del nacionalsocialismo alemán, que en la época de publicación de la obra era una amenaza recién extinguida: “Hitler lo proclamaba en 1934: ‘El mundo del hombre es el estado y la dedicación al servicio de la comunidad; el mundo de la mujer es más pequeño:

⁴⁶ Labarca, Amanda. “Trayectoria del movimiento feminista en Chile”, 1947.

es su marido, su familia, sus hijos y su casa. No creemos que sea provechoso para la mujer penetrar en el mundo de los hombres.” (45). De esta manera, cualquier chileno de la esfera pública que argumentara de dicha forma caía bajo el riesgo de pensar igual que un nazi.

En el mismo año también protestará contra la Cámara de Diputados, quienes –afirma– han ralentizado la aprobación del proyecto de voto femenino, contrariando así la voluntad del entonces Presidente, Gabriel González Videla, quien le había dado carácter urgente: “S.E. don Gabriel González Videla, apoya con toda decisión el proyecto [...] El Senado al aprobar con elocuente unanimidad el proyecto, le dio también un pase expedito.

La Cámara de Diputados ha desoído dos veces el requerimiento de urgencia: ¿qué entraña esa actitud? (2)”⁴⁷

Sujetos como Labarca sintieron que el paradigma comenzaba a volverse insostenible. Los argumentos, que antes funcionaban como una ley implícita, se resquebrajaban ante estas intelectuales que leían el trasfondo: el poder político y la sociedad conservadora temía que este grupo subordinado de las mujeres alterara el balance político, y que los expusiera en ello como lo que Labarca los llama en dicho boletín de la FECHIF: “servidores infieles” a la nación” (2).

Gabriela Mistral, Carmen Lyra y Luisa González: maestras primero

Leonora Reyes (2010) aclara el panorama educativo, colocándolo básicamente en dos bandos: el de los maestros tradicionalistas, quienes veían al estudiante como un recipiente vacío que debía ser “rellenado”, y aquel surgido gracias a la Cuestión Social, especialmente a partir de aquellos maestros de orientación anarquista. Estos últimos se habían formado junto a la clase obrera y, por lo tanto, creían saber cuáles eran los métodos más apropiados para formar a una sociedad-nación más justa, más que los tradicionalistas al menos.

Una educación sin distinción de clases, que viera al estudiante como un sujeto activo dentro del proceso de aprendizaje, y que por lo tanto tenía a un maestro crítico, capaz de

⁴⁷ Labarca, Amanda, “Nuestra Presidenta habla: sobre el proyecto de ley que concederá el voto político a la mujer. Gestiones y tropiezos”, 1947.

interpretar su entorno y de proveer nuevas lecturas; en oposición a quienes simplemente repetían lecciones carentes de significado.

De esta rama se contagian, aunque sin formar parte en su totalidad, Mistral, Lyra y González, quienes creen fervientemente en que las escuelas forman ciudadanos, pero que dicha labor se dificulta cuando dicho proyecto se contrapone a la realidad precaria del alumnado a nivel nacional. ¿Cómo formar los sujetos del mañana cuando estos no tienen alimento, salud ni vivienda?

A lo largo de este apartado queremos hacer explícita la visión de estas mujeres acerca de la Educación como una **labor social**, ejercida desde una conciencia que, en casi todos los casos, salvo la excepción de Acuña, busca abolir la crítica desigualdad social y las condiciones paupérrimas bajo las cuales vivía la totalidad de su estudiantado a lo largo de las décadas aquí vistas.

Esto explica por qué según Nuñez (2010), los “interinos” o “propietarios”, quienes no pasaban por la formación normalista, fueron quienes sí cumplieron la misión de instruir (144). Lucila Godoy Alcaayaga, hija de un profesor y de una modista, fue un ejemplo de aquello.

Comenzó su carrera pedagógica como ayudante de la Escuela de La Compañía Baja en 1904 y luego como maestra en la localidad de La Cantera en 1908, a los 19 años. No pudo ingresar a la Escuela Normal de La Serena puesto que ya se conocían poemas suyos, publicados en medios nortinos, los cuales levantaron sospechas en los sectores conservadores. No obstante, esto no le impidió aprobar los exámenes en la Escuela Normal de Preceptores en Santiago (1910) para impartir clases en otras regiones⁴⁸ y luego ser convocada por el gobierno mexicano donde comienza su peregrinaje.

Cuando se trabaja a Mistral se debe reconocer que esta figura se convirtió en mucho más de lo que tal vez quiso originalmente. Y no fue un simple desliz que con el pasar de los años fue distorsionando una figura inicial, transformándola prácticamente en un mito nacional, sino más bien una trayectoria bien trazada y con abundante actividad, que marcaremos desde 1922, cuando deja de ser una maestra en regiones y una poeta de pluma

⁴⁸ Ver Memoriachilena.cl: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3429.html>

reconocida (con el memorable premio de los Juegos Florales en 1914), y pasa a la vida internacional con un primer puntapié: invitada a México por su entonces Secretario de Educación, José Vasconcelos.

Al respecto se publica una entrevista posterior, de 1931, titulada “Con Gabriela Mistral en Nueva York” y publicada el 23 de septiembre por Armando Zegri en el *Diario del Pueblo* (El Salvador): “Siempre he considerado la visita a Méjico de Gabriela Mistral como el punto de partida entre su existencia previa de quietismo rural puro y esta otra un tanto andariega, combativa, emprendedora y a veces hasta apostólica” (García Huidobro, 2005: 183).

Este momento significa no solo un reconocimiento de su nivel como maestra e intelectual a nivel latinoamericano, habiéndose labrado una reputación que trascendía las fronteras nacionales, sino una “internacionalización” definitiva. A partir de México sus viajes no dejarían de cesar, pasando por Norte y Centroamérica, además de la mayoría de los países que conformaban el continente europeo.

Vasconcelos había impuesto un nuevo modelo educacional que “había abolido las distinciones de clases” (Reyes, 42)⁴⁹ y por ello invitó a Mistral a través de la delegación que el país mexicano tenía en Chile. Según Palma Guillén –quien escribe en 1966 y relata los motivos de su llegada– Gabriela era un *plus* que el Secretario no estaba dispuesto a dejar pasar, sobre todo para unificar a un México que aún estaba librando los últimos conflictos civiles bajo la presidencia de Obregón:

Gabriela era una persona de formación muy diversa de la mía. Sabía mucho y de muchas cosas y todo lo había aprendido por sí misma, sin escuela ni maestros; era profesora como yo, ella de Lengua Castellana y de Geografía, yo, de Literatura, de Psicología y de Lógica. Pero ¡qué diverso "clima" era el nuestro! Ella estaba centrada en la América y aunque se hubiera leído, traducidos al español, a muchos escritores clásicos y modernos, era la América, la América Latina, la que le importaba.⁵⁰

⁴⁹ Reyes, Leonora. “Profesorado y trabajadores: movimiento educacional, crisis educativa y reforma de 1928”, 2010.

En conjunto con el pensamiento de Vasconcelos hacían eco en el continente la propuesta de Mariátegui en Perú, con una visión que sintetiza “la visión indígena de la clase obrera y de los maestros peruanos”, incorporando al estudiante como parte activa del proceso de aprendizaje y no como un mero receptáculo, y el movimiento reformista universitario en Córdoba (Reyes, 42).

⁵⁰ Ver [Gabrielamistral.uchile.cl: http://www.gabrielamistral.uchile.cl/estudios/palmaguillen.html](http://www.gabrielamistral.uchile.cl/estudios/palmaguillen.html)

En México Mistral viaja por todas las ciudades y pueblos, acompañada por Guillén y por su secretaria, Eloísa Jaso. Visitan escuelas en condiciones de pobreza, instaladas en patios, en curatos, en solares. Pasaban la noche en hoteles, y en el caso de no haberlos, se les buscaba alguna casa que las pudiera recibir. Mistral se mantenía con lo mínimo:

Gabriela era, en su país, directora de un Liceo, es decir, de una Escuela Preparatoria. Aquí tuvo un nombramiento de Inspectora que, como sueldo, era apenas equivalente, y, como categoría, inferior al que tenía en su país. Le dieron, naturalmente, puesto que venía invitada, pasajes y gastos de instalación y tenía pagados gastos de traslado cuando iba a alguna parte, pero nada más.

Su misión era clara. Debía formar profesores con una vocación unitaria: maestros rurales, con un salario mínimo, que tenían la responsabilidad (al igual que ella la tuvo en Chile) de formar una nación nueva.

Hablaba con los maestros, los veía trabajar; hacía para ellos pláticas y conferencias sobre el sentido de la enseñanza, sobre los fines que se perseguían en las nuevas escuelas, sobre el material escolar, sobre la enseñanza de la Geografía y de la Historia, sobre los libros auxiliares, sobre los libros para los niños y para los jóvenes, sobre el uso de las bibliotecas, sobre la cultura necesaria al maestro y a la mujer, sobre su país tan lejano, y, sin embargo, tan semejante al nuestro.

Guillén continua la descripción de la estadía de Gabriela, definiéndola como una mujer que llamaba la atención de sus interlocutores, culta e instruida en una gran variedad de temas, y enfocada de lleno en la formación de sujetos que originalmente eran comprendidos como entidades fuera de la sociedad, niños y mujeres principalmente. No obstante, los sectores conservadores de México veían en Mistral una potencial amenaza.

Guillén anota: ¿por qué a una extranjera se le rendían tantos honores? ¿Nombrar una escuela “Gabriela? ¿Construirle una estatua? La invitación que Vasconcelos le había extendido finalizaba en 1924, sin embargo, Mistral no quiso quedarse para ver cómo

terminaba y se marchó apenas finalizó su proyecto titulado *Lecturas para Mujeres*⁵¹, un libro que estaba destinado como lectura para las alumnas de su escuela. El prólogo lo publicó como “Palabras de la extranjera”, demostrando su dolor, y lo firma como “La Recopiladora”, restándose importancia.

En dicha introducción especifica que la recopilación de textos la ha hecho solo para la escuela-hogar que lleva su nombre, puesto que “un texto corresponde hacerlo a los maestros nacionales y no a una extranjera” (7). La labor va dirigida hacia sus alumnas, quienes no tendrán estudios posteriores a los brindados por su escuela y perderán de la literatura aquello que sea de su interés y que las conforme en la labor materna (8).

Sigue minimizando dicha labor de recopilación, más con resentimiento que con el tópico ya familiar de “falsa modestia”: “Mi pequeño trabajo no pretende competir con los textos nacionales, por cierto: tiene los defectos lógicos de la labor hecha por un viajero” (7).

Por supuesto, Mistral no fue la primera ni la última en sufrir dicho tipo de discriminación. Recordemos que dentro del *habitus* hegemónico no hay aun espacio acordado para la mujer, dejándola en una especie de espacio transitorio entre lo privado y lo público. Si tiene nulo poder, las vanguardistas la incitan a salir y tomarlo puesto que las condiciones abiertas por el proceso histórico de las Guerras Mundiales y otros factores así lo han permitido. Si tiene demasiado poder, los sectores conservadores y el campo político la suprime o la “reubica”, minimizando su discurso hasta el silencio.

Un poco más abajo en el mapa, Carmen Lyra realiza sus estudios primarios en la escuela de su barrio, en el Edificio Metálico (San José). Intentó formar parte del noviciado en la orden del Hospital, pero no logró profesar ya que los estrictos lineamientos de la iglesia no coincidían con las verdaderas acciones que ella buscaba (Lemistre, 41), de corte reformista en la acción más que en la oración. Además, otras teorías⁵² piensan que su calidad de hija natural también fue una barrera.

⁵¹ Mistral, Gabriela. *Lecturas para Mujeres*, 1925. Dicho libro contiene en su índice apartados titulados “El Hogar”, “Maternidad”, “México y la América Española”, “Trabajo”, “Motivos Espirituales”, “Motivos de Navidad” y “Naturaleza”, con un total de 385 páginas. Los textos fueron escritos por autores latinoamericanos y europeos, incluyendo a Bolívar, Martí, Darío, Neruda y algunas obras de ella misma, todo ello dispuesto como una recopilación temática.

⁵² Anónimo. “Bandera, inspiración y aliento”, 1986.

Formada en el pensamiento social, Lyra se reconoce como miembro de una minoría que busca una reforma educativa. Con ella están Roberto Brenes Mesén (1874-1947), José María Zeledón (1877-1949), Joaquín García Monge (1881-1958) y Omar Dengo (1888-1928) (Lemistre, 68). Precisamente, Brenes Mesén y García Monge regresan de Chile, país considerado por los costarricenses de principios del XX como un modelo en el campo educativo. A quienes viajaban se les apodaba “chilenoides”, puesto que firmaban un convenio con el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile (Lemistre, 68), una práctica que continuará por varias décadas.

De hecho, la popularidad de nuestro país se mantuvo por largos años, como lo demuestra un artículo de Carmen Lyra titulado “Los estudiantes de Costa Rica” y publicado en el *Repertorio Americano* en 1930⁵³. En él, comenta la situación de tres alumnos que han regresado sin el título por haber participado en las manifestaciones universitarias contra Ibáñez:

Los estudiantes de Chile piden la libertad de compañeros presos y algunas medidas de autonomía que hace tiempo se viven en casi todas las Universidades de Europa y Estados Unidos. Los carabineros matan a un estudiante y resguardan las puertas de las escuelas universitarias. Nuestros muchachos costarricenses se ponen de parte de sus compañeros, a pesar de lo prudentes consejos del cónsul Oreamuno.
[...] Lo prudente de verdad, habría sido no enviar estudiantes a un país donde se destierra y reduce a una triste situación a los maestros que no se conforman con ver a su patria manejada por soldados entrenados a la prusiana, en donde los carabineros impiden a los estudiantes el acceso al recinto de la Universidad y los matan si se rebelan, en donde a educadores de valor como Amanda Labarca, se les tiene alejados de la escuela, porque sus anhelos de transformarla en algo más humano, no convienen al gobierno y en donde se pone al frente de la educación a un general que debe conocer al dedillo cuanta teoría de destrucción ha inventado el hombre.

Además de la curiosa mención de Labarca, quien apoya la hipótesis de que Chile en efecto es modelo reconocido internacionalmente, ya se puede ir atisbando la postura de Lyra con respecto a la pedagogía como un estilo de vida.

⁵³ Lyra, Carmen. “Los estudiantes de Costa Rica”, 1930.

En 1915 la primera Escuela Normal abre sus puertas en Heredia, fundada por los hermanos González Flores, Brenes Mesén, García Monge y Omar Dengo serían sucesivamente sus directores (Lemistre, 69), y profesores de Lyra, quien se titula de allí como maestra a los 16 años. A partir de ese entonces su vínculo con el mundo intelectual solo irá creciendo: publicará en revistas y periódicos de la época, y en 1918 saldrán a la luz dos de sus obras más reconocidas. Una de ellas es la novela *En una silla de ruedas*, mientras que *Las fantasías de Juan Silvestre* iban apareciendo periódicamente en la obra maestra de García Monge, *El Repertorio Americano*. Más adelante nos detendremos en esta publicación, puesto que reúne gran cantidad de textos de las mujeres que aquí trabajamos.

Los años que siguen serán clave para comprender el curso que toma la vida pedagógica de Lyra. Luisa González⁵⁴, su pupila y amiga, describe bien los sucesos de 1917⁵⁵:

Tal situación enardeció el espíritu de los educadores, hasta llevarlos a la protesta pública en las calles de San José [...] Se organizaron en un gran desfile cívico organizado por las maestras Carmen Lyra, Lilia González y Matilde Carraza.

La manifestación se dirigía al periódico *La información*, órgano oficial de la dictadura, situado cincuenta metros al norte del Teatro Variedades. Al llegar allí, los manifestantes echaron cenizas en los leños y dieron fuego al edificio, que quedó en cenizas. Ese fue el fulminante que arreció la lucha contra la dictadura de los Tinoco, que cayó el diez de agosto (*Escritos*, 70)

Para ese entonces Lyra ya había participado del colectivo anarquista Germinal en 1910, y tenía una reputación que la colocaba ante los ojos conservadores como una rebelde. De hecho, logró salvarse de la persecución policial por posar como vendedora de periódicos.

Tras la caída de los Tinoco⁵⁶, el gobierno de Julio Acosta le reconoce a Lyra su participación política y la envía becada a Italia, donde aprende el método de enseñanza preescolar de María Montessori, para fundar en conjunto con Luisa González la Escuela Maternal María Montessori, en 1926.

⁵⁴ González Gutiérrez, Luisa. *Escritos*, 2006.

⁵⁵ La edición de la Universidad Nacional coloca las fechas en 1917, existiendo otros artículos que la colocan en 1919, no obstante nos apegamos a la versión de González por ser un testimonio.

⁵⁶ Ver página 30.

Por su parte, Luisa González también es hija de la Escuela Normal. Ingresa en 1918, y allí recibe lecciones de literatura infantil, dirigidas por Carmen Lyra. Se gradúa como maestra el 17 de diciembre de 1922, con 18 años. Desde allí en adelante su pluma se dedica por entera a la formación, publicando obras teatrales para niños en la revista infantil que Lyra dirigía con Lilia González, llamada *San Selerín*.

Acerca del encuentro con su maestra y tutora, González publicará en 1950 un artículo llamado “Cómo conocí a Carmen Lyra”, un año posterior a la muerte de la intelectual comunista en el exilio en México:

1922. Éramos estudiantes en la Escuela Normal de Costa Rica. ¡Aquella Escuela Normal de García Monge y Omar Dengo!
Un día me llamó la profesora de literatura y me dijo:
Mire, muchachita, si usted quiere puede pasar a mi casa todas las semanas por el *Repertorio Americano*; yo se lo puedo regalar después de que lo haya leído [...]
Y por primera vez, una tarde de 1922, quién sabe qué día y en qué fecha, salí con mi hermanito de la mano, a buscar en el barrio de Amón la casa de Carmen Lyra, mi profesora de literatura [...]
Ella misma salió a abrirnos; yo traía a flor de labio la frase lista y sin saludarla siquiera, le dije:
- Niña Chabela, vengo por el *Repertorio* que usted me ofreció (*Escritos*, 116 y 117)

Un punto que se repetirá a lo largo de este trabajo hace alusión a este tipo de encuentros que generan posteriores redes. Tal como González conoció a Lyra y definió su trayectoria en base a dicha conexión, el trabajo de todas las mujeres aquí estudiadas puede interconectarse, ya sea porque en efecto se conocieron, ya porque compartieron –sin estar conscientes de ello– estrategias similares en el desarrollo de su carrera.

Las relaciones y alianzas son, en parte, las que permiten que se conforme un discurso “femenino/feminista” (Doll y Salomone, 256)⁵⁷, el cual “[...] se identifica, a veces, con la visión del feminismo liberal, anarquista o socialista y en otros casos, con la afirmación de

⁵⁷ Doll, Darcie y Alicia Salomone. “Palabras escamoteadas: mujeres y discurso intelectual, 2000.

En dicho artículo se entiende lo *femenino* como un discurso hablado y pensado por la mujer, y *feminista* cuando se opone expresamente a la “Razón” patriarcal.

una mirada femenina sobre el mundo social y de la cultura sin enunciar filiaciones precisas” (256).

Estos discursos se pueden entrelazar a partir de sus similitudes, y dichas similitudes se pueden rastrear hasta las trayectorias de los sujetos que los emitieron.

Aquí es donde también entra en juego la noción de *habitus* (Bourdieu, Moi). Mencionamos ya en un apartado anterior que si todo *campo* poseía una especie de set de reglas, adquiridas a través de la experiencia de vivir y desarrollarse dentro de dicho campo. Son, por lo tanto, *prácticas* que van condicionando la forma en la cual se interactúa con otros agentes, y que son guiadas por valores tácitos, censurando aquellas formas de comportamiento y acciones reprobables y dejando la puerta abierta para las normadas.

El *habitus* es uno de los elementos que nos ayuda a entender por qué, en la formación de mujeres *profesionales*, la maestría es la primera elección de muchas. Independiente de aquella conexión aparentemente natural entre la maternidad y la profesión como maestra, habilitada como tal por su semejanza con la crianza, es el *habitus* el que censura otras prácticas, asociadas casi en su totalidad a lo masculino. De esta manera, el mundo de las ingenierías, medicina quirúrgica, arquitectura, ciencias duras y otros espacios ligados a la lógica, la razón y la producción en pos de la modernización siguen teniendo predominancia práctica de los varones.

Se puede comprender mejor que, al igual que en los demás casos estudiados en el apartado de Educación, el primer trabajo de González también sea el de maestra, en la Escuela de Guadalupe, donde conoce la cruda realidad de cientos de niños de escasos recursos. Cuando Lyra vuelve de Europa y le pide que forme parte del proyecto de la Maternal, poniendo sus conocimientos al servicio de los niños más pobres, González se suma gustosa. Pero al abrir la escuelita se dan cuenta de que los conocimientos no pueden ser aplicados por falta de condiciones igualmente básicas de vivienda.

Sobre la apertura de esta escuela existe un artículo llamado “Construcción de la Escuela Maternal”, publicado en 1930 en la *Revista El Maestro* y recopilado en el libro de Isabel Ducca *Carmen Lyra, la educadora. Una pedagogía para la vida* (2013)⁵⁸. En él, Lyra aparece

⁵⁸ Ducca, Isabel. *Carmen Lyra, la educadora. Una pedagogía para la vida*, 2013.

como la directora de la institución, y además se hace un llamado a colaborar con su iniciativa: “La directora ideó la venta de acciones de quinientos colones cada una, a pagar en mensualidades de cinco colones, con el fin de financiar la construcción de un edificio acorde para la labor de educar a la infancia” (165). De hecho, para poder instalar la institución, Lyra debe dirigirse al presidente de aquella época, Cleto González Víquez, “pidiéndole su ayuda e intervención” (164).

Al haber escogido barrios proletarios para instalarse, tanto Lyra como González se dan cuenta de que la tarea va a ser doble: por un lado, trabajar con los niños impartiendo el canon de la época, y por otro, trabajando normas de higiene, salud, explotación laboral, alcoholismo, entre otras. Por ello, las “Siluetas de la Escuela Maternal” (1929)⁵⁹ sirven como reflejo de lo que ambas maestras experimentaron en la época:

Bueno, nada nos cuesta abrir la boca y aconsejar a los niños que duerman con la ventana abierta pero bien abrigados. Tal es el hábito de higiene que debe comenzar a cultivar el hogar durante un mes.

[...] Tratamos de interesarlos de nuevo con lo de la ventana abierta y lo conseguimos a medias. Algo se les dice sobre el asunto, que les llama la atención, y se quedan mirándose con los ojillos muy abiertos. Toño Marín avienta la pequeña nariz y me dice muy resuelto:

- Yo no puedo, porque en casa no hay ventana... (113)

Asimismo, González se reconoce como portavoz de una tradición pedagógica que descende desde los fundadores de la Normal hasta ella misma, por lo que sus labores no cesarán a pesar de que el gobierno de Ricardo Jiménez destituya a Lyra de las suyas en la Maternal, por sus ideales políticos relacionados con el comunismo:

El gobierno de Ricardo Jiménez destituyó a Carmen Lyra de la dirección de la Escuela Maternal. Ella era muy crítica y polémica, características que quedaron muy bien plasmadas en el artículo que tituló ‘Al mejor mono se le cae el zapote’ y que el Gobierno muy ofensivo para un ministro; por tal razón fue destituida. Tres años después, durante el gobierno de León Cortés, la

⁵⁹ Lyra, Carmen. “Siluetas de la Escuela Maternal”, 1929.

misma suerte corrí yo puesto que no podía ser una maestra apolítica, ajena a los grandes problemas nacionales y mundiales (*Escritos*, 74)⁶⁰.

Efectivamente, el Comunismo aparece para Lyra y González como una doctrina que las ayuda a entender el por qué de la desigualdad de clases, puesto que el saber popular de la época adjudicaba la pobreza a otras razones: la Iglesia, con todo su alcance propio del periodo, había impuesto un discurso que justificaba la desigualdad social en base a dictámenes divinos. Básicamente, los pobres debían serlo porque Dios así lo había dictado, y con respecto a ello solo quedaba como solución la práctica de la caridad.

Lyra y González no cuestionaron esta idea hasta que se dedicaron de lleno a la pedagogía, como lo sostiene Ducca cuando escribe que “María Isabel Carvajal consideraba que se podía remediar la injusticia social con campañas y recaudaciones; después, su propia praxis y los estudios continuos la llevan a considerar que, únicamente, la revolución y el socialismo constituyen los caminos para remediar la injusticia” (168). De esta manera, también se escinde un modelo educacional entre la pedagogía real, “para la vida” y otra oficial, cuyos predicamentos no encajaban y cubrían solo en una pequeña parte las necesidades de sus alumnos.

El *habitus* de la época no censuraba la exposición de las damas al espacio público cuando se trataba de caridad. Si bien era una práctica social que buscaba reformar un estado de crisis, la caridad era entendida como una virtud religiosa y por ende, también como una forma de maternalismo⁶¹. Como “cuidado de otros”, la caridad se asociaba a las características propias de la mujer, pero lo que muchos pasaron por alto fue que este pie en la puerta hacia lo público fue mutando paulatinamente en acciones de calibre mayor, como protestas por la carestía de la vida (que veremos más adelante con Caffarena) o publicaciones constantes que giran en torno a la mortalidad infantil, asociada directamente con la escasez de recursos de las clases más vulnerables.

⁶⁰ En ensayo “El primer kínder de Costa Rica”, dictado por González a Soledad Leandro y editado por Alejandrina Mata Segreda. Publicado en una edición privada en 1994 y recopilado después por Margarita Rojas en *Escritos*.

⁶¹ Cuando hablamos de *maternalismo* entendemos por ello una noción que vincula como fin último y misión el ser madre, y por ello toda actividad femenina debe erigirse en torno a dicha esfera.

Lyra y González notaron que las prácticas de la caridad cristiana resultaban parches inútiles, y que la verdadera solución al problema de fondo, la inequidad entre clases y la explotación de los sectores pobres, se encontraba en el comunismo. Con este quiebre en el paradigma no tardaron muchas décadas en sumarse más mujeres a la causa, aunque, como veremos en el siguiente capítulo, ni el comunismo ni el socialismo tuvieron un lugar especial para las mujeres.

La desesperanza provocada por las condiciones paupérrimas en las que se encontraba la población provocó textos pilares como “Siluetas de la Maternal”, publicada en 1929 en la revista *El Espectador* y recopilada por Ducca, donde Lyra habla acerca del proyecto escolar de la Maternal:

Nuestra Escuela Maternal está en San José, frente a la Plaza España. Hace cinco años que funciona en una vecindad de gentes acomodadas, cerca del barrio donde ondula la inutilidad y el ocio de los diplomáticos.

La escuela abrió con la intención de que sirviera a los hijos de la clase trabajadora, pero en vez de hacerlo en un vecindario popular, se hizo en un lugar alejado más bien de cualquier centro pobre (54).

Conectar los puntos

Ahora bien, ¿cómo se unen estos tres puntos en el mapa cultural e intelectual femenino? Una vez más, creemos que la respuesta está en el *capital relacional* (Moi, 6) que al funcionar bajo la forma de “anécdota” o “chisme”, revela conexiones importantes en términos de generación de una red intelectual.

Por lo que llevamos visto hasta aquí, podemos afirmar que en la primera mitad del siglo XX el capital relacional es una de las formas más básicas en las cuales los agentes conforman su capital a secas. Además del capital *educacional*, que hace parecer como un milagro el hecho de que hombres y mujeres se graduaran y comenzaran a ejercer su trayectoria laboral, es el relacional el que resulta más enriquecedor.

Así lo demuestra el caso de Gabriela Mistral, quien funciona como vértice de conexión, ya sea desde el conocimiento personal entre ella y García Monge, al igual que los breves

intercambios con Lyra, o desde su doctrina, la cual es recogida por González y utilizada en su quehacer pedagógico.

Como paréntesis, hay que dejar en claro que Mistral era muy selectiva con sus contactos. En una carta dirigida al novelista Eugenio Labarca en 1915⁶², explica: “Soy una maestra sin nada de arribista; tengo una actitud de perfecta indiferencia para las personas que aunque en un círculo de esplendor se agiten no me interesan, porque no viven para las cosas que yo vivo” (20). No obstante, los contactos que sí seleccionaba para formar parte de su círculo, ya sea conociéndose en persona a través de viajes o manteniendo frecuente correspondencia, le resultaban vitales para poder mantenerse en movimiento.

Para nuestro caso particular, podemos rastrear uno de los primeros contactos físicos, más allá del abundante quehacer epistolar entre Mistral y los costarricenses, en el arribo de la poeta al país tico entre el 5 y el 17 de septiembre de 1931, publicado por *La Tribuna* y recopilado en distintos momentos por Magda Arce⁶³ y Mario Oliva⁶⁴. Este viaje se vio frustrado una vez antes, en 1924, razón por la cual Mistral publica una disculpa a través del *Repertorio Americano* titulada “A los maestros de Costa Rica”, el 3 de noviembre de aquel año:

No pude, amigos queridos, llegar hasta Uds. y ya no podrá ser, porque tengo mi cuerpo rendido de viajes, aunque el alma desee seguir caminando.
Ha sido pena grande no ir, y sé cuánto he perdido.
En todas partes me he encontrado con maestros costarricenses y he procurado, a través de ellos, VER un poco esa patria llena de sentido humano, que Uds. han hecho mía, al darme comprensión grande, y cariño.
Procuraré hacerles llegar mis trabajos para los niños. Así, mi vista será cumplida, y muchas veces cada año.
Nunca olvidaré –porque es suceso en mi vida– que Uds., pobres como somos todos los maestros de América, cedieron un día de su trabajo para costear mi viaje a Costa Rica. Presente más profundo yo no he recibido.
Muchas y muchas veces gracias.

GABRIELA MISTRAL

⁶² Silva Castro, Raúl (Comp.). *Gabriela Mistral. Epistolario. Cartas a Eugenio Labarca (1915-16)*, 1957.

⁶³ Arce, Magda. *Gabriela Mistral y Joaquín García Monge: una correspondencia inédita*, 1989.

⁶⁴ Oliva, Mario. “Gabriela Mistral en Costa Rica”, 2011.

El capital simbólico que Mistral sostiene en este momento ya la sostiene como un sujeto intelectual demandado e incluso apetecible. Ya por la gran cantidad de trabajo diplomático que sostendrá después, ya por el valor que van adquiriendo sus obras, en los años que siguen nuestra protagonista no mantiene domicilio fijo. Ese movimiento, por el cual reclama sufrir, es el mismo que la mantiene activa dentro del campo literario e intelectual. Es así como veremos a lo largo de estos ejemplos que busca estar al tanto de cada cosa, publicando acerca de cada tema controversial, dejando su huella en el espacio público y observando después cómo se generan los ecos.

Si bien lo fallido de su visita tiene un costo sentimental, solo alguien como ella, en ese momento de su carrera, puede darse el “lujo” de perder una visita pagada y extender una breve carta como disculpa, sin temer por ello enormes represalias que dañen su imagen.

La explicación de este viaje viene precedida por una carta del 26 de julio de 1922, publicada por Arce (1989), en la que la chilena le comenta a García Monge su contento por un gesto que no queda del todo explícito: “No se cómo expresar a usted, a Carmen Lira y a Angela Acuña, mi agradecimiento por este gesto tan lleno de nobleza. Yo tendré viva alegría en visitar Costa Rica, ya sea a mi regreso o antes de él.” (81)

A esta misiva se le suma otra donde viene adjunta la nota antes transcrita. En ella Mistral da cuenta de su intrincado panorama de viajes, puesto que recibió una nota en México diciéndole que aún no estaban listos para recibirla en el país tico, y por tiempos de la comisión de gobierno y rumores de “agitación” en Costa Rica, el viaje fue cancelado. Luego, la carta se explaya en torno a la opinión de la poeta sobre Estados Unidos.

Por otro lado, Lyra no es vuelta a mencionar hasta 1927, año en el que Mistral figura como Consejera del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, y requiere de Monge nombres de especialistas en la cultura costarricense para que preparen una exposición en un congreso: “Mis nombres –ya dados- son J. García Monge, Coto Montero, León Pacheco, Carmen Lira y Omar Dengo” (Arce, 94). Para la chilena la escritora y maestra costarricense, protegida en aquellos años de Monge, resulta de vital importancia como una pieza clave cuyo potencial aun reside oculto: “P.D.: Le pido en especial para el Inst. el libro de C. Lira ¡Si ella pudiese venir al Congreso! Yo la estimo profundamente” (Arce, 97).

Así, cuando finalmente llega la poeta al puerto de Limón a bordo del *Ulúa*, la conmoción fue grande. La Secretaría de Educación Pública fue en comitiva a recibirla, para subirla al tren que la lleva hasta San José, donde *El Diario de Costa Rica* le hace una larga entrevista en la que cuenta haber conocido a Brenes Mesén en Nueva York, a la vez que menciona a los cuentos de Carmen Lyra (Oliva, 29). Para ese entonces, la escritora costarricense ya lanzó el baluarte de americanidad *Los cuentos de mi tía Panchita*, en los que recoge una serie de fábulas narradas en el habla popular tica de aquellos años, volviéndose un baluarte de “americanidad” ante los ojos de la chilena.

El 5 de septiembre es escoltada por el Secretario de Educación, Justo A. Facio a la casa de Fausto Coto Montero (ver anexo 1), donde ella y Palma Guillén se quedarán durante la estadía. El lunes 7 dicta su primera conferencia en la Asamblea de Educadores, exhortándolos a reunirse como un gremio unificado, mientras que el 10 dicta una charla en el Teatro Nacional titulada “Federico Mistral o de la creación de una cultura regionalista en Francia” (Oliva, 30).

El día siguiente visita el Liceo de Costa Rica, la Escuela Vitalia Madrigal y el Colegio de Señoritas, lugares donde recita poemas, habla de lo latinoamericano versus lo francés y menciona cuestiones acerca de los derechos de la mujer. El lunes 14 visita la Escuela Normal, cuyo director era Monge, para luego dirigirse a Puntarenas donde el barco *Ecuador* la lleva a tierras salvadoreñas.

A estas alturas, la vida nómada de Mistral la ha llevado por distintos lugares del mundo. Desde sus inicios como maestra de Castellano e Historia en el Liceo de Niñas en Los Andes en 1912 (Horan y Meyer, 324)⁶⁵, donde sus publicaciones le permiten comenzar intercambios epistolares con escritores y educadores como Darío y Amado Nervo, pasando por su premio en los Juegos Florales de 1914, hasta una de sus primeras publicaciones en el extranjero en 1921 (en el *Repertorio* nada menos), Mistral no ha conocido la estabilidad de un hogar fijo. Incluso en Chile mismo viaja entre regiones y la capital.

Tras su fugaz estadía le comenta a García Monge y Carmen Lyra:

⁶⁵ Horan, Elizabeth y Doris Meyer comp. *Esta América nuestra. Correspondencia 1926-1956*, 2007.

Mis amigos, me pasó con su país lo que me temía: tanta visita hubo a las escuelas, que yo no conocí del país sino dos caminos de tren.
[...] Habiendo visto de su tierra solo las escuelas, sobre ellas debería escribir; pero tampoco me dieron información de fondo sobre las escuelas. La señora de Omar podría darme una información larga sobre la Normal, que me dejó muy linda memoria y de la que no me olvido (Arce, 119 y 120).

En una entrevista de 1922 hecha por Manuel Segura y publicada en el *Repertorio* habla acerca del viaje y las conexiones que allí le esperan:

-Sí; en Costa Rica se me espera y en noviembre estaré allá.

Y después:

-A García Monge no sólo yo le debo parte de la difusión de mi obra. En América tiene muchos deudores.

Luego habla de otros costarricenses: de las mujeres nombra con preferencia a nuestra escritora nacional, Carmen Lira, a quien ella estima con admiración. (García Huidobro, 2005: 111)

En el mismo año, 1922, parte llamada por el gobierno mexicano a la vez que subsidiada por el chileno, quien le entrega una comisión semestral para estudiar la organización y fundación de bibliotecas en el país posrevolucionario. A partir de allí, el peregrinaje la lleva hacia Europa en 1924, acompañada por la artista Laura Rodig⁶⁶, parando primero en Estados Unidos donde da conferencias en Nueva York y Washington (Horan y Meyer, 325). Volverá a Chile donde se quedará hasta 1926, año en el que se muda a París con Palma Guillén, trabajando para el Instituto de Cooperación Intelectual (Paul Valéry es un miembro). Desde allí viaja a Italia en 1927, visitando en los dos años siguientes Córcega, Madrid, Marsella, y se asienta en Avignon en 1929. En ese mismo año, Ibáñez cortará su pensión por su plan riguroso de economizar los crecientes gastos nacionales, lo que la llevará a buscar refugio nuevamente en Italia, donde una pareja de diplomáticos chilenos, Carlos Errázuriz y Carmela Echenique, la acogen (Horan y Meyer, 326 y 327).

Para la década del 30 Mistral ha encontrado nuevas fuentes de sustento en sus artículos, puesto que se ha retirado en 1925 de la maestría. Ahora trabaja como corresponsal para

⁶⁶ Laura Rodig será la misma artista que pinte el emblema del Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena, dirigido por Elena Caffarena.

distintos periódicos: *La Nación* de Buenos Aires, *A.B.C* de Madrid, *El Tiempo* de Bogotá, *El Universal* de Caracas y *El Mercurio* de Santiago son algunos, sin contar aquellos que republican los trabajos más importantes, como el *Repertorio*. En este mismo año, se dirige a Estados Unidos a dictar clases de literatura latinoamericana en la Universidad de Columbia, ofreciendo conferencias en Nueva York y luego moviéndose al norte hacia Montreal, Quebec. Luego visitará Puerto Rico, incluyendo la recién comentada al país tico, Santo Domingo, Panamá y San Salvador, para luego devolverse a Europa (Horan y Meyer, 327).

A pesar de que pasa por un breve periodo como cónsul en Nápoles y luego en Madrid, su trabajo como periodista es lo que la mantiene moviéndose y con sustento. En 1934 se mueve por Madrid, de donde tiene que mudarse al año siguiente por una carta que se publicó y donde critica a España. Se muda a Lisboa, y en 1937 volverá cuando el ejército de Franco ya ha comenzado a movilizarse, para luego volver a viajar hacia Brasil, Uruguay y Argentina. Luego de hospedarse con la intelectual Victoria Ocampo, pasa a Chile, y luego se redirige a Estados Unidos, volviendo a hacer una gira por Perú, Ecuador y Cuba, para volver a Francia ya mentalizada en participar activamente con los niños y refugiados de la Segunda Guerra Mundial (Horan y Meyer, 329).

No obstante, como ya ha explotado la guerra, en 1940 se muda con Palma y Yin Yin a Brasil. En 1945 recibirá el Nobel, por lo que debe viajar a Suiza y luego aprovecha de dirigirse hacia Inglaterra, Francia e Italia. A su regreso se dirige a Washington, pero se mudará a Monrovia en California, donde deberá quedarse tras sufrir un ataque diabético que la mantiene en el hospital.

Durante el 48 y 49 volverá a México, para retornar a Italia en 1951 y luego devolverse a Nueva York en 1952. Desde allí, su salud le impide moverse demasiado, solo en 1954 va a Chile por un mes, donde trabaja en el *Poema de Chile*, para luego retornar a Estados Unidos. Morirá en Long Island, en un hospital en Hempstead con Doris Dana a su lado.

¿Por qué, entonces, se la piensa en el imaginario oficial como maestra antes que cónsul, periodista o poeta? ¿Por qué sucede lo mismo con Lyra, quien viajó mucho menos pero tuvo publicaciones periodísticas igualmente variopintas?

Ya hemos podido bosquejar, *grosso modo*, cómo se han ido estableciendo ciertas redes y alianzas en base, principalmente, al capital relacional (cartas intercambiadas, sugerencias

de escribirle a tal o cual personaje cultural, etc.). Otro factor vinculante es el quehacer pedagógico, además del aglutinante *Repertorio Americano* dirigido por García Monge, quien publicó su visión acerca de una escuela que se enfoca en lo propiamente latinoamericano y que tiene una misión de reforma social.

Lyra y Mistral, según Elizabeth Horan (1997), ya se conocían por medio de cartas y una vinculación intelectual que cristaliza en 1931 pero que ya en 1927 colocaba a Mistral escribiéndole una propuesta -comentada más arriba- a García Monge donde ella y otros escritores, que incluyen a Lyra, conformaban un comité especializado en la producción de libros sobre “artes autóctonas” para el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de París. En esta interpelación al director del *Repertorio*:

Leí la carta de mi Carmen Lira sobre los criollistas costarricenses. Ella con su gran delicadeza no quiso quedarse con un elogio global encima y se ha dado el trabajo de informarme [...] yo necesito escribir sobre ella misma una pequeña semblanza y como se muy poco, le ruego me ayude para no desbarrar... Yo sé de ella solamente que tiene un Kindergarten muy moderno y muy maternal, de veras maternal, que escribió aquellos cuentos deliciosos y que es miembro de un partido comunista... por desesperación que yo entiendo. Algo más. ¿No da ninguna clase en la Normal? Muy mala cosa sería eso, porque allí es donde debería estar, aun cuando ella no lo crea así. Me quedo esperando que, a pesar de lo dejada que es para lo suyo personal, me sirva en esta ocasión (Arce, 119).

Con respecto a la consolidación en 1931 corresponde la “Carta de Carmen Lyra a Gabriela Mistral”⁶⁷, publicada en *Repertorio Americano* el 19 de septiembre de ese año. En ella, la costarricense se dedica durante dos páginas a “ampliar su información literaria respecto a Costa Rica”, puesto que Gabriela la incluye en la conferencia acerca de Federico Mistral como “el único representante de la preocupación por el *folklore* del país. Pero esto no es así” (166), referente a la popularidad que alcanzaron los *Cuentos de mi tía Panchita*.

Tras enumerar una larga lista de escritores, entre los que destacan dos mujeres que en su consideración forman parte del canon que trabaja lo local y antaño, continúa con lo

⁶⁷ Lyra, Carmen. “Carta de Carmen Lyra a Gabriela Mistral”, 1931.

siguiente: “Ya ve Ud., no es sólo Carmen Lyra y sus *Cuentos de mi tía Panchita*, lo único que se puede enseñar en Costa Rica cuando se habla de *folklore*”, cerrando con el emotivo párrafo: “Y no nos olvide, Gabriela Mistral. Ayúdenos a luchar por el presente y el porvenir de esta América Central que ya casi no pertenece a los centroamericanos por el afán de ellos de cambiarlo por baratijas yanquis” (167).

Elizabeth Horan ha intentado explicar el fenómeno de la construcción de Mistral y Lyra como sujetos de la maestría, planteando también una interrogante más al asunto, puesto que no es de una maestría académica sino escolar (y por ende, similar a la maternidad formadora de la que habla Lavrin): “A la celebrada *maestra de América*, encarnación de la educación como acceso a la movilidad social, se le denegó el acceso a la enseñanza en establecimientos de nivel superior: sólo en Estados Unidos y Puerto Rico enseñó a nivel universitario” (Horan y Meyer, 30)

En su artículo “Escribiendo ‘La santa maestría’: Carmen Lyra y Gabriela Mistral” (1997)⁶⁸, Horan propone que la escuela funciona como un portal de entrada hacia discursos amplios que repercuten en la formación nacional, a la vez que en el panorama intelectual. En este sentido, la docencia funciona como una “primera autoridad” que les abre las puertas, hacia la política, al igual que a González y Amanda Labarca, modelos que menciona la autora (24).

Desde distintos ángulos, la escuela como institución las dota pero también las despoja: pierden su sexualidad, al convertirse en “santas” de los niños, avejentándose a sí mismas. Por otro lado, uno de los beneficios es alejarse del llamado “bovarismo”, asociado a lecturas superficiales y que por ende las desautorizaba a la hora de opinar.

De esta manera, Horan clasifica “7 velos de la santidad o demonización” que las escritoras han sufrido por parte de la crítica: 1) apartarlas de la cultura en la que se formaron; 2) interpretar sus escritos desde su biografía; 3) calificar su vida en lo público como “caridad”, quitándole a sus acciones y a sus textos lo político; 4) separarlas de su producción dirigida hacia lo popular; 5) catalogar este mismo quehacer artístico como “ingenuo” y apolítico; 6) silenciar sus diálogos y experiencias y 7) compensar con ensayos “de

⁶⁸ Horan, Elizabeth. “Escribiendo ‘La santa maestría’: Carmen Lyra y Gabriela Mistral”, 1997.

restitución”, que buscan dar una lectura compensatoria, aunque insuficiente y a veces errónea, del quehacer cultural de estas figuras (26 y 27).

Si bien Horan describe estos 7 velos en función de la construcción de Mistral y Lyra como figuras públicas, resulta que también pueden ser aplicados a otras de nuestras intelectuales: Acuña fue tratada por el periodismo y el poder político epocal como una mujer “caritativa” para con otras mujeres, más que como una feminista; a pocos teóricos actuales parece importarles el hecho de que Amanda Labarca fuese miembro del Partido Radical y no sería extraño asumir que Caffarena se impuso a sí misma muchos de estos velos para así lograr la simpatía de un mayor número de chilenas que le eran sumamente necesarias para la fortaleza del MEMCH.

Mistral también pudo aplicárselos a sí misma, razón por la cual en 1929 le dirige una carta a García Monge, en la cual le ruega que impida un homenaje que harían “un grupo de jóvenes de allí, tomándome como representante de la mujer de América. Ay mi amigo, libreme Ud. de esas cosas. [...] Yo no me siento símbolo de cosa alguna. Soy una individualista feroz y me molesta cualquier intento de honra colectiva.” (Arce, 99) Esta petición se vuelve más enfática en otra epístola de 1930, donde vuelve a comentar el incidente, desmentido ya como una farsa por el intelectual costarricense: “Yo no deseo sino que me dejen en paz, sin vítores ni insultos. De ahí el pedido de mi anterior. Se lo repito cariñosamente: no publique Ud. art. sobre mí, don Joaquín. Ya publicar tanto art. mío es prueba bastante de su cariño” (Arce, 101). Y remata como un reproche a todas luces: “Unas palabritas y...un tirón de orejas [...] No publique nunca arts. sobre mí! ¡Ese enorme espacio del art. de Nieto Caballero!” (Arce, 103).

Nuevamente, vemos que el poder que sostiene Mistral es tal de manejar al propio editor de una publicación exitosa en la época. ¿Quién censura a quién? ¿Es el cariño y esa cercanía familiar los que promueven “el tirón de orejas”?, ¿o es más bien una figura cuyas raíces ya van cercando el globo y hacen intentos disfrazados de control? La imagen de Mistral, incluso en la intimidad de esas cartas, siempre va respaldada por una cobertura que parece recordarles a todos, casi “sin querer queriendo”, lo que ella significa no solo para Chile y Costa Rica, sino para el panorama intelectual latinoamericano.

Mistral fue un sujeto intelectual velado. Según la ocasión fue maestra, diplomática, poeta, campesina y madre⁶⁹. Y en este último caso la maternidad también puede ser leída como máscara⁷⁰.

Esta imagen es estudiada por Lavrin, quien al igual que Horan destaca la conexión que existe entre la pedagogía y la maternidad, lazos que las mismas escritoras realzan a la hora de incidir en la vida nacional. Ya sea desde el nombre de la institución (“la Maternal”), o desde una postura que destaca el rol fundacional de la maternidad como formadora de sujetos, prácticamente ninguna de nuestras intelectuales se libra de caer en este discurso, propio de la época y funcional a la hora de participar en el espacio de lo público. Como ejemplo tenemos el artículo publicado por González, titulado “El caso del Colegio de Señoritas” (1930), donde comenta el currículum impartido en esta institución –donde se formó Acuña y buena parte de las mujeres influyentes en Costa Rica– y su rol en la sociedad: “En este momento de verdadera crisis por falta de hombres que manejen los destinos del país, vuelvo los ojos a la educación entre nosotros y llena de pesimismo veo la pobreza de esta labor que no ha sabido preparar madres inteligentes capaces de hacer hombres más honrados y más sanos” (*Escritos*, 50).

Aunque pueda parecer arma conservadora, este argumento contiene un doble filo: es importante que las mujeres permanezcan en su rol materno, y por ello mismo conviene formarlas, argumento que también usará Ángela Acuña.

No obstante, quien impone el mensaje de la labor espiritual que representa la maestría es Mistral, quien para Horan instaló el mensaje en mujeres como González: “[...] el mensaje del apostolado de la maestra llegó a ella, como a tantas otras, a través de la lectura de las obras de Gabriela Mistral” (26). Sin ir más lejos, la popular “Oración de la maestra”, publicada en 1922 y cuyos versos cantan: “Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes”. Versos que probablemente González leyó publicadas en el *Repertorio* u otra fuente.

⁶⁹ Por su complejidad no nos referiremos a la maternidad truncada que experimentó con Yin Yin, sino aquella simbólica y extensa para con toda la infancia en general.

⁷⁰ Sobre máscaras ver Swiderski, Liliana. “Autorrepresentación autoral y máscaras del yo”, 2011.

Esta publicación dirigida por García Monge también cumplió un rol formador, más allá de la promoción de diversas escritoras y de los vínculos firmes que tuvo con Lyra y Mistral, ya que según Horan: “[...] sirvió como Universidad de Costa Rica en tiempos en que la Universidad estaba cerrada” (28).

Así, vemos cómo Monge actúa como maestro y guía de vida de Lyra, mientras mantiene relaciones más profesionales y comerciales con Mistral, al ser ella la primera en recibir pago por unos artículos que se publican (Horan, 29).

Los velos van imponiéndose como herramientas propias del juego de lo privado/público. La maestra, en esa función, forma parte de lo privado en torno a su función de crianza, pero también de lo público al participar en un proyecto estatal nacional.

Como tales, su condición biológica resulta inexistente. Por un lado, ninguna de ellas resalta su feminidad –como se puede observar en fotografías de la época– y por otro, sus textos tratan el tema sexual siempre en segunda o tercera persona, sucediéndole a “otros”. Así, *Bananos y hombres* narra la historia de Estefanía, quien sufre abuso sexual a manos de los peones, mientras que Mistral se refiere a las madres solteras en los “Poemas de la madre”, por mencionar algunos ejemplos. Por un lado, la literatura como arte les permitía una puerta de escapatória que las transformaba en entidades que estaban más allá del plano físico (Horan, 33), mientras que por otro era la mejor forma de difundir sus discursos.

La resolución que ve Horan en términos del papel que juega el elemento educativo para Lyra y Mistral –y por extensión a González– es que la educación y la conciencia política funcionan como alternativa frente al bovarismo de la época. Igualmente, el uso de seudónimos sirve como cobertura ante la expresión literaria, ya que con el pasar del tiempo el pseudónimo se las “come” y borra sus versiones previas en el espacio público, difuminando también sus otras labores que no eran exclusivas del amor por la infancia. No obstante, se puede rescatar una función positiva, ya que fueron productoras de textos que influyen en la conformación de sujetos nacionales (Horan, 34).

La pseudonimia ha sido estudiada por teóricos como Gerard Genette y profundizada por estudiosos como Liliana Swiderski (2011), quien advierte que “anonimia, pseudonimia, heteronimia, autoficción, correlato autoral, superchería, broma literaria, biografía ficcional...” pueden agruparse en dos: “aquellas donde se encubre la relación entre la persona

del autor y las peripecias que narra o recrea [...] y aquellas donde la veladura afecta el nombre del autor” (248).

Para el segundo grupo, es decir, cuando se enmascara el nombre propio como en los casos de Gabriela Mistral y Carmen Lyra, lo que se oculta es el “equivalente lingüístico del rostro en tanto índice de singularización” (249). El firmar como Mistral o Lyra, esa marca, es “el punto de articulación entre la persona y el texto. En estos casos, el nombre del autor se oculta tras otro que, no obstante, debe tener la particularidad de dejarlo entrever” (250).

Swiderski menciona la lectura de *Figuras de autor* de Roger Chartier, quien explica que “la máscara enaltece el rostro; y la supuesta operación de disimulo intensifica la exhibición” (250). Eso sí, la máscara debe ser constante y sostener una “especificidad” que hará que el lector la reconozca siempre, pero el autor empírico puede mostrarse distinto cada vez: “Desde su estabilidad, las máscaras ocultan el dinamismo de las facciones vivas” (251).

En efecto, y como se dijo más arriba, Mistral era quien era acorde a la ocasión: diplomática y periodista cuando la necesidad le hacía recordar su oficio, poeta cuando hablaba de publicaciones, maestra cuando hablaba del conocimiento y madre cuando hablaba de la infancia. Todo esto y mucho más cupo bajo su firma, pero de Lucila no se volvió a saber.

Swiderski menciona que el pseudónimo es un cambio nominativo, que no cambiaría la identidad, a diferencia del heterónimo, que “requiere de la construcción de un personaje escritor equiparado existencialmente con el autor empírico” (252). Para los casos de Lyra y Mistral el caso pareciera ser tal, puesto que no había diferencias –al menos no en lo publicado– entre Lucila Godoy y Gabriela Mistral o entre María Isabel Carvajal y Carmen Lyra: la diferencia radica en que los segundos, como artefactos creados con un propósito estético, confirieron un carácter distinto a sus discursos, permitiendo que fueran postulados como parte del campo literario.

Para Elizabeth Horan, sus nombres fueron transformados en “signos flotantes, accesibles por ser vacíos, vaciados de resistencia” (35), y que en estas páginas buscamos refrescar con un contenido patente, que jamás fue desconocido pero que, al parecer, no resulta lo suficientemente atractivo para ser mencionado en el canon.

Ángela Acuña, la pionera

Ángela Acuña reunió gran parte de sus publicaciones en periódicos y revistas, conformando un total de ocho álbumes que van desde 1920 hasta 1958. Enumerados pero no organizados por fecha, los recortes de periódicos fueron acomodados más bien en torno a temáticas y tamaños. Con un par de excepciones, todos fueron escritos por ella o la tenían como protagonista de algún evento o entrevista, de modo que alteraba el formato de álbum propio de finales del XIX y principios del XX.

Éste era un cuaderno similar al diario de vida, y por lo tanto utilizado por mujeres, en el que colocaban recortes, autógrafos, fotografías y otros “recuerdos”.

Sobre los álbumes de Ángela Acuña no se encontraron estudios publicados, excepto una mención de ellos en el libro escrito por Yadira Calvo (1989) y el trabajo de May Brenes (2011)⁷¹, así que esta es una de las primeras aproximaciones a los álbumes como un conjunto.

Uno de los primeros acercamientos públicos que Acuña hará con respecto al tema educativo aparece en el sexto álbum de la escritora e intelectual tica. Los 8 tomos que recogen publicaciones con respecto a su obra, llamados “álbumes”, fueron recogidos por la profesora May Brenes y actualmente se encuentran en la biblioteca de la Universidad Nacional.

En el sexto aparece un artículo publicado en *La Prensa Libre*, en 1934, con el título “Contribución al Congreso Pedagógico. La Coeducación”. En él, escribe una Ángela Acuña madura que critica el hecho de que las escuelas públicas acepten a niños de ambos sexos y de distintas clases sociales, y los reúnan en un mismo espacio. Este párrafo nos sitúa inmediatamente con respecto al pensamiento de sus coterráneas Lyra y González, en lo tocante a la infancia y su formación:

De hogares tan diversos van los niños, de ambos sexos, a recibir las lecciones en común. ¡Cuántos llevan la mancha de la prostitución impresa en sus débiles carnes; cuántos el estigma de la herencia alcohólica, escrofulosa o sifilítica, marcado en sus almas apenas abiertas a la vida! Al lado de esos niños, y en esa época susceptible de hacer duraderas las impresiones que se reciben, crece la infancia intocada en la limpieza de sus hábitos, y va a ser testigo ocular y

⁷¹ Brenes Marín, May. “Una mirada feminista del *Repertorio Americano*”, 2011.

de oídos de escenas, demasiado reales, para no herir de muerte el soplo divino de la inocencia.

[...]

Quizá mañana, cuando se establezcan escuelas para Anormales, entonces podrá otra vez pensarse en que vuelvan los niños y las niñas a las aulas comunes (7)⁷².

Tras este pincelazo de preocupación genuina a la vez que clasista, propia y común para la época, vemos otro artículo de 1937 titulado “A mi hija Isabel. En la celebración del primer cincuentenario del Liceo de Costa Rica”⁷³, donde Acuña rememora su graduación como Bachiller en Humanidades.

Aquí cabe señalar que esta institución solo recibía alumnos varones, no obstante, Roberto Brenes Mesén, quien entonces era Sub-Secretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública, permitió que Ángela entrara y se educara como un par:

Convencida de mi necesidad imperiosa de contribuir al mejoramiento del nivel cultural de las mujeres de mi tierra, y apoyada felizmente por las ideas innovadoras que traía el Viejo Mundo, emprendí la marcha, consecuente con el propósito de abrir nuevo cauce a las actividades femeninas. Y no me fue infecunda la ambición. El campo del estudio lo invadieron, algunos años después de mi primer esfuerzo, las costarricenses (13).

Esta brecha que abre Acuña tiene que ver con la educación académica del nivel superior, puesto que su grado de Bachiller le permite estudiar Leyes, siendo la primera mujer en egresar de esta carrera en 1925: “El triunfo no fue sólo mío, sino de las mujeres de Costa Rica: por ellas luché con calor, por ellas vencí. Sembré el grano de trigo para que recogiesen el pan del porvenir. El triunfo es tuyo, hija mía; es la herencia que te dejo para que sientas que hay mucho bueno por hacer en la tierra y a beneficio de los demás” (13). Se configura de esta manera como un sujeto pionero en el mundo de la educación femenina, respaldada además por los contactos correctos. Esto viene dado por su pertenencia a una clase acomodada, detalles que veremos a continuación.

⁷² Toda numeración de las páginas corresponde a la que estaba en el álbum y puede que en otros álbumes se encuentre ausente.

⁷³ Acuña, Angela. “A mi hija Isabel. En la celebración del primer cincuentenario del Liceo de Costa Rica” en Libro 6, p.13.

Su vida académica comienza alrededor de 1901, cuando ingresa al Colegio Superior de Señoritas, primer centro educativo femenino oficial, fundado en 1888 por Bernardo Soto (Calvo, 1989: 27). Allí estudió castellano, ciencias naturales, geografía e historia, matemática, aritmética, geometría, álgebra, cívica, física, pedagogía y otras disciplinas que sumaban un total de 21 asignaturas (Calvo, 29), conformando un grueso currículum con el que cargó hasta 1906, donde el gobierno de Cleto González le otorga una beca para Europa.

Viajó a bordo del vapor Barranca, acompañada por don José Astúa Aguilar y su familia, quien iba encargado por el gobierno para hacer estudios sobre la reforma penitenciaria (Calvo, 33). Con 18 años, embarca en Londres para dirigirse a Francia, donde es inscrita en el Instituto de las Señoritas Morel de Fos, ubicado en las afueras del bosque de Bolonia (Calvo, 36). Allí contaban con dos áreas, la francesa y la extranjera, por lo que Ángela perteneció a la primera para perfeccionar el idioma. Además de esta lengua, adquirió parte del currículum básico de la época, con cursos de canto, piano, baile, pintura, corte, confección, bordado, dicción, inglés e italiano (Calvo, 37).

Tras dos años de estudio en el Morel de Fos, Acuña sigue hacia Lieja, donde fue invitada por los Marqueses de Peralta, quienes acogían en su castillo a estudiantes costarricenses. Don Manuel María de Peralta, embajador de Costa Rica, había contraído matrimonio con la Condesa de Clerembault, cuyos otros dos títulos le otorgaban un marquesado de Gontaut-Biron y el ducado de Castellalara (Calvo, 42 y 43). Es decir que si Ángela ya había mojado los pies en la cultura pudiente francesa, esta época es el *súmmum* de su lujo: “Allí, con esta singularísima familia, pasa Ángela una de las épocas más gratas de su vida, rodeada de comodidades, disfrutando de banquetes, paseos en auto por las principales ciudades de Bélgica y Holanda; noches de ópera, de conciertos wagnerianos, de Comedia Francesa, de famosos orfeones...” (Calvo, 47). En otras palabras, todas aquellas maravillas que trajo del Viejo Continente en el artículo dirigido a su hija.

El Marqués la adopta bajo su tutela a tal grado que la inscribe en el Instituto Priory, en Londres, para que complete una educación que para la época aventajaba la de miles de mujeres en el mundo (Calvo, 51). Llega en 1909 al internado, con 21 años de edad. Sus gastos los sigue manteniendo el Marqués, con quien mantiene una frecuente correspondencia. En esta misma época, el sufragismo inglés ya era una realidad. El movimiento de la Unión Social

y Política de Mujeres ya llevaba 6 años, de los cuales los últimos 4 habían sido particularmente violentos, como lo demuestran las acciones de Emilia y Christabel Pankhurst. A quienes Ángela escucha en las calles londinenses, razón por la cual se propone estudiarlas, como lo narrará después en *La mujer costarricense a través de cuatro siglos* (Tomo II, 1970):

El asunto me interesó sobremanera. Me propuse estudiar, con detenimiento, aquel proceso reivindicatorio. No hay efecto sin causa; logré sacar importantes conclusiones que fueron luego robustecidas con el correr de los meses, con la frecuente lectura de cuanto se decía sobre esfuerzos coordinados de trabajos feministas entre francesas, norteamericanas, españolas y escandinavas (343).

Tras esta experiencia, Acuña retorna a Costa Rica en 1910, donde obtiene el grado de Bachiller en Humanidades tras matricularse en el Liceo de Costa Rica, un colegio de varones, y cuya experiencia ya retratamos más arriba. Desde allí, todo su quehacer la vincula con el feminismo, por ser la mujer que abre la senda en la Escuela de Derecho, de donde obtiene el Bachillerato en Leyes en 1916. A la par, su pluma va haciendo entrada con pequeños artículos publicados bajo seudónimo en diarios nacionales, para los cuales no era figura ajena, como lo demuestra la publicación que hizo de ella *El Noticiero* el 5 de marzo de 1913, día de su inscripción (Calvo, 70 y 71).

El 8 de septiembre de 1938, esta intelectual forma parte del Congreso Centroamericano de Educación, instancia donde se discuten las distintas aristas del currículum femenino. En el séptimo libro, Ángela Acuña había recopilado todos los apuntes de aquella instancia, titulando el álbum como “Actas del Congreso Femenino de Educación”. Los temas en la programación trabajan la educación como estímulo, el juego integrado a la educación, arte, extensión cultural en los colegios, Escuelas de Trabajo para mujeres (que las integran al campo de la industria agrícola sobre todo), salud, higiene e incluso el “misterio sexual”, además de religión y la preparación de las alumnas para la universidad (39 y 40).

Para Acuña la educación, además de un estatus social, es un sinónimo de libertad. Así lo demuestra en un texto que aparece como recorte en el cuarto álbum, y que sospechamos puede ser de la década del 40 por la proximidad con otros artículos. En este se retrata una entrevista hecha por parte de *La Tribuna*, donde habla acerca de su proyecto: la escuela

“Mujeres de América”. Esta idea nace como una escuela vocacional-industrial, la cual no interrumpiría la “esencia pura de la feminidad”, sino que funcionaría más bien como respuesta a un llamado nacional: “Hemos de asumir las mujeres costarricenses, responsables más que nunca, del futuro de la patria, la obligación de crear esa cultura que ofrezca al mayor número ocasión propicia para su desenvolvimiento integral” (12).

Esta idea constituye una fundación de su propio puño, en la cual busca promover el proceso industrial y su aprendizaje en las mujeres, puesto que “precisa relacionarlas con los variados progresos de métodos, materiales, principios y procesos de las industrias. Será feliz oportunidad para adquirir conocimientos prácticos. La alumna debe valorar no sólo los productos acabados, listos para el comercio, sino también el empeño puesto” (12).

El proyecto de escuela “Mujeres de América” no se planificó dentro de la enseñanza tradicional, de aprendizaje enciclopédico e ilustrado. El capital educacional (Moi, 6) de estas mujeres no habría sido el mismo que obtuvo Acuña, y en este sentido sí se debe reconocer en ella un clasismo propio de su *habitus*.

Este episodio con respecto al desarrollo técnico como una demanda de la época “moderna” nos vincula con un texto de Carmen Lyra que recopiló Isabel Ducca (2013). En el libro, conecta la misión pedagógica de Lyra como una de corte social, puesto que buscaba “sacar a los docentes de su ensimismamiento y su concentración en los contenidos y establecer modelos de conducta con respecto a lo que debe ser y lo que era en su época” (162), esto es, crear maestros comprometidos con la transformación y cumplimiento de las necesidades inmediatas de sus alumnos, frecuentemente conectadas a una acción política a través del comunismo.

El texto que conectamos con el de Acuña es “Al margen de los Persiflages que se refieren a gentes y cosas de escuelas”⁷⁴, publicado en abril de 1931 en el *Repertorio Americano*, en el cual Lyra recuerda su experiencia visitando la Escuela de Artes y Oficios del Taller de Obras Públicas: “Lo que encontré es de aquello en donde el espíritu ansioso de sencillez y de fuerza se siente a sus anchas. Nada de romanticismos ni artificios cursivos inventados por los modernos pedagogos de esas latitudes –pobres imitaciones de métodos o

⁷⁴ Lyra, Carmen. “Al margen de los Persiflages que se refieren a gentes y cosas de escuelas”, 1931.

prácticas de los Estados Unidos con el fin de producir la ilusión de que están educando” (222).

Acuña también ve en aquellas labores técnicas un bien necesario que las mujeres deben aprender, con el giro de que su escuela está enfocada a la creación de mano de obra doméstica. En efecto, y como aparece en la página 74 del cuarto álbum (en un artículo sin fecha y sin fuente), este proyecto fue conformado con su marido, el profesor Lucas Raúl Chacón y tenía como objetivo “dar mayor prestigio a esa clase humilde de la sociedad”. En esta línea, la Escuela Mujeres de América educaría a las empleadas domésticas, cuyos limitados conocimientos las privaban de principios sólidos de orden y moral, necesarios para el funcionamiento del hogar.

Finalmente, el proyecto no recibe los donativos necesarios y es cancelado. No obstante, esto no apaga los movimientos que Acuña hace en pro de la inserción de las mujeres como agentes en la vida pública. Aunque, respondiendo a su habitus y a los ideales de la época, el grupo debía “sanearse” primero. Es decir, que no cualquier mujer podía cruzar el umbral que ella dejó abierto, sino que debía escalar hacia él, preferiblemente a través de su senda feminista.

Como ya mencionamos anteriormente, el feminismo fue el camino que Acuña eligió pavimentar y recorrer. Con un primer acercamiento desde las fuentes inglesas, para llegar a extender la red y conectar los puntos con otras participantes latinoamericanas. Los congresos, las ligas, las interminables publicaciones y la correspondencia la mantenían activa, lo cual nos lleva a nuestra siguiente figura: Amanda Labarca.

Amanda Labarca: maestra, radical y feminista

Amanda Labarca, al igual que las otras intelectuales aquí tratadas, es un sujeto complejo. Gilda Luongo (2005) la describe como una mujer cuya escritura revela “la creencia en el proyecto feminista emancipatorio”⁷⁵ y las dudas acerca de la posibilidad de su logro.

⁷⁵ Al tener acceso a la versión web no habrá manera de redirigir las citas a páginas específicas.

Luongo se refiere a Labarca como un sujeto hábil dentro del campo cultural, dominado por la masculinidad, y coloca sus estrategias dentro de lo que Josefina Ludmer (1985) define como “tretas del débil”. Si bien es cierto que muchas mujeres utilizaban la apariencia de debilidad al colocarse desde un punto de habla “inferior” al masculino, estas tretas fueron solo una de las herramientas utilizadas, tanto por Amanda como por el resto. En efecto, el discurso de una feminista intelectual no podía llegar y exponerse de buenas a primeras y aun así tener una recepción óptima por parte del campo cultural y de poder, por lo que Luongo coloca como una de los primeros movimientos su cambio de apellido⁷⁶:

Amanda Labarca Huberston, cuyo nombre de soltera fue Amanda Pinto Sepúlveda, se traviste con los apellidos de su esposo, estrategia que conlleva dos movimientos. Por un lado, facilita su posicionamiento en la fratria de varones cuya sociabilidad no era lo suficientemente porosa a la presencia femenina; por otra parte, el nuevo nombre funciona a modo de carta de ciudadanía para su inserción en el ámbito intelectual y valida su integración social, de impulso paritario, que se desea conectada al principio de igualdad.

Emma Salas Neuman⁷⁷, una de las intelectuales que más ha estudiado la biografía de Labarca, menciona este capítulo del cambio de apellido: “Aparentemente, el recuerdo de sus problemas de desavenencia en el hogar paterno, sumados a la escasa simpatía que su progenitor brindaba a su pretendiente, al cual encontraba bohemio, la decidieron a tomar esta desusada medida” (20).

De una forma u otra, el cambio resultó positivo y fue uno de los elementos que, en conjunto con su capital, le permitió convertirse en una intelectual con una abundante trayectoria.

Acerca de las conexiones, hemos podido rastrear un vínculo entre Acuña y Labarca en un artículo que aparece en el periódico costarricense *La Tribuna*, el domingo 9 de marzo de 1941. Ángela consigue publicar la contestación que la chilena le hace con respecto a la

⁷⁶ Esta estrategia también podría caer dentro de una especie de “pseudonimia cultural”, puesto que fue común para la época adoptar el apellido del marido, aunque más común aún era utilizar el “de” como una suerte de expresión de propiedad hacia el cónyuge.

⁷⁷ Salas Neumann, Emma. *Amanda Labarca*, 1996.

petición acerca de donativos monetarios que impulsen la fundación del proyecto de la, entonces aún vigente, Escuela Mujeres de América.

Mi distinguida amiga:

Oportunamente recibí la suya de noviembre 6 en la cual me da cuenta usted de su valiosísimo trabajo en pro del niño y de la mujer. De todo corazón querría aportar a su obra, no sólo la contribución mínima que usted solicita, sino algo más. Desgraciadamente desde Chile es muy difícil enviar dinero por las dificultades impuestas por la ley de control de cambios internacionales. En la imposibilidad de remitirle lo pedido por usted le envío lo que tengo: libros para que usted los convierta en moneda de su país. Van en paquete aparte dos ejemplares de la Historia de la Enseñanza en Chile y tres de la Evolución de la Segunda Enseñanza.

[...] Por si pudiera servirle, en el caso de que hubiese alumnas analfabetas en la Escuela de Mujeres de América, me doy el gusto también de remitirle un ejemplar del primer volumen de la serie Biblioteca Escuela Nueva, editada por la empresa Zig-Zag bajo mi dirección pedagógica.

Reiterándole los sentimientos de mi distinguida consideración, queda de usted como siempre amiga y S.S.,

AMANDA LABARCA (60)

Si bien nos es desconocido cómo se contactaron, sabemos que Labarca también es de aquellas almas escogidas por García Monge para aparecer en el *Repertorio*. Sus publicaciones pueden haber sido leídas por Acuña, aunque también es posible que su reputación haya excedido las fronteras, puesto que en otro artículo (sospechamos alrededor de 1944 por la proximidad con otros del cuarto álbum) la costarricense publica un artículo titulado “Feminismo” acerca de las mujeres de Chile en el que ella aparece.

Así, sabemos que Acuña está familiarizada con la historia de las chilenas desde 1877, año en el que la educación universitaria recibió alumnas. Comienza la historia con la colonial Dolores Egaña, educada en la Universidad Real de San Felipe en 1810, para saltarse a Carmen Lastarria, alumna de Camilo Henríquez y Andrés Bello, para luego dar otro brinco hacia Amanda Labarca, a quien describe de la siguiente manera: [...] primera mujer que en 1931 se sentó en el Consejo universitario, después de haber sido Directora de Educación Secundaria, Primaria y Cívica; de grandes dotes intelectuales, de una exquisita sensibilidad. En 1922 fue nombrada profesora extraordinaria de Psicología, primera en ser miembro de la Facultad (58).

En efecto, Labarca nace en 1886 en el medio de una familia de clase media, y desde entonces su precocidad en el campo intelectual fue veloz y llena de logros académicos. A la temprana edad de 15 años se graduó como Bachiller, momento tras el cual ingresó como alumna al recién creado Instituto Pedagógico (Munizaga: 307)⁷⁸. Tres años después recibirá su diploma como profesora de Estado, lo cual le permite incorporarse a la noble tarea de “enderezar” el país a través de la educación. En 1903 fue designada ayudante de la Escuela Normal N°3 de Santiago, junto con el de Secretaria de la Asociación de Educación Nacional. También fue la encargada de la *Revista de Educación* y de la fundación del Círculo femenino de lectura, tareas que le valieron el nombramiento de profesora de castellano y directora del Liceo N° 5 de Santiago en 1916 (308).

En 1922 es cuando obtiene el título de profesora extraordinaria de psicología en el Instituto Pedagógico, el cual le permite obtener el de profesora en propiedad de filosofía, siendo la primera (pionera como Acuña) en ejercer la docencia en la Universidad de Chile (308). En estos años también se aboca a la creación de textos escolares, habiendo ejercitado la pluma ya en numerosas ocasiones anteriores, puesto que si bien su gran interés era la formación pedagógica, esto no la alejaba de la inserción en el campo que ella misma adoptó; es decir, que también creaba literatura. Al menos así lo demuestran sus incursiones en el Ateneo de Santiago (308), lugar donde dicta sus primeras conferencias.

El discurso de incorporación como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad se titula “El arte y la ciencia de ser maestro”⁷⁹. En este texto, el maestro es el artífice de la nueva civilización, una guía que remueve aquello bárbarico que queda en la humanidad: “El maestro, esencialmente, debe aspirar a ser un artífice, un despertador de fuerzas espirituales, un transformador de potencias informes en capacidades precisas de acción. [...] De acciones que nos permitan colaborar en el bien individual y colectivo, [...] en el logro de la justicia social, en la paz fraterna y en la alegría de vivir” (42).

Ahora bien, con respecto al material humano que se moldea, las apreciaciones de Labarca corresponden más a las metodologías educativas que a una apreciación social acerca de las condiciones paupérrimas de gran parte de la sociedad chilena. Si, en efecto, un niño

⁷⁸ Munizaga Aguirre, Roberto. “Amanda Labarca Hubertson”, 1991.

⁷⁹ Labarca, Amanda. “El arte y la ciencia de ser maestro”, 1964.

proviene de una situación de pobreza, corresponde al estudio psicológico dilucidar las maneras en las cuales este debe ser tratado.

Los logros se apilan continuamente. En 1931 es designada Directora General de Educación Secundaria, nombramiento que la lleva a crear el Liceo Experimental Manuel de Salas, donde los alumnos pondrían a prueba nuevas formas y métodos educativos, según los últimos planes y programas diseñados en la época. Dos años más tarde se la designa para integrar el Consejo de la Universidad de Chile. También fue la primera mujer en obtener dicho mando.

Se le añaden a estos momentos gruesamente descritos la cantidad de obras literarias y de estudio más bien analítico que publicó durante las décadas a las cuales aquí nos remitimos: *Impresiones de juventud* vio la luz en 1909, mientras que la novela *En tierras extrañas* se publicó en 1916. En 1922 también lanzó los libros *La lámpara maravillosa* y *Desde el alba*, dejando para 1938 el texto *Evolución de la segunda enseñanza* y para 1939 el popular -y también compartido con Acuña- *Historia de la enseñanza en Chile*.

En efecto, y compartiendo un punto de vista similar al de Lyra, Labarca ve en la educación una herramienta capaz de pulir y mejorar a las naciones, partiendo de la premisa de que los ciudadanos son una materia prima cuya instrucción es vital. Esto incluye a los de primera, segunda y tercera categoría, en especial el campesinado y el sector obrero, los cuales motivan la publicación de 1935: *El mejoramiento de la vida campesina: México, Estados Unidos, Chile*.

En una mezcla que comparte elementos de Acuña y de Lyra, Labarca comprende que los vecinos norteamericanos poseen herramientas dignas de estudio e imitación, que pueden ser puestas en las manos de la población para fomentar así su crecimiento. Por ello, resulta de gran valor la acción, aunque no debe estar necesariamente asociada al comunismo, como en el caso de Lyra y González.

Esta práctica se pone en puesta de distintas maneras, siendo una el ya mencionado Círculo de lectura de 1915, el cual dará paso al Club de señoras. Estas instancias generan

experiencias que se condensan en textos, uno de ellos publicados en junio de 1934 y titulado *¿Adónde va la mujer?*⁸⁰

Sobre el Círculo de Lectura nos permitimos un paréntesis que, una vez más, ayuda a entender los puntos de conexión. Dijimos ya que Mistral era quisquillosa cuando se trataba de su capital relacional, y en torno a esta creación de Labarca escribe en el epistolario recopilado por Raúl Silva Castro (1957):

Sobre el Círculo de Lectura: me eligieron hace poco miembro del jurado de un concurso femenino del Círculo. No acepté. No soy persona preparada y... hay otras razones. Me gusta la obra que realiza el Centro y miro con gusto el interés de las damas por las cosas del espíritu. **Pero nunca me deslizaré entre ellas para nada.** Mi democracia es muy humilde y muy altiva. Tengo correspondencia con algunas señoras pero no voy a verlas. Me es antipático hacer de trepadora... (23, el destacado es nuestro).

De esta forma, la relación entre Mistral y Labarca es de cordialidad superficial pero poca conexión profunda: un capital relacional necesario para ir abriéndose paso en la acumulación de capital simbólico dentro del campo literario. Nuevamente, en el mismo epistolario, Mistral se dirige a Eugenio Labarca para solicitarle la ayuda con una crítica a *En Tierras Extrañas*, novela publicada por Amanda en 1915: “Tengo que pedirle un servicio: una crítica del libro de la Sra. Labarca Hubertson, que yo no puedo –no se– hacer. Ud. sabe que se trata de una obra emuladora, por la que soplan grandes alientos. ¿Tiene el libro? ¿Se lo envió? ¿Podrá complacerme?” (28)

Más adelante nos enteramos que Eugenio envió lo solicitado pero que su artículo no fue publicado: “Comprendí que su crítica no iba a satisfacerla, por dos puntos de ella: 1° Decía Ud. que la crítica había sido solicitada, y como el público no sabría que era yo quien la había pedido, aparecía ella como solicitante. 2° Por ahí le daba Ud. algunos puntazos al estilo... [...] Rechazo no hubo; diplomática excusa sí.” (29).

En el mismo epistolario Mistral utiliza la expresión “mi amiga la Sra. Labarca”, creemos que con la formalidad propia de la época y por el intercambio comunicativo entre

⁸⁰ Labarca, Amanda. *¿Adónde va la mujer?*, 1934.

ellas en situaciones formales. No obstante, rápidamente vuelve a emitir juicio acerca del Círculo de Lectura y dice “Sensible es que el ‘Círculo de lectura’ sea más social que literario” (33).

De esta manera, reconoce en dicha organización el precio que tenía que pagar cualquier artista en ascenso y formación: los contactos pesan mucho más que el talento.

La introducción de este texto tiene un tono que recuerda a Acuña, puesto que se dirige a su hija⁸¹ dedicándoles las páginas de los ensayos que ha recopilado a lo largo de 20 años, desde 1914 a 1934. La llama “discípula”, por lo que ya se considera una maestra, alguien que brinda guía y abre paso, aunque a diferencia de Ángela, ese pionerismo no está explícito.

Asimismo, sus travesías también la llevaron joven al viaje tradicional hacia Europa complementado con Estados Unidos, lugares donde absorbió no solo lo que la academia le brindaba sino aquel estado “exterior”: “En julio de 1913 regresé a Chile, después de un primer viaje de estudios en el extranjero. Era yo una muchacha. Se prendían mis ojos a la novedad y el alma a todo cuanto intensificara los valores de la existencia. En Colombia University o en la Sorbonne, las disciplinas filosóficas no podían hacerme olvidar el mundo de afuera” (3).

Nuevamente, sus habilidades de mando la ponen en la cabecera del panorama, cuando ocupa el alto cargo de directora del Departamento de Extensión Cultural de la misma universidad, donde dio inicio a las Escuelas de Temporada, que se llenaban de alumnos latinoamericanos que venían a darle una probada a aquel edificio cultural e innovador de la enseñanza (308).

También en su discurso “El arte y la ciencia de ser maestro” vuelve a aparecer la experiencia del norte como un modelo a imitar:

A lo largo de su desarrollo histórico las universidades sajonas han acentuado más la formación del carácter, la orientación ética, el sentido de la

⁸¹ Justificar, en cierta forma, la publicación como un texto dirigido a las generaciones futuras a través de una dedicatoria es un tema rastreable a autoras del siglo XIX como Maipina de la Barra. En su obra *Mis impresiones y mis vicisitudes...* del año 1878 los editores se encargaron de dejar bien en claro que el libro “debe estimarse como un *libro de moral y educación, dedicado a las Madres de familia en general*” (3, cursivas en el original). Para justificarlo Maipina narra su viaje a través de Europa y la parte sur del continente americano en diálogo con su hija, a quien prepara “con saludables consejos [...] para que en caso de ser necesario pueda triunfar de las dificultades de la vida práctica.” (5).

responsabilidad social y cívica que el suministro intelectual. Estiman adjetivos los conocimientos y la erudición. Pueden adquirirse sin profesores. Postulan que lo fundamental es el ciudadano, tras el profesional, tras el dirigente político, tras el investigador científico o el más renombrado humanista, es el hombre esencial (45).

En efecto, y como reconoce su biógrafa Emma Salas Neumann (1995)⁸², Labarca formó parte de un grupo pionero, responsable de la formación de agrupaciones como la Sociedad de Profesores de Instrucción Primaria, la Asociación de Educación Nacional y la Sociedad Nacional de Profesores (26). Junto con estar asociados a los masones chilenos, intelectuales como Pedro Aguirre Cerda, Enrique Molina y Luis Galdames buscaban democratizar el conocimiento, permitiendo que permeara a todas las clases sociales.

De esta manera, Neumann cita un texto publicado en 1909 por la *Revista Pedagógica* y dirigido por la Asociación de Educación Nacional, donde se explicita que el objetivo es “[...] proporcionar iguales facilidades educativas a todas las clases sociales sin exclusiones, privilegios ni distinciones basadas en diferencias de fortuna, ideas políticas o creencias religiosas.” (26).

Hasta este punto no hemos encontrado disidencias en las autoras cuando se trata de la educación como una mejora en la formación ciudadana. Es un bien indiscutible, y si bien no todas presentan una misma propuesta metodológica para lograrlo, todas concuerdan en que debe ser propagada por distintas clases, con mayor o menor libertad. No obstante, solo Carmen Lyra y Luisa González lo vinculan directamente como una cuestión política, específicamente relacionada al comunismo. Pues bien, resulta que para Labarca también tenía un sesgo político: la educación vista como formación de ciudadanos guiaba a la vida democrática, libre y republicana (26).

Por esta misma razón, este grupo de pedagogos consigue la aprobación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria en 1920, que –en teoría– extiende los conocimientos hacia los niños de clases desposeídas⁸³. No obstante, y a diferencia de Acuña, no se debía recurrir

⁸² Salas Neumann, Emma. “La señora Amanda, mi padre y sus amigos”, 1995.

⁸³ Leonora Reyes (2010) anota que esta ley falló en la práctica: “no había resuelto, entre otras cuestiones, la insuficiencia de escuelas en relación ‘a la enorme cantidad de niños que debería ir a ellas’. Y aunque hubiera suficientes ocurriría que ‘los niños, en su inmensa mayoría, no podrían concurrir pues carecían de vestidos, de

a colectas ni a llamados de caridad para lograrlo, sino que era un deber del Estado mantener este sistema. Esto no implicó que se quedarían de brazos cruzados, lo cual los motivó a realizar “conferencias populares” en la Universidad de Chile, bajo el rectorado de Valentín Letelier (27), movimiento que motivó a que el rector colocara a nuestra maestra en la recién iniciada Extensión Cultural Universitaria, departamento que abría los brazos de la vida académica y los dirigía hacia el pueblo. No obstante, estas duraron poco tiempo en el recinto y comenzaron a ofrecerse en los locales de las sociedades obreras, dando origen a lo que Neumann recuerda como “el Martes Instructivo de la Sociedad de Artesanos ‘La Unión’” (27).

Además, con respecto a la relación entre el Estado y las escuelas, la mayor demanda que generó la instrucción obligatoria también hizo que existiese una falla en el sistema, provocado en parte por malos maestros y por otra en la necesidad de que fuesen burócratas. Este problema, que es nombrado por Labarca en su discurso de integración como académica a la Universidad de Chile, tiene relación con la conversión de las instituciones pedagógicas en empresas de producción de capital humano. Si bien no son estos sus términos, podemos interpretarlo de tal manera ya que:

La escuela ha debido aceptar este papel de agencia preparatoria para el trabajo. En el estado moderno se ha convertido en una empresa más, a cuyos rendimientos se aplican tablas de computación económica. Más y más la escuela sufre los efectos de la burocratización y de la necesaria enseñanza de masas. Se abre así un capítulo importantísimo para el Estado: el de los costos de la maquinaria docente, de la preparación de tantos maestros como necesita el sistema [...] La disparidad entre la magnitud de estos problemas y la función personal de cada maestro-educador, le hacen aparecer como un peón en el tablero de la política educativa nacional (47).

Como los conocimientos se trasladaron de espacio, también las conferencias cambiaron su cariz, y se ampliaron a tópicos como la salud, la comprensión del trabajo sindical y otros que estaban directamente relacionados con el mejoramiento de la calidad de vida de los trabajadores, entre ellos, la de los mismos maestros, como vuelve a aparecer en su discurso:

alimentos y de útiles.’ [...]” (43). Provocándose una situación similar a la que experimentaron Lyra y González en Costa Rica con la implementación de La Maternal.

“Mientras al maestro se le pide que se esfuerce por desarrollar íntegramente las aptitudes del muchacho, al maestro mismo se le mira, a veces, apenas como un siervo obediente y sumiso de las altas autoridades” (48), a lo cual añade:

¡Y las condiciones en que trabaja! Más que pobreza hay indigencia en muchos locales escolares. El número de alumnos que se le asigna está por encima de cualquiera posibilidad de atenderlos [...] El pago por horas de clases o por cátedra, el aumento del salario por antigüedad y no por méritos son los más contraindicados para realizar obra educativa (48 y 49).

Si bien Lyra también tenía este enfoque, Labarca le suma el *plus* de preocuparse por la división de género. Para esta última, las mujeres eran sujetos mantenidos al margen, razón por la cual el feminismo también se volvió parte de su bandera. Por ello su caso nos resulta sumamente peculiar, pues como reconoce Neumann sus aspiraciones

[...] estaban fuertemente influidas por los principios y teorías educacionales de los Estados Unidos de Norteamérica, cuya democracia admiraban. No obstante, comprendían las diferencias entre ambas sociedades y buscaron formas de adaptar a nuestra realidad esas ideas que consideraban adecuadas para el país. De ahí el acento en la responsabilidad directa del Estado en la educación formal, característica que no es distintiva de la educación en el país del norte (28).

En efecto, la extensión de nuestro país permitía que las acciones de la mano norteamericana en las actividades comerciales, especialmente con el salitre, se vieran con un tono menor. No obstante y como ya vimos, para Carmen Lyra y Luisa González el imperialismo norteamericano se les colaba por todos lados: la *Yunai*, también conocida como United Fruit Company se había extendido por el territorio nacional, quedando como segundo grupo de explotación mayor las cafetaleras, a disposición de inversores extranjeros y terratenientes locales. En razón con lo anterior, para ellas Estados Unidos no era en lo más mínimo un modelo a tener en consideración.

Labarca visitó en 1910 el país norteamericano en compañía de su esposo, el profesor y futuro ministro de Estado, Guillermo Labarca Huberston (*Conexiones: 52*)⁸⁴. Esta instancia le permitió ingresar al Teachers's College de la Universidad de Columbia en Nueva York, lo que nos llevará 44 años más tarde a una publicación en *Repertorio Americano*, titulada "Al inaugurar la exposición del bi-centenario de la Universidad de Columbia" (1955)⁸⁵. En el artículo, la intelectual rememora acerca de sus primeros encuentros con esta institución:

Acababa yo, muchacha de 20 años, de desembarcar en Nueva York por primera vez. El inglés que había aprendido aquí era vacilante y escaso. A nadie le extrañó mi acento cuando fui a matricularme, una, entre las docenas de miles de los alumnos de su escuela de verano. En los bancos nos sentábamos indistintamente rubios y morenos, negros y blancos, amarillos y cobrizos, unos al viento su cabellera, otros tocados de turbantes o de fez (83).

Labarca sufre con el inglés y se apoya en aquellos compañeros que vienen de todas partes a las escuelas de verano, sistema que ella misma impondrá en Chile con el pasar de los años. No obstante, una de las cosas que más llama su atención es lo heterogéneo del alumnado, no solo en raza, sino también en nivel social: "[...] el compañero de filosofía, Tom, ¿no era el que nos atendía de mozo en el restaurante? Y Juanita, la aventajada joven que nos ayudaba en el descifrar de nuestras notas, no era la que limpiaba los cuartos del dormitorio?" (83).

Este mismo punto la lleva a una conclusión, basado en la horizontalidad del trato profesor-alumno que experimentó en Columbia: "[...] hay que compartir el conocimiento con todos cuantos lo necesiten o lo anhelan. Si dos tercios de la población humana todavía es iletrada, si no tiene otra fuente de conocimiento que la tradición oral, el comentario lugareño o la propaganda interesada del cacique próximo, es absurdo esperar que funcionen correctamente las democracias" (84).

La masa, el necesitado anónimo e incontable para todas estas intelectuales, requiere de la ayuda de esta especie de "héroes" modernos, que creían que el conocimiento era arma

⁸⁴ Sin autor. "Amanda Labarca", 2004.

⁸⁵ Labarca, Amanda. "Al inaugurar la exposición del bi-centenario de la Universidad de Columbia", 1954.

suficiente para contrarrestar la falta de sustento. De esta manera, es tarea del docto “hallar fórmulas salvadoras” (84), a través de las cuales el pueblo se “sanea”.

Este tipo de pensamiento es el que acerca a Amanda al partido Radical (*Conexiones: 52*)⁸⁶, cuya orgánica a comienzos del XX lo vinculaba con ideales laicos, con un marcado acento de acción y sensibilidad social, “declarando como política del partido la solidaridad [...], la libertad individual en todas sus manifestaciones, sin más límite que el derecho y el orden público” (Lastra: 3)⁸⁷.

Vinculando su estadía en Estados Unidos y a este pensamiento que vela por otros estratos de la sociedad está el texto publicado en 1926 en *Repertorio Americano*, titulado “Obreros y maestros”⁸⁸, donde relata su experiencia al visitar una fábrica que producía carnes de cerdo en Chicago. En ella, los obreros son representados como esclavos de la cadena tipo Ford, al ejecutar cada 40 segundos un mismo movimiento, volviéndolos la pieza más barata de la maquinaria y privándolos además de su capacidad para razonar. Luego viene la comparación: los profesores chilenos no son tan distintos de aquellos carniceros: “[...] a la gran mayoría de los maestros de un estado docente tan centralizado como lo es el de Chile, nos ocurre algo semejante. La Dirección General de instrucción primaria, la Universidad y hasta ciertas oficinas ministeriales, están encargadas por las leyes de pensar por todo el magisterio” (21).

De igual manera lo menciona Mistral en el ya mentado prólogo a sus *Lecturas para Mujeres* (1925): “El maestro verdadero tendrá siempre algo de artista; no podemos aceptar esa especie de ‘jefe de faenas’ o de ‘capataz de hacienda’, en que algunos quieren convertir al conductor de espíritus.” (12)

Quienes ingresaron con la llama de la vocación prendida descubren luego que el tedio y la labor repetitiva los priva de otra cosa que el temario con el mismo contenido, lo cual causa el levantamiento: “No sólo en Chile, sino en todos los países que descuidan la carrera del profesor, éste comienza a aliarse con los obreros en su mundial campaña de

⁸⁶ Sin autor. “Biografías. Amanda Labarca”, 2004.

⁸⁷ Lastra, Alfredo. “Esbozo histórico del Partido Radical Socialdemócrata”. Sin fecha.

⁸⁸ Labarca, Amanda. “Obreros y maestros”, 1926.

reivindicación. Es que sienten, oscuramente acaso y sin darse cuenta clara del fenómeno, que las causas de su desazón espiritual y de su malestar económico son semejantes” (21)

Esta transformación de la pedagogía en un negocio empresarial, como vimos más arriba, se ve explícitamente en el reclamo que Labarca extiende sin temor. No son solo los malos sueldos ni las pobres condiciones, sino cómo el Estado valoriza la labor: “Que el Ejecutivo [...] manifieste que estima la labor de los maestros del pueblo en el mismo grado que la que ejecutan los mozos de corral indudablemente, perjudica menos a los maestros que al prestigio de este Gobierno y a la cultura del país” (22).

Quien solidarizaba con este pensamiento es, sin lugar a dudas, es la figura de la maestra latinoamericana: Gabriela Mistral.

Entre ambas existió contacto epistolar, como lo prueban el ya mentado epistolario recuperado por Raúl Silva Castro en 1957, dos borradores de cartas de fecha incierta y otros dos de 1948 donde la entonces miembro de las Sección de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de las Naciones Unidas, Amanda Labarca, coordina la participación de Mistral con un artículo acerca de su posición con respecto a preguntas como: “1. ¿Ayudará al mantenimiento de la paz la participación de la mujer en las organizaciones internacionales? 2. El derecho político, ¿ha aumentado la responsabilidad social de la mujer?” (2)⁸⁹

Previo a este momento existe otro documento cuya datación se estima entre los años 1917 y 1919. En este período Amanda Labarca ya había ganado popularidad gracias a publicaciones como *Impresiones de juventud* de 1909 y los Círculos de Lectura para mujeres, cuya propagación fue propulsada a través de una serie de publicaciones en la revista *Familia*, partiendo en el año de su fundación en 1915. Asimismo, en aquel año se publicó *Actividades femeninas*⁹⁰ en *Estados Unidos*, seguido por *En tierras extrañas* de 1916. Esto es señal de indicio de que Mistral pudo llegar a posar sus ojos sobre más de un artículo o texto publicado por Labarca, sabiendo además lo mucho que promovió a otros escritores e intelectuales latinoamericanos.

⁸⁹ Labarca, Amanda. Carta desde el comité de las Naciones Unidas, 17 de agosto de 1948.

⁹⁰ Sobre dicho libro Gabriela Mistral comenta (a Eugenio Labarca en el epistolario recopilado por Raúl Silva Castro) al referirse a otra publicación posterior: “Me place esta vez más que en *Actividades Fem.* la propaganda yankee de la Sra. L. H. porque ahora no es fanática” (53), es decir, dando a entender que *Actividades* sí lo fue.

Así, el enrevesado borrador una la carta⁹¹ (entre 1917 y 1919, escrita desde Punta Arenas) muestra rayones y correcciones acerca de lo que pareciera ser una confesión de la impresión que provoca en la poeta la visión del paraje sureño, acerca del cual dice estar trabajando con unos mapas infantiles para una obra. La carta es breve y finaliza con lo que parece ser un reproche por el tiempo de silencio: “En fin, así aunque esté perdida de ti [porque sin duda no cuento desde hace muchos años entre tus afectos] yo te sigo y te deseo siempre esa firmeza con que tu vida se demarca igual y con la inolvidable presencia [de entonces, manifestándose en tus actos], con resonancia en cada gesto” (El texto entre corchetes va tachado en el original).

Esta relación se remonta a otro texto manuscrito de Gabriela Mistral, cuya autoría se presume varía entre los años 1912 y 1914⁹². El texto, con una caligrafía igualmente enrevesada y presurosa parece más bien un ensayo en el que se describe a Labarca tanto física como intelectualmente. Comienza con lo siguiente:

Una joven señora cuyo físico delicado no dice de los signos de que es capaz, de fisonomía expresiva en cuyos grandes ojos llamea el ideal, durante cuatro tardes reunió en el Salón Central de la Universidad un público escogido y con su voz suave, que suma su encanto al de la frase exquisita, contó las visiones fecundas de las mujeres yankees. (514)

Y continúa:

Tal vez sea tiempo todavía de decir algunas sobre este libro hermoso y [sobre el bello espíritu que su autor a través de esas páginas envía a las almas fraternas].” (515, el resto está rayado).

[...] un complejo y fascinante espíritu que se nos va revelando parcialmente en libros diversos. Escribió “Impresiones de juventud”, para decir las emociones de sus veinte años hermosos, ante los libros sutiles de los poetas jóvenes de España, y hoy escribe sus entusiasmos por el gran país que si da poetas los da de la especie de Walt Whitman que moldea [inteligible].

⁹¹ Mistral, Gabriela. Manuscrito entre 1917 y 1919, Punta Arenas.

⁹² Mistral, Gabriela. Manuscrito sobre Amanda Labarca en cuaderno. Páginas enumeradas de la 514 a la 524. Fuente disponible en versión digital de la Biblioteca Nacional:[id=BNC](#)

[...] ahondar con amor en la vida de la cumbre que es New York y con amor nos cuenta cómo viven allá nuestras hermanas mayores una vida que irradia [ilegible] por encima de las chimeneas enemigas del árbol... Se fraternizan como lo hacen en su propia vida, la labor profesional y la artística. Su vida encarna un ideal de perfección que ha crecido hasta hace poco irrealizable y que me aparece como lo más acabado que realizarse puede en el humano espíritu (517).

Así, vemos el bosquejo de una de las primeras críticas a la entonces aún primeriza escritora Amanda Labarca, quien recoge cualidades que Mistral alaba como el talento y la naturalidad (518), dejando a *Impresiones de juventud* como una obra de gran calidad.

De allí que podamos desglosar que estas figuras comparten el campo cultural, siendo Mistral difusora de la obra de Labarca y aprovechando después la conexión para compartir publicaciones posteriormente (no sin tensiones). Por ello, también es normal que tengan dentro de sus preocupaciones a la educación, compartiendo la ambición por los modelos educativos extranjeros, norteamericano en el caso de Labarca y europeo y latinoamericano en el caso de Mistral.

Elena Caffarena: el brazo que educa en el MEMCH

Hija de una familia italiana que probó suerte comercial en tierras americanas, Elena Caffarena suena en los oídos de los chilenos principalmente por 2 grandes cosas: la primera, y de conocimiento público, proviene precisamente de sus orígenes iquiqueños.

En la biografía que recoge Olga Poblete (1993)⁹³ acerca de esta intelectual, la sitúa como hija de Blas Caffarena Chiozza, italiano que sintió el llamado del salitre y se instaló en el norte chileno con una pulpería. Viajó a sus tierras natales para conocer a la madre de Elena, Ana Morice Benvenuto, con quien se casó e instauró el longevo negocio que hoy conocemos como las medias Caffarena. En él colaboraron Blas, Ana y sus seis hijos, cuatro mujeres y dos varones.

Entre ellos estaba la pequeña Elena, quien inicia sus estudios en el liceo de Iquique, lugar donde se formó en las lecturas clásicas que involucraban a autores como Blest Gana,

⁹³ Poblete, Olga. *Una mujer. Elena Caffarena*. Santiago, 1993.

Baldomero Lillo, Pedro Prado y más adelante, al *Despertar de los trabajadores* de Recabarren (Poblete: 101).

En 1920 la familia decide trasladarse a la capital, donde estudiará en el Liceo N°4, cuya directora era Sara Guerin de Elgueta, quien más adelante dirigirá la producción del libro *Actividades femeninas en Chile*, donde Caffarena publicará uno de sus textos claves, “La situación jurídica de la mujer” en 1928⁹⁴.

Una vez aceptada en la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile, sus movimientos la llevaron a formar parte activa de la FECH, donde conoció a personalidades como José Vasconcelos, José Santos González Vera, Pablo Neruda y Raúl Silva Castro (Poblete: 22).

Cuando egresó, su trayectoria también la llevó por el viaje de rigor a Europa, donde entró en contacto con sus raíces italianas. Además, en el vapor conoce a la entonces directora de la revista infantil *El Peneca*, Elvira Santa Cruz de Ossa (Roxane). Una vez allí, recorre Italia, Madrid y al llegar a París se encuentra con Gabriela Mistral, momento que Poblete recoge de las memorias inéditas de Caffarena: “Ella me demostró mucha simpatía y aprecio invitándome a visitar la Catedral Chartres, lo que hicimos en compañía de su secretaria Palma Guillén y del escritor José Vasconcelos. Esta visita la recuerdo como uno de los acontecimientos más importantes de mi viaje a Europa.” (26)

De vuelta, en 1929, contrae matrimonio con otro abogado que conoció en la Oficina de Defensa Jurídica Gratuita de la Universidad, Jorge Jiles Pizarro. Con él tuvo tres hijos, Jorge, Juan y Anita María, a quienes crió en su residencia en la calle Seminario.

Recién, y tras un comienzo de trayectoria vinculado especialmente al espacio de la academia, Caffarena da inicio al segundo momento que la constituye como parte de la memoria de nuestro país, al menos en lo que a movimientos femeninos y feministas se refiere: el Movimiento pro Emancipación de la Mujer Chilena, más conocido como MEMCH.

Este movimiento tuvo a Caffarena como su secretaria general a partir de 1935 hasta alrededor de 1949. Como tal, gran parte de la coordinación de la creación de comités regionales, al igual que el envío de correspondencia, la distribución de ejemplares de su periódico *La Mujer Nueva* e incluso la creación de congresos, la tuvieron como una de sus

⁹⁴ Caffarena, Elena. “La situación jurídica de la mujer”, 1928.

agentes más activas, como lo prueba la abundante correspondencia que mantuvo durante estos años y que el archivo Memoria Chilena de la Biblioteca Nacional ha dispuesto ante el público el año 2013.

Poblete justifica la formación de esta organización en base a una conjunción de hechos históricos que no dejarían indiferentes a sus cabecillas:

Chile era un país que había vivido ya las primera etapas de su industrialización: tenía a su haber las luchas de un proletariado emergente, había conocido la prosperidad y caía al pozo de la “gran depresión” económica de los treinta, vivía los fermentos ideológicos de la revolución bolchevique de 1917 y más tarde las secuelas del fascismo y el nazismo que arrastrarían a la humanidad a la mayor catástrofe de su historia. (41)

Acorde a este conjunto de factores, y basándonos en el estudio de un conjunto de misivas que van desde 1935 hasta 1949, es que hemos podido detectar ciertos núcleos temáticos que se discuten, además de aquellos impuestos en su declaración de principios, titulado “A las mujeres”, publicado el 28 de mayo de 1935.

De esta manera, Caffarena plantea en éste texto un desarrollo que sitúa a las mujeres como entidades cuyo desarrollo se restringe al espacio de lo privado, hasta que las Primera Guerra Mundial la saca al espacio industrial, sin sustituir un espacio por el otro en lo que a lo laboral concierne, sino dejándola con una doble carga y, he aquí la preocupación mayor: “sin ninguna legislación o ayuda especial que les permita ejercer sus deberes y derechos. Sin igualdad en la retribución del trabajo, ni posibilidad de hacer efectivas sus decisiones ante ninguno de los problemas que le atañen.” (1)

Que la mujer lleva esta doble carga no es rupturista, ni novedoso –y peor aún, todavía no se acaba. Lo que sí resulta llamativo es la propuesta que presenta el MEMCH como bandera de lucha:

Las mujeres conscientes del hecho que pertenecer al sexo que lleva a feliz término la vida, no debe ser sinónimo de ser abandonado y despreciado, sino por el contrario, acreedora a una legislación que debe tender a protegerlas y dignificarlas, nos hemos reunido y hemos contraído el compromiso de luchar por la liberación integral, o sea: **económica, biológica, jurídica y social** (1, destacado nuestro).

Estos cuatro ejes de acción enmarcan los temas de salario mínimo, el derecho a ocupar cargos en distintos trabajos y problemas que conlleva la pobreza como la prostitución. Además, buscan fomentar modos de control natal de la población, no solo para proteger a la madre sino para cuidar a la infancia, que en aquella época se encontraba en alarmantes condiciones en términos de nutrición e higiene.

Estas tareas, compartidas en ciertos aspectos por la élite femenina cuyas agrupaciones buscaban esparcir la solidaridad a través de la caridad, cogen un giro de ruptura al involucrar la presencia de lo jurídico, involucrándose en el tema del divorcio, la responsabilidad legal que tiene la paternidad, la creación de un Código del Niño, entre otros que apuntan a mejorar la calidad de vida de las mujeres chilenas.

Claramente, estos objetivos abarcan y representan más de lo que una sola organización puede trabajar. Es así como la pertenencia a un partido político no forma parte de su proclama, ya que al eliminar este filtro podrían asociarse con instituciones de distintas ideologías: “Si nuestros fines son generosos empecemos por serlo en la forma de nuestro trabajo, alejando de él toda ambición personal o partidista. Trabajemos tan sólo por un orden nuevo en el que al desaparecer el dolor de la mujer, ya no pueda ser pretexto de mezquinas especulaciones ni justificativo de humillante caridad” (2).

Si bien en la teoría el MEMCH quiso desvincularse de esta marca, en la práctica se asoció con el Partido Nacional de Mujeres, el Frente Popular con su sub-sección del Frente Popular Femenino, la Unión Femenina de Valparaíso, el Partido Radical Femenino, el Partido Cívico Femenino, la Unión de Profesores de Chile, la Federación de Mujeres Izquierdistas y otros como la Federación Femenina Ferroviaria, todas instituciones conformada en su mayoría por mujeres pertenecientes al sector burgués y proletario.

El funcionamiento de estos lugares se explica en una carta de 1936 dirigida a la nueva cabeza del comité de Ovalle, Sofía G. de Arredondo, ante quien Caffarena expone las labores de cada sector del MEMCH:

En Santiago nosotras tenemos una comisión médica que se encarga de la organización y funcionamiento de los consultorios médicos para obreros, una comisión jurídica que tiene la misma misión en los consultorios jurídicos (por

el momento tenemos uno), **una comisión de educación que atiende las escuelas nocturnas (tenemos dos funcionando y dos en organización)**, una comisión de prensa que se ocupa de la propaganda de diarios y revistas, una comisión de organización que organiza y vigila el funcionamiento de los subcomités comunales o de barrios, la comisión de finanzas que recauda las cuotas, organiza beneficios y rifas para mantener los servicios, pagos de local etc. (2, el destacado es nuestro).

Conformar esta forma de organización requirió de grandes esfuerzos por parte de la intelectual, quien contó en la capital con el apoyo de contactos políticos, como el senador Marmaduke Grove (carta de 3 de junio de 1936), el escritor José Santos González Vera (carta de 1936), la feminista norteamericana Mabel Vernon (carta del 19 de agosto de 1936) e incluso el presidente Arturo Alessandri (carta de 1938).

En efecto, la red que tejió disturbó el panorama de los sectores conservadores, por lo que requirió acudir a estas y otras figuras de poder en el campo político e intelectual para poder difundir y asegurar su obra. Éstos formaban parte de su capital simbólico y la ayudaron a extender el MEMCH a través del territorio nacional.

No obstante, el que mayor impacto generó fue el sector obrero, a través de la asociación con focos socialistas y comunistas, con los cuales mantuvo vasto contacto a pesar de su denominación “apolítica”. Precisamente por ser el grueso que formaba las líneas del MEMCH este sector se encontraba, a los ojos de la estratega, desprovisto de fuertes cabezas fuera de la capital. Por ello, no es loco afirmar que uno de los elementos que volverían apelativa a la organización hacia los sectores medios, y por ende más conservadores, sería el estar desprovistos de cualquier filiación política.

Como ejemplo de lo anterior tenemos una carta del 18 de junio de 1936, dirigida a Felisa Neyssen de Rojo, quien al igual que muchas le comenta las dificultades que ha tenido que enfrentar el MEMCH en provincia:

Comprendo perfectamente las dificultades que una organización como la nuestra tiene que encontrar en un ambiente pacato como es por lo general la Provincia. Pero creo que no hay que desmayar. Hay que empezar por divulgar las finalidades de nuestra organización. Demostrar que no se trata de un partido político, ni de un Club feminista, ni de una organización revolucionaria sino de una simple agrupación femenina que, sin imponer a sus componentes una ideología política o religiosa determinada, pretende luchar

por un programa mínimo de reivindicaciones femeninas. [...] divulgando los puntos de nuestro programa, aclarándolos y señalando sus fundamentos, creo que la gente tendrá que convencerse que no somos terribles mujeres que, pagadas por Moscú, pretendemos destruir los fundamentos de la sociedad.

La despolitización del movimiento –y de Caffarena misma– es una estrategia que minimiza el impacto que busca generar y lo disfraza bajo la fachada de lo que hoy sería una ONG, pero que, no obstante, buscaba reformas legales en una época en la cual las mujeres no estaban incorporadas oficialmente en el panorama político ni en la toma de decisiones públicas.

Además, quienes demostraron mayor interés y persistencia –al menos en lo que a correspondencia concierne– fueron las mujeres obreras, quienes constantemente solicitaban se las educara con bibliografía y charlas, las cuales se consideran como armas de conocimiento a la hora de esgrimir argumentos para convencer y/o esparcir la palabra del MEMCH, ya sea reclutando más mujeres o manteniendo la organización a través de la venta de *La Mujer Nueva*.

Precisamente, con respecto a la despolitización y captación de nuevas integrantes, Caffarena explicita en una carta de 5 de mayo de 1936, dirigida a la señora Cava Acuña de Curicó, en la cual la insta a la creación allí de un comité. Este debía ser regido por una persona con las siguientes características: “Sobre todo me interesa que me indique la persona que en su concepto puede ser la cabeza que forzosamente ha de ser de la burguesía, inteligente, de ideas avanzadas y sobre todo con prestigio” (subrayado en el original).

Las obreras carecen de educación suficiente para ser líderes del grupo y en numerosas misivas se atisba conflicto entre ellas y las burguesas, quienes también se suponen forman parte del MEMCH para organizarlas y darles herramientas. No obstante, al existir roces entre ambos grupos, las proletarias se movilizan en pro de su alfabetización.

La selección de las mujeres del MEMCH llegó a tal grado que en la misma de junio de 1936, dirigida a Felisa Neyssen de Rojo, se explica el caso anterior:

Se trata de la señora Ofelia vda. de Vergara. Así a primera vista me pareció bien y si hubiera seguido mi impulso la hubiera hecho integrar al secretariado provisorio. Pero la señora Montt me pidió que no lo hiciera, agregándome que se trataba de una persona mal mirada en el pueblo y que su nombre alejaría a

mucha gente. Yo que desconocía totalmente el ambiente accedí a esta imposición. Sin embargo, me quedé con una espina, algo así como el presentimiento de haber cometido una injusticia. Yo le ruego encarecidamente me de su opinión sobre esto. Si Ud. cree que la señora Montt tenía razón y esa señora no merece nuestra estimación, no tendré el cargo de conciencia y si, por el contrario, Ud. cree que he cometido una injusticia estoy dispuesta a escribirla y excusarme.

A tal punto llega la participación –al parecer controversial– de este sector que el 26 de diciembre de 1936 Caffarena le dirige una carta la secretaria general del MEMCH en Valparaíso, Alda de Barella, con respecto a la inclusión del grupo de Viña del Mar:

Tengo la impresión de que se trata de un Comité netamente obrero y que, por lo tanto, no puede las finalidades que perseguimos de unir a mujeres de todas las clases sociales y de todas ideas políticas. Creo que la situación podría solucionarse dejando al Comité como un sub-comité de barrio y tratando de organizar en Viña el Comité Central con elementos intelectuales y de la burguesía. Naturalmente que todo esto habrá que hacerlo con mucho tino en forma que las compañeras no se sientan sub-estimadas y siempre que Ud. [...] lo estime necesario, como sería el caso de ser imposible el volcar al Comité ya formado elementos intelectuales y de la burguesía. Le ruego prestar atención a este asunto que estimo delicado y de gran importancia.

Caffarena no sólo es consciente de que la formación del MEMCH es piramidal (burguesía e intelectuales a la cabeza, seguida por profesionales jóvenes y con obreras en la base), sino que además se cuida de adoctrinar bien al sector obrero, el cual se muestra siempre como mal preparado y carente de dirección, al no poseer estudios.

Entonces, volviendo al comienzo de este capítulo, podemos comprender que las repercusiones tienen que ver con el rol que la educación cumple en la sociedad en general y en las mujeres en particular. Tanto Caffarena como Acuña y Labarca abocarán por una integración de las mujeres como protagonistas de ella, pudiendo “liberarse” de cierta manera a través de una instrucción que les abrirá las puertas al espacio público y que, con la excepción de Acuña, debe estar a cargo del Estado como su responsabilidad.

Por otro lado, Lyra y González son más escépticas frente a los gobiernos tras haber sufrido su censura y optan por la vía del Partido Comunista como un método que, a diferencia

de las primeras, las coloca no como protagonistas sino como facilitadoras de la formación de otros, independientes de si son mujeres u hombres.

No obstante, todas comparten la educación como una plataforma de difusión y apertura para tratar otros temas: denunciar el déficit de un estado negligente al manejar la población infantil del sector menos privilegiado, prácticas de educación públicas en torno a la creación de escuelas y programas, y otros que las llevan a plantear desde sí mismas la necesidad de que las incorporen “oficialmente” como un ente productivo cuyo rol es vital.

Escritura y americanismo, dos puntos pendientes

Hasta aquí hemos hablado principalmente acerca de Educación. Ya desde la profesión ejercida por nuestras intelectuales, ya desde la visión que se tenía de ella como formadora de una nación de progreso, los tipos de escuelas y proyectos, etc.

Pero estas mujeres, además de maestras y abogadas, fueron también escritoras, entendiendo esta actividad **profesional** como la producción continua, asumida (en términos de autoría) y remunerada por la publicación de textos: Labarca además de ensayos también escribió novela; Lyra tuvo su momento folletinesco con la publicación de *En una silla de ruedas*; González publicó *A ras del suelo* y un buen número de obras teatrales, infantiles en su mayoría; y la crítica coloca el inicio de la ganancia de capital simbólico de Mistral en los Juegos Florales, un concurso literario que le abrió las puertas y que más adelante queda opacado por otros galardones como el Premio Nobel y el Premio Nacional de Literatura. Solo Caffarena y Acuña se restaron de la publicación de obras literarias y centraron cada esfuerzo a temáticas afines a la sufragista.

Dijimos páginas atrás que la escritura es una forma de difusión, gracias a que se vuelve parte del espacio público al ser presentada a través de los medios (editoriales, revistas, periódicos), y a que es deglutida por un número de lectores, entre los que se encuentran pares productores, críticos y público en general. Pues bien, para Carmen Lyra, *En una silla de*

ruedas (1918)⁹⁵ fue su primera y última novela, tras la cual cogió un rumbo de realismo social.

Alfonso Chase (1999)⁹⁶ rastrea su bagaje literario a autores clásicos como Anatole France, Gustave Flaubert, René Bazin, Maupassant, George Sand y Alfonso Daudet, influencias que el crítico pudo rastrear en sus publicaciones tempranas (7) y que Lyra leyó en su idioma original.

Estas lecturas respaldan el tono de la novela *En una silla de ruedas*, cuya temática amorosa y cuya narrativa caen dentro del melodrama estudiado por Beatriz Sarlo (2004)⁹⁷. El libro habla acerca de Sergio, un muchacho de clase acomodada que vive dentro de un núcleo familiar bien constituido. Cuando este se desarma por un amorío de la madre, el protagonista es forzado a vagar por distintos cuidadores, alejado de la figura paternal que también se desvinculaba del hogar. Incluso entonces tiene un talento inusual (esa solución *deus ex machina*) que lo permite superar la adversidad con creces.

Para la porción amorosa del relato está una de las cuidadoras, Ana María, una muchacha de menor condición social quien cuida a Sergio y con el cual se desvincula tras sufrir una ruptura amorosa que la deja como madre soltera. Aun así, la esperanza es lo último que se pierde y todos los personajes, a través de los buenos sentimientos y la práctica de un set de valores morales católicos, logran reunirse y vivir en armonía.

En la novela no hay un verdadero conflicto narrativo. Los valores morales de cada personaje y el paso del tiempo se encargan de que las situaciones desagradables al protagonista se resuelvan. Tampoco hay fuerzas muy marcadas en oposición (“los buenos” versus “los malos”): es una descripción de lo que ocurre en la vida de Sergio desde su infancia hasta su adultez.

Toma de la novela de formación clásica el viaje “espiritual” de Sergio, quien va transformándose a lo largo de experiencias y hogares adoptivos distintos, y el geográfico de Ana María a Europa, quien retorna del continente convertida en una adulta.

⁹⁵ Lyra, Carmen. *En una silla de ruedas*. En *Carmen Lyra*, presentada por Luisa González y Carlos Luis Sáenz, 1977.

⁹⁶ Chase, Alfonso (Comp.). *Carmen Lyra. Relatos escogidos*, 1999.

⁹⁷ Sarlo, Beatriz. *El imperio de los sentimientos*, 2004.

A grandes rasgos, lo plano de la novela permite que sea leída con gran facilidad, sin oponerle más retos al lector que el requisito primario de saber leer.

En una sociedad moderna en formación –con un proyecto educativo que, como ya vimos, buscaba formar ciudadanos progresistas–, la lectura juega un rol importante en términos de conformación de un público/masa incipiente que demanda discursos “livianos”. Esto podría explicar por qué cualquier éxito que tuviera *En una silla de ruedas* fue opacado por el *best seller* de Lyra: *Cuentos de mi tía Panchita*.

Publicados en 1920⁹⁸, los cuentos recopilan la sabiduría popular de la tía Panchita, personaje que relata a los más pequeños las aventuras de Tío Conejo y otros antropomorfizados animales, donde cada breve relato deja una enseñanza moral, similar a las fábulas de Esopo.

Los *Cuentos* generaron una repercusión marcada en el público de la época, al ser una recopilación folklórica del relato popular transmitido de manera oral, rasgo que imita en la escritura al utilizar vocablos propios del registro cotidiano e informal. Además, cuando se suman a la trayectoria de Lyra como maestra, refuerzan el ideario que la construye como la “madre” de todos los costarricenses, de la misma manera que las canciones de cuna y poemas de Mistral la hicieron la “madre” de Chile (Horan).

En comparación con el capital crucial en el que se convirtieron los *Cuentos de mi tía Panchita* para Lyra, pareciera que los críticos posteriores recopilan *En una silla de ruedas* para marcar una diferencia, una suerte de antes y después en su trayectoria de producción escritural. Las etapas estarían formadas en primera instancia por esta, su única novela, seguida por textos de carácter local como lo son las aventuras de Juan Silvestre y los relatos de la tía Panchita, dejando como bloque final su acercamiento a lo que Alfonso Chase y Luisa González llaman su veta realista.

Como veremos en el siguiente capítulo, Lyra entró en contacto con el Partido Comunista en los años 30, impacto que se vio reflejado en su escritura con la publicación de textos que contenían una fuerte temática de reivindicación social, dirigida particularmente en la defensa del sector obrero-cafetalero y con ataques a la clase terrateniente que los empleaba.

⁹⁸ Lyra, Carmen. *Cuentos de mi tía Panchita*, 2012.

Así nacen producciones como “Bananos y hombres”, “El grano de oro y el peón” y sus Siluetas, que también serán mencionadas más adelante.

Acerca de su calidad como literata, Luisa González publica en conjunto con Carlos Luis Sáenz un libro titulado *Carmen Lyra*, perteneciente a la serie *¿Quién fue y qué hizo?* Del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes en 1972 (con una reedición en 1977). En dicho texto se busca recopilar la mayor parte de la obra literaria de Lyra, incorporándose *En una silla de ruedas* y los cuentos, y viene precedida por un estudio que comenta esta separación en etapas de la escritora: “Los cuentos de Carmen Lyra, durante su primera época, la de iniciación, idealismo y romanticismo, aparecen junto con una franca tendencia realista. Tal modalidad literaria se prolongará en todas sus composiciones hasta la novela *En una silla de ruedas* (1918).” (*Escritos*, 2006: 239)

Para justificar dicha escisión, González vincula la incorporación del realismo gracias a una “[...] personal y apasionada entrega a la compleja tarea de la transformación social, a la marejada revolucionaria. En este realismo, el sentido ancilar de la literatura, como una de las fuerzas que pueden y deben operar a fin de apresurar el cambio social, y así lo concebía nuestra escritora” (*Escritos*, 2006: 241).

En efecto, su pupila Luisa González, también ve en la literatura una herramienta a utilizarse en pro de la justicia social. La diferencia es que ella se salta las primeras fases de Lyra y publica inmersa de lleno en la difusión de los postulados comunistas. Textos como “Por qué ingresé al Partido Comunista”, “Una gira por la Zona Bananera”, “No quiero que mi hija sea otra mula de carga” y “El comunismo no destruye la personalidad humana”, entre otros, demuestran una consistencia en su pensamiento que se mantiene a lo largo de los años.

Obras de teatro, artículos en revistas pedagógicas y orientadas hacia los movimientos de izquierda y su mayor compilación, *A ras de suelo*, conforman un corpus que hacen que encaje con el molde de un realismo social. Así como en Chile también hubo numerosos autores que se dedicaron a la llamada “cuestión social” en la primera mitad del siglo XX, también los hubo en Costa Rica y puede decirse que Lyra y González formaron parte de ellos.

Uno de los miembros de dicho grupo resultó ser Carlos Luis Fallas, autor de la perenne novela *Mamita Yunai* (1941⁹⁹), en la que se relatan las peripecias que sufre un miembro del Bloque de Obreros y Campesinos que se introduce en la selva bananera para fiscalizar unas votaciones.

Los pormenores allí detallados son reflejo de la realidad de muchos obreros que vivían del trabajo en plantaciones de banano, construcciones del ferrocarril y de las cafetaleras, por lo que es fácil identificar a su narrativa dentro del realismo. A esto también se le suman características del naturalismo, entregados por el ominoso escenario de una selva que devora al hombre en sus intentos por domesticarla.

Dentro del campo literario la que logró acumular más capital simbólico sin lugar a dudas fue Gabriela Mistral. Ni Labarca con sus ensayos ni Lyra fuera de los *Cuentos de mi tía Panchita* lograron tener el mismo impacto que la poetisa; González quedó catalogada en una suerte de frontera entre el campo educacional y el literario, mientras que Acuña y Caffarena se dedicaron exclusivamente a su profesión legislativa y a apoyar el movimiento sufragista.

Acerca de la labor de sus congéneres, Mistral deja su opinión en el mentado epistolario reunido por Raúl Silva Castro, donde se dirige a Eugenio Labarca:

No está de más que le diga lo que pienso sobre la literatura femenina en general, sin especializarme en nadie. Hay una montaña de desprestigio y de ridículo en Chile echada sobre las mujeres que escribimos. Hubo razón en echarla. Sin exceptuar ni a doña M. Marín del Solar, la mujer en Chile se ha extendido como las feas enredaderas en guías inacabables de poemas tontos, melosos y lagrimosos, galega pura, insípidez lamentable, insufrible gimoteo histérico. Y lo que nos ha perdido es la *pata* de Uds., el elogio desatinado de los hombres que no se acuerdan al hacer sus críticas, de los versos escritos por tal o cual mujer, sino de sus ojos y su enamoradizo corazón... Nadie tiene más interés que yo en que, al fin, demos algo las chilenas como ya han dado las uruguayas. Sé que la obra hermosa de una nos prestigiará a todas y cubrirá siquiera en parte, las vergüenzas de tanta hojarasca loca y necia. (35).

⁹⁹ Al parecer, fue la palabra de Pablo Neruda la que ayudó a viralizar la novela de Carlos Luis Fallas, logrando que la primera reedición fuese por parte de la editorial chilena Nascimento en 1949.

Esta carta data de 1915, periodo en que la crítica tiene al menos tres formas de reaccionar frente a la producción de mujeres escritoras: a) omitir respuesta alguna frente al lanzamiento de algún texto, provocando un silencio crítico y, por lo tanto, impidiendo su difusión; b) transformar la producción textual en un discurso *inofensivo*, dedicado no al público lector en su totalidad sino a mujeres pares, madres y amas de casa, sujetos que carecen de influencia fuera de lo privado; c) generando una crítica positiva, casos que se dan cuando las autoras provienen de clase acomodada y, por lo tanto, merecen reconocimiento más por su estatus dentro del mapa social que por la calidad de lo escrito.

Creemos que a este último caso se refiere Mistral en su misiva a Eugenio Labarca. Claro que en vez de elogiar el “enamorado corazón” lo que realmente harían la crítica, representada casi en su totalidad por hombres, es elogiar el capital relacional de la autora en cuestión, haciendo que valga más por sus conexiones que por el producto literario en sí.

No obstante, la comparación en términos de calidad resulta compleja puesto que falta una línea genealógica: las “grandes” antecesoras de las escritoras centro y sudamericanas del siglo XX se remontan a personajes coloniales como Sor Juana Inés de la Cruz, y esto provoca que sus lectores homologuen las obras a aquellas creadas por varones.

Para este punto nos resulta útil la definición que Rosa María Rodríguez Magda (1997)¹⁰⁰ hace de genealogía, entendiéndola como “Una genealogía femenina, recuperación de prototipos literarios y mitológicos, galería de mujeres ilustres, que busca la construcción del imaginario, la simbología, la memoria y la presencia femeninas, y que incluye por tanto a mujeres reales y ficticias, feministas o no” (34).

Al carecer de una asociación directa a la producción de la cultura letrada, la huella histórica que ha dejado la mujer pareciera asociarse a lo oral más que a lo escrito, y por ende se ha “evaporado” de la memoria oficial. Tal vez por eso Mistral prefería asociarse a una veta lírica, folklórica y de recuperación del territorio (provocada también por las corrientes literarias que arraigaban al sujeto al terruño): si su escritura se asocia a esta esfera parecerá menos amenazante ante quienes ostentaban el poder del campo literario. En efecto, pareciera

¹⁰⁰ Rodríguez Magda, Rosa María. “Del olvido a la ficción. Hacia una genealogía de las mujeres”, 1997.

que estas seis mujeres, sin excepción, parecen estar constantemente hablando por aquellos que no tienen voz oficial: el folklore, la tierra, las mujeres y la infancia son los más notorios.

Mistral habla acerca del campo literario chileno y latinoamericano como si no formase parte de él, cuando en efecto es uno de los agentes que más capital simbólico llegó a ostentar. Su conocimiento de lo que se producía en el resto del continente y del globo resulta sorprendente en una época donde el teléfono y el telégrafo eran la demostración tecnológica de inmediatez. De esta manera, en más de una entrevista la vemos tejer a su alrededor, a través de conexiones, la gran red de intelectuales mujeres: “En todos los países se oyen gratas voces femeninas. Pero en Buenos Aires se escuchan –creo– las más delicadas y de mayor resonancia. Me refiero a Silvina Ocampo, hermana menor de Victoria, y a María Granate.” (Mistral, 1948 en García Huidobro, 2005: 90¹⁰¹)

Y:

Delmira Agustini... Ilumínase su mirar de soñadora. ¡Qué mujer esa! La América Latina quizá no de otra de su casta. Todos cuando me hablan, no pueden olvidarse de que le hablan a una mujer. Todos son así, y por eso todos elogian. Por eso las mujeres jamás haremos nada que valga la pena. La América Latina, por una Delmira Agustini, por una Eugenia Vaz Ferreira, cuánta lírica zonza e incorregible ha dado. La culpa es de ustedes. La producción femenina, por esto, ha sido, es y será una calamidad cargada de elogios galantes... (Mistral, 1915 en García Huidobro, 2005: 88)

El capital simbólico que Mistral pudo obtener se valió en gran parte gracias a una crítica favorable, provocada también por la forma en la que la misma autora presentaba sus discursos, como “en retirada”.¹⁰² De hecho, en una entrevista de 1931, hecha por Horacio Blanco Fombona señala tajante: “Ya no quiero enseñar más” (García Huidobro, 2005: 78).

Por otro lado, su producción fue leída como si proviniera de un varón. En el mismo plano de las entrevistas más de una vez se describieron sus rasgos como “varoniles”, como lo comprueba una publicación para *La Nación* de Buenos Aires, hecha el 6 de julio de 1925

¹⁰¹ García Huidobro, Cecilia. *Moneda dura. Gabriela Mistral por ella misma*, 2005.

¹⁰² En una entrevista de 1925 hecha por Alone (García Huidobro, 2005: 158) se menciona el proyecto que tiene de jubilar. Dicho deseo se repite en más de una ocasión, complementándose con un aparente anhelo de volver a ser maestra rural en dichos años, pero jamás se concreta, razón que nos lleva a pensar que lo controversial de sus publicaciones también puede verse aplacado por la ilusión de que su salida del campo literario, cultural y político será inminente.

por Alberto Gerchunoff: “El que ha visto alguna vez un retrato de Gabriela Mistral la imagina como una mujer de rasgos duros, que recuerda en algo las líneas abultadas de la máscara de Rubén Darío. [...] Pero esa expresión ásperamente viril se borra cuando se la ve” (García Huidobro, 2005: 169).

Esta, publicada en la revista *Ercilla* el 20 de mayo de 1938 y hecha por Raúl Morales destaca: “Está vestida con un “piel de oso” de corte masculino, y lleva debajo de él un estampado de colores vivos. La melena casi morena, casi plateada, encuadra las firmes líneas de su rostro bajo la boina puesta a la *negligé*, o a la diabla, como dicen en Chile. Los pies grandes, encerrados en zapatos de taco bajo...” (García Huidobro, 2005: 203).

Otra, publicada el 8 de noviembre de 1953 por Santiago del Campo para *El Mercurio* de Santiago: “Inconfundible: alta, magma, morena, los ojos verdes, las cejas circunflejas, las orejas grandes, la boca ancha, curvada en las comisuras, el pelo blanco, masculino. Lleva un vestido liso, de cuello cerrado, color gris pizarra, semejante a túnica; zapatos de taco bajo” (García Huidobro, 2005: 256 y 257).

La imagen que se construye de ella –imagen que ella misma mantiene– es estudiada por Claudia Cabello (2012)¹⁰³, quien propone que “La imagen pública de Mistral es un producto –inestable y en permanente re-significación– que no está determinada únicamente por representaciones visuales, sino que mediante la interacción de textos literarios, testimonios, imágenes, discursos orales y prácticas simbólicas” (1).

Al notar que es un producto moldeable, Cabello compara con los estándares propios de las primeras décadas del siglo XX para notar que la postura también es estratégica: “La imagen de Mistral y también su discurso no se identifica con la imagen de la mujer moderna o de la sufragista de comienzos del siglo XX [...] se ubica en un lugar aparentemente menos amenazador, más único y por lo tanto, más inasible” (12 y 13)

De esta forma, y con las descripciones recién anotadas, su imagen también la apartó de la crítica zalamera que halagaba las dotes físicas de las escritoras: sin demostrar ni adaptarse a los cánones de belleza, en teoría, ¿qué más quedaría que hablar únicamente acerca de la calidad de su obra?

¹⁰³ Cabello Hutt, Claudia. “La letra y el cuerpo: la imagen visual de Gabriela Mistral, 1905-1922”. En prensa, enero-marzo del 2015.

Es a través de una serie de sutiles movimientos que Mistral va deshaciéndose de todas las casillas en las que el ojo público quiere encerrarla: de la educación sospecha y se queja pero vive de las reformas que hace en ella, soportadas por un punto de hablada desde el lugar de maestra rural; se declara amante de la infancia mas no es madre ni quiere serlo; habla del terruño pero no deja de viajar hasta su muerte, etcétera. Todas movidas que la convierten en el agente más escurridizo de nuestro corpus, y por ello tal vez en el más inteligente en términos de estrategias.

Quien sí cumplió con los estándares de la época fue Amanda Labarca, quien tuvo una producción en el área literaria con *Impresiones de juventud* en 1909, *En tierras extrañas* en 1916, *La lámpara maravillosa* y *Desde el alba* en 1922, opuestos en tenor a los de crítica y ensayo tales como *Evolución de la segunda enseñanza* (1938) e *Historia de la enseñanza en Chile* (1939). Lo que deja como rupturistas de la tradición literaria a Acuña y Caffarena, profesionales “definidas” en el sentido de optar por un solo curso de acción asociado a la combinación de sus carreras como abogada y el sufragismo feminista.

Americanismo

Hemos dicho a lo largo de este capítulo que la Educación, esa con mayúsculas que se transforma en un proyecto nacional moderno, busca formar a los ciudadanos del “mañana”. Ahora bien, con respecto a los moldes bajo los cuales los sujetos se formarán había al menos dos tendencias: quienes consideraban el éxito de Norteamérica y de Europa como aval suficiente para importar sus modelos y calcarlos en territorio nacional; y, por otro lado, quienes creían que la geografía y la historia de cada país hacía imposible dicha adopción y, por ende, los postulados educativos debían reformularse a la especificidad de cada territorio.

Dentro de dicho marco, los discursos de las mujeres de este corpus apuntaron a una reformulación que tiende hacia lo *americanista* y que varió principalmente en quienes incorporaron o no a los Estados Unidos como modelo a seguir. Dentro del primer grupo se encuentran Amanda Labarca y Ángela Acuña, quienes vieron en el país del norte una mina de oportunidades, tanto en torno a la educación como en los progresos hechos a favor de la situación de la mujer, dejando a Carmen Lyra y Luisa González en el sector opositor al

imperio yanqui, oposición fomentada por el efecto que tuvo la United Fruit Company en Costa Rica y, claro está, por su militancia dentro del Partido Comunista.

Esto se ve enmarcado en lo que Eduardo Devés (1997)¹⁰⁴ plantea como un “ciclo identitario” (17). Según Devés, tanto el proyecto modernizador como la identidad nacional se verían imbricadas en ciclos temporales donde uno prevalecería por sobre la otra. Por un lado, el proyecto modernizador sigue al modelo norteamericano y europeo, con un afán tecnológico; mientras que por el otro, la búsqueda identitaria reivindica y defiende *lo americano*, valorando el terruño y su producción cultural, y buscando una conexión con naciones hermanas que privilegie dicho vínculo en vez del intervencionismo extranjero (14).

De esta manera, cada intelectual tendrá una postura relativa al “ser latinoamericano”, variando acorde a cada caso. Por su parte, Gabriela Mistral menciona más de una vez tener recelos y sospechas dirigidas hacia Estados Unidos, aunque su labor como diplomática le impide ser igual de tajante en su oposición, como sí lo fueron Lyra y González. En 1926 *El Diario Ilustrado* publica una entrevista donde explica que dicho territorio “[...] ha hecho con los latinoamericanos lo que nosotros hemos dejado que haga. Cualquier otro país, cualquiera otra raza, no habría procedido en dicha forma” (García Huidobro, 2005: 114).

Este americanismo rara vez se expresa como tal, puesto que por sus discursos podemos suponer que las autoras hablan más bien de un internacionalismo con alcance americanista. Se justifica, por un lado, por el amplio capital relacional, sobre todo establecido a través de contactos y epístolas, que les permite configurar una red relativamente estable y prolífera a lo largo del continente. Estas alianzas concretas se desarrollan ya sea con latinoamericanos dentro o fuera de América, con quienes comparten en general una pasión por construir un discurso fraterno en base a los ideales de fines del siglo XIX, con el *Ariel* de Rodó a la cabeza.

Estos ideales conforman el otro punto. La imagen de una América Latina unida fue el sueño bolivariano que compartió sobre todo Gabriela Mistral, quien veía en la fusión una oportunidad de crecimiento que les permitiría pararse con más fuerza contra los avances del imperialismo norteamericano, por un lado, y del fascismo de las guerras mundiales, por otro.

¹⁰⁴ Devés Valdés, Eduardo. “El pensamiento latinoamericano a comienzos del siglo XX: la reivindicación de la identidad”, 1997.

En una entrevista para *Las Últimas Noticias* hecha por Renato Otero Vergara, en 1951, habla acerca de la “inmadurez” de América como continente aún en formación:

No cree que nuestro continente haya llegado aún a la edad adulta, en la cual sólo son posibles las creaciones duraderas. América, según Gabriela Mistral, está llamada a cumplir una elevada misión en el mundo de la cultura, pero cuando termine de endurecer sus cartílagos dialisioepificianos.

-Un pueblo sólo puede producir una verdadera literatura cuando habla como escribe. Los escritores de América han escrito siempre en “castizo” y hablando en americano.

-Entonces quiere usted que debemos aprender aún el español.

-No, crear el americano.

-¿De modo que para usted no hemos salido todavía de la etapa de la aventura en la que todo está por definirse, en la que todo es posible, pero a largo plazo?

-Así es. Podemos consagrar a quien queremos pero serán dioses pasajeros los nuestros. Lo que levanta a una generación lo derrumba otra. (García Huidobro, 2005: 61 y 62).

Si ya América resulta inmadura, Chile, su propio país, le provee la sensación de un nacionalismo absurdo que potencia solo la diferencia y separación con el resto de los países latinoamericanos, sobre los cuales insiste tenemos mucho que aprender. Así queda registrado en otra entrevista, de 1944, hecha por Hernán Santa Cruz para la *Revista Zig-Zag*:

Dice que en Chile ya se ha perdido casi enteramente el viejo sentido de la sobriedad que distinguiera a las generaciones que se fueron; que se está desarrollando un falso y absurdo orgullo nacional, que se apresura a encontrar lo chileno superior a lo de los demás países [...] como un ejemplo de lo que digo puedo relatarle que, de veinte comunicaciones oficiales que recibo o que me toca conocer, diecinueve contienen frases como “debemos sentirnos orgullosos” o “nos sentimos orgullosos”, a propósito de tal o cual acontecimiento, producto o cualidad chilenos. En mi tiempo jamás se veía un caso igual (García Huidobro, 2005: 111).

Acerca de esto último, cabe señalar que Mistral salió de Chile no solo por la oferta de un mejor futuro laboral, sino porque el mismo *habitus* chileno y femenino de la época la limitaba. Haber ganado los Juegos Florales le abrió puertas dentro y fuera del país, pero aquellas interiores parecían reducirse al tedio mencionado más arriba con el ejemplo del

Círculo de Lectura, puesto que implicaban un constante codeo con la elite, la misma que habla de aquel orgullo con aires de superioridad.

Pero más que hablar de nacionalidades, el término en boga para este grupo, particularmente el de las chilenas, era el de *raza*. Para Mistral este concepto tiene relación, por un lado, con la edad de este continente conformado por países recién nacidos bajo la proclamación de una independencia un tanto prematura, lo que los pone a años luz de la historia europea. Por otro, tiene que ver con la mixtura provocada desde la invasión española, que conforma un individuo único circunscrito a un territorio, pero con una cultura (y una lengua, como leímos arriba) aún indecisa. De este último punto destaca la presencia –ya derrotada– del indio, quien según ella forma parte de la conformación identitaria nacional quiérase o no, como afirma en una entrevista hecha en 1935 para el *Diario El Sur* de Concepción:

Hay que acordarse siempre, respecto de nosotros, que tenemos un siglo, y no dos mil años. Yo creo redondamente en mi raza. Estaría en mucha pesadumbre si no creyese en ella pues nunca me pienso desgajada, y si desesperara de ella, de mí desesperaría antes que de ninguno; no sólo tenemos un continente vasto; llevamos en el alma muchos estratos, y ha hablado apenas el de encima. Falta que hable el indio todavía, con todo su registro, en nuestras artes (García Huidobro, 2005: 78).

Mistral se considera a sí misma como una indigenista, y en más de una ocasión se define como una suerte de recipiente de elementos ibéricos e indios. Siente admiración por la figura desvalida del indio, ya mitigado por las políticas de apropiación de territorio y forzado a trabajar dentro del circuito de producción agrícola: “-Yo soy indigenista –nos dice Gabriela–. Amo todo lo que venga de nuestra América India. Martín Fierro era medio indio. Como yo. O indio entero, lo que es mejor¹⁰⁵” (García Huidobro, 2005: 205).

Asimismo, logra traspasar esta visión americanista de una raza continental a una visión política de cómo debe armarse este “nuevo” continente:

Mire: creo que la propiedad debe ser subdividida, por ejemplo. Digo estas cosas sin miedo. Pero, al mismo tiempo, no debemos olvidar que somos

¹⁰⁵ Entrevista de 1938 publicada en la revista *Ercilla*.

indoamericanos. Una revolución social debe inspirarse entre nosotros, en ideales indoamericanistas. ¿Qué quiere usted? Tengo ese misticismo pagano, mitad quichua y mitad maya, y no olvido mi sangre india. (García Huidobro: 2005, 206)¹⁰⁶.

Esta revolución de corte indoamericano quedará en el plano utópico. Tras la Segunda Guerra Mundial cambiará el tenor de las discusiones, las que girarán en torno a la postura de cada intelectual en al menos dos ejes: el apoyo a la Europa devastada o el apego a las ideas patrióticas provenientes de Norteamérica. En una entrevista de 1941 publicada en *Estudios* Mistral explica a su interlocutor, Jaime Eyzaguirre:

-Su americanidad, ¿es como la común de los yanquis, una posición contra Europa?

-No, ni remotamente. Precisamente me asombra ver cómo, en esta hora de desgracia, con la bobería de un niño que pisotea un objeto precioso, periodistas y pseudo-ensayistas condenan en bloque la cultura europea que apenas conocen.

[...] sé muy bien que la estima de Europa no ha de obligarnos al odio hacia Estados Unidos, que es lo que predicán en el Caribe.

[...] Podríamos no estar el día de mañana con los yanquis, pero en esta coyuntura del destino es un acto natural, casi instintivo, el estar a su lado, defendiendo una tradición común de libertad (García Huidobro: 2005, 209 y 210).

Así, se pasa de un proyecto que quiere incorporar elementos como la voz del indígena en la conformación de un ideario nacional, intentando ahuyentar todo elemento foráneo, a una unión con el espíritu de libertad yanqui, país que envía sus tropas a Europa para pacificar los territorios invadidos por el fascismo de la Segunda Guerra.

Desde esta coyuntura, intelectuales como Mistral, Lyra, Acuña y Caffarena alzarán un discurso solidario en pro de países destrozados, con especial atención puesta en la España derrotada por el franquismo. La conexión con nuestros antepasados hispánicos sigue siendo vital y parece convivir con el ideario americanista: “Por su propio interés, porque son indispensables su cultura y su civilización, los pueblos de Hispanoamérica deben procurar más estrecha colaboración con esta pobre Europa de la postguerra. [...] La pérdida de

¹⁰⁶ *Ibíd.*

Occidente sería la pérdida de América; la derrota de su cultura, el fracaso de la nuestra...” dice Mistral. (García Huidobro, 2005: 233)¹⁰⁷

Quien también utiliza el concepto de *raza* es Amanda Labarca. El 18 de septiembre de 1917, justo en la fecha de las fiestas patrias, se publica en *El Mercurio* un artículo llamado “Del patriotismo”. En él, Labarca contesta y comenta una lectura hecha por la escritora Delia Rouge de White (señalada solo por sus iniciales como D. R. de W.) en el Círculo de Lectura, momento en el que Rouge comparte con el grupo un capítulo inédito de una de sus novelas.

En dicha contestación Labarca resume los puntos tratados por Delia Rouge, para ella sumamente perjudiciales a la patria:

El heroísmo y el sacrificio patrióticos son manifestaciones de personalidades morbosas, explotadas generalmente por los gobernantes en beneficio de sus intereses mezquinos. [...] La patria es un mito en cuyo nombre se cometen crímenes horribles, como la guerra [...] El desarme y la paz mundial podrían verificarse sin perjuicio para nadie, mediante ciertas medidas como la supresión inmediata de las instituciones armadas¹⁰⁸.

La intención de Labarca no es generar un choque contra Delia Rouge, sino refutar estas ideas por considerarlas “profundamente perniciosas para nuestro país”. Manifestando el respeto que tiene hacia Rouge, el artículo se dedica a engrandecer la noción de Patria, como “la familia humana a la cual pertenecemos”. A tanto llega su elogio que la describirá como “un eslabón en la vasta cadena que comienza en el individuo y concluye en el kosmos [sic] infinito, en el Gran Todo, que los panteístas confunden con Dios”.

A esta patria la conforman varios elementos. Por un lado, está el étnico: “Para nadie es una novedad que en una nación hay una mezcla especial de **raza**. En el caso nuestro es de sangre española combinada en mayor o menor proporción con la sangre de los aborígenes.” (Énfasis nuestro).

Pero la raza que habita en la patria también se ve afectada por el factor geográfico y un pasado colonial sobrepoblado de mártires que dieron su vida para que el Chile del siglo XX se desarrollara como tal. Ante este último punto expresa:

¹⁰⁷ Entrevista a Mistral publicada en 1948 para el *Diario de Yucatán*.

¹⁰⁸ Por tratarse de un documento digital no contamos con la numeración de las páginas.

Seréis chilenas, mal que os pese; seréis –si vosotras lo preferís así– malas chilenas, renegadas como San Pedro que abjuraba de su Señor; pero desde la cuna a la sepultura, pese a todos los atavíos extranjeros que llevéis, **y a las ideas que pidáis prestadas a mundos extraños**, seréis chilenas, y a la patria no la podréis abolir jamás [...]

[...]

Porque no habéis nacido por generación espontánea, sois, pese a quien pese, hijas de vuestra **raza**, hermanas de vuestros compatriotas, factores anónimos o trascendentales en la evolución de vuestro país. (Énfasis nuestro)

Este patriotismo “espartano” se contrapone al discurso de Delia Rouge, que Labarca designa como un síntoma de que a los países latinoamericanos los dirigen potencias extranjeras: “Los hombres que se hacen gestores asalariados de intereses extranjeros, los representantes del pueblo que, abusando del alto poder de que están investidos, favorecen los intentos partidaristas o mezquinos, en desmedro de los sagrados intereses de la nación entera”.

Y si bien esto no la opone a una visión solidaria con el resto del mundo, que puede explicar la afición que siente por Estados Unidos en términos culturales, en 1917 el clima global había demostrado ya, gracias a la explosión de la Primera Guerra Mundial, que cada país debía velar por sí mismo frente a “los ojos de codicia y la sorda enemistad de algún vecino”.

Otra instancia que muestra la concepción americanista de Labarca está en una entrevista de Georgina Durand publicada en su compilación *Mis Entrevistas* (1943). Allí, la periodista chilena pregunta acerca de una campaña “patriótica” que lleva a cabo el gobierno de turno, pasando después a preguntar por el panorama mayor:

- ¿Cree usted que la cooperación intelectual bien interpretada podría determinar una nueva conciencia americanista?

- De eso estoy completamente segura. De la comprensión mutua de sus necesidades y destinos históricos, tendría que plasmarse en forma definitiva la verdadera conciencia americanista, tan necesaria en estos momentos en que las viejas civilizaciones tratan de liquidarse en una guerra cuyas consecuencias todavía no es dable calcular. Para fundamentar esta unidad moral, se necesita, no sólo la cooperación intelectual, sino, también, la de los

partidos, instituciones obreras, sindicatos y todas aquellas agrupaciones que trabajan por el mejoramiento social (229).

En efecto, cabe señalar que el americanismo es una pregunta que surge también por la coyuntura política internacional de las Guerras Mundiales, donde bando de varios países armaban coaliciones mientras que América se veía a sí misma como indefensa.

Dijimos que también Acuña creía en un proyecto americanista que incluye a Estados Unidos como un modelo a seguir, sobre todo en materia de feminismo. Por ello, destaca su participación en organizaciones de carácter panamericano como la Mesa Redonda Panamericana de la que forma parte en 1943¹⁰⁹.

Esta asociación, de carácter internacional y feminista¹¹⁰, tiene una sede en Costa Rica que dirige ella misma y que el día jueves 18 de marzo del mismo año recibe al político norteamericano Henry A. Wallace, en honor a quien las “damas” organizan un desfile, para recibir posteriormente a “las hermanas naciones de Nicaragua y de Honduras”.

En la época, Wallace ocupaba el puesto de Vicepresidente de los Estados Unidos, bajo el mandato de Franklin D. Roosevelt, y formaba parte del Partido Progresista, asociado al comunismo. Lo más probable es que, en su calidad anterior de ministro de agricultura, Wallace haya estado en el país por negocios de dicho calibre.

Para Ángela Acuña el americanismo estaba vinculado directamente con su objetivo de atraer más mujeres al movimiento feminista. Ellas, como un conglomerado activo, crítico y potente, tendrían en la unión el poder de realizar cambios a nivel legislativo que las facultaran para participar dentro de la vida pública, a la par de los hombres.

Al igual que lo hará Elena Caffarena, Ángela Acuña busca obtener un capital social a base de conexiones con mujeres de clase alta de otros países, reuniendo a personalidades hoy

¹⁰⁹ Recorte de un artículo titulado “Labor Cívica de La Mesa Redonda Panamericana. Sección de Costa Rica. Año de 1943” publicado en *La Tribuna*, jueves 18 de marzo de 1943. Libro 2.

¹¹⁰ Otras organizaciones en las que participó son: la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, Liga Feminista, Congreso Interamericano de Mujeres, delegada de Costa Rica ante el Comité Internacional de Mujeres de Washington, La Unión Panamericana, Congreso Centroamericano Femenino de Educación y el Comité de Madres Americanas, que en 1950 la nombró como “Madre de Costa Rica”.

olvidadas por la historia pero que de seguro ocuparon un rango alto en la escala social, principalmente a través del matrimonio con hombres de poder.

Dicho movimiento panamericanista de la Mesa buscó aunar a la América continental bajo un clima político reinado por la Segunda Guerra Mundial. Su objetivo es, por un lado, el apuntado anteriormente en función del feminismo, y por otro, uno que sigue los postulados de libertad acorde al molde norteamericano.

Es así como vemos, en otro recorte de 1943, un segundo llamado a las “damas”¹¹¹: “En la escuela América, se reúnen mañana en la noche las damas de la mesa redonda, para conmemorar el día panamericano. Doña Angela de Chacón dirá unas palabras, recalcando la trascendencia de ese festejo. Es una forma más de acercar a las tres Américas.”

Y luego prosigue con la explicación pública de los fines de la Mesa, buscando ampliar la convocatoria y borrar cualquier sospecha acerca de las tareas a las que se dedicaban colectivos como este: “La mesa redonda trabaja por esos mismos ideales [paz y amistad], y al reunirse a fin de conmemorar el día panamericano, habrá de elevarse indefectiblemente un pensamiento a la memoria de Jefferson, padre de la independencia de Estados Unidos y apóstol de la libertad, como base de mejoramiento humano.”

Comparado con el repudio visceral que Lyra y González sentían por los yanquis, Acuña ve en Norteamérica un ejemplo a seguir, especialmente tras el episodio de la guerra. De cierta manera, la Segunda Guerra Mundial les presenta un estado social y político de *tabula rasa*, es decir, un momento a partir del cual toda acción será fructífera puesto que como colectivo, Acuña y sus “damas”, podrán levantar el espíritu moral a través de acción –y educación– cívica.

Vemos una publicación en *La Prensa Libre*, de 1943¹¹², titulada “Contribuir a la nueva organización del mundo de la post-guerra en Costa Rica”, donde la ambición de este grupo de distinguidas no se queda corta. Con un plan de 4 puntos de actos que afectan el espacio público, estas mujeres, lideradas por Acuña, quieren comenzar a publicar un boletín para la

¹¹¹ Recorte de un artículo titulado “Mañana se celebra el día panamericano”. Sin periódico, martes 18 de abril de 1943. Libro 2.

¹¹² Recorte de un artículo titulado “Contribuir a la nueva organización del mundo de la post-guerra en Costa Rica” publicado en *La Prensa Libre*, abril de 1943, pp. 13 y 14. Libro 2.

mujer titulado “La Mujer en Acción”, además de organizar conferencias dominicales en los hogares campesinos, trabajar para plantar árboles frutales y así alimentar a la población, y finalmente, “Llevar a cabo una propaganda intensa de cultura civil co-histórica, por medio de cartelones colocados en los vehículos que hacen el servicio entre los centros de población [...] para obtener más tarde una nueva influencia educadora en el medio, tan lleno de incertidumbres.”

Igualmente, y sin contraponerse con su admiración por los Estados Unidos, Acuña comparte con Mistral el recuerdo cariñoso para la España invadida por Franco. Para ambas intelectuales España sigue siendo “la madre” de Latinoamérica, en el sentido más literal: no hubiésemos existido sin ella; le debemos idioma, cultura y otras grandezas. Tal vez la gran excepción entre el pensamiento de ambas intelectuales es que para la costarricense la figura del indio ha embarrado la pureza de la noble sangre española.

En una publicación cuyo año no podemos determinar, titulada “No olvidemos a España” y que salió a la luz en *El Fígaro*, Acuña se refiere al país europeo y a su relación con su propio continente. “Muchos años han pasado, y estos hermosos pueblos de América Latina, parece, como si vinieran olvidando poco a poco que su madre existe.”

No es que dicha gratitud provenga de un desconocimiento del pasado colonial, sino que lo reinterpreta simplemente como una etapa: “Después de haber usado el vestido colonial y una vez que nos sentimos desligados de los lazos que consideramos opresores, emprendimos en espíritu, nuestro vuelo ansioso hacia el Norte de Europa, en busca de sensaciones nuevas. ¡Pobre Madre Patria!”

En su versión de la invasión española, España tenía nobles intenciones de renovar el territorio latinoamericano “[...] mas la fatalidad se puso en su camino, cuando se acercaban los tiempos en que su abrazo hubiera operado la regeneración de la América descubierta y conquistada por ella. Ya antes había dado su sangre para nutrir a sus hijos de este lado del mar”.

Párrafos más adelante, se referirá al indio: “La mezcla del español con la sangre indígena [...] le ha hecho perder mucho de su intensidad originaria. Ya el español en estos pueblos no conserva su primitivo brío, su temperamento impetuoso y activo”. Al parecer, el tema no merece más menciones ya que desde allí comienza a despotricar contra la

Revolución Francesa, que con su “fanatismo y dogmas delirantes, no sólo devoró las entrañas de Francia, sino que sus fuegos y sus lavas alcanzaron a las regiones españolas de América [...] que vinieron a sacarnos de la apatía en que vivíamos, y a inducirnos a romper los lazos que nos unían con la Madre Patria.”

Como estos dichos pueden ser leídos de una forma muy anti-americanista y controversial, explicita más adelante que “No amo el coloniaje”, pero sí ve en la España una oportunidad de retornar a una nación más pura, noble y un gran baluarte para engrandecer a la “valerosa e inteligente **raza** latina.” (Énfasis nuestro)

Ahora bien, como desconocemos la fecha exacta de esta publicación podríamos interpretar el acercamiento a España desde cualquiera de las dos Guerras Mundiales. De esta forma, podría haber mutado después en una apreciación directa hacia Estados Unidos, o bien haberse mantenido en paralelo: de una u otra manera, lo que queda claro es que Acuña pertenece al grupo de intelectuales que no ve con malos ojos la importación de modelos de pensamiento foráneos. El abolengo español, la libertad norteamericana, todo sirve cuando se trata de argumentar a favor de la inclusión de las mujeres latinoamericanas en el panorama público y cívico.

El término *raza*, como destacamos recién, también aparece en Acuña. En una publicación de 1932 que apareció en *La Prensa Libre*, Acuña comenta justo en la fecha del 12 de octubre¹¹³, conocida internacionalmente como “el día de la raza”.

En dicho texto, Acuña habla acerca del espíritu de desarme y el llamado a la paz que surge desde distintas voces de mujeres americanas e hispánicas, y realiza un recorrido que demuestra el hecho de que está al tanto de lo que ocurre en el continente, al igual que Mistral con las mujeres escritoras:

Bien hacen las mujeres de este siglo, y sobre todo las de la raza hispana, en poner al servicio de la paz toda la fuerza de su corazón y de su cerebro.
Bien hace CARMEN DE BURGOS, la insigne “Colombine” en derramar torrentes todas las bellezas de su corazón pacifista.

¹¹³ Recorte de un artículo titulado “La Fiesta de la Raza” publicado en *La Prensa Libre* el 12 de octubre de 1932. Libro 3.

Bien hace PAULINA LUISI, una gloria de Uruguay, en buscar fuentes serenas para que los hombres apaguen la sed de oro y moderen el instinto insaciable de la guerra.

Allá en Norte América ELENA ARIZMENDI, en lucha incesante por la paz de estos pueblos [...]

En España, MARÍA EDILIA VALERO, dulce cantora ecuatoriana y en un rincón de Nueva York, MARÍA TERESA URQUIDI, la ilustre hija de Bolivia, buscan ambas en armonía de los hombres latino-americanos el triunfo definitivo de la raza. (Versalitas en el original)

Todo llamado siempre termina con el mismo cariz: la presentación de la labor de la mujer como una noble, excepcional y sumamente útil para la vida cívica de las naciones. “Y aquí en COSTA RICA, un grupo de mujeres, siempre empeñosas por las obras buenas, pide que el fuego cese en las filas de los hermanos de América; que no se busque declamaciones inútiles sobre la santidad del derecho, la reivindicación del pueblo, **la integridad del sufragio**, la salud social y otras tantas frases que resultan sin sentido” (Énfasis nuestro)

De comienzo a fin, la agenda de Ángela Acuña implica un trabajo constante en pro de la inclusión femenina. Su mismo proyecto, el de la Escuela América, llevaba el nombre del continente identificando así una labor arraigada al terruño, pero siempre con miras a una superación de la patria tras “mejorarla”, en un intento por alcanzar una suerte de internacionalismo permanente.

Por otro lado, la coterránea Luisa González abre las puertas a una percepción de unión latina y, sobre todo, centroamericana a través de su participación en el comunismo. Comparte con Acuña la preocupación por la mujer, de hecho, participa en el Congreso Mundial de Mujeres al ir como representante de la Alianza de Mujeres Costarricense en 1953. Allí no se preocupa tanto de un gran proyecto, sino de obtener mejoras en el sector obrero puesto que la United Fruit Company explota aún más a la mano de obra femenina al pagarle salarios más bajos.

Es esta oposición a la United la que la lleva a hacer giras por la zona bananera en 1954, de la cual salió un folleto publicado que llevaba como presentación el siguiente párrafo:

Por acuerdo del Comité Nacional Ejecutivo de la Alianza de Mujeres Costarricenses, las compañeras Luisa González y Daisy Ramírez realizaron una gira a la Zona Bananera, en la primera semana de agosto, con el fin de dar

a conocer nuestra organización a las mujeres de la Zona. A su regreso rindieron un magnífico informe de su trabajo. El Comité Nacional Ejecutivo acordó publicar una crónica de esa gira, para denunciar los graves problemas que sufren las familias sometidas a la explotación de la United Fruit Company. Los gastos de la gira fueron financiados totalmente por las familias de la Zona. Agradecemos su esfuerzo y cooperación (*Escritos*, 2006: 140).

Al recorrer cada finca y espacio, además de ir retratando las condiciones paupérrimas, se topan con un gran porcentaje de mano de obra nicaragüense, personajes que rememoran la lucha sandinista y, poco a poco, las fronteras parecen importar solo para ir demostrando cómo las altera la mano norteamericana.

De esta manera, el americanismo funciona siempre en función de una revolución americana, es decir, de un movimiento social y político que renueve –a través del pensamiento de izquierda– y resuelva los problemas que aquejan al continente.

En un artículo publicado en el *Repertorio Americano* el 8 de diciembre de 1928, González hablará del Aprismo. Dirigido por el peruano Haya de la Torre, este movimiento había interesado en más de una ocasión a las costarricenses Lyra y González, mas ellas veían con poca fe la posibilidad de que tuviese un gran arraigo en el suelo tico. No obstante, esta publicación nos permite ver que el llamado trasciende la barrera de las naciones:

Un grupo de jóvenes nos hemos conocido y nos hemos unido al escuchar la voz sincera y fuerte de Haya de la Torre.

Para mí ha sido como una revelación de nuestras fuerzas, una llamada a mí misma; me he sentido reconfortada y entusiasta.

Nos ignorábamos, cada uno por su lado, y como un claro amanecer nos ha iluminado con su presencia, que es ejemplo vivo de juventud; nos hemos visto las caras, nos hemos estrechado las manos y nuestro entusiasmo y alegría han sido uno para ponernos a trabajar al servicio de **nuestra América**.

[...] Haya de la Torre es un obrero, un incansable trabajador; de nuevo la historia de Caupolicán se torna realidad cuando este joven vigoroso y valiente ha estremecido el corazón de las juventudes de América para levantarnos impetuosamente a la **reconstrucción de la patria de Bolívar**. (Rojas, 2006: 278; énfasis nuestro)

A pesar de que la fecha, 1928, calza con esa ansia de unión que también es expresada en más de una ocasión por Mistral, el foco cambiará eventualmente y hará que González

vuelva la vista a las alarmantes condiciones de su propio país, sin por ello desconocer ni desmerecer las problemáticas exteriores.

El comunismo, el partido Vanguardia Popular y otras instituciones de corte feminista obrero atraerán su mirada a situaciones particulares y urgentes, en oposición a las aspiraciones de Acuña, de corte más “universal” si se quiere.

A diferencia de las demás intelectuales, González no se refiere al concepto de *raza* sino al de *patria*, más común aun entre todas, lo cual tiene sentido cuando recordamos que estas décadas están fuertemente sumergidas en el “ciclo identitario”.

Dicho término aparece en un texto tardío, de 1972, momento en el cual Luisa González forma parte aun de la Alianza de Mujeres Costarricenses, y como Secretaria General publica una contestación a una “doña Karen Olsen de Figueres”, quien habría sugerido mandar a los niños en situación de pobreza a organizaciones benéficas en el extranjero.

El artículo, titulado “La patria también es madre” y publicado en *La Nación*, destaca y enaltece la noción de nacionalidad de dichos niños, como miembros de una patria que “[...] también es madre, y la patria, también, es un sentimiento noble, grande y necesario. Sin sentimiento patriótico no habrá nunca sentimientos humanistas.” (*Escritos*, 2006: 338)

La vinculación con el terruño también iba a ser fomentada por Lyra, quien publica en los años 30 una serie de libros educativos (“Libros de Lectura de Costa Rica”) en coordinación con la Secretaria de Educación Pública de Costa Rica. Fueron escritos en conjunto con Elías Leiva y Carlos Luis Sáenz, y se titulan en orden: *Buenos días, Mi hogar y mi pueblo, Costa Rica, Centro América y América y el mundo*.

Centro América sale publicado en 1933 y lleva en su índice temas como su “descubrimiento” por Colón, el “Niño Indio” y otras temáticas referentes a geografía, fauna y flora, todo con una mezcla de conocimientos prehispánicos como el Popol-Vuh y la historia de la rueda.

Por su parte, *Mi hogar y mi pueblo* se publica en 1932, y en su índice desfilan temas que van desde “Los primeros hogares”, explicando cómo viven los niños en el campo, en la finca de bananos y en otras partes del mundo. Igualmente se incluyen descripciones de la fauna y flora.

Este popurrí tiene como objetivo enseñar a los escolares las maneras de desarrollarse en el mundo cívico, comprendiendo de manera didáctica los elementos que conforman “su hogar”, Centroamérica, América y el resto del mundo.

Más allá de esta publicación, las menciones al continente parecieran tener el mismo cariz que las de González. Como la preocupación primaria es mejorar la situación de Costa Rica, las alusiones a la Patria con mayúsculas no son necesarias, porque es la misma patria institucional la que le dio la espalda a sus ciudadanos. Es el Partido Comunista el que le da el internacionalismo a Lyra y a González, permitiéndoles moverse a lo largo del país —en el caso de González— para promover aquel cambio social, y en el caso de Lyra, para ser recibida en México tras su exilio.

Además de la publicación escolar mencionada, Lyra tiene un artículo publicado en sus *Obras Completas* titulado “¿Qué camino tomarán los escritores latinoamericanos ante la situación actual del mundo?” de 1935¹¹⁴. Dicho texto resume en buena parte del pensamiento de la costarricense acerca no solo de la literatura latinoamericana, sino de la actitud que tiene esta literatura prestándose o no como herramienta social. Para Lyra es un claro instrumento: lo es en la Rusia de esos años y ella no razones que se le opongan, lo cual la deja perpleja ante la actitud del resto de los miembros del campo intelectual costarricense:

Vuelvo los ojos a nuestra América Latina. Ignoro casi la actitud del mundo literario en la América del Sur. ¿Será una actitud anodina? ¿Por qué no llega ningún rumor de combatividad a nuestro oído? Yo se que las masas trabajadoras viven en la miseria en los cafetales, bosques y regiones mineras del Brasil; en las pampas de la Argentina; en las explotaciones del nitrato, del guano y del cobre en Chile; que la Guerra del Chaco desatada por las compañías petroleras —la Standard Oil de los Estados Unidos y la Royal Dutch & Shell de Inglaterra— ha dejado un saldo 150.000 muertos en Bolivia y Paraguay.

[...]

¿Qué harán ante la situación de las masas trabajadoras de Sud América los poetas, novelistas y periodistas de Sud América? (*Obras Completas*, 1973: 495).

¹¹⁴ Lyra, Carmen. “¿Qué camino tomarán los escritores latinoamericanos ante la situación actual del mundo?”, 1973.

Una vez más, el problema del “arte por el arte” versus el “arte comprometido socialmente” hace su aparición. Por un lado, un grupo de artistas latinoamericanos mantiene la postura de que el arte es una expresión “pura” que repercute en lo social en la medida en la que genera asombro y contemplación, mientras que, por otro lado, en el que se ubican Carmen Lyra y Luisa González, la literatura es un medio de denuncia que busca modificar ciertas conductas en el lector.

En este panorama latinoamericano, Lyra observa que: “En Honduras y en Costa Rica, la United Fruit Co y el capitalismo criollo manejan la política: en Costa Rica amaestran conciencias de intelectuales como quien amansa perros para el circo, y en Honduras explotan el arrojo del pueblo en favor de sus intereses” (*Obras Completas*, 1973: 496).

El panorama en general se ve desesperanzador. El campo intelectual y sus agentes, dedicados de lleno a la obtención de mayor capital simbólico, parecieran no querer desestabilizar el orden hegemónico. Frente a ello a Lyra no le queda más que apostar el propio e intentar publicar sus discursos desde su espacio de legitimidad, obtenido, según ella misma, gracias a sus publicaciones anteriores: “La mayor parte de poetas y escritores ticos son buenas personas dedicadas al arte por el arte, cuya función se ha reducido en lo fundamental, a ‘embellecer la tediosa existencia de los burgueses, a consolar a los ricos de las pequeñas contrariedades de su existencia’ [...]” y continúa, comparándolos con aquellos que se han sacrificado y caído incluso en la prisión por

[...] el pecado de pensar y de actuar no girando alrededor del concepto del ARTE POR EL ARTE [sic], concepto que sirve hoy de cómodo refugio a tantos para librarse de la lucha, sino poniendo su amor al arte del servicio de la revolución social.

¿Qué camino tomarán los literatos de la América Latina ante la situación de este continente, ante la situación mundial? El ejemplo de la inquietud inteligente de los escritores de Europa [frente al fascismo] y de los Estados Unidos, ¿no tendrá eco en la América Hispana? (*Obras Completas*, 1973: 498 y 499).

El llamado queda hecho a una colectividad de la cual Lyra se siente parte, pero de la cual será expulsada en un futuro mediato, precisamente porque atenta contra el orden establecido del campo. Su pregunta por Latinoamérica, por la comunidad en general, está en

directa relación con las reformulaciones de base que plantea el Comunismo, punto en el que profundizaremos más adelante.

En general, quien más suscribe al americanismo es Gabriela Mistral. Y esto tiene directa relación con su *habitus*, que la llevó no solo a deambular por este continente y el europeo, sino también a ocupar un puesto dentro del campo literario y político que le permitía hablar “en nombre de” América. A grandes rasgos, es posible suponer que todas nuestras intelectuales abogaban por una América solidaria, unida y fraterna, pero la coyuntura de cambio por la que pasaban sus propias naciones les impedía dedicarse por completo a la visión panorámica, y por ende dedicaban todas sus energías en pro de las mejoras a nivel local.

CAPÍTULO III. FEMINISMO Y POLÍTICA

*Se que voy a morir, pero quiero estar allá por última vez en mi tierra,
no quiero morir lejos de ella. Cuando no estoy en mi país me siento
como mata trasplantada, de esas matas que ya sus raíces no pueden
adaptarse a nuevas tierras.*

Carmen Lyra, fragmento de una carta desde México en 1949, días antes de su muerte

Alfonso Chase, Annie Lemistre y básicamente cualquier otro autor que hable acerca de la biografía de Carmen Lyra menciona la infaltable anécdota de su casi conversión como monja en un convento. Intento fallido, según algunos, por su condición de hija ilegítima, y según ella misma, porque “Seguramente me faltaba vocación” (*Obras Completas*, 1973: 445).

Es probable que sus biógrafos hayan escogido esta anécdota para bajar la entonces institucionalmente “violenta” imagen que se tenía de Lyra, quien había sido una de las fundadoras del Partido Comunista en Costa Rica a comienzos de los 30. Sin intentos de ocultarlo, Lyra publica acerca del Comunismo e incluso defiende a dos de sus compañeros del partido por haber sido exiliados del país. Dicha publicación provoca que en 1933 el Secretario de Educación, Teodoro Picado, la cese de sus funciones como educadora y que, más adelante en el camino, la Junta de Gobierno que quedó instaurada tras la Guerra Civil la exilie a México en 1948. La cita que inicia este párrafo proviene de dicho período, en el que Lyra solicitó viajar a Costa Rica para morir en su país, permiso que le fue negado (Ducca, 2013: 3). También comenta esta injusticia en una misiva enviada a su hermano en marzo de 1949¹¹⁵, donde destaca que “Ya va a cumplirse un año de este entierro tan injusto porque yo siempre he luchado por el bienestar de mi pueblo y a esto llaman aconsejar crímenes.” El resto de la misiva se compone de saludos y recados para sus compatriotas, sobre quienes habla con una confianza que indicaba grandes anhelos de regresar.

¹¹⁵ Documento facilitado por cortesía de Isabel Ducca.

En 1933 se publica en *Trabajo* un artículo llamado “El reportaje que provocó la destitución de Carmen Lyra” y que explica este primer gran roce: “La camarada Carmen Lyra publicó en la edición del sábado pasado de La Tribuna un reportaje referente a la expulsión del país del camarada Adolfo Braña y del estudiante Juan José Palacios” (*Obras Completas*, 1973: 462). En efecto, el gobierno de Ricardo Jiménez, en su repudio por el Partido Comunista ha enviado al exilio a los dos activistas políticos y, a raíz de su protesta, Lyra fue destituida de la dirección de la Escuela Maternal y puesta bajo la mira atenta de la policía, como ella misma cuenta en el mismo texto: “Ha de creer que me duele haberme sentido en estos días —bajo el gobierno de don Ricardo— como me sentía en el tiempo de los Tinoco? Esbirros en la esquina de mi casa y de director de policía a Chuzo González y de comandantes a otros que sirvieron con fidelidad a ese gobierno” (*Obras Completas*, 1973: 466).

Sus orígenes en el Partido Comunista pueden remontarse a la necesidad de Lyra de encontrar soluciones a problemas sociales que ni el Estado ni las entonces organizaciones benéficas parchaban por completo. Con respecto a la filantropía, tanto Lyra como Luisa González repudiaron dicha labor, liderada en la mayoría de los casos por mujeres de las clases altas como Ángela Acuña.

En una conferencia de 1935, dictada vía radio, Lyra habla precisamente acerca del nacimiento del sentimiento comunista en sí, de cómo se encuentra el Comunismo en Costa Rica y de la igualdad que busca instaurar. Sus interlocutores la enmarcan como alguien que “[...] veía más allá del recinto escolar y calaba hondo en el problema social, no se INSTALO [sic] en esa posición filantrópica” (*Obras Completas*, 1973: 468). Lyra nota que la institución de la beneficencia no es más que un conjunto de obras paliativas “pero que no se acercaban siquiera a la causa del mal” (*Obras Completas*, 1973: 468).

Acerca de esta “sensación” inicial Lyra comenta en su discurso radial:

Quando yo me metí de lleno en el Comunismo, no tenía, a pesar de mis años, una idea exacta del enemigo que iba a combatir. Creía sobre todo que como se trataba de una lucha contra el hambre y la miseria, iba a encontrar muchos aliados. Pero en el curso de tres años [...] es que me he dado cuenta de la magnitud de la empresa y de que los colaboradores no pueden abundar porque el capitalismo los tiene atados a sus intereses (*Obras Completas*, 1973: 469).

La situación de precariedad extrema en la que estaba la Maternal, alejada de toda supervisión e intervención por parte del gobierno costarricense, la dejó solicitando ayuda en los grupos revolucionarios:

Y busqué a los muchachos que habían formado un grupo que sostenía los mismos principios de la Revolución Rusa. No encontré en este grupo ninguno de nuestros intelectuales, ni ninguno de los políticos de oficio que andan tras diputaciones, ministerios y de la silla presidencial, por medio de demagogia tras la que esconden su adhesión al régimen capitalista; se trataba de muchachos muy jóvenes, inteligentes y honrados que despreciaban sin darse cuenta de ello muchas cosas que yo estaba acostumbrada a respetar, pero que en realidad no merecían ningún respeto (*Obras Completas*, 1973: 473 y 474).

Al igual que el cambio que se da en la literatura publicada por Lyra, este discurso tuvo un antecesor que le permitió ingresar al campo intelectual sin causar tanto barullo. Ella misma lo reconoce —en la misma entrevista radial— marcando así un antes y un después en su trayectoria:

Mientras yo estuve pegando piadosos remienditos sociales en la escuela y escribiendo prosa romántica con metáforas inofensivas para la injusticia que me rodeaba, tuve fama de ser una excelente persona de muy buen corazón y una ‘fina’ escritora. Pero cuando me di cuenta que había que hacer algo más que remiendos sin trascendencia, que había que luchar directamente contra el régimen capitalista, causa de la situación económica y social dentro de la que vivía, que había que escribir contra intereses creados y me metí de lleno en el Comunismo que ataca el origen del mal, entonces la gente cambió de opinión respecto a mí: ahora dicen que estoy loca, que tengo envidia del bien ajeno, que ya no escribo como antes, que he decaído en el arte de la literatura. Y cuando el gobierno me echó de la escuela por comunista, felicitaron al ministro de Educación Teodoro Picado por ese paso, porque consideraban mi influencia peligrosa en los niños (*Obras Completas*, 1973: 475).

Del centro de atención del campo literario e intelectual, de ostentar gran capital simbólico y ser consagrada como una de las escritoras icónicas de Costa Rica, Lyra quedó en el borde, también a pasos del exilio simbólico. Sus colegas intelectuales, según ella misma, se tapan las narices “del alma ante una cosa que hiede. Repelen al marxismo por ser doctrina que se base en vil materia, en el estómago. Pareciera que estos intelectuales no tuvieran

estómagos ni tripas o que consideraran como despreciables estos órganos lo mismo que los alimentos” Y continúa:

Si hay algo de odioso son estos científicos o estos literatos bien comidos, bien vestidos y bien alojados, que se creen grandes idealistas o plumas de una cultura porque poseen una enorme biblioteca y pueden leer a Virgilio en latín, y que hablan de marxismo con la punta de los labios, como si temieran untar sus frases de algo sucio (*Obras Completas*, 1973: 486 y 487).

En efecto, tanto en Costa Rica como en Chile, pertenecer al partido Comunista era considerado una acción radical y, en muchos casos, provocaba la inmediata asociación del intelectual con los estratos sociales más bajos, por lo que muchos, entre ellos el mismo Joaquín García Monge, rehuyeron su contacto.

No obstante, Lyra va rebatiendo uno a uno los argumentos que el sector conservador lanza en su contra, y no solo eso, sino que también demuestra que el Comunismo es el final del camino al cual cualquiera que razone debe llegar, porque es la herramienta de solución última de aquel “mal”. Si bien esta afirmación glorifica al partido y puede parecer poco objetiva, es comprensible dado que Lyra nunca llegó a ver su caída ni la mantención firme del capitalismo en Costa Rica.

Vimos ya cómo la figura de Lyra se mueve en el campo desde un espacio de pertenencia y apogeo hacia uno que protesta desde el borde. Su producción textual pasa de publicaciones aceptables por la crítica conservadora, como los cuentos de la tía Panchita y *En una silla de ruedas*, a retratos crudos de la realidad costarricense en las clases bajas de la ciudad y el campo, con particular atención en el sector explotado por las compañías cafetaleras y bananeras.

De este último grupo se rescatan las *Siluetas de la Maternal*, una serie de textos publicados en 1929 que relatan la dificultad tanto de ella misma como de Luisa González de instaurar una educación básica y una calidad de vida mínima en alumnos preescolares. La anécdota del estudiante que no tiene ventanas en la clase de higiene se complementa con el retrato de Lucía, su alumna con “huesos puntiagudos que levantan la piel amarillenta comida de pulgas. Se le pueden contar las costillas, y los omóplatos se le asoman en la espalda como alas atrofiadas” (Ducca, 2013: 56).

Otro de los textos que respaldan su pleno apoyo no solo a la causa comunista sino a cualquier pensamiento que tenga como prioridad enmendar la desigualdad social es *El grano de oro y el peón*, publicado en 1933 por las Publicaciones del Partido Comunista. De tono didáctico, la narración de este texto -publicado como un folleto- está dirigida al campesino común y corriente que trabaja en el cafetal. En su estructura utiliza palabras cotidianas en frases como “don zutano” para referirse a los dueños de las plantaciones, y desmiente los mitos acerca del cómo se hacen de tan grandes fortunas los terratenientes locales, siendo que la respuesta más común es que los han ganado “con el sudor de su frente” (Ducca, 2013: 109).

Con un afán revelador, el discurso de Lyra quiere dejar al obrero plagado de preguntas que le abrirán los ojos a su propia realidad y a las condiciones socioeconómicas que la mantienen y sostienen como una precaria: “¿Ha pensado usted alguna vez si es cierto que el gran capital del cafetalero don fulano de tal ha sido hecho honradamente y con solo sus fuerzas?” (Ducca, 2013: 108) Y más adelante: “¿Sabe usted cómo es que principalmente explota el patrón al peón?” (Ducca, 2013: 111); “¿Y el trabajo del palero? [...] ¿Qué le ocurriría si lo pusieran en camisa y a todo sol a abrir uno de esos hoyos de una vara cúbica que pagan a diez céntimos en los cafetales de su padre? ¿O palear una hora?” (Ducca, 2013: 112); “¿Por qué el patrón y su familia se sentirían avergonzados de vivir en una de las casas que ofrecen a sus peones? [...] ¿Se ha dado usted cuenta trabajador del campo, de cómo hacen su negocio los dueños de beneficio?” (Ducca, 2013: 113); “¿Ha visto usted alguna vez uno de esos contratos de compra de café a los pequeños productores?” (Ducca, 2013: 114); “¿Cómo no se va a hacer poderosa esa gente? ¿Cree usted todavía que esos capitales han sido amasados con el sudor y la honradez de sus dueños; que son algo sagrado que hay que seguir respetando como si les hubiese sido entregado por Dios mismo?” (Ducca, 2013: 118).

Con estas y otras interrogantes, mediadas por un resumen que puntualiza las injusticias que las familias más poderosas de Costa Rica cometen contra su mano de obra, Lyra deja para la conclusión su punto principal: el Comunismo es la respuesta a todas esas preguntas. Transformándolo en una suerte de Evangelio, Lyra quiere buscar en su lector un potencial miembro del Partido, una fuerza que unida no solo acreciente los números sino que se ponga

en acción de inmediato y no aguante un “régimen dentro del cual el bienestar de unos pocos descansa sobre la miseria de miles de criaturas humanas” (Ducca, 2013: 124).

En un tono completamente despreciativo hacia las clases terratenientes y que de seguro para el resto del campo social pareció alarmante y violento, Lyra hace un llamado y desmiente, una vez más, la idea errónea que se tenía del Partido Comunista. Pero para ello siempre parte desde puntos comunes y cotidianos que vinculan lo escrito con su público objetivo, comenzando por la idea, asumida por aquel entonces, de que la pobreza es cuestión divina: “Mentira que la miseria la manda Dios, eso lo dicen los ricos, los serviles y los tontos para que usted y sus hijos la sigan aguantando. ¿Si la miseria la manda Dios, por qué la desprecian los que tienen plata?” (Ducca, 2013: 125).

Alternando el orden asumido de las cosas, aquel estado “natural”, el Comunismo haría su entrada triunfal para “Que todo el mundo trabaje y que nadie tenga hambre. [...] Mienten los que afirman que los comunistas lo que quieren es quitar a los ricos lo que tienen para cogérselo ellos y disfrutarlo. No, por lo que luchamos los comunistas es porque no haya explotadores ni explotados, porque no haya la clase de los ricos y la de los pobres, sino una sola clase: LA TRABAJADORA” (Ducca, 2013: 125 y 126; mayúsculas en el original).

Con toda la antesala dispuesta, guiando al lector a un razonamiento lógico que busca su bienestar y el de quienes lo rodean, Lyra se atreve a revelar al final el aspecto de propaganda política del folleto cuando habla acerca del voto. *Mamita yunai* (1941) de Carlos Luis Fallas retratará este panorama cuando narra cómo la gran mayoría de los trabajadores en haciendas votaban por el candidato del patrón, recurriendo frecuentemente al cohecho y otras prácticas para que su voto se fuera al de la mayoría conservadora. Por eso el llamado de Carmen Lyra es directo:

No vote por el candidato para Presidente de la República, diputado o munícipe que le aconseja su patrón [...] EL PARTIDO COMUNISTA es el único Partido de los trabajadores y **usted debe votar por él**. Todos los otros Partidos Políticos que ofrecen ventajas a los trabajadores -sin excluir al Partido Socialista- no son sino trampas para coger votos de obreros y peones, no son sino instrumentos del Capitalismo. Los llamados Partidos Socialistas son los más peligrosos, porque se hacen los que defienden los intereses de la clase que trabaja, cuando en realidad lo que tratan es de salvar los intereses

del capitalista. (Ducca, 2013: 126 y 127; mayúsculas en el original, las negritas son nuestras).

La misma visión glorificada del Comunismo, entendida no por una carencia crítica por parte de Lyra sino porque era un proyecto en ciernes, se repite en un artículo titulado “La igualdad que quiere el comunismo”, publicado en 1939 en *Trabajo*. Dicho texto surge a raíz de otra creencia popular para la época, que postulaba al Comunismo como una suerte de fábrica que igualaba a todos los ciudadanos físicamente. A tal mito Lyra contesta, defendiendo una vez más su postura: “[...] el Comunismo quiere la igualdad social. No es cierto que el Comunismo quiera la igualdad natural, o sea: identidad de tamaño, de color, de gustos, etc., porque esto es un absurdo” (Ducca, 2013: 143).

En esta publicación tampoco deja el tono pedagógico, por eso para explicar la frase célebre que Marx hace en *Crítica al Programa Socialista de Gotha* (“A cada uno según sus necesidades; de cada cual según sus capacidades”), traduce en un tono amable y familiar: “La igualdad que quiere el Comunismo está como si dijéramos en la base: igualdad de oportunidades para conseguir alimento, vestido, casa, educación y diversión. Luego que cada uno destaque por sus propios méritos” (Ducca, 2013: 145).

En general, sus publicaciones que aluden directamente al Comunismo tienen que ver con su defensa y promoción, mientras que -tras el momento “inocente” de publicaciones literarias inofensivas para el campo- las de corte creativo se comprometen de una u otra forma con la denuncia. Y esta denuncia, esta toma de postura crítica, fue compartida por unos pocos y criticada por la mayoría que ella misma denomina como “apolítica”.

En efecto, el espacio educacional, hábitat donde se desenvuelve a diario, fue el primero en darle la espalda. En un artículo titulado como “El apoliticismo magisterial” y publicado en *Trabajo* el 1 de marzo de 1947, Lyra se dirige a la Asociación Nacional de Educadores, autoproclamada apolítica. Como se trata de la vocación de la autora, las dudas no tardan en surgir en el texto: “Nosotros nos preguntamos, en realidad, saben lo que dicen o si tratan tan sólo poner de relieve su repulsa a la politiquería. Pensamos también que los dirigentes de ANDE, personas inteligentes y cultas de lo que tratan al referirse a la apoliticidad de su sindicato es de mantener la unión y atraer un mayor número de miembros” (Ducca, 2013: 156).

Una vez más, el llamado a la intervención y toma de acción es urgente:

Los maestros costarricenses no deben hacer caso de la política ni volverle la espalda. Lo que deben hacer es interesarse y luchar para que la política sea limpia pero limpia verdaderamente [...] Y que se pongan en guardia frente a los maestros que bajo fina máscara de APOLITICISMO esconden sus afanes reaccionarios (Ducca, 2013: 160).

Como ejemplos de quienes quisieron transgredir las normas de lo socialmente aceptado, traspasando así las fronteras de lo tolerado por el *habitus*, está también Luisa González, quien:

[...] durante la administración de don Leon Cortés [...] se declaró “comunista” y se puso a trabajar por el mejoramiento de la clase trabajadora a la que ella pertenecía y fue destituida. En vano quiso hacer valer la buena calidad de su labor y los derechos que le da la Constitución. Luisa González fue echada de la escuela porque don León Cortés había prometido a los ricos partidarios suyos no mantener en la administración pública a ningún comunista (Ducca, 2013: 157).

En 1933 Luisa González se hace cargo, hasta 1937, de la dirección de la Escuela Omar Dengo, de la cual fue destituida. En el artículo “Luisa González comenta su destitución”, publicado en 1937 en *Trabajo* (periódico del Partido Comunista) se aclara la participación activa de la intelectual en el movimiento:

Al reclamar yo ante el jefe administrativo, ante el señor ministro y ante el señor presidente de la República, me contestaron como las razones de mi separación de mi puesto de directora: “usted es comunista y la actitud política del gobierno es contraria a esas ideas. Contra usted no hay ningún cargo, ninguna queja en cuanto a su labor docente y reconocemos la excelencia de su trabajo, pero la norma y orientación de este gobierno es francamente anticomunista. Cumplimos pues las promesas que hicimos al pueblo en nuestra campaña política” (*Escritos*, 2006: 52).

Para González, el Comunismo refuerza su vocación de servicio ante la comunidad y los sectores que en el gobierno de León Cortés estaban a merced de los terratenientes cafetaleros: “[...] ¿puede ser funesto en realidad para la escuela costarricense la preocupación del maestro comunista que trata de estudiar las causas económicas y sociales que determinan

los resultados de su labor escolar? ¿Puede considerarse peligrosa esa preocupación?” (*Escritos*, 2006: 52)

Y luego protesta con más énfasis: “¿Por qué si el gobierno declara que su política se orienta hacia la defensa y protección del pueblo, echa a maestros que dentro del marco legal trabajamos por mejorar las condiciones de vida de los niños de la masa trabajadora? ¿Lo hizo porque las beatas, los curas y los cafetaleros le echaban en cara su falta de energía con los maestros comunistas?” (*Escritos*, 2006: 53)

Este rasgo que vincula, sin diferenciarlas, la práctica del magisterio con la política será compartido tanto por Lyra y González como por Labarca en el lado sur del continente. Para las tres la educación debe formar ciudadanos para una vida libre y democrática, con la excepción de que la óptica de Labarca se acerca más al republicanismo, mientras que González, al igual que su maestra, toman la vía del Comunismo.

En este sentido Lyra y González son consideradas radicales dentro del campo. Por haber vivido durante más años, González tomó la posta donde Lyra no pudo continuar e intentó esparcir su mensaje a lo largo del territorio costarricense. Ella también publica, aunque años más tarde en 1985, un texto titulado “¿Educadores apolíticos?” en el *Semanario Universidad*, donde notamos que las luchas son reiterativas, puesto que aún existe “[...] un bajo nivel político de los educadores costarricenses, responsables de la orientación cívica y democrática que deben impartir a sus alumnos” (En *Escritos*, 2006: 64).

Reitera siempre que puede, como aprovechando cualquier espacio público posible, la historia que ha permitido que las escuelas costarricenses se desarrollen:

Omar Dengo, García Monge, Carmen Lyra [...] Carlos Luis Sáenz, y tanto otros más que, libres de prejuicios, lucharon valientemente en las grandes jornadas cívicas que se dieron por la defensa, en rescate de los recursos hidráulicos nacionales frente a la United Fruit Company, en apoyo al Código del Trabajo y a las leyes de Garantías Sociales, en apoyo de la República Española, en la gran lucha que se dio contra el fascismo en los años de la segunda guerra mundial, y su gran participación en el movimiento mundial por la defensa de la paz (*Escritos*, 2006: 64).

Para González, tanto sus publicaciones literarias como sus lecciones de maestra tienen un sentido práctico de denuncia, y en artículos como este demuestra y se hace parte a sí

misma de una genealogía intelectual previa que comparte ese rasgo y de la cual es hija. Sus antecesores en el campo intelectual -al que ella ahora también pertenece- son su capital relacional y ella, como último bastión, no permitirá que caigan en el silencio de la crítica, y por lo tanto, en el olvido. Este juego es doble porque, por un lado, necesita mantener dicho capital relacional vivo para tener legitimidad dentro del campo y, por otro, porque existe un interés real en mantener los ideales de esta camada de escritores.

En otro artículo, también posterior de 1996 publicado en *Libertad*, explica las razones por las cuales entró al Comunismo. Titulado “Por qué ingresé al Partido Comunista”, la publicación explica mucho de su *habitus* y de como aquel entorno la llevó a una de sus relaciones más importantes: la que tuvo con Carmen Lyra.

Para una muchacha como yo, de origen proletario, nacida y criada en ambiente de familia obrera, viviendo siempre en los suburbios de la capital o rodando de aquí para allá [...] buscando trabajo, es decir, arañando al mundo para ganar con mi familia el pan de cada día, el ingreso al Partido Comunista no significó ningún problema especial de conciencia.

Las raíces de mi infancia, de mi vida de niña proletaria, sencillamente florecieron al madurar mi pensamiento de maestra, allá por los años de 1930. Lógicamente, encontré en el Partido Comunista, la respuesta, es decir, la explicación científica a las inquietudes y dudas que atormentaban mi espíritu de joven maestra, llena de ideales y de fantasías pedagógicas (*Escritos*, 2006: 153).

Si bien para su entorno inmediato la adopción del Comunismo pudo parecer la respuesta y el camino lógico a seguir, la historia nos ha demostrado en más de una ocasión que la hegemonía del Partido no es aceptable. Y González narra también cómo se encontró con su nuevo espacio de acción:

Un lunes por la mañana, al abrir la puerta de la Escuela, apareció por debajo un periodiquito que se llamaba *La revolución*. Era el periodiquito semanal que editaban unos muchachos estudiantes y el obrero carpintero Gonzalo Montero Berry. Carmen Lyra y yo lo leímos de punta a punta y ambas coincidimos en que esa publicación nos daba la clave de los problemas que padecía la Escuela Maternal. Fue un rayo de luz que entró en el ámbito de nuestra escuela y que nos hizo comprender que los problemas de nuestros

niños no se podían resolver con simples “parches humanitarios”. Era cuestión de régimen social y nada más.

Así, una tarde, Carmen Lyra me invitó a leer un pequeño librito que explicaba en forma magistral la historia y el desarrollo de la sociedad humana en relación con los problemas económicos. Era nada menos que el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels.

Aquel pequeño libro y la amistad con los muchachos fundadores del Partido Comunista, nos señalaron “el único camino” que conduce hacia la justicia y la fraternidad entre todos los hombres de la tierra (*Escritos*, 2006: 155).

Igual que en el discurso de Lyra, el Partido Comunista y su manifiesto funcionan para González como una suerte de Evangelio. Conteniendo la solución a todos sus problemas a través de la divulgación de “su palabra”, el Comunismo es la llave que abre todas las puertas que les estuvieron cerradas.

A diferencia de Lyra, González no tuvo contacto previo con el anarquismo, aunque sí con el APRA. En su artículo de 1928 publicado en el *Repertorio Americano*, titulado “Aprismo”, narra la experiencia del acercamiento a Haya de la Torre¹¹⁶. Pero al parecer, y a pesar de lo memorable de la experiencia, el APRA no encuentra asidero en Costa Rica y ni Lyra ni González engrosarán sus filas.

Por otro lado, sí compartió la iniciativa de defensa pública del Comunismo. Como ejemplo, está el artículo de 1938, publicado en *Trabajo*, titulado “El comunismo no destruye la personalidad humana”. En una nota a pie de página se indica que esta publicación se trata de un discurso pronunciado el domingo 13 de noviembre y que fue puesto en la prensa el 19 del mismo mes. Allí, González sigue su instinto pedagógico y, al igual que Lyra en *El grano de oro...* entrega un contexto del San José de la época, un lugar que mezcla la vida capitalina de los profesionales y la miseria de los obreros que a allí llegan en busca de sustento.

Con una población de alrededor de los 60.000 habitantes, la ciudad de San José es una miniatura comparada con otras capitales mundiales, no obstante, presenta los mismos problemas sociales y laborales: “[...] ha aumentado rápidamente su actividad industrial y económica, pero no avanza en la misma proporción el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores, que continúan viviendo en los barrios más feos y pobres”. Y añade:

¹¹⁶ Ver página 127.

“El único refugio que tienen los trabajadores es el servicio de beneficencia que tanto deprime y esclaviza” (*Escritos*, 2006: 286).

¿Cuál parece ser la solución si no formar parte de los comités que organiza el Partido Comunista? Organizados para “[...] luchar por la defensa de las clases trabajadoras; por el mejoramiento de sus viviendas, por el saneamiento de los barrios pobres, por el abaratamiento de los artículos de necesidad” (*Escritos*, 2006: 287), estos núcleos trabajan en conjunto con el Partido para restaurar un orden y defender los intereses locales, permitiendo que con el tiempo los miembros ganen autonomía y sean capaces de reclamar y hacer valer por sí mismos sus derechos: “El Comité Seccional sabrá despertar la conciencia de este pueblo que vive y que trabaja en la provincia de San José y demostrará a los ignorantes que nuestro partido es una verdadera organización en la que hay campo para todos los costarricenses honrados que quieran luchar por una patria libre” (*Escritos*, 2006: 287).

Fuera del tiempo futuro en que el Comunismo cumplirá satisfactoriamente las demandas sociales, llama la atención el plural con el que habla González y Lyra. Ellas hablan de parte del Partido, instaurando con autoridad puntos y principios acordes a los cuales debería moverse la acción política. No hay hombres que autoricen su discurso, puesto que la realidad les sirve de argumento suficiente como para publicar sin temor. Y aun cuando las represalias surgen y se las ataca públicamente, no justifican sus acciones ni su participación en el Comunismo como una que haya tenido de benefactores a varones, ni tampoco a otras mujeres con mayor capital que el de ellas.

Este fenómeno podría explicarse, por un lado, por la noción de “compañeras” que se tiene en el Comunismo, entendiendo a la mujer como un agente igual de importante en la cruzada política, y por otro, por el *habitus* inusual de ambas escritoras, quienes se desarrollan intelectualmente junto a agentes poco conservadores.

Dicha participación femenina se intensificará como algo vital para González, a diferencia de Lyra, quien opta por mantenerse por fuera del feminismo. Tras las Guerras Mundiales será la Alianza de Mujeres Costarricenses el vehículo predilecto por González para hablar acerca de la restauración de la democracia, siendo uno de los principales textos descriptivos su “Una gira por la Zona Bananera”, de 1954.

Dejando como precedente que la organización femenina y obrera es un hecho para la época, la gira de González retrata una serie de manifestaciones de mujeres como huelgas y desfiles. En ellas también hay opositores, los cuales son tolerados pacientemente por las activistas: “[...] la bandera ondeó por todos los bananales y detrás de ella íbamos las mujeres con los chiquillos de la mano, cantando el himno nacional y echando vivas a la huelga. No aflojen, les decíamos a los hombres, para eso estamos aquí las mujeres junto con ustedes en la lucha. Y ellos cogían más fuerza cuando nos veían a nosotras tan decididas a la par de todos los trabajadores” (*Escritos*, 2006: 147).

Recogiendo los testimonios de todas sus compañeras del Partido, González arma un informe que termina con una nota utópica y prometedora:

Los nombres de todas las mujeres que dieron su adhesión a la Alianza de Mujeres Costarricenses son una esperanza para el movimiento femenino que estamos construyendo en todo el país. Vemos abajo los bananales interminables de la United; los dominios de la Compañía imperialista en nuestro país y resuena en nuestros oídos el eco del riel que va de la finca llamando a todos los trabajadores, hombres y mujeres, a la organización del sindicato, a la lucha, a la resistencia abnegada y disciplinada que nos dará el triunfo final, sobre los millones de dólares que con el sudor de los trabajadores atesora el imperialismo yanqui en Costa Rica (*Escritos*, 2006: 151).

Esto marca otro punto a considerar. Si bien la dictadura de los Tinoco fue uno de los hitos que dio paso a una actividad política marcada, la oposición al imperialismo yanqui fue otro motor constante. El representante de esta dominación, tanto territorial como ideológica, fue la *United Fruit Company* (Yunai).

En un artículo titulado “¡Tierra y paz...!” , publicado en 1954 como un folleto de la Alianza de Mujeres Costarricenses, González describe la situación de su país –mantenida así por décadas– en relación con el peligro que la *United*¹¹⁷ representa para su población:

¹¹⁷ La United Fruit Company era una empresa bananera, propiedad de empresarios norteamericanos que tiene sus orígenes a finales del siglo XIX, cuando el Minor Kith se establece en Costa Rica. Acompañado del desarrollo industrial del ferrocarril, Keith y su tío Henry Meiggs desarrollan planes para la exportación del banano mediante esa vía (que primeramente se dedicaba a transportar público, con mayor costo) hacia Estados Unidos, aprovechando que en el país tico el desarrollo económico se basaba primordialmente en una incipiente y rudimentaria industria agrícola. Keith compró las hectáreas que rodeaban su línea de ferrocarril y creó la empresa Tropical Trading and Transporting Company, que luego se expandiría a otros países como Guatemala

El arroz, los frijoles, el maíz, la leche, la carne, el café y las frutas suben de precio todos los días mientras se pierden miles de hectáreas de tierra inculca acaparada por los grandes latifundistas y por la United Fruit Company. Eminentes médicos han denunciado que la principal enfermedad del pueblo costarricense es el hambre – y que el 50% de los tuberculosos salen de la Zona Bananera, mientras los acaparadores de tierras inscriben más y más latifundios y echan cercas y persiguen a los campesinos ‘parásitos’ que han cometido el delito de ponerse a sembrar la tierra para saciar su hambre y la de sus hijos (*Escritos*, 2006: 136).

Como delegada del Primer Congreso Nacional Femenino de Guatemala, González aprende las movidas del entonces Presidente de Guatemala, Jacobo Arbenz, quien promulgó el Decreto 900. Este faculta a los campesinos con la obtención de tierras que la *United* mantiene sin cultivar y tiene como objetivos: “[...] desarrollar la riqueza nacional poniendo en manos del pueblo tierras y créditos baratos que fomenten la producción nacional y promueva las fuentes de la industria nacional elevando el poder de consumo de las masas populares.” (*Escritos*, 2006: 134). O en palabras de la misma González, este decreto “[...] está quitando el suelo [a] los latifundistas avaros y haciendo perder la cabeza a los imperialistas yanquis” (*Escritos*, 2006: 130).

Las mujeres que participan de estos congresos y alianzas ligan la acción del campesinado femenino con el proceso de construcción democrática nacional. Ellas trabajan la tierra, y por lo tanto son cívicamente educadas en este Congreso con los principios que se consideran como democráticos, en pro de un patriotismo que tiene como base la oposición al imperialismo “yanqui”. De esta manera, la mujer se vuelve una pieza más dentro del engranaje de lucha política y social, haciendo feminismo sin manifestarlo como tal.

En el texto citado más arriba sobre la gira de la Zona Bananera, González describe horrorizada el viaje y la estancia en las casuchas que la *United* ha dispuesto para sus

y Nicaragua, y con el pasar de los años a El Salvador y Honduras. No obstante los grandes beneficios que obtuvo por la venta de este exótico fruto (acompañado por toda una campaña de salud en los Estados Unidos que Lyra dibuja con maestría en sus relatos), Keith quedó en bancarrota y tuvo que asociarse con otros empresarios inversionistas, naciendo así la United Fruit Company en 1889. El socio fue Andrew W. Preston, dueño de la Boston Fruit Company, quien poseía terrenos en el Caribe y por lo tanto los medios marítimos de transportar la fruta. Posteriormente, y por la crisis económica la UFC cambiará de dueños y funcionará según los principios de un monopolio.

trabajadores y sus familias, manteniéndolos en completo hacinamiento en condiciones antihigiénicas, so pretexto de maximizar las condiciones de producción del banano (utilizando mayores extensiones de terreno de cultivo en vez de habitar viviendas, escuelas y hospitales).

En una promiscuidad espantosa, horrible, duermen hombres, niños, muchachas, ancianos, madres, mujeres embarazadas, enfermos. Todos, absolutamente todos sin protestar, porque la Compañía así lo ordena según su numeración perfecta y además porque hay que dejar el campo libre, muy libre para los bananales (*Escritos*, 2006: 144).

El antiimperialismo es el motor que faculta la unión femenina, en otras palabras, Costa Rica se construye al dismantelar la invasión yanqui.

El enemigo siguiente llegará a finales de los años 30, con la instauración de la dictadura franquista en España y con el nazismo ya emplazado en Alemania, y por lo tanto con la Segunda Guerra Mundial ya a cuestas. Tanto Lyra como González seguirán formando frente con las comunidades españolas que habitan en Costa Rica: “Carmen Lyra y yo militamos con gran responsabilidad en ese Frente mundial de la paz; en aquellos tiempos era una palabra maldita, como dijo **Gabriela Mistral**. Frente a esta trágica realidad, ¿podrían los educadores ser neutrales, ser apolíticos?” (*Escritos*, 2006: 82, destacado es nuestro).

En este escenario la política está polarizada por las Guerras Mundiales, y sometida bajo la urgente búsqueda de paz y justicia. En el caso particular costarricense, la población obrera sigue siendo una mayoría aplastante opuesta a los grupos de clase media y alta, y las producciones bananera y cafetalera siguen siendo los motores de su economía, por lo que la actividad es primordialmente de acción social más que ideológica. Es decir, más que adoctrinar e impartir los principios del marxismo lo que se busca imperiosamente es aplicar prácticas laborales que mejoren la horrorosa calidad de vida del sector campesino. En este caso, la Alianza de Mujeres Costarricenses quiere enrolar a las mujeres como apoyo a la labor gremialista, liderada principalmente por hombres, pero que ahora ve en ellas actores potentes dentro del espacio público. En este momento, la división del sector de izquierda es inexistente, y González adhiere al Comunismo porque es la doctrina política que le permite

entender su situación de origen, facultándola para tomar medidas en contra de las condiciones de producción de la miseria (el monopolio bananero y cafetalero, etc.).

Destacamos en la cita superior la mención, por parte de González, de Gabriela Mistral. No es de extrañar que, debido a su profusión en publicaciones, tanto González como Lyra hayan leído sus textos, ya sea en el *Repertorio Americano* u otro lugar. Ahora bien, con respecto a la política su postura es interesante, puesto que resta radicalidad como la de las costarricenses pero tampoco aboga por un conservadurismo de derecha. Como siempre, y debido seguramente a sus labores internacionales, Mistral posee más de un matiz.

Tanto así que en 1938, en una entrevista hecha por Raúl Morales y publicada en la revista chilena *Ercilla*, se explica a sí misma:

Yo no tengo definición política porque aún no me he definido a mí misma. ¿Me entiendes? Quiero decir que no soy el espíritu comodín que ciertas personas quieren ver. Mire. Le voy a dar un ejemplo [...] En Portugal yo sentí la tragedia de España como una herida propia. [...] Pero no soy marxista. No podría serlo desde el momento en que alumbra en mí la llama de una fe religiosa. Llámeme, si usted quiere, beata. Soy creyente. Pero tampoco soy derechista. Espérese. No creo en las realidades sociales internacionales. Ni en que se pueda hacer aquí, en Chile, en América, lo que se hace en Europa o en Rusia. ¡Si somos tan distintos! Soy una especie de izquierdista tradicional. [...] Creo que la propiedad debe ser subdividida, por ejemplo. Digo estas cosas sin miedo. Pero, al mismo tiempo, no debemos olvidar que somos indoamericanos. Una revolución social debe inspirarse entre nosotros, en ideales indoamericanistas (García Huidobro, 2005: 51).

Son esos mismos ideales americanistas los que también la llevan a publicar más de una vez con una sensación desalentadora frente a los Estados Unidos. Ya no específicamente sobre la *United* pero sí sobre otras organizaciones comerciales que se le asemejan y que se repartieron a lo largo del continente. Una publicación del *Repertorio Americano* titulada “Si Estados Unidos”¹¹⁸ discute el impacto que dicho país podría tener si actuase de forma “correcta” en el territorio latinoamericano: “Si quisiera cooperar en la creación de nuestras industrias, sin los privilegios que suele pedir, y que lo hacen odioso al capital del Sur; si pagase la mano de obra india y mestiza como paga la mano blanca” (303).

¹¹⁸ Mistral, Gabriela. “Si Estados Unidos”, 1927.

Pasa también, en este mismo texto, la ocupación centroamericana: “si renunciara a esas fajas de tierra, tan mezquinas en kilómetros cuadrados, que ha ocupado en Centro América y en las Antillas, perdiendo por ellas la simpatía del enorme continente suriano y manteniendo su recelo despierto y hasta su mirada con odio” (303).

Ahora bien su conclusión, a diferencia de las costarricenses, nada tiene que ver con la participación en un partido político ni tampoco con el estudio de una doctrina de izquierda, fuera cual fuese, sino que resulta más bien en un cálido llamado -un “tirón de orejas”- al país norteamericano: “Esperamos todavía de Estados Unidos, esperamos unos años más, las gentes del Sur, desde los hombres eminentes hasta los maestros de escuela, a que nos comprenda y que nos de derecho a mantener la honra que como ellos debemos mostrar ante Europa” (303).

Por un lado, esta pequeña columna publicada tiene un tono de pasividad y cierta nostalgia, pero por otro tiene una denuncia camuflada con una estrategia de asimilación. Es decir, al ser ambos lados del continente “inferiores” ante Europa, se entiende que las energías podrían aunarse en pos de un bien común en vez de que el objetivo de Estados Unidos se ponga por sobre el desarrollo de las demás naciones del continente. Por supuesto, y como lo vemos en nuestro presente, esto no sucedió y Estados Unidos se ha convertido hoy en una superpotencia, mientras que en el resto del mundo aún se lidia con problemas como el analfabetismo y la mortandad infantil.

El intento discursivo no deja de ser loable. En una época donde el concepto de nación “en vías de desarrollo” no está instaurado, Mistral parece decirle al gigante del norte que ambos van en la misma dirección, con la diferencia de que ellos cuentan con más y mejores herramientas.

Como mencionamos anteriormente, el ojo dejará de posarse tanto sobre el norte del continente cuando caigan la Segunda Guerra Mundial y la ola de fascismo. Allí, todas las plumas se dirigirán a producir discursos que abogan por la paz. Mistral, por su lado, lo hará siempre desde un americanismo con aires bolivarianos: en la unión de los países está tanto la fuerza como el llamado a la paz, como lo muestra en un artículo publicado en *Repertorio* y

titulado “Sobre la Paz y la América Latina”¹¹⁹, dirigido a un Congreso Continental pro Paz de 1950 en el DF: “Creo que América Latina es casi totalmente pacifista. La causa de la paz nos es connatural; nuestros veintiún países no tienen nada que ganar en una guerra y casi todos miran hacia ella como calamidad pura [...] la matanza legal llamada ‘guerra’ nos repugna” Y añade: “[...] nuestro interés primordial, es pasar de la presente unión de nuestros pueblos, a la fusión de todos ellos en una especie de Estados Unidos Centro y Sudamericanos” (24).

Una vez más, su postura frente al esquema norteamericano es de una tibia aceptación, que provoca rechazo solo cuando se trata de su imposición y adopción a secas. Por lo general, esa es la impresión que provoca su discurso, y probablemente la razón por la cual no fue expulsada del campo cultural: en la medida en la que denuncia la explotación norteamericana alaba sus virtudes positivas y ve en dicho territorio un país con un espíritu católico que puede redimirse. Y en este particular artículo dice que el continente rehúye de la guerra -a pesar de que se fundó en base a una- sugiriendo que no debería, tal vez, ni referirse a ella, pero que no hacerlo es acto de cinismo: “Así y todo, no podemos ver con indiferencia la situación en extremo inquietante producida por la tensión mundial, pues cerrar los ojos a este hecho sería necesidad o hipocresía” (24).

Y he aquí otro aspecto “anfíbio” en Mistral, que mezcla un apartidismo político con acción cívica: “Es preciso que **los que no militamos en ningún partido**, salgamos, pues, de nuestra soledad para decir sin miedo nuestra propia convicción, que es más o menos la siguiente: la América Latina sigue siendo fiel a la causa de la paz, especialmente en la porción de sus educadores y de sus intelectuales” (24).

Como causa, la paz puede ser promulgada desde cualquier bando específico. Es un bien universal y como tal nadie podría expulsar del campo a alguien que la proclama. No obstante, Mistral se encarga de encauzar la interpretación de forma que nadie pueda tergiversar su artículo: “Yo espero que ustedes, oyéndome alegar por un asunto que muchos consideran meramente europeo y norteamericano, no me tomarán a estas horas de luz oblicua como cosa parecida a una rusófila embozada [...] No creo en ninguna forma de vida personal y colectiva

¹¹⁹ Mistral, Gabriela. “Sobre la Paz y la América Latina, 1950.

para nosotros que deba venirnos como paquete postal desde tierras e ideologías lejanas y casi lunares” (24).

De esta “rusofilia” se comprende la adhesión al marxismo que les valió a Lyra y a González la expulsión, por lo que se vuelve a repetir aquella idea de que de una perspectiva indoamericanista deberían salir cambios, aunque no de una manera revolucionaria, sino medida, “tradicional” si se prefiere.

En otra entrevista de 1933 para *La Libertad* de Madrid, admite:

Yo soy una mujer que nunca ha hecho política, aunque otra cosa se diga por ahí. Soy **socialista**, un socialismo **particular**, es cierto, que consiste exclusivamente en ganar lo que se come y en sentirse prójimo de los explotados. Pero política no hice nunca. Y ahora, cuando regrese a Chile y se celebren elecciones, es posible que no haga uso del voto, porque creo en los gremios, pero no en el voto” (García Huidobro, 2005: 57; destacado nuestro).

A pesar de que el tema del voto es un grueso que veremos más adelante, cabe señalar el rechazo que presenta Mistral puesto que es tema susceptible para el campo. El *habitus* de las mujeres de la primera mitad del siglo tolera, en la medida en que aparezcan esporádicamente y bajo la forma de excepciones, estas opiniones públicas acerca de política y acción cívica. Pero no permite, como lo vemos en Lyra y González, que absorba la trayectoria de las agentes.

Por eso, y ante todas las afirmaciones que se hacen de Mistral, ella misma se moldea frente a la opinión pública del campo de poder como alguien “tradicionalista”. Así sucede en una entrevista publicada en *La Nación* en 1938: “Las mujeres solo tenemos instintos y obramos más por sentimientos. Soy de naturaleza tradicionalista. [...] No soy socialista, porque el socialismo sostiene la doctrina marxista, y yo tengo ideas religiosas. Tampoco soy conservadora. En Francia podría serlo [...] pero en América no, porque aquí significa retraso y negación al progreso” (García Huidobro, 2005: 58).

Si en la versión anterior dijo que era de un socialismo particular, en 1938 ya no lo es. Y si en 1950 teme que la confundan con una “rusófila”, en el artículo de 1933 en *La Libertad* parece no importarle afirmar que “Sí que me gustaría visitar Rusia”. Eso sí, con la característica de cerrar lo más posible la interpretación de su entrevista, acota: “Creo que el

ensayo del comunismo es útil a la humanidad. Nivelar los derechos y abolir muchos privilegios es necesario, muy necesario. Producir y suprimir lo superfluo es un deber social [...] encuentro el gran obstáculo del comunismo en su atentado a la individualidad, a la intimidad, sin las que yo no se, no puedo vivir” (García Huidobro, 2005: 120).

Ya sea del Comunismo o de Estados Unidos u otros tópicos sensibles al público, Mistral parece saber más de estrategias políticas que muchos. Con opiniones como las recién versadas resulta amable tanto para conservadores como para los de ímpetu revolucionario, sin caer en el odiado “apoliticismo” pero tampoco comprometiéndose por completo a una intrincada lucha partidista.

Quien también es apartidista es Elena Caffarena. De esta intelectual en particular hemos podido recopilar su tendencia política no solo por su difusión de lo publicado en *Mujer Nueva*, sino también por aquellos datos presentes en su amplia colección epistolar, referente toda al Movimiento pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH).

Para nuestro caso las cartas del MEMCH sirven en función de lo que la profesora Darcie Doll¹²⁰ señala, apuntándolas como: “[...] documento auxiliar de la investigación histórica, observada como conjunto de datos e informaciones que permiten reconstruir e interpretar aspectos de diferentes períodos [...] documento de vital importancia para la historia de las mentalidades y para la reconstrucción de sucesos de la vida cotidiana.”¹²¹

En efecto, si bien las cartas no fueron publicadas hasta hace uno o dos años por Memoria Chilena¹²², sí se dejaron en la esfera pública con el fin de que sirvieran como huella, a diferencia de producciones textuales que la crítica veía como más serios y confiables (novelas, ensayos, artículos publicados en revistas o periódicos). Así es como nos permite la “[...] lectura de la producción discursiva en vistas a la construcción o relectura del mapa histórico-cultural, sea desde la historia de la cultura o del pensamiento, desde la historia de la literatura, o filosofía de la cultura”.

¹²⁰ Doll, Darcie. “La carta privada como práctica discursiva. Algunos rasgos característicos”, 2002.

¹²¹ Por ser un documento *online* no tendrá la página marcada al final de la cita.

¹²² Acorde a nuestros estudios esta tesis también forma el primer intento organizado de análisis de este material.

Si bien se documentaron las respuestas a las misivas enviadas por el MEMCH, el corpus de Caffarena se conforma más que nada de cartas que van en un solo sentido, por lo que hemos podido armar en base a su continuidad (desde 1935 a 1944) los diálogos y polémicas en torno a las cuales fueron enviadas. En su mayoría buscan promover la participación e inscripción de mujeres al MEMCH, ya sea formando comités regionales, promoviendo la lectura y compra de la *Mujer Nueva* y reportando las ganancias de este periódico a la sede central. También se centran mucho en la ampliación del capital social, es decir, de la red de contactos a través de conocidos y conocidas que puedan aportar a la conformación y el engrose de las filas del MEMCH. Por ello, y como las cartas son un género en el que no se puede eludir las autorreferencias (Doll, 2002) en más de una ocasión se perfilan las características más importantes de dicha agrupación que una y otra vez debe darse a conocer a sus nuevas y potenciales miembros, además de la emisora, quien se constituye en 1935 como Secretaria General del MEMCH.

El Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH)

Caffarena estudió leyes en la Universidad de Chile, lugar donde conoció a Jorge Jiles, activo miembro del Partido Comunista y más tarde, su esposo. Si bien esta unión demostró que su trayectoria ya se desviaba del común del *habitus*, fueron también sus actividades laborales las que la encaminaron hacia la fundación del MEMCH. Primero trabajó como inspectora del trabajo femenino en conjunto con la intelectual Elvira Santa Cruz Ossa, quien publicaba polémicos artículos acerca de la condición femenina bajo el pseudónimo de *Roxane*.

Ya en la década del 30 participó en la Asociación de Mujeres Universitarias, liderada por **Amanda Labarca** y Ernestina Pérez, para luego ser nombrada como directora del Consejo de Defensa Nacional del Niño por el entonces Presidente Pedro Aguirre Cerda, quien en conjunto con su esposa también haría demostraciones de respaldo al MEMCH. En 1935 ya se sumerge de lleno en la lucha feminista con el Movimiento, donde intentó transformar y aunar la organización de manera que la pertenencia de sus miembros a grupos políticos no dominara la agenda.

Resaltamos el nombre de Labarca porque la intelectual reconoce al MEMCH en su libro *Feminismo Contemporáneo* de 1947, en la sección “Trayectoria del movimiento feminista en Chile” a raíz de una controversial Exposición Femenina que se llevó a cabo en 1939, auspiciada por el Movimiento: “En dos ocasiones las mujeres chilenas han realizado un recuento de sus progresos: la Exposición Femenina de 1927, con motivo de la celebración el cincuentenario del Decreto Amunátegui, y la otra en Diciembre de 1939, auspiciada por el MEMCH, después de cumplidas las bodas profesionales de Eloísa Díaz y Ernestina Pérez” (135 y 136).

Uno de los primeros documentos a considerar, y que explica a cabalidad de qué se trata el MEMCH, es el texto titulado “A las mujeres” y que contiene sus objetivos. Fue redactado el 28 de mayo de 1935 y firmado por la Secretaria General -Elena Caffarena- y por María Antonieta Garafulic, Pro-Secretaria.

Los puntos a destacar de este documento de dos planas son los siguientes:

1. El MEMCH se justifica como organización femenina después de que el desarrollo industrial le dio cabida a la acción de mujeres en el espacio público. Entiéndase por ello obtener un salario y mantener un hogar que previamente era sostenido por varones.
2. Por emancipación se refieren a la dotación de “[...] legislación o ayuda especial que les permita ejercer sus deberes y derechos” (1), puesto que en 1935 no cuentan con “[...] igualdad en la retribución del trabajo, ni posibilidad de hacer efectivas sus decisiones ante ninguno de los problemas que le atañen” (1).
3. Del punto b se desprenden entonces las esferas: “[...] económica, biológica jurídica y social” (1).
 - a. Para la economía se discute la equidad de salario, los cargos de los que están excluidas y las consecuencias de que no exista igualdad en el campo laboral.
 - b. En lo que a biología concierne velarán por los derechos reproductivos de la mujer: “Situación cuyo desenlace es hoy, el aborto clandestino con todo su cortejo de enfermedades; o la muerte del nuevo ser por la miseria, desnutrición o abandono involuntario y forzado. La mujer tiene derecho a la maternidad consciente, o sea solamente voluntaria” (1).

- c. Por su parte, lo jurídico tiene que ver con “[...] derechos civiles y políticos, por la igualdad de los hijos legítimos e ilegítimos, por el divorcio, por la investigación de la paternidad y por la Dictación de un Código del Nilo basado en los preceptos científicos y sociales modernos” (1).
 - d. Todas estas preocupaciones se engloban en un compromiso total y social por la mujer, sin diferenciación de clase.
4. A diferencia de otras organizaciones femeninas, el MEMCH tiene como objetivo evitar la disgregación de sus integrantes, provocando de esa manera cambios efectivos en la sociedad: “No pretendemos tampoco ser una central, ni una fuerza superior a otras: relacionemos, animemos y serviremos así la obra ya comenzada” (2).
- 5. No pertenecen a ningún partido político:** “Si nuestros fines son generosos empecemos por serlo en la forma de nuestro trabajo, alejando de él toda ambición personal o partidista. Trabajemos tan sólo por un orden nuevo en el que al desaparecer el dolor de la mujer, ya no pueda ser pretexto de mezquinas especulaciones ni justificativo de humillante caridad” (2).

El MEMCH se lanza dentro del campo de poder con este mensaje trasgresor que, creemos, no conlleva la expulsión de ninguno de sus miembros por una razón bastante simple: quienes lo dirigían debían pertenecer como mínimo a la clase media y tener alguna profesión. En la práctica, el Movimiento fue formado por un grueso obrero y contó con la colaboración de partidos políticos que abogaban por las clases populares, no obstante y como se explicita en una carta de 1936 dirigida a Felisa Neyssen de Rojo:

Se trata de la señora Ofelia vda. de Vergara. Así a primera vista me pareció bien y si hubiera seguido mi impulso la hubiera hecho integrar al secretariado provisorio. Pero la señora Montt me pidió que no lo hiciera, agregándome que se trataba de una persona mal mirada en el pueblo y que su nombre alejaría a mucha gente. Yo que desconocía totalmente el ambiente accedí a esta imposición. Sin embargo, me quedé con una espina, algo así como el presentimiento de haber cometido una injusticia. Yo le ruego encarecidamente me de su opinión sobre esto. Si Ud. cree que la señora Montt tenía razón y esa señora no merece nuestra estimación, no tendré el cargo de

conciencia y si, por el contrario, Ud. cree que he cometido una injusticia estoy dispuesta a escribirla y excusarme.

El perfil de la mujer del MEMCH –que lidere el comité– debe ser “una profesional y, en todo caso, del sector llamado intelectual.”

Otro ejemplo del mismo requisito está en una carta dirigida a la secretaria general del MEMCH en Valparaíso, Alda de Barella, el 26 de diciembre de 1936, con respecto a la inclusión del grupo generado en Viña del Mar:

Tengo la impresión de que se trata de un Comité netamente obrero y que, por lo tanto, no puede las finalidades que perseguimos de unir a mujeres de todas las clases sociales y de todas ideas políticas. Creo que la situación podría solucionarse dejando al Comité como un sub-comité de barrio y tratando de organizar en Viña el Comité Central con elementos intelectuales y de la burguesía. Naturalmente que todo esto habrá que hacerlo con mucho tino en forma que las compañeras no se sientan sub-estimadas y siempre que Ud. [...] lo estime necesario, como sería el caso de ser imposible el volcar al Comité ya formado elementos intelectuales y de la burguesía. Le ruego prestar atención a este asunto que estimo delicado y de gran importancia.

Caffarena no sólo es consciente de que la formación del MEMCH es piramidal (burguesía e intelectuales a la cabeza, seguida por profesionales jóvenes y con obreras en la base), sino que además se cuida de adoctrinar bien al sector obrero, el cual se muestra siempre como mal preparado y carente de dirección, al no poseer estudios.

Este aspecto genera un contrapunto interesante con la perspectiva que Labarca dibuja en *Feminismo Contemporáneo* (1947), cuando describe la historia del feminismo como una que se forma a principios del siglo XIX y comienzos del XX con las obreras al principio y las mujeres pertenecientes a la burguesía y el campo intelectual después: “Lentamente, fue formándose, al lado de las obreras, una nueva clase de trabajadoras intelectuales que reforzaban las huestes feministas” (37)

Decimos que las obreras formaron primero el movimiento feminista porque, históricamente, puestos laborales como el de lavandera, costurera o empleada doméstica fueron desarrollados con anterioridad. Cuando surgieron las primeras abogadas y médicos ya existían estas otras formas de subsistir, por lo que resulta interesante ver cómo Caffarena no

reconoce en aquello un grado de importancia, sino que más bien no puede evitar salir de su *habitus*, a pesar de que en la proclama del Movimiento se sugiere que no habrá distinciones.

Por otro lado, las obreras del MEMCH pertenecían en su mayoría a partidos políticos como el Frente Popular o el Comunista, por lo que Caffarena buscaba mantener el foco no en la posible intervención de un ideal político en particular, sino en la superación de aquellas diferencias políticas con el bien común de la mujer como meta. Un deseo utópico a lo menos.

Entre los colectivos/partidos que participaron en conjunto con el MEMCH existe una tendencia hacia agrupaciones de izquierda, con nombres como el Partido Nacional de Mujeres, el Frente Popular (con su subsección Frente Popular Femenino), el Centro Ferroviario de Temuco, la Unión Femenina de Valparaíso, la Unión de Profesores, la Agrupación Gremial de Empleados de Chile, el Partido Radical Femenino, el Partido Cívico Femenino, el Congreso de Unidad Sindical y la Federación de Mujeres Izquierdistas, entre otros.

De todas maneras, la forma en la que el MEMCH se organizaba necesitaba dirigentes, fueran obreras o miembros de la clase media. Esto porque tenía subcomités regionales que gozaban de cierta autonomía en sus funciones, pero que debían reportarse a la central cada cierto tiempo enviando las ganancias por la venta de *Mujer Nueva* (20 centavos cada boletín) y, en más de un caso estas misivas iban como solicitud de materiales de lectura, insignias y programas.

Algunos de los comités y subcomités estaban en Ovalle, Mulchén, Valparaíso, Viña del Mar, La Serena, Puerto Montt, Tocopilla, Valdivia, Concepción, Angol y Atacama, por mencionar algunos. Cada uno de ellos tenía una variedad de secciones, repartidas entre las participantes, como ejemplo se registran (en carta de 1936) la sección jurídica, médica, de lucha social, de educación, organización y prensa, además de asistencia social y finanzas.

A grandes rasgos, el MEMCH y sus respectivas sedes formaban un microcosmos que reproducía las condiciones de vida de cualquier ciudadano varón y chileno. Hasta el momento, el mayor beneficio les permitía a las mujeres acceder a la educación básica y superior, pero la visión cívica las seguía considerando como “propiedad” del marido/hermano/padre, al igual que su patrimonio.

Quien está plenamente consciente de ello es Elena Caffarena, tanto así que en 1944 publicará un libro titulado *Capacidad de la mujer casada con relación a sus bienes*, donde explica a bajo el título “Advertencia”:

La gran mayoría de las mujeres casadas vive bajo el régimen de comunidad o sociedad conyugal, lo cual significa que no tienen capacidad para ejecutar acto alguno con relación a sus bienes, salvo los que han adquirido con su trabajo personal durante el matrimonio, situación esta última que por tratarse de casos de excepción -dentro de lo que es normal para la ley-, impone a la mujer tales engorros para acreditarla, que en la práctica es bien poco el beneficio que reporta (9 y 10).

Para las autoras del libro *Queremos votar en las próximas elecciones* (2007)¹²³, el MEMCH fue “[...] la primera agrupación femenil político-reivindicatoria que logró organización, masividad y continuidad en el devenir histórico” (69). También fue la primera organización en incursionar en las reivindicaciones sexuales de las mujeres (70), puesto que en su declaración de principios no solo mencionan el control del embarazo sino otros problemas como el aborto clandestino, tema tabú para la época. Además, contaron con una fuerte presencia pública al estar “[...] en las calles en movilizaciones por el voto político, contra la carestía de las subsistencias, por el Día Internacional de la Mujer convocado por esta institución en 1936. Contra la firma del pacto militar entre el gobierno de Chile y el de Estados Unidos, contra el envío de tropas chilenas ‘voluntarias’ a la guerra de Corea, por las libertades políticas y por el término de las relegaciones¹²⁴” (70).

A pesar de que más arriba se dejó establecido que el MEMCH necesitaba dirigentes que pertenecieran a la burguesía o a la clase media intelectual, esto no implicó el desprecio por el grueso obrero que lo conformaba, sino todo lo contrario puesto que “[...] desarrollaron una labor educativa, abriendo escuelas para obreras, entregando capacitación laboral, instalando policlínicos y consultorios jurídicos” (70).

¹²³ Gaviola, Edda et al. *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento sufragista chileno 1912-1952*, 2007.

¹²⁴ Según las autoras, las relegaciones son “[...] una acción represiva empleada por un gobierno, que consiste en expulsar a una persona de su comunidad, por razones políticas, y llevarla a un sitio apartado dentro del país, durante un lapso determinado” (70).

Igualmente, sostienen la tendencia izquierdista del Movimiento, sustentada por una coyuntura política en la que “[...] se encontraba el segundo gobierno de Arturo Alessandri Palma [y por otro lado] comenzaban a surgir las iniciativas para conformar un amplio Frente Popular capaz de vencer electoralmente a la clase dominante” (71), provocando que en 1936 el Frente se convirtiera en una “alianza multipartidaria que unió a sectores desafectos de la clase alta, a la mayoría de los sectores medios y al movimiento obrero organizado” (72). Con una base similar, el Movimiento “[...] recogió ampliamente sus postulados, transformándose tácitamente en el brazo femenino de la coalición, aunque procuró mantener su autonomía” (72).

Finalmente, las autoras proponen tres teorías en base a las cuales el MEMCH habría decaído. La primera tiene que ver con divergencias internas entre dos grupos: uno que buscaba transformar la organización en el “principal referente de las mujeres obreras”, y otro que quería mantener la “apertura” que habían tenido hasta ese entonces. La segunda tesis propone la solidarización problemática que tuvo el MEMCH con el Partido Comunista en 1948, año en el que se promulgó la ley que volvió ilegal dicho partido: “Las mujeres del MEMCH, en forma consecuente con sus postulados, se manifestaron contrarias a la exclusión política, lo cual significó su separación de la FECHIF y la consolidación de su imagen, ante el gobierno, como organismo aliado al Partido Comunista” (72). Finalmente, la tercera hipótesis sostiene que una vez obtenido el voto político cada integrante migró hacia sus respectivos partidos políticos, quedando relegado el Movimiento.

En el párrafo anterior se mencionó a la FECHIF, conocida como Federación Chilena de Instituciones Femeninas, resultado y consecuencia del primer Congreso Nacional de Mujeres en 1944. Dicha organización también persiguió la obtención de derechos políticos para las mujeres y a ella también se integró el MEMCH. Su presidenta era Amanda Labarca y sus integrantes se dedicaron en gran medida a trabajar en pos de la obtención del voto político, realizando incluso campaña directa hacia el Congreso Nacional. Básicamente, funcionó –según Julieta Kirkwood¹²⁵– como un movimiento aunador de todas las instituciones femeninas y de mujeres (110).

¹²⁵ Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, 2010.

Para Kirkwood, el MEMCH fue una iniciativa de mujeres de izquierda que, fuera de los Centros Belén de Zárrega, había incursionado en el terreno de la moral y la sexualidad (108). Su particularidad radica en que sus integrantes “[...] logran un equilibrio entre sentirse feministas, sin olvidar las causas estructurales que originan las desigualdades, y luchar por los cambios sociales, sin olvidar que eran feministas.” Y añade: “El propósito clave era sacar a la mujer de la casa para conectarla al mundo y sus problemas, entre los cuales era considerado importante lo concerniente a su propia condición” (108).

Una vez más, la propuesta del Movimiento se mantiene firme por estar cobijada no solo por agentes de las clases altas y en cargos profesionales, sino también por partidos políticos que, dentro de sus propuestas, tenían la consigna de establecer y legislar la participación pública y cívica de la mujer. El Frente Popular y otros vieron en la mujer un elemento a favor, especialmente cuando la discusión acerca de la obtención del voto estuvo en boga: si las mujeres podían votar, entonces podían votar por un partido y hacer campaña, sumando números.

Kirkwood menciona que “El advenimiento del Frente Popular, cuyo triunfo y campaña apoyan, declara mantener su apoyo al gobierno a fin de que éste realice el programa del Frente Popular que, *para las mujeres*, significará la participación como ciudadanas en la vida política nacional (1938)” (109, cursivas en el original).

Eso sí, dicho discurso dará un giro una vez obtenido el voto ya que, independiente del lado desde el cual se hable, la mujer será la responsable de la debacle electoral, puesto que nunca se la preparó “correctamente” para dicha función cívica¹²⁶.

Kirkwood también plantea un supuesto que puede aplicarse tanto para las mujeres chilenas como para Acuña (ya que Lyra y González tenían asumida y publicada su pertenencia al Partido Comunista), y que tiene que ver con las estrategias de las que hemos venido hablando hasta aquí:

En todo el período nos encontramos con una relación ambigua con la política de parte de quienes constituyen la izquierda y la derecha: todos la niegan,

¹²⁶ Hay que reconocer la ironía en dicho argumento esgrimido a mediados del XX, considerando que el número de varones votantes tampoco estaba del todo formado y que un porcentaje mínimo era gente instruida y profesional.

todos quieren representar algo -sectores, reivindicaciones- al margen de los partidos. De ahí también la posición enormemente contradictoria de las mujeres con la política y, por lo mismo, con los partidos. No hay una legitimidad social pública del derecho a realizar la política responsablemente (126).

Más adelante veremos en las luchas que realizan tanto chilenas como costarricenses por obtener dicha legitimidad, puesto que a pesar de que existen movimientos, organizaciones y partidos que consideran la participación cívica y política de la mujer como un derecho, la cuestión no dejó de ser simplemente un enunciado. El campo de poder toleró dichos discursos hasta el momento en el que el enunciado mutó en prácticas, y allí es donde cabe esa ambigüedad, entendida en parte como una estrategia y en parte como una respuesta normal al *habitus*. En la primera categoría (estrategia) las agentes echan mano a todo su capital, de manera que no fracture los límites del campo sino que los expanda lo máximo posible.

La Mujer Nueva

El nivel de organización del MEMCH puede medirse no solo por su extensión territorial y temporal, sino también por el alcance que tuvo en términos comunicativos. El que contara con su propia publicación demuestra una autonomía interesante para la época, puesto que *La Mujer Nueva* se convierte en vehículo de una opinión consolidada que, tras “bambalinas”, reúne las voces de mujeres heterogéneas.

Cabe señalar que, además de esta publicación, el Movimiento también contaba con un escudo, hecho por la artista chilena Laura Rodig y un himno, cuya compositora se obvia en las cartas, todos artículos que le otorgan capital simbólico y legitimidad como una organización válida dentro del campo.

El primer número de *La Mujer Nueva* se lanzó el 8 de noviembre de 1935¹²⁷. Su forma de boletín no solo le permitía establecer una periodicidad en las publicaciones, sino también

¹²⁷ Y finalizó el 3 de noviembre de 1940. El material de archivo de *La Mujer Nueva* también fue digitalizado y puesto a disposición de la comunidad en la página de Memoria Chilena.

fijar la idea de que su contenido iba para las integrantes del Movimiento (y personas afines), como un método de comunicación interna, además del de captación de nuevos integrantes. Por ello, y a diferencia de publicaciones como la “Página femenina” del periódico *La Nación* donde se daban consejos domésticos para la mujer, aquí se vuelven visibles notas de crítica aguda, a través de títulos de interés colectivo para el Movimiento como “Las mujeres y el fascismo”, “La mujer obrera es doblemente explotada”, “Proyecciones del movimiento emancipacionista femenino”, “El problema del aborto y la mujer obrera” y otro más comunes como “Maternidad” y “Encarecimiento de la vida”.

En su primera editorial, cuya autora se mantiene anónima, reza lo siguiente:

Lanzamos hoy el primer número de nuestro vocero con la esperanza de que todas las mujeres que sienten y comprenden la necesidad de nuestras luchas encuentren en sus páginas no solo un alimento espiritual, sino fundamentalmente la medida con que la labor de una mujer se hace una obligación.

Queremos que nuestro periódico refleje la sincera actuación de nuestro Movimiento, sus inquietudes, sus horizontes y que una en único lazo la labor efectiva de la mujer, no solo en nuestro país, sino en todo el mundo.

Esperamos también contar con la ayuda moral y económica de todas las mujeres, para que cada vez estas líneas vayan mejorando hasta lograr ampliamente su objetivo.

Llamamos a aquellas que en verdad quieran realizar labor eficiente, a reforzar nuestras filas, en la seguridad de que con ello cumplirán la misión histórica que les corresponde.

El llamado queda claro entonces, además de la encarecida colaboración “moral y económica”, puesto que para ese entonces el Movimiento dependía completamente de sus integrantes. Recién en el boletín de junio de 1936, n°7, se verá la primera publicidad impresa en sus páginas, perteneciente a una tienda llamada Casa Rojkind que trae “furs and novelties” (“pieles y novedades”)¹²⁸.

Acerca de los cambios que sufrió en su evolución *La Mujer Nueva* podemos afirmar lo siguiente:

¹²⁸ Luego aparecerán tiendas de sombreros, avisos de sastres, de servicios de limpieza, joyerías y medicamentos como Aliviol, dirigidos a “ciertos malestares, que son prerrogativas de su sexo” (noviembre de 1936, n°7, p.8).

- a. El uso de publicidad sugiere un ingreso extra para mantener el boletín, fuera de los 20 centavos por periódico que debían reportar las integrantes encargadas de su distribución.
- b. Su formato cambia y se asemeja visualmente a periódicos como *El Mercurio* y *La Nación*, sin convertirse en uno al mantener su frecuencia mensual.
- c. Con el pasar de los números, extiende la cantidad de páginas e incorpora fotografías en vez de mantenerse solo con los dibujos.
- d. En términos de temática, puede dividirse en tres macro-categorías:
 - i. La primera tiene relación con la situación precaria de la mujer en Chile, con un especial interés en la clase trabajadora y obrera. Allí se tocan puntos como la carestía de la vida, la desigualdad salarial y las condiciones de trabajo femenino.
 - ii. La segunda se vincula con la coyuntura política mundial cuando estalla la Segunda Guerra Mundial y el fascismo se instala en Europa. Por la cercanía¹²⁹ de Chile con España, casi todas las páginas de *La Mujer Nueva* se inundan con artículos de denuncia y apoyo a las madres y niños¹³⁰ de la previa Madre Patria.
 - iii. La tercera cobra fuerza al estar terminando las guerras, donde países como Estados Unidos e Inglaterra ya están celebrando décadas desde la obtención del voto y las mujeres han probado su valor en la vida política y cívica de países que salen de la crisis. El llamado no es solo a luchar por el voto, sino a apoyar a aquellos candidatos que lo respalden, como Pedro Aguirre Cerda.

Por su extensión, *La Mujer Nueva* podría dar para una investigación completa por sí sola. En ella colaboraron hombres y mujeres de distintos estratos sociales y facciones políticas, unidos todos por el ideal de que el Movimiento pro Emancipación de la Mujer

¹²⁹ A la que nos referimos en el segundo capítulo al hablar sobre americanismo.

¹³⁰ Ya en el n°12, relativo al boletín de diciembre de 1936 se publica la “Página española” donde se reproduce una fotografía de gran tamaño de un pequeño fallecido producto de bombardeos, con el número 29 en el pecho. Sobre la imagen se lee “Madres del mundo: lo que ofrece a vuestros hijos el fascismo” (6). De allí en adelante sorprenderán portadas con fotografías de prisioneros, niños muertos e imágenes con la esvástica, como la reproducida en portada del número 14 de abril de 1937.

Chilena era la organización idónea para participar, al tener como objetivo bienes universales. Podría criticársele -y muchos lo hicieron entonces- ese “apoliticismo” del que Mistral alegaba en la cita de Luisa González, pero en la práctica era necesaria dicha ambigüedad para no perder la agencia dentro del campo.

Quien también aparece en las páginas de *La Mujer Nueva* es Amanda Labarca. En el número 22 de diciembre de 1938 aparece un pequeño espacio al pie de la página 5 titulado “Mujeres opinan”:

Hemos solicitado de algunas señoras que tuvieran a su cargo la dirección de la campaña que culminó con el brillante triunfo de Don Pedro Aguirre Cerda, su opinión acerca de cual ha de ser la reivindicación femenina que debe abordarse en primer lugar.

Entre otras interesantes declaraciones transcribimos las siguientes:

Sra. Amanda Labarca

Estimo que son dos las principales: en primer lugar es indispensable la completación de sus derechos civiles; después la adquisición de sus derechos políticos.

Según Emma Salas Neumann (1996)¹³¹ Amanda Labarca militaba en el Partido Radical. A él pertenecía Pedro Aguirre Cerda, Presidente de la República con quien mantuvo una relación de cercanía (15). Igualmente, según la biógrafa, Labarca es de un pensamiento “[...] progresista, laico, que adhiere sin reservas a los principios de la democracia y que aspira a que éstos se reflejen en la sociedad. Políticamente se sintió mejor representada por el Partido Radical de entonces, el gran defensor del pensamiento humanista laico, conglomerado al cual ingreso aunque sin involucrarse en la contingencia política activa” (73).

Al parecer, en Labarca tampoco se da una visión de la política como medio a través del cual se pueden resolver los problemas sociales, pero tampoco lo deja fuera de su discurso. Cada vez que se habla de política se lo conecta directamente a la habilidad (o incapacidad) de la mujer para participar de ella. Como miembro del Partido Radical de seguro tiene que haber compartido una ideología, pero, a diferencia de Lyra y de González, sus acciones no iban respaldadas ni en función del Partido.

¹³¹ Salas Neumann, Emma. *Amanda Labarca*, 1996.

En una entrevista hecha por Georgina Durand (1943)¹³² se la retrata como alguien completamente dedicada a la educación y a la labor feminista. De hecho, Durand la reconoce como “la fundadora del movimiento femenino chileno” (225), pero -a diferencia de Acuña-Labarca no se autonoma como fundadora sino que se inserta en una larga generación de mujeres entre las que se cuentan Isabel Le Brun de Pinochet, Antonia Tarragó, Inés Echeverría y otras: “A ellas se debe, en gran parte, esta conciencia reivindicadora de los derechos femeninos que en la actualidad caracteriza a las mujeres en torno a actividades dirigidas por sí mismas, alejándolas en lo posible de la influencia eclesiástica” (225).

Labarca ve en la mujer un engranaje vital para el desarrollo de la nación. Sin ella el movimiento del progreso queda incompleto y como ejemplos también coloca a Mariana Cox, Roxane y Gabriela Mistral, con quien ya dijimos que mantenía contacto, sobre todo por su actividad en el Círculo de Lectura. Por eso, cuando le preguntan qué cree con respecto a la “capacidad# de la mujer en la política responde:

- Sí. Desde que se inició el movimiento de emancipación femenina en Chile, nuestras mujeres se han ido capacitando, día a día, en forma halagadoramente progresiva, hasta tal punto que yo considero que la mujer de nuestro país, incluso, podría ir hasta la Cámara sin hacer un papel desairado frente al hombre. No hay razón alguna para privar a la mujer del sufragio universal, cuando este derecho lo ejercen individuos sin ninguna cultura y cuyas actividades no requieren ninguna elaboración intelectual (226).

Esto tiene que ver con una educación cívica que Durand pareciera cuestionar, para gatillar la siguiente respuesta con respecto al ejercicio práctico de ciudadanía por parte de las mujeres, nuevamente, en términos de capacidad o incapacidad:

- No es cuestión de que pueda, sino que ya lo ha realizado, como por ejemplo Gabriela Mistral, que durante largos años ha representado en forma brillante a nuestro Gobierno en el extranjero; Graciela Schnake, en la Municipalidad, y tantas otras que se han desempeñado en los planos educacionales, del Derecho y de la Medicina (226).

¹³² Durand, Georgina. *Mis Entrevistas*, 1943.

Contra el prejuicio de que las labores profesionales y políticas puedan distorsionar la “personalidad” femenina, Labarca descarta la hipótesis y la cataloga como una “romántica y antojadiza apreciación” puesto que “La mujer está en la **obligación** de luchar por la reivindicación de sus propios derechos, y si no lo hace a través de las luchas sociales, quedara, indefectiblemente, en un nivel muy inferior al del hombre. Y esto no es justo ni equitativo. En cuanto a la feminidad, hay mujeres que carecen de ella aun cuando no salgan del dintel de su casa” (227).

Entonces, la mujer es apta para el mundo de la acción social, cívica y política. Si estuviésemos hablando de Lyra o González, sería apta para participar en el Partido Comunista, mientras que Labarca prefiere dejar eso para un futuro, privilegiando primero la educación y formación, no solo de la mujer, sino de todos los subalternos por igual.

Otro punto al que Labarca se refiere en sus discursos, especialmente a partir de los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, dice relación con la postura de los ciudadanos hacia el fascismo. Por ello, y compartiendo esta actitud con todas las intelectuales de nuestro corpus, se una a una causa pacifista y al referirse a “política”.

Acción política: de la caridad a la protesta por la paz

Hasta el momento, la caridad había sido una de las pocas actividades dentro del espacio público permitidas y alentadas por el campo de poder. De esta manera, tanto en Chile como en Costa Rica se conformaron agrupaciones femeninas -en su mayoría lideradas y con miembros pertenecientes a las clases adineradas-, quienes ayudaban a parchar problemas sociales como la desnutrición infantil, el analfabetismo y la escasez de recursos para subsistir en general.

Asociaciones como la Liga de Damas Chilenas se vinculaban directamente con la iglesia católica y participaban en conjunto con ella en programas de ayuda social, pero también reproducía los tajantes valores que separaban lo privado de lo público, censurando toda acción inapropiada para las mujeres¹³³. Estas “defensoras de la moral” eran vistas con

¹³³ Para más información sobre la Liga, dirigirse a la reciente tesis de Andrea Robles, “La Liga de Damas Chilenas: de la cruzada moralizadora al sindicalismo femenino católico, 1912-1918” (2013).

ojos tolerantes por la mayoría de las intelectuales de nuestro corpus, dado que era una práctica común para la época, pero no era una acción lo suficientemente potente para cambiar las situaciones de reproducción de las condiciones sociales precarias. En otras palabras, no eran más que un parche, muchas veces precario, para que dichas damas cultivaran su propio capital.

Más arriba en el continente tenemos una división en nuestro corpus ya que, por un lado, Lyra y González repudian las acciones de beneficencia, mientras que Acuña las considera tarea loable. La opinión de González se cristaliza en un artículo tardío, de 1983, que de todas maneras justifica la forma en la que hizo trabajo social durante la primera mitad del siglo. Dirigido al periódico *La Nación*, quien no lo publicó, el texto va titulado “Aclaración. Nunca he trabajado en tareas de beneficencia” y explica: “[...] nunca he trabajado en esa línea puesto que no creo que por medio de la beneficencia se pueda resolver ningún problema social, apenas si pueden servir esas ayudas para poner parches que no curan la humillación que significa el hambre, la miseria y la explotación” (*Escritos*, 2006: 350).

Más tajante es aún su maestra, Carmen Lira, quien constantemente ridiculiza a las damas de alta alcurnia en sus relatos, además de la misma iglesia, como queda en su relato “Vidas estériles”, publicado en *Renovación* en 1912, esto es, previo a su “conversión” al Comunismo. A pesar de ser un texto de ficción, la crítica implícita no deja de ser mordaz para la época: “Entretanto el órgano llenaría la iglesia de música grave, y en su nicho el corazón de Jesús seguiría sonriendo con su inútil sonrisa y mostrando el corazón sangriento que no puede dar amor a los que tanto lo necesitan en la vida” (*Relatos escogidos*, 2011: 18).

Lyra reúne estas y otras características deleznable de la alta sociedad en una serie de relatos publicados bajo el título “El barrio Cothnejo-Fishy” (1923). El capítulo VI, “Más siluetas”, describe uno de los personajes del barrio adinerado -doña Lupita- que encaja con el perfil típico de los primeros años del XX al ser una viuda ricachona que se dedica a la caridad como *hobby*:

Cuando muera dejará su fortuna a no se qué iglesia. Entretanto hace espléndidos regalos a los templos y al señor obispo. Las hebillas de oro que el ilustre prelado luce en unas zapatillas son un regalo de ella. [...]

Cada martes la entrada de la lujosa mansión se veía afectada con la suciedad y los harapos de una multitud de pordioseros. El martes era el día destinado por la señora para repartir limosna. Les daba un bollo de pan y una candela. [...] Dicen que a veces agregaba un cinco. Los mendigos se peleaban por coger campo y por recibir el bollo, la candela y la monedita de ínfimo valor (*Relatos escogidos*, 2011: 94 y 95).

Hasta aquí el relato es una sátira, una representación exagerada y extremadamente irónica que, de seguro, no estaba lejos de la realidad vista por la propia Lyra. Recordemos que ella tuvo contacto de primera mano con la iglesia cuando intentó convertirse en monja y descubrió que la labor era demasiado pasiva para su gusto, en términos de trabajo para con el prójimo. Y he aquí donde la caridad, virtud pilar de la religión, se mezcla con la política:

Desde que comenzó a agitarse la cuestión del comunismo, la señora suele salir y exhortar así a los pobres:

-¡Cuidado con el comunismo! Eso es cosa del diablo. Vamos a ver, ¿qué harían ustedes los pobres si no estuviéramos nosotros los ricos para darles limosna?

Todos los vecinos del barrio dicen con unción que doña Lupita es una santa (*Relatos escogidos*, 2011: 95).

Además de ridiculizar la labor caritativa en sí como una acción completamente frívola, Lyra resalta el nivel de superchería con el que se diaboliza al Comunismo, lo cual hace juego con el nivel de idolatría al que puede llegar la propia Lyra cuando se trata del Partido.

Otro ejemplo, más claro aún de su aversión por la actividad caritativa, reside en el texto “Las damas samaritanas”, de 1936. En él se critica una organización que realmente existió y fue iniciativa de la Primera Dama Julia Fernández Rodríguez, esposa del entonces Presidente León Cortés. Entre las iniciativas de estas damas se encuentra la creación de la Casa de la Madre y el Niño, iniciativas que Lyra no condena aunque sí lo hace con el enfoque social desde el cual surgen.

Lo primero que destaca es su vinculación con la iglesia, misma que persigue al Comunismo:

Las damas diplomáticas y las de nuestra “aristocracia” han creído que es bueno hacer algo por los desvalidos. Se habla tanto en estos momentos de la

miseria del pueblo, la revolución social, de huelgas... Luego en España y en Francia han triunfado “las izquierdas”, y dentro de las “izquierdas” están los comunistas. También se ha puesto de moda hablar de Rusia y de los bolcheviques.

Los curas condenan desde el púlpito -por orden del Papa- toda idea comunista y en los confesionarios los penitentes se acusan de tener malos pensamientos cuando les ha pasado por la cabeza la idea de que los pobres sufren hambre. Dicen que las princesas y las duquesas rusas del régimen zarista se tienen que ganar la vida lavando platos en los restaurantes de Nueva York y de París. Es decir, que por más ignorantes que sean “las grandes damas” de nuestra burguesía, no han podido sustraerse a las corrientes que prevalecen en el ambiente social (*Relatos escogidos*, 2011: 147).

Es como si para Lyra lo realmente “natural” nunca hubiese sido el orden social establecido históricamente a lo largo de los siglos, sino esas “corrientes que prevalecen en el ambiente” que son las que van imponiendo, desde las capas subalternas, el equilibrio. El régimen zarista -esa vuelta de la moneda que nunca sucedió en Costa Rica a pesar de la llegada del Comunismo- es el ejemplo perfecto para explicar que, independiente del status social, la fuerza de un movimiento puede alterar la pirámide y dejar la base a la cabeza.

Ad portas de la Segunda Guerra Mundial, Lyra retrata el ánimo que se respiraba en el ambiente en cuanto a la proliferación del Comunismo, quien tenía como protagonista a las clases más desposeídas:

Por la imaginación de las elegantes damas pasa el recuerdo de la amenaza evangélica de que es más fácil que un camello pase por el hueco de una aguja que un rico se salve, y entonces también las amenazas de la revolución social se mezclan con el temor a las llamadas del infierno y ellas declaran sonriendo con sus labios pintados y agitando sus pequeñas manos enguantadas, que hay que devolver al pueblo algo de lo que sus maridos, hermanos y padres le han cogido arbitrariamente pero legalmente y que a ellos les sirve para vivir con lujo (*Relatos escogidos*, 2011: 148).

El sujeto que busca reivindicar el pensamiento de Lyra y las damas (samaritanas y caritativas en general) es el mismo: el subalterno, el niño, el alcohólico, el analfabeta, etc. La diferencia reside más bien en los mecanismos a través de los cuales se lidia con dichos problemas, puesto que mientras la caridad está permitida por el campo de poder en las mujeres, no así las prácticas comunistas y revolucionarias.

Finalmente, lo que termina por indignar a la autora es que estas damas son las mismas que sostienen la reproducción de las condiciones de miseria de los “pobres” a quienes ayudan. Empleados en las cafetaleras o plantaciones de banano de sus familiares varones, amas de casa o lavanderas de sus mansiones, son el mismo sujeto. Así que termina por desahogarse con un tono que rebosa ironía: “Las damas ‘samaritanas’ darán buenos consejos para bien de los niños pobres y de cuando en cuando repartirán cestitas de ropa para niños recién nacidos y vestiditos, en los cuales sus dedos habrán dado algunas puntadas. ¡Cómo premiara Dios estas puntadas! Él debe tomar en cuenta que las han hecho cuando podían haber empleado ese tiempo para teñirse las uñas” (*Relatos escogidos*, 2011: 150).

Seguramente para Lyra una intelectual como Angela Acuña pertenecería a este mismo grupo de mujeres superfluas, preocupadas de obtener el voto femenino cuando había mujeres en condiciones de vida paupérrimas. En efecto, Acuña responde a su clase y tiene otras preocupaciones, aunque no por ello desconoce el terreno inexplorado que queda en puntos como alcoholismo, higiene y nutrición infantil. Nuevamente, parece ser cuestión de perspectivas y estrategias de desarrollo y propuesta de soluciones.

En un artículo perteneciente al cuarto álbum de Acuña, publicado en 1942, se discuten estos temas desde la perspectiva de la abogada. El texto, titulado “Las asociaciones femeninas solo se fundan con fines de caridad o de esparcimiento?[sic]”, discute esta interrogante traída a la palestra por la Mesa Redonda Panamericana, organización fundada por Acuña en 1940.

A pesar de que la respuesta que intentan presentar es una negativa, es decir, que creen que hacen mucho más que caridad, la verdad es que en la práctica y en lo que respecta a modificaciones sociales ni siquiera llegan a ello. Esto porque lo que hacían este tipo de organizaciones o clubes era discutir los temas en un espacio privado, armar documentos e informes con las conclusiones y luego, en algunas instancias como seminarios o congresos, enviar el documento a alguna organización superior de carácter gubernamental. Si bien era un discurso bienintencionado, en términos de actos lo que tuvo mayor éxito fue la obtención del voto femenino.

Como movimientos a destacar podría argumentarse la creación de la Escuela Mujeres de América, pero al compararla con la Maternal de Lyra y González se subentiende que no

hay una verdadera intención de reformular más bases en Acuña que no tuvieran relación directa con el sufragio, su primera preocupación.

En otro recorte perteneciente al cuarto álbum y que data del 17 de mayo de 1940 se discuten las “Sugestiones a la reforma de la beneficencia pública”. Aquí es donde se ve con mayor claridad el *habitus* tradicional en el que fue formada Acuña, que responde a los mitos que sugieren que la clase trabajadora se asocia a características como viciosa y holgazana. Su impulso sigue siendo uno positivo, puesto que existe una genuina preocupación por el bienestar infantil y las condiciones de vida precarias de la población, no obstante, recurre a sentencias como “El dolor humano existe y debe mitigarse con todos los recursos de la ciencia y el corazón, pero sin acostumbrar a las gentes a encontrarlo donde puede evitarse y a esperar, con resignación, la oportunidad de convertirse en desaventurado”.

En este sentido, Acuña muestra una cara práctica en la beneficencia y refiriéndose al colectivo que vive en la miseria afirma: “[...] deben existir elementos útiles, mundos de esplendores desconocidos, reservas para el futuro, fuentes de bien, de alegría y trabajo inexplorados por falta de un impulso género, de un estímulo a su vitalidad”. En otras palabras, lo que Acuña propone es encontrar dentro de aquellos elementos seres útiles a la comunidad, aptos para una vida laboral (no menciona bajo qué condiciones sería dicha vida) a los que hay que ponerlos a trabajar. Esto porque hay otros que “acostumbrados a pedirlo todo” están perpetuando y abusando de la beneficencia. A tal llega su sospecha que describe un escenario: “Es realmente doloroso el espectáculo ofrecido por centenares de niños, en el Mercado Central, en los sitios públicos, a la entrada de los teatros, tendiendo siempre la mano para una limosna, **con semblantes ya adiestrados en la comedia**” (el destacado es nuestro).

¿Cuál es la propuesta? En vez de la adscripción a algún partido político o siquiera la sugerencia de modificar las estructuras socioeconómicas que han engendrado la clase desposeída, su respuesta es trabajo. Uno adecuado para cada padre y madre que quiera salir de la miseria, para que de esta manera dejen de ser “un parásito incorregible del Estado y la sociedad”.

La culpa entonces no es la reproducción de los patrones del capitalismo y su consecuente desigualdad de clases, sino de una mentalidad “holgazana” de los ciudadanos

que, carentes de esfuerzo, no han logrado mantenerse a flote y propagan la beneficencia como método de subsistencia, a costa del Estado y de las clases altas.

Hasta aquí hemos visto que la labor femenina se permite, pensando en este tipo de actividades. Vinculada al rol de madre, la caridad sirve como una salida hacia lo público pues –biológicamente– las mujeres están capacitadas para participar en el área de la formación infantil y de los peligros que la acechan, es decir, que pueden intentar modificar conductas de adultos so pretexto de que afectan a la infancia. Así lo vemos en Chile, donde Elena Caffarena envía una carta –del 19 de agosto de 1936– al Dr. F. Casasbellas, felicitándolo por el artículo “El desayuno escolar es un deber del Estado”. La gracia de este texto reside en su enfoque, que la misma Caffarena recalca va: “(...) no desde el punto de vista filantrópico sino desde el punto de vista del deber y del interés del Estado.”

El MEMCH plantea una acción por parte de las mujeres desde la postura de un sujeto político, de un agente, tanto o más que desde la postura de madre o de dueña de casa, recurso al cual no se apela en esta misiva. Los derechos y deberes constitucionales son los que aquí se pelean, independientemente del lugar desde donde se realice la demanda.

En otra carta del 22 de agosto de 1936, dirigida a la secretaria de la Unión Femenina de Valparaíso, Graciela Lacoste, a raíz de una discusión surgida por la publicación en el número 8 de “La Mujer Nueva” titulado “Lo que no se exhibiría en Valparaíso”, la crítica de Caffarena va dirigida hacia esta y otras organizaciones de mujeres que enfocan su labor desde la filantropía:

La acción que nuestra organización y de [sic] sus congéneres deben desarrollar en ayuda de la mujer no es, a nuestro juicio, una acción filantrópica, de caridad privada, que atenúe el mal sin remediarlo, como es la de las organizaciones enumeradas por Uds. en el acápite “Trabajo Social”, de ahí que estamos muy lejos de encontrarnos sentidas, como Uds. parecen insinuarlo, al no ver nuestra organización en la lista que Uds. confeccionaron.

En relación con el vínculo que las actividades caritativas tenían con la iglesia, cabe señalar que por esto mismo hecho el MEMCH no se consideraba a sí mismo como un Movimiento de beneficencia. De hecho, en una de las misivas se comenta un conflicto que hubo en el comité de La Serena, en el cual por motivos ideológicos se separan obreras de

burguesas. Allí, una de las expresiones se refiere a que las “beatas” se ahuyentaron y no quisieron participar del Movimiento, puesto que sus integrantes –las obreras mayormente– eran revolucionarias.

La relación que tuvo Mistral con la iglesia católica es compleja y profunda. La poeta nunca renegó de su vínculo con ella, pero tampoco se dedicó a las labores de beneficencia. Sí le preocupaban las mismas cosas que a Lyra, González, Labarca y Caffarena, pero su mayor acción fue utilizar sus artículos y publicaciones como método de denuncia y aporte, por lo que la consideraremos aquí como un caso aparte que podría ser estudiado en un futuro.

Un punto de común encuentro para todas nuestras intelectuales, sin excepción, fue la causa pacifista tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Si bien a lo largo de este estudio hemos ido comentando textos que aluden, sobre todo, a la relación de las intelectuales con España, hay que destacar que esta fue una labor práctica. Por un lado, con publicaciones que comentaban horrorizadas lo sucedido en el Viejo Mundo y, por otro, con llamados públicos para participar en campañas y colectas.

En Costa Rica, Ángela Acuña tuvo gran poder organizacional. Proliferan recortes en sus álbumes relativos a llamados a la paz internacional o bien a instancias de reunión pública en las cuales se discute el estado político mundial, pudiendo también publicarse las conclusiones surgidas de dichas instancias.

Como ejemplo, está un artículo en el sexto álbum titulado “Labor de pacifistas”, publicado originalmente en *La Prensa Libre* el 7 de noviembre de 1935. Una vez más, Acuña ha logrado generar otra red de agentes y es partícipe de una Liga internacional pro paz y libertad, siendo ella la representante de Costa Rica. Sus sedes se encuentran en Estados Unidos y Ginebra, siendo este último lugar el punto de encuentro para una asamblea donde “se darán a conocer las listas de afiliados del mundo a la obra venturosa de la Paz”. Además de aquello, Acuña cree que “[...] podrán recogerse cincuenta millones de firmas, como contribución a un esfuerzo espiritual supremo, puesto al servicio de la más noble de las causas con que sueñan los pueblos de la tierra”.

En este punto toda actividad no puede pasar más allá de lo simbólico. Independiente de si son chilenas o costarricenses, la Segunda Guerra Mundial queda fuera de alcance y

fuera de jurisdicción, aunque Mistral al final es la que está en contacto más directo por sus labores diplomáticas y constantes viajes por España, Francia e Italia.

Sobre la situación se la interroga en una entrevista de 1952, hecha en México para la *Revista Hoy* por Elvira Vargas. Mistral explica que

La gente en Europa no tiene muchos deseos de pelear. Pero como tú ves, en estos países aparecen de la noche a la mañana bases navales y aéreas. Aquí se han estado realizando maniobras desde hace algunas semanas, la gente las ve como un espectáculo curioso y lo más seguro es que reflexione con cierta preocupación. De todas maneras Europa está siendo convertida en un arsenal y resulta difícil predecir el futuro (García Huidobro, 2005: 70).

Años antes, la situación sigue siendo retratada con un aire de incertidumbre, como se ve en este fragmento publicado en *La Nación* de 1938: “Europa está en un estado de fiebre palúdica. No creo que su destrucción haga pasar para América la prosperidad. ¿Para qué hablar de España? En Francia, todo el mundo está pendiente de la guerra. El estudiante, el obrero, el industrial dice ‘yo haré tal cosa, siempre que no haya guerra...’” (García Huidobro, 2005: 114).

Por su parte, Labarca es más activa y va más allá de la labor de comentario de Mistral. En *Feminismo contemporáneo* (1947) dedica un espacio para hablar acerca de La Asamblea Internacional de Mujeres de South Kortright, realizada en octubre de 1936. Labarca asiste como representante chilena y anota las conclusiones sacadas en una variedad de temas, hasta que se topa con lo político.

El comentario asegura que las Naciones Unidas resolverán el problema, puesto que los países en conflicto se apegarán a la Carta de San Francisco. Será labor tanto de hombres como de mujeres “amantes de la paz” (85) llevar el mensaje y practicar los postulados alrededor del mundo.

Dichas instancias resultan curiosas puesto que se va incorporando este tipo de actividades de reflexión profunda como parte del *habitus* femenino. La evolución que va desde los salones domésticos, pasando por clubes y reuniones en cafés ha llegado hasta congresos internacionales, ligas panamericanas y demostraciones de organización que reúnen

a centenares de mujeres a cuestionarse conceptos tales como la política internacional, el rol de cada Estado, las posturas de cada país frente a la coyuntura política, etc.

La proclamación pacifista de Labarca, en el mismo libro, también se hace presente en el apartado titulado “Los caminos de la paz”. El índice de este capítulo habla acerca de 1945 como momento de tensión y aprovecha de finalizar con “Derechos de la mujer”, siendo que, como ya hemos mencionado, tras la debacle la sensación fue que quedó demostrada su capacidad de participación en la construcción y levantamiento de las naciones. Como bien dice la autora en este mismo texto: “Oscila la mujer de hoy entre dos órbitas: la del hogar y la del mundo, la participación en cuyas múltiples actividades desconocieron nuestras abuelas” (158).

Eso sí, Labarca también aprovecha este momento de rechazo casi universal al fascismo para compararlo con la negación de los derechos a las mujeres. Con maestría, en su primer capítulo hace la comparación:

Del capitalismo fabril emergieron las necesidades feministas. La lucha contra ese capitalismo implicó en los sistemas de Hitler y Mussolini, la expulsión de la mujer de la vida pública. Otra filosofía de la comunidad doméstica, cívica y nacional trajo como corolario un nuevo régimen jerárquico basado –no en la igualdad esencial entre los seres– sino en una escala de valores en que el varón se confería a sí mismo el puesto supremo, y el estado se reservaba las máximas atribuciones de iniciativa y de control.

[...] Se la proscribía [a la mujer], pues, a la cocina, al repostero y al tálamo conyugal, a aumentar con la prole la grandeza del estado. Se restringieron sus posibilidades de cultura, limitando severamente su ingreso a las universidades, al comercio, a las industrias, etc. (45).

Este movimiento lo que hace es atribuirle al pensamiento fascista y propio del nacionalsocialismo alemán las limitaciones que tenía la mujer incluso antes de la Segunda Guerra. No poder acceder a la educación superior y estar circunscrita exclusivamente al hogar fueron actitudes que tuvo que soportar durante cientos de años, pero, al explicar que es Hitler quien realiza comunicados públicos de dicha calaña, todo aquel que comparta dicha visión pasará a ser un “nazi por extensión”.

Finalmente, y para dar paso ya a la lucha feminista-sufragista, resta decir que tanto Luisa González como Carmen Lyra participaron en campañas de acopio para España, y que

sus sentimientos hacia la previa Madre Patria pueden ser revisitados en el apartado que dedicamos al americanismo.

El voto: una lucha feminista

A lo largo de esta tesis hemos ido tocando puntos que responden al feminismo, tanto en su versión costarricense como chilena. Sabemos, entonces, que sus más ávidas representantes fueron Acuña en el país tico y Labarca a la par de Caffarena en el nuestro. Igualmente, entendemos que la lucha feminista del MEMCH encauzó más puntos que la simple obtención del voto, mismo fin que persiguió Labarca, sin dedicarse exclusivamente a ello. Por su parte, Luisa González también trabajó en agrupaciones de mujeres, pero no desde un feminismo declarado sino más bien desde el Partido Comunista y luego desde su mutación, el Vanguardia Popular. Por su parte, Lyra consideró que era una labor superflua perteneciente a las mujeres de la clase alta y no sintió interés por ello. Mistral tampoco creía que las mujeres pudiesen votar, dejando a Acuña como la primera en términos de dedicación en su trayectoria.

Por ello, en este apartado no ahondaremos mucho más en lo que implica ser mujer para la época, aunque sí recalcaremos que el feminismo debe entenderse en términos de lo propuesto por Asunción Lavrin (2005), para quien el feminismo en el siglo XX significaba “[...] adquirir conciencia personal de lo que quería decir ser mujer y percibir las necesidades idiosincráticas de la mujer, pues ambas cosas eran indispensables para determinar cuáles políticas promoverían un cambio en la condición de las mujeres y las relaciones de los sexos” (18). Y añade: “El feminismo era la actitud que adoptaban las mujeres y los varones simpatizantes para dar pertinencia al sexo en el análisis de políticas que afectaban a la familia, la escuela y el lugar de trabajo, los tres campos en que la mujer tenía presencia reconocida” (18).

De esto se subentiende, primero, que el feminismo y la persecución del voto son dos cosas que van de la mano pero que no necesariamente están presentes en todas las feministas y, segundo, que el feminismo es un acto de autoreflexión crítica, es decir, que implicó que

las mujeres se visualizaran a sí mismas como agentes capaces de generar cambio y que reconocieran en su sexo algo más que una diferencia limitante.

También mencionamos a lo largo de este trabajo que el feminismo existente entre 1920 y 1950 dista bastante del actual, por lo que corresponde estudiarlo como respuestas múltiples ante los problemas que aquejaban a la mujer. Se utiliza la palabra “feminismo” porque tiene directa relación con una actitud que busca afectar el espacio, provocando alteraciones en el panorama jurídico y social.

Ahora bien, para entender los puntos de vista de las dos “detractoras” del grupo, Lyra y Mistral, hay que entender que el feminismo es comprendido como una actividad burguesa y, por ende, incompatible con los preceptos del Comunismo y del Socialismo al cual adscribían nuestras intelectuales.

En su “Llamamiento a las mujeres de la clase obrera”, Lyra reconoce al feminismo como una actividad ajena que, respondiendo a una de las tantas interpretaciones fallidas del movimiento, separa a hombres de mujeres del propósito de mejorar la sociedad. Bajo el formato de un llamado colectivo, comienza el discurso con un “Compañeras: No se trata de que la mujer haga a un lado, como cosa de poco calor, su papel de madre, para dedicarse a la política” (*Obras completas*, 1977: 101).

Tras explicar la diferencia entre una mujer de la clase alta y otra trabajadora, intenta persuadir a aquellas interesadas por participar de la lucha sufragista, por considerar vana:

Compañeras, hay que empeñarse con todas las fuerzas por cambiar este estado de cosas. No vale la pena trabajar por conseguir el voto de la mujer. ¿Qué cambio hondo, trascendental, habría en la vida de Costa Rica si las mujeres pudiéramos votar por don Ricardo Jiménez, Manuel Castro Quesada, Max Koberg o Carlos María Jiménez? Las cosas seguirían como están porque ninguno de esos señores se atrevería a echar abajo las prerrogativas del capital, el cual tiene arregladas las cosas de tal manera, que mientras unas mujeres pueden estarse arrancando los pelos de las cejas o haciéndose masajes para no engordar, otras tengan que estar paradas en charcos o dobladas lavando o cociendo. Cada partido está sostenido por gente de plata, y si estas gentes arriesgan grandes sumas, no es por la linda cara del candidato, sino porque ven la posibilidad de ganarse el ciento por ciento en el juego de la política. Cada capitalista quiere llevar al gobierno a hombres que les permitan hacer buenos negocios (*Obras completas*, 1977: 103).

Siguiendo su escritura de tono pedagógico, pareciera imposible discutir con los argumentos de Lyra. En efecto, todo cambio parece superficial cuando no se modifica la estructura de base que sostiene el capitalismo, origen de todos los males.

Eso del feminismo es un absurdo. ¿Por qué las mujeres han de formar un grupo aparte y colocarse en actitud hostil ante los hombres? La humanidad se compone de hombres y mujeres, y es a los hombres y a las mujeres de la clase trabajadora oprimida por la riqueza de unos pocos, a quienes les toca luchar unidos para volver habitable esta tierra, para que las generaciones futuras no tengan que vivir en un mundo tan cruel como éste en que nos ha tocado vivir a nosotros (*Obras completas*, 1977: 103).

En el mito de que el feminismo destruye la personalidad femenina al antagonizar al hombre, Lyra hace la advertencia que según ella previene una futura hostilidad entre hermanos, además del ir traduciendo todo en términos de la lucha de clases.

Nuevamente, finaliza con un llamado (de ahí el título del texto) a que las mujeres engrosen también las filas del Partido, lo que resulta curioso porque sin la acción feminista muchos partidos políticos no habrían considerado a la mujer como un posible agente.

Invitamos a todas las mujeres de la clase trabajadora y a aquellas dispuestas a no resignarse con el actual estado económico del mundo, a nuestras reuniones, en el saloncito que el Partido Comunista de San José tiene abierto [...]. El local es humilde porque lo paga un grupo de gentes muy pobres. También hacemos saber que en nuestras filas no hay un solo personaje influyente ni intelectuales de renombre. Los primeros están muy ocupados en sus propios y lucrativos enredos y los segundos en sus versos y demás composiciones literarias (*Obras completas*, 1977: 103).

Además del llamativo desaire a sus previos colegas del campo intelectual, Lyra busca generar un grado de proximidad entre ella y su interlocutora. Al establecer un nivel de equidad social (“tú y yo somos de la misma clase” ergo “tú y yo queremos las mismas cosas”) busca redirigir la participación femenina hacia el Partido.

La publicación de Lira no dejó indiferente a las sufragistas costarricenses, por lo que el 7 de junio de 1934 se publica una respuesta en *La Prensa Libre*, titulada “La profesora doña Corina Rodríguez de Cornick, se refiere al reportaje de la escritora Carmen Lyra”.

Corina Rodríguez funciona como brazo derecho de Angela Acuña, juntas, participan en casi todas las agrupaciones y comparten como ideal último la obtención del voto. De hecho, es uno de los pocos recortes que no son de la autoría de Acuña que ella coloca en su colección, perteneciente en este caso el tercer álbum.

La defensa comienza con lo siguiente: “Feminismo es una doctrina social que equipara al hombre y a la mujer en sus derechos y en sus deberes. Nótese que no se trata sólo de derechos sino de deberes y obsérvese además que no se intenta restarle al sexo masculino ninguno de sus privilegios” (1 y 2). Y luego remata: “Hay gentes que no se ocupan de leer nunca, que no estudian [Lyra es maestra], que viven cuatrocientos años atrás y que a la hora de opinar, por mera falta de preocupación incurren en lamentables errores. Todavía hay en Costa Rica quien crea que el feminismo significa odio a los hombres” (2).

Y luego pasa a enumerar las siguientes características y objetivos del feminismo, que también comparte Acuña:

- a) “Aboga por una cultura que haga a la mujer capaz de participar en las esferas de actividad a que su vocación la llamen, sean ellas domésticas o públicas” (2)
- b) Persigue la armonía entre ambos sexos y acentúa las características propias de cada uno.
- c) Se instala para proteger la maternidad, en su defensa es que las mujeres quieren el derecho de intervenir en la legislación del país: “Desde que la maternidad no puede ni siquiera ser concebida por un hombre, es imposible que haya uno solo [...] que pueda crear leyes superiores a las que una mujer docta podría crear para proteger la más alta función de la humanidad” (2).

En efecto, utilizar la maternidad como pie para poder mantener la abierta puerta hacia la actividad política es un tópico que ya hemos revisado y que es el último argumento, en términos de ser el más importante, puesto que resulta prácticamente irrefutable.

Por otro lado, Gabriela Mistral se mantiene en una postura más tibia que la de Lyra con respecto al feminismo, dependiendo tal vez de la época desde la cual se la mire. Así, en una entrevista de 1934 titulada “Alma de nuestra América” Palma Guillén le pregunta acerca de la importancia de los ideales feministas y el papel de la mujer en la nación, a lo que responde:

El feminismo chileno es moderado, sensato, muy racional y creo que útil. Tenemos el voto municipal: estamos pidiendo el político. Pero la mujer chilena no conoció nunca situaciones deprimentes y siempre tuvo acceso a las universidades y a la mayor parte de las profesiones y oficios que ambicionó. Mi país, trabajado de influencias sajonas, fue feminista antes del feminismo (García Huidobro, 2005: 195).

Minimizando la situación que antecede a la instauración del feminismo, Mistral pareciera sugerir que no hay para qué hacer tanto alboroto. De hecho, en un “Recado sobre el trabajo de la mujer” comienza diciendo que “Me parece más un mal que un bien tratar del trabajo de la mujer como de un tema feminista. Es preferible enfrentarlo lisa y llanamente como un problema del trabajo a secas” (Vargas, 2013: 129).

Su tono calmo contrasta con el épico de casi la totalidad de las publicaciones que realiza Acuña, lo cual es comprensible considerando todos los intentos que le tomó lograr la aprobación del voto. Consideremos, acorde a los hermanos historiadores Orlando y Jorge Mario Salazar Mora (2010) que recién en 1949 se le concederá derechos políticos a la mujer, hasta ese entonces todos y cada uno de los esfuerzos de Acuña irá dirigido a establecer la igualdad entre hombres y mujeres, explicando los pormenores del voto femenino. Una de sus organizaciones más fuertes fue la Liga Feminista, seguida de la Mesa Panamericana, aunque independiente de ellas su propio capital simbólico y las buenas migas que tenía con la prensa, en especial con *La Tribuna* le permitían conseguir fácilmente un puesto dentro del panorama público.

De su gran corpus, y para ilustrar lo que el voto significó para estas mujeres sufragistas costarricenses que siguieron los pasos de las inglesas, hemos seleccionado una seguidilla de publicaciones, sacadas bajo la forma de capítulos, que explican en qué consiste el voto femenino.

Publicadas en *La Nueva Prensa* en 1931 y fichados en su tercer álbum, Angela Acuña sostiene que

- a) El feminismo busca la cooperación entre ambos sexos y ambos sexos quieren mejorar sus naciones en lo que respecta a lo moral, social y económico.
- b) El argumento de que las mujeres carecen de formación resulta insuficiente cuando se piensa en los cientos de hombres analfabetos que tienen derecho a voto.

- c) Las mujeres tienen un criterio independiente a la hora de elegir por quién votar.
- d) Las mujeres deben conocer sus derechos para así poder ejercerlos en pro de la mejora en el desarrollo nacional.
- e) El voto femenino puede sanear y equilibrar la política.
- f) De ellas depende la salvación de la raza, en el sentido en que ellas tienen un enfoque más certero en problemas relacionados a la maternidad, infancia, higiene y educación.

Por su parte, y con lo que respecta a Caffarena, basta con tener en cuenta la declaración de principios del MEMCH para notar que también comparten esta visión. En general, la obtención del voto es el fin último que –según nuestras intelectuales– abre todas las puertas a modificaciones legales posteriores.

Acuña llevará en numerosas ocasiones el proyecto hasta su discusión parlamentaria, recibiendo siempre una negativa por respuesta, al que igual que Caffarena quien no pudo anticipar que Pedro Aguirre Cerda no sería quien negociaría el voto a su favor sino se aprobaría bajo el mandato de Gabriel González Videla.

Previo a ello, los argumentos más fuertes tenían su arraigo en las Constituciones de cada país, documento en el cual se explicita que una mujer es considerada o menor de edad o dependiente del cónyuge o familiar masculino más cercano. Por ello, y al ser tanto Caffarena como Acuña abogadas, ya tenían las primeras herramientas para manejar la jerga leguleya y ser reconocidas en su “mayoría de edad”.

Cabe cuestionarse el impacto que el voto femenino ha tenido en las decisiones políticas posteriores, o si los vaticinios de Lyra eran más acertados y lo que se requería de veras era un cambio de estructura socioeconómica. La respuesta podría encontrarse posteriormente en los años 60 y 70, cuando las voces del sector político de izquierda comenzaron a alzarse a lo largo del continente, para ser acalladas una vez más.

CONCLUSIÓN

A lo largo de tres capítulos hemos construido una red que, previo a su unión, era un conjunto de puntos que simplemente compartían características similares. Más que una agrupación por temas, lo que este estudio ha querido proyectar es una interconexión, a nivel latinoamericano, de sujetos intelectuales femeninos a través de sus discursos críticos y trayectorias profesionales. También creemos que esta misma red le otorga un valor único a la presente tesis, siendo que hasta la fecha solo Elizabeth Horan ha vinculado intelectuales chilenas y costarricenses del periodo aquí trabajado.

Para ello nos hemos valido principalmente de la teoría de campo de Pierre Bourdieu, puesto que nos permite ver formas de interacción mayores a la simple interpretación de textos, al dejarnos situar a nuestras intelectuales como si fuesen fichas en un tablero; fichas que cobran movimiento a través de la ejecución de determinadas estrategias en pos de obtener la victoria (la máxima acumulación de capital simbólico).

Además, este tablero de juego está dentro del marco temporal que va desde 1920 a 1950, espacio marcado por una construcción nacional que genera una pugna de discursos, vanguardistas los unos y conservadores los otros.

En el primer capítulo se trató de establecer las bases de este marco temporal, situando también las biografías de nuestras escritoras, quienes responden a un *habitus* determinado.

En el segundo capítulo se trató el tema Educación, entendiendo a grandes rasgos cómo funcionaban las escuelas estatales y el rol que tenían nuestras intelectuales como maestras, lo que implicaba dicha labor y las reformas que allí se intentaron promover. También se discutieron las repercusiones simbólicas que tenía el hecho de que a las mujeres se les “permitiera” este trabajo y no otros, las fusiones que tiene la práctica educativa de mujeres con el ideal de maternidad y otras movidas que, poco a poco, otorgaron peso a la figura femenina en este espacio.

Igualmente, se habló acerca de la actividad literaria como una salida hacia lo público, en algunos casos como un acto estético y en otros como uno de denuncia social, enmarcado todo en el viejo dilema del “arte por el arte” versus “el arte con sentido social”.

También se trató el americanismo, la postura de nuestro corpus intelectual con respecto a Estados Unidos y España, la propiocepción de América Latina como continente y la visión que tenía cada intelectual respecto al concepto de “raza”.

Finalmente, en el tercer capítulo se discutió la participación o abstención en partidos políticos por parte de cada una de las escritoras, guardando un espacio para las feministas – en especial las del MEMCH– y finalizando con el voto, como un elemento significativo pero al cual no quisimos darle más espacio debido a que la historia ya se ha encargado de documentarlo en extenso. Baste decir que también formó parte de los objetivos, polémicas y discursos experimentadas por las seis mujeres que conforman esta tesis.

El panorama general es, entonces, el siguiente: en una relación que une los discursos con la práctica, las seis mujeres aquí trabajadas tocan temáticas relativas a la educación, maternidad e infancia, tres puntos que pueden fusionarse bajo la Educación, esa macro esfera con mayúsculas. Esta labor como maestras/profesionales les permite opinar y actuar sobre la nación, el continente y el globo: he ahí el por qué de los comentarios acerca de la raza nacional, americanismo y una veta internacionalista que surge ya sea por la atención que atrae Estados Unidos, ya por las controversias en torno a España y/o por las Guerras Mundiales. A su vez, la opinión sobre el terruño abre la puerta política, lo que genera otra conexión hacia un discurso de izquierda y/o feminista. Eso las une, en abstracto. Los textos utilizados como ejemplo no son sino una muestra concreta de que existe un trazo mayor, invisible, sólido e ideológico.

Lo que antes era un conjunto de piezas desconexas ahora se unifica para, esperamos, mostrar un tapiz acerca de las problemáticas que aquejaron –no solo a las mujeres sino a América Latina– en el periodo que va desde comienzos a mediados del siglo XX.

Además, y comparando las investigaciones recientes, la presente trabaja Costa Rica, país que ha sido relegado por sobre otras naciones como Argentina, México y Brasil, por lo que este “tapiz” también busca ser una pieza que complete el puzle.

Por supuesto, nuestra elección de un corpus de mujeres intelectuales no es inocente. También está el afán de incorporar voces que la historia “oficial” y “universal” ha retratado como casos excepcionales e individuales, cuando en realidad lo que hay detrás es una enorme red de apoyo.

Esperamos haber aportado otra dimensión a figuras que los discursos tradicionales han representado siempre como planos, meros productores textuales. Al abrir la perspectiva y conectar agentes del campo literario con otros del cultural, podemos formarnos una idea más completa de lo que se trata la vida y el panorama intelectual, permitiéndonos también contar con nuevos enfoques a la hora del análisis discursivo. Estas relaciones, estos “chismes” diría Toril Moi, se productivizan de tal manera que dan a luz grandes obras: el problema es que la crítica históricamente las ha ignorado y se ha dedicado a desmenuzar las obras en sí mismas o bien a relacionarlas con un vago contexto.

Por su gran cantidad, este corpus discursivo puede ser aun estudiado con mayor profundidad. Reiteramos que el impulso aquí fue analizar actitudes críticas, estrategias de creaciones de redes intelectuales, participación en la construcción de naciones y visibilizar, en el proceso, a nuevos agentes que la historia tipo texto escolar tiene representados con una óptica que resulta perjudicial para su estudio.

Textos como los álbumes de Ángela Acuña y las cartas de Elena Caffarena, sin mencionar la enorme producción del *Repertorio Americano* siguen abiertos a una lectura más profunda, pudiendo completar aquello que aquí quedó inconcluso o mencionado solo como una pincelada.

Queda hecha la invitación a otros investigadores para que ahonden en producciones discursivas recientes, literarias o no, para practicar el ejercicio de crear un mapa intelectual con sus redes, puntos de conexión, momentos históricos y movimientos sociales. Siempre hay más por descubrir.

Anexos:

1.



La fotografía pertenece al nieto de Joaquín García Monge, Eugenio García, y fue tomada en 1931 en su visita a Costa Rica en la casa de Coto Montero. De izquierda a derecha: Palma Guillén, Max Jiménez, Mistral, Coto Montero, García Monge, personaje no identificado y el poeta nicaragüense Salomón de la Selva. Link: http://www.flickr.com/photos/eugenio_garcia/5028000359/

2. Elena Caffarena.



Si bien es probable que pertenezca al archivo personal de Caffarena, esta fotografía aparece publicada en el n°12 de *La Mujer Nueva*, en diciembre de 1936, al reproducir un dicho de ella en una concentración del MEMCH concertada en Valparaíso. Bajo la foto reza: “Ni la oligarquía ni los poderes públicos quieren oír el clamor popular ni la una ni los otros quieren ver el espectáculo macabro de un pueblo que se muere de desnutrición y de miseria. Parece que quisiera cumplirse aquella leyenda griega de que los DIOSES CIEGAN A LOS QUE QUIEREN PERDER... [sic]” (7, mayúsculas en el original)

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, Ángela. *La mujer costarricense a través de cuatro siglos*. San José: Imprenta Nacional, 1970.

------. “A mi hija Isabel. En la celebración del primer cincuentenario del Liceo de Costa Rica” en Libro 6, p.13.

------. Recorte de un artículo titulado “Labor Cívica de La Mesa Redonda Panamericana. Sección de Costa Rica. Año de 1943” publicado en *La Tribuna*, jueves 18 de marzo de 1943. Libro 2.

------. Recorte de un artículo titulado “Mañana se celebra el día panamericano”. Sin periódico, martes 18 de abril de 1943. Libro 2.

------. Recorte de un artículo titulado “Contribuir a la nueva organización del mundo de la post-guerra en Costa Rica” publicado en *La Prensa Libre*, abril de 1943, pp. 13 y 14. Libro 2.

------. Recorte de un artículo titulado “La Fiesta de la Raza” publicado en *La Prensa Libre* el 12 de octubre de 1932. Libro 3.

Anónimo. “Bandera, inspiración y aliento”. En *Libertad*, 1986, San José. Recopilado en *Imágenes*, Vol. 6, N° 9, 1999. Isabel Ducca, “Yo conocí a Carmen Lyra”, pp. 173-183.

Anónimo. “Amanda Labarca” en revista *Conexiones educativas*, N° 3, octubre de 2004, pp. 52-54.

Arce, Magda. *Gabriela Mistral y Joaquín García Monge: una correspondencia inédita*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1989.

Bourdieu, Pierre. “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”, enero 1989-diciembre 1990.

Brenes Marín, May. “Una mirada feminista del *Repertorio Americano*”. *Repertorio Americano*. Segunda nueva época, N°21, edición especial, enero-diciembre, 2011, pp. 173-182.

- Caffarena, Elena. “La situación jurídica de la mujer” en *Actividades femeninas en Chile*. Santiago: La Ilustración, 1928, pp.75-84. Disponible en Memoriachilena.cl: http://www.memoriachilena.cl/602/w3-propertyvalue-137757.html?q=offset%3D0%26limit%3D300%26cid%3D502%26keywords%3Delena%20caffarena%26stageid%3D100%26searchmode%3Dpartial%26pvid_or%3D509%3A158494%2C26262%2C1224%2C616%2C137551
- Cabello Hutt, Claudia. “La letra y el cuerpo: la imagen visual de Gabriela Mistral, 1905-1922”. En prensa para *Revista Iberoamericana*, aparecerá publicada en el número enero-marzo del 2015.
- Calvo, Yadira. *Ángela Acuña, forjadora de estrellas*. San José: Editorial Costa Rica, 1989.
- Chase, Alfonso (Comp.). *Carmen Lyra. Relatos escogidos*. San José: Editorial Costa Rica, 1999.
- Cisterna, Natalia. “Entre la casa y la ciudad. La representación de la experiencia del sujeto femenino en los espacios público y privado en novelas de mujeres latinoamericanas de la primera mitad del siglo XX”. Tesis para optar al grado de Doctor en Literatura Chilena e Hispanoamericana. Universidad de Chile: Santiago, 2009.
- Collier, Simon y William F. Sater. “El león y la mula, 1920-1938” *Historia de Chile. 1808-1994*. España: Cambridge University Press, 1998.
- Devés Valdés, Eduardo. “El pensamiento latinoamericano a comienzos del siglo XX: la reivindicación de la identidad”. En *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, N°14, Año 1997, pp. 11-75. Disponible en: http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitaes/1626/devescuyo14.pdf
- Doll, Darcie y Alicia Salomone. “Palabras escamoteadas: mujeres y discurso intelectual” En *Actas VI Seminario Interdisciplinario de estudios de género en las Universidades Chilenas*. Santiago: CEGECAL, 2000, pp. 251-258.
- Doll, Darcie. “La carta privada como práctica discursiva. Algunos rasgos característicos” en *Revista Signos*, Vol. 35, N° 51-52, pp.33-57. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09342002005100003

- Ducca Durán, Isabel. "Carmen Lyra y el imaginario oficial". *Segunda Nueva Época*, N° 21, edición Especial. Costa Rica: Universidad Nacional, enero-diciembre 2011. Pp. 9-34.
- . *Carmen Lyra, la educadora. Una pedagogía para la vida*. San José: Asociación Nacional de Educadores de Costa Rica, 2013.
- Durand, Georgina. *Mis Entrevistas*. Santiago: Nascimento, 1943.
- Figuroa, Lorena. *Tierra, indio, mujer. Pensamiento social de Gabriela Mistral*. Santiago: LOM, 2000. P. 10.
- García Huidobro, Cecilia. *Moneda dura. Gabriela Mistral por ella misma*. Santiago: Catalonia, 2005.
- Gaviola, Edda et al. *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento sufragista chileno 1912-1952*. Santiago: LOM, 2007, pp.68-72.
- Geisse Navarro, Cristian. "Nadie es profeta en su tierra o Gabriela Mistral, la ilustre desconocida del Valle del Elqui". En *Gabriela Mistral y la literatura de la Región de Coquimbo*. Coquimbo: Volantines Ediciones, 2012. Pp. 13-21.
- González Zanetti, Celina. "Historia de la Escuela Normal de Costa Rica". *La Nación*, martes 27 de julio de 1965, p.30. Disponible en:
<http://news.google.com/newspapers?nid=1757&dat=19650727&id=cSchAAAIBA J&sjid=m3oEAAAIBAJ&pg=7054,11952178>
- González Gutiérrez, Luisa. *Escritos*. Recopilación y edición de Margarita Rojas González. San José: Editorial Universidad Nacional, 2006.
- Hall, Stuart. "Estudios culturales: dos paradigmas", *Revista Causas y Azares*, N°1, Buenos Aires, 1994.
- Hidalgo, Roxana. *Historia de las mujeres en el espacio público en Costa Rica ante el cambio del siglo XIX al XX*. Costa Rica, FLACSO, 2004. Disponible en:
<http://unpan1.un.org/intradoc/groups/public/documents/icap/unpan030190.pdf>
- Horan, Elizabeth y Doris Meyer comp. *Esta América nuestra. Correspondencia 1926-1956*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2007
- Horan, Elizabeth. "Escribiendo 'La santa maestría': Carmen Lyra y Gabriela Mistral". En *Filosofía y Lingüística*, Tomo XXIII, N°2, 1997, pp. 23.38.

Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago: LOM, 2010.

Labarca, Amanda. "Trayectoria del movimiento feminista en Chile". *Feminismo contemporáneo*. Santiago: Zig-Zag, 1947.

----- "Nuestra Presidenta habla: sobre el proyecto de ley que concederá el voto político a la mujer. Gestiones y tropiezos", *Boletín Federación Chilena de Instituciones Femeninas*, n° 4 (Septiembre de 1947), pp. 1-2.

----- "El arte y la ciencia de ser maestro" en Ediciones de la Revista Mapocho Tomo II, N°1, 1964, pp. 39-50.

----- *¿Adónde va la mujer?* Santiago: Ediciones Extra, 1934.

----- "Al inaugurar la exposición del bi-centenario de la Universidad de Columbia" en *Repertorio Americano*, Tomo 49, N°6, 1955, pp. 83-84. El texto originalmente se escribió en 1954.

----- "Obreros y maestros" en *Repertorio Americano*, Tomo 13, N°2, 10 de julio de 1926, pp.21-22.

----- Carta desde el comité de las Naciones Unidas, 17 de agosto de 1948.

Fuente disponible en versión digital de la Biblioteca Nacional:

[http://descubre.bibliotecanacional.cl/primo_library/libweb/action/display.do?tabs=detailsTab&ct=display&fn=search&doc=bnc_dtlmarc3208836&indx=3&recIds=bnc_dtlmarc3208836&recIdxs=2&elementId=2&renderMode=poppedOut&displayMode=full&frbrVersion=&dscent=0&scp.scps=scope%3A%28bnc_digitool%29%2Cscope%3A%28bnc_dtlmarc%29&frbg=&tab=bnc_tab&dstmp=1395511858132&srt=rank&mode=Basic&dum=true&vl\(freeText0\)=gabriela%20mistral%20amanda%20labarca&vid=BNC](http://descubre.bibliotecanacional.cl/primo_library/libweb/action/display.do?tabs=detailsTab&ct=display&fn=search&doc=bnc_dtlmarc3208836&indx=3&recIds=bnc_dtlmarc3208836&recIdxs=2&elementId=2&renderMode=poppedOut&displayMode=full&frbrVersion=&dscent=0&scp.scps=scope%3A%28bnc_digitool%29%2Cscope%3A%28bnc_dtlmarc%29&frbg=&tab=bnc_tab&dstmp=1395511858132&srt=rank&mode=Basic&dum=true&vl(freeText0)=gabriela%20mistral%20amanda%20labarca&vid=BNC)

Larraín Ibáñez, Jorge, "¿Qué es la modernidad?", en *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1996.

Lastra, Alfredo. "Esbozo histórico del Partido Radical Socialdemócrata". Disponible en http://www.partidoradical.cl/v1/?page_id=316

Lavrin, Asunción. *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005.

- Lyra, Carmen. “Los estudiantes de Costa Rica”. En *Repertorio Americano*, Tomo 21, N° 12, 27 de septiembre de 1930, p.191-192.
- . “Siluetas de la Escuela Maternal”. *El Espectador*, Tomo 1, N°5 y 6, agosto de 1929. En *Narrativa de Carmen Lyra. Relatos escogidos*, compilado por Marianela Camacho Alfaro. San José: Editorial Costa Rica, 2011.
- . “Carta de Carmen Lyra a Gabriela Mistral”. En *Repertorio Americano*, Tomo 23, N° 11, 19 de septiembre de 1931, pp. 167-167.
- . “Al margen de los Persiflages que se refieren a gentes y cosas de escuelas”. En *Repertorio Americano*, Tomo 22, abril de 1931, pp.222-223.
- . *En una silla de ruedas*. En *Carmen Lyra*, presentada por Luisa González y Carlos Luis Sáenz. Costa Rica: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. Departamento de publicaciones, 1977, pp. 231-426.
- . *Cuentos de mi tía Panchita*. Prólogo de Carlos Rubio Torres. San José: Editorial Costa Rica, 2012.
- . “¿Qué camino tomarán los escritores latinoamericanos ante la situación actual del mundo?” en *Revista Liberación*, Año 1, N°1, 1935. Recopilado en las *Obras Completas*, Costa Rica: Editorial Patria Libre, 1973, pp. 493-499.
- Luongo, Gilda. “Contrapunto para cuatro voces: emergencias privadas/urgencias públicas en la escritura de mujeres”. *Revista Signos*, Vol. 38, N°57, Valparaíso, 2005, pp. 111-122. Disponible en:
http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09342005000100009
- Moi, Toril. “Apropiarse de Bourdieu: la teoría feminista y la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. El feminismo como *critique*”, 2001.
- Montero, Claudia. “Estrategias de escritura femenina en la disputa por el espacio público”. Ponencia dictada en el 54 Congreso Internacional de Americanistas. Universidad de Viena. 15-20 de julio de 2012
- Mistral, Gabriela. “Hacia una liga sarmentiana”. En *Repertorio Americano*, Tomo XVI, n°9, 1928, pp.129-132.

- . “Si Estados Unidos” en *Repertorio Americano*, Tomo 15, N°19, 11 de noviembre de 1927, p. 303.
- . “Sobre la Paz y la América Latina” en *Repertorio Americano*, Tomo 46, N°2, 10 de enero de 1950, pp.24 y 25.
- . *Lecturas para Mujeres*. México: Secretaría de Educación, Departamento Editorial, 1925. Disponible en:
<https://archive.org/stream/lecturasparamuje00mistuoft#page/n3/mode/2up>
- . Manuscrito entre 1917 y 1919, Punta Arenas. Fuente disponible en versión digital de la Biblioteca Nacional:
[http://descubre.bibliotecanacional.cl/primo_library/libweb/action/display.do?tabs=detailsTab&ct=display&fn=search&doc=bnc_dtlmarc3190091&indx=1&recIds=bnc_dtlmarc3190091&recIdxs=0&elementId=0&renderMode=poppedOut&displayMode=full&frbrVersion=&dscent=0&frbg=&scp.scps=scope%3A%28bnc_digitool%29%2Cscope%3A%28bnc_dtlmarc%29&tab=bnc_tab&dstmp=1395512987642&srt=rank&mode=Basic&dum=true&vl\(freeText0\)=gabriela%20mistral%20amanda%20labarca&vid=BNC](http://descubre.bibliotecanacional.cl/primo_library/libweb/action/display.do?tabs=detailsTab&ct=display&fn=search&doc=bnc_dtlmarc3190091&indx=1&recIds=bnc_dtlmarc3190091&recIdxs=0&elementId=0&renderMode=poppedOut&displayMode=full&frbrVersion=&dscent=0&frbg=&scp.scps=scope%3A%28bnc_digitool%29%2Cscope%3A%28bnc_dtlmarc%29&tab=bnc_tab&dstmp=1395512987642&srt=rank&mode=Basic&dum=true&vl(freeText0)=gabriela%20mistral%20amanda%20labarca&vid=BNC)
- . Manuscrito sobre Amanda Labarca en cuaderno. Páginas enumeradas de la 514 a la 524. Fuente disponible en versión digital de la Biblioteca Nacional:
[http://descubre.bibliotecanacional.cl/primo_library/libweb/action/display.do?tabs=detailsTab&ct=display&fn=search&doc=bnc_dtlmarc3190215&indx=17&recIds=bnc_dtlmarc3190215&recIdxs=6&elementId=6&renderMode=poppedOut&displayMode=full&frbrVersion=&dscent=0&scp.scps=scope%3A%28bnc_digitool%29%2Cscope%3A%28bnc_dtlmarc%29&frbg=&tab=bnc_tab&dstmp=1395513928754&srt=rank&mode=Basic&dum=true&vl\(freeText0\)=gabriela%20mistral%20amanda%20labarca&vid=BNC](http://descubre.bibliotecanacional.cl/primo_library/libweb/action/display.do?tabs=detailsTab&ct=display&fn=search&doc=bnc_dtlmarc3190215&indx=17&recIds=bnc_dtlmarc3190215&recIdxs=6&elementId=6&renderMode=poppedOut&displayMode=full&frbrVersion=&dscent=0&scp.scps=scope%3A%28bnc_digitool%29%2Cscope%3A%28bnc_dtlmarc%29&frbg=&tab=bnc_tab&dstmp=1395513928754&srt=rank&mode=Basic&dum=true&vl(freeText0)=gabriela%20mistral%20amanda%20labarca&vid=BNC)
- Munizaga Aguirre, Roberto. “Amanda Labarca Hubertson” en *Societas*, Año I, N° 1, 1991, pp. 306-310.
- Nuño Gómez, Laura. “La incorporación de las mujeres al espacio público y la ruptura parcial de la división sexual del trabajo: el tratamiento de la conciliación de la vida familiar y laboral y sus consecuencias en la igualdad de género”. Memoria para

- optar al grado de Doctor de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid 2008.
 Disponible en: <http://eprints.ucm.es/8836/1/T30855.pdf>
- Núñez Prieto, Iván. “Escuelas normales: una historia larga y sorprendente. Chile (1842-1973)”. En *Revista Pensamiento Educativo*, Vols. 46-47, 2010. Pp.133-150.
 Disponible en <http://pensamientoeducativo.uc.cl/index.php/pel/article/view/464/949>
- Oliva, Mario. “Gabriela Mistral en Costa Rica”. En *Archipiélago. Revista cultural de nuestra América*. Vol. 19, N°71, 2011, pp. 29-30.
- Poblete, Olga. *Una mujer. Elena Caffarena*. Santiago: Cuarto Propio, 1993
- Pujol Lemistre, Annie. *Carmen Lyra. El cuento de su vida*. San José: Alma Mater, 2011.
- Reyes, María Isabel, Helia Vargas y Camila Meza. “Recordando a Amanda: bautizada Pinto, renombrada Labarca” en revista *PSYKHE*, Vol. 11, N°1, 2011, pp.117-128.
- Reyes, Leonora. “Profesorado y trabajadores: movimiento educacional, crisis educativa y reforma de 1928”. *Docencia*, N°40, mayo de 2010, pp.40-49.
- Robles, Andrea. “La Liga de Damas Chilenas: de la cruzada moralizadora al sindicalismo femenino católico, 1912-1918”. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios de Género y Cultura, 2013. Disponible en <http://www.tesis.uchile.cl/handle/2250/114327>
- Rojo, Grínor. “El Ensayo y Latinoamérica”, en *Revista de Crítica Cultural*, N°18, 1998, pp.13-14.
- . “Gabriela Mistral en la historia de la mujer latinoamericana”. *Re-leer hoy a Gabriela Mistral. Mujer, historia y sociedad en América Latina*. Gastón Lillo y J. Guillermo Renart (Eds.). Santiago: Editorial Universidad de Santiago – University of Ottawa, 1997. Pp. 53-82.
- Rodríguez Magda, Rosa María. “Del olvido a la ficción. Hacia una genealogía de las mujeres” en *Mujeres en la historia del pensamiento*. Barcelona: Anthropos, 1997, pp. 33-59.
- Salazar Mora, Orlando. *Partidos políticos en Costa Rica: 1889-2010*. San José: Editorial EUNED, 2010.
- Salas Neumann, Emma. *Amanda Labarca*. Santiago: Ediciones Mar del Plata, 1996.

------. “La señora Amanda, Mi padre y sus amigos” en revista *Occidente*, enero-febrero-marzo de 1995, pp. 25-28.

Sarlo, Beatriz. *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires: Norma, 2004.

Silva Castro, Raúl (Comp.). *Gabriela Mistral. Epistolario. Cartas a Eugenio Labarca (1915-16)*. Santiago: Edición de los Anales de la Universidad de Chile, 1957.

Showalter, Elaine. “La crítica feminista en el desierto”, en FE, Marina (coordinadora) *Otramente: lectura y escritura feministas*. México: Programa Universitario de Estudios de Género/ Fondo de Cultura Económica, 1999.

Swiderski, Liliana. “Autorrepresentación autoral y máscaras del yo”. *CELEHIS-Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*. Año 20, N°22, 2011: pp. 241-256.

Williams, Raymond. “Cultura” en *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1977.

Fuentes en línea

Fuente sitio web de la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica:

<http://www.facultadeduccion.ucr.ac.cr/facultad/historia>

Memoriachilena.cl: <http://www.memoriachilena.cl>

La Mujer Nueva: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-701.html>

Ver Gabrielamistral.uchile.cl:

<http://www.gabrielamistral.uchile.cl/estudios/palmaguillen.html>

